



J. Frank.

Madrid. 1813.

MACBÉTH.

MACBÉTH

POR

GUILLERMO SHAKESPEARE

VERSION AL CASTELLANO

DE GUILLERMO MACPHERSON

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29
1880

PRÓLOGO.

Esta tragedia, más que el desarrollo de un argumento dramático, es la evolucion en la escena de dos caractéres gemelos engendrados por el mónstruo de la ambicion. Temerario y violento se nos presenta desde luégo Macbéth; pero en un principio estas cualidades no auguran lo sanguinario y feroz de su posterior conducta; y es fácil imaginar, dadas sus especiales condiciones morales, que, á haberlo rodëado distintas condiciones, hubiera llegado quizás á ser héroe ilustre merecedor de los aplausos, del respeto y áun del cariño de sus conciudadanos. El carácter de Lady Macbéth, más intrépida, más altiva y ménos escrupulosa que su consorte, nos inspira, sin embargo,

involuntario respeto, al par que natural antipatïa; porque Shakespeare, con su usual habilidad para individualizar las pasiones, dota á la impávida regicida, no sólo de criminal intransigencia y de energïa febril, sino de claro entendimiento y de fibra delicada. El célebre pöeta y eminente crítico norte-americano Mr. James Russell Lowell, me ha hecho notar cuánto alcance tiene la aparentemente insignificante frase «esta pequeña mano mïa,» pues el calificativo «pequeña» aplicado á la mano, y el profundo y femenil horror que Lady Macbéth demuestra creyéndose manchada con sangre, á pesar de sus alardes en contrario, cuando en union de su esposo consuma su crímen, patentizan vigorosamente que la orgullosa usurpadora nada tiene de varonil, ni á pesar de su índole perversa se halla avezada al crímen, hácia donde corrió inducida por su desordenada ambicion y el loco afan de ceñirse una corona.

El insigne D. Alberto Lista, en conferencias literarias de gratísima recordacion, que no tenïan otro carácter que el de lecciones dadas á reducido número de discípulos, ocupándose en la crítica de esta tragedia y ensalzando el profundo conocimiento que del corazon humano posëïa el inmortal autor, solïa decir: «Macbéth guerrero valiente;

y hasta que las brujas lo seducen con sus pronósticos, pundonoroso y lëal, duda y vacila ántes de emprender el oscuro camino que su ambicion le traza; pero, lanzado ya en esa fatal carrera, su espíritu varonil le conduce sin cejar hasta el último término de la terrible jornada, y lucha tenazmente hasta contra su propio destino y hasta que «arranquen á pedazos la carne de sus huesos.» Lady Macbéth, como mujer, más dócil á la seduccion, sin dudas ni vacilaciones, pisa decidida la senda que una ambicion igual ofrece á sus ojos; pero, dados en ella los primeros pasos, tiembla y vacila y muere fatigada, no pudiendo soportar tan fiera lucha. Vése aquí trazado por mano mäestra un cuadro donde aparecen hábilmente contrastadas, y como lo están en la naturaleza, las diferencias que existen entre los caractéres del hombre y de la mujer, áun cuando idénticos móviles los animen.»

Como en todos los dramas de Shakespeare, huelgan sin duda escenas enteras en Macbéth, abundan puerilidades, frases que se refieren á circunstancias del momento y «Gongorismos» de mal gusto y de difícil inteligencia; pero, como para los que tienen cariñoso respeto hácia las obras de este esclarecido ingénio, todo cuanto ha escrito

encierra interés, y en casi todo hallan ó bellezas ó pruebas de un talento profundísimo, nada, ó por mejor decir, sólo alguna que otra frase que nuestra mayor cultura no toleraría hoy en la escena, he creído oportuno suprimir en este trabajo.

Siguiendo el plan que me propuse en la traduccion de *Hámlet*, empleo en *Macbéth* el verso libre, el consonante, la prosa y hasta lo que es lícito denominar las extravagancias de versificacion de Shakespeare, por más que me hubiera sido fácil ajustarme á un método más en armonía con lo que el uso tiene sancionado para la lengua castellana.

MACBÉTH.

PERSONAJES.

Dúncan, Rey de Escocia.

Málcolm. . . } Sus hijos.
Donalbáin. . }

Macbéth (1). } Generales del ejército del Rey.
Bánquo. . . . }

Macduff. . . }
Lénnox. . . . }
Ross. . . . . } Nobles de Escocia.
Angus. . . . . }
Menteith. . . }
Caithnéss. . . }

Fleancio, hijo de Bánquo.

Suardo, señor de Northumberland, general del ejército inglés.

El jóven Suardo, su hijo.

Síton, oficial á las órdenes de Macbéth.

Niño, hijo de Macduff.

Doctor Inglés.

Doctor Escocés.

Un Sargento.

Un Portero.

Un Anciano.

Lady Macbeth.

Lady Macduff.

Dama de Lady Macbeth.

Nobles, señores, jefes, soldados, asesinos, servidores y mensajeros.

Hécate.

Tres Brujas.

Apariciones.

LA ESCENA PASA EN INGLATERRA EN EL FINAL DEL CUARTO ACTO.
LO DEMÁS DE LA TRAGEDIA EN ESCOCIA.

---

(1) Pronúnciese Macbés.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Una llanura.—Truenos y relámpagos.

Entran tres BRUJAS.

BRUJA 1.ª ¿Cuando vamos á reunirnos
Otra vez?
¿Con relámpagos, con truenos,
Ó al llover?
BRUJA 2.ª Al dar término el barullo
Que ahora estalla:
Cuando pierdan; cuando ganen
La batalla.
BRUJA 3.ª Antes, pues, que el sol trasponga
Debe ser.
BRUJA 1.ª Dad la cita.
BRUJA 2.ª La eñaza.
BRUJA 3.ª A encontrarnos con Macbéth.
BRUJA 1.ª Morrongo me grita.
BRUJA 2.ª El sapo me emplaza.
LAS 3 BRUJ.ª El mal es un bien y el bien es un mal;
La niebla crucemos y el aire letal. (Vánse.)

ESCENA II.

Campamento cerca de Fóres.

(Oyénse voces de alerta.)

Entran **EL REY DÚNCAN, MÁLCOLM, DONALBÁIN, LÉNNOX** y acompañamiento al encuentro de un **SARGENTO** herido.

DÚNCAN. ¿Qué hombre herido es aquel? Acaso tráiga
Del combate las últimas noticias,
Por su traza á juzgar.

MÁLCOLM. Es el Sargento
Que, soldado lëal y valeroso,
Para salvarme á mí su vida expuso.
¡Bravo amigo, salud! Al Rey refiere
En qué estado dejaste la refriega.

SARGENTO. Indecisa, cual lucha porfïada
Entre dos nadadores fatigados
Que en abrazos recíprocos se ähogan,
Seguir la vimos. El feroz Macdónell,
Digno de ser traidor, porque del mundo
Las vilezas en él forman enjambre;
Caballeros y aun turba vil se allega
De las islas que yacen á Occidente.
Meretriz, á su empresa maldecida
La fortuna sonrïe, mas fué inútil:
Porque Macbéth el Bravo (así lo nombro)
—Hijo mimado del valor,—horada
Su camino hasta dar con el esclavo;
Y, sin decirle adios ni más saludo,
Luégo á cercén le corta la cabeza
Y en los reductos nuestros la coloca.

DÚNCAN. ¡Deudo valiente y caballero digno!

SARGENTO. Como del sol los matinales rayos
Suelen borrascas y terribles truenos
Engendrar, de esa fuente de ventura
Manó disturbios. Rey de Escocia, ŏidme.
Ya la justicia, del valor armada,
Logra que aquella turba advenediza
Fíe sólo en sus piés, cuando aprovecha
El monarca noruego su ventaja
Lanzando nuevas huestes á la lucha.

DÚNCAN. ¿Y no desesperaron nuestros jefes
Macbéth y Bánquo, entónces?

SARGENTO. ¡Sí por cierto!
Cual el águila viendo gorrïones,
Ó liebres el lëon. Debo llamarlos
Cañones ¡vive Dios! con doble carga.
Y, así, sobre el contrario sus mandobles
Reiterando, quizá su intento fuera
Bañarse en la feroz carnicerïa,
Ó renovar del Gólgota el recuerdo.
Pero... me siento desmayar; y cura
Mis cuchilladas piden.

DÚNCAN. Corresponden
Con tus heridas tus palabras: ámbas
A honor trascienden. Procuradle luégo
Cirujanos.—Mas ¿quién se acerca?

MÁLCOLM. El noble
Señor de Ross.

LÉNNOX. ¡Cuán grande es la premura
Que su mirar indica! De tal modo
Llega quien quiere sorprender con nuevas.

Entra ROSS.

ROSS. ¡Dios guarde al Rey!

DÚNCAN. ¿De dónde habeis venido,
Noble señor?

ROSS. De Fáife, gran monarca,

Donde, escarnio del viento, los pendones
Noruegos echan aire á nuestras gentes.
El mismo Rey con numerosa tropa
Y con auxilio del traidor infame
Señor de Cáudor, la sangrienta lucha
A comenzar volvió; mas ese fiero
Esposo de Belona envuelto en malla
Se les opone en desigual contraste:
Hierro con hierro, brazo contra brazo,
Y doma al fin su espíritu atrevido.
De nosotros, en fin, fué la victoria.

DÚNCAN. ¡Inmensa dicha!

ROSS. El rey noruego Sueno
Ansia capitular; pero nosotros
Ni aun enterrar sus muertos consentimos,
Sin cobrar en la isla de San Colme
Para gastos de guerra diez mil duros.

DÚNCAN. Nunca otra vez mis caros intereses
Arriesgará el de Cáudor.—Ve: publica
Su muerte, y con su título saluda
Al gran Macbéth.

ROSS. Haré que se ejecute.

DÚNCAN. Lo que él perdió Macbéth de hoy más disfrute.
(Vánse.)

ESCENA III.

Una dehesa.—Truenos.

Entran las tres BRUJAS.

BRUJA 1.ª Hermana, dí, ¿qué hiciste?

BRUJA 2.ª Matar cerdos.

BRUJA 3.ª Tú, hermana, ¿á dónde fuiste?

BRUJA 1.ª En su falda ostentaba
Castañas la mujer de un navegante,
Y, royendo, royéndolas estaba.
«Dame» le dije yo.—«Bruja maldita,
Va de retro», respóndeme arrogante
Esa tiñosa de bazófia ähita.
Mas su marido á Alepo
Mandando el Tigre fué:
En un cedazo, donde fácil quepo,
Rata sin cola, navegando iré.
Lo haré: lo haré: lo haré.
BRUJA 2.ª Un viento yo te dõy.
BRUJA 1.ª Me obligas bondadosa.
BRUJA 3.ª Pues otro te procuro.
BRUJA 1.ª Árbitra yo de los restantes sõy.
No ha de quedar un portalon seguro,
Al ventẽar con furia impetüosa
Desde un punto cualquiera
De la naútica rosa.
Se verá, como el heno, marchitado.
El dulce sueño ni una vez siquiera
Conciliará su párpado cansado.
La vida vivirá del condenado;
Y, aunque es forzoso que su nave flote,
Fiera borrasca sin cesar la azote.
¡Ved esto!
BRUJA 2.ª ¡A ver! ¡A ver!
BRUJA 1.ª El dedo de un marino
Que de un viaje naufragó al volver.
BRUJA 3.ª ¡Un tambor! ¡Un tambor! Macbéth ya vino.
LAS 3 BRUJ. Como hermanas las tres hechiceras,
De la tierra y del mar mensajeras,
Las manos unidas, giremos así.
Tres vueltas por tí; tres vueltas por mí:
Y nueve son justas al dar otras tres.

¡Callad! Del conjuro ya el término es.

Entran MACBÉTH y BÁNQUO. Soldados á lo léjos.

MACBÉTH. Jamás ví tan crüel y hermoso dïa.

BÁNQUO. ¿Fóres qué dista?—¿Quiénes son aquellas
Tan arrugadas, de tan raro porte?
De la tierra habitantes no parecen
Por más que aquí se hallen. ¿Teneis vida?
¿Puedo yo, por ventura, interrogaros?
Que me entendeis parece; pues á üna
Llevais á vuestros labios contraïdos
Los dedos cadavéricos.—Mujeres
Os imagino; pero tales barbas
Impiden que ese título os conceda.

MACBÉTH. Si es que podeis hablar, qué sois decidnos.

BRUJA 1.ª ¡Salve, Macbéth! ¡Señor de Glámis, salve!

BRUJA 2.ª ¡Salve, Macbéth! ¡Señor de Cáudor, salve!

BRUJA 3.ª ¡Salve, Macbéth! ¡El Rey futuro, salve!

BÁNQUO. ¿Por qué os sobrecogeis, amigo mïo?
¿A qué temer lo que tan grato suena?
Decidme: ¿sois quiméricas creaciones,
O teneis realidad, como parece?
Saludais á mi noble compañero
Con títulos presentes y pomposas
Predicciones de gracias venideras
Y régio porvenir—con tal influjo
Que absorto está.—Tambien hablad conmigo.
Si ver podeis los gérmenes del tiempo,
Saber qué grano fructifica ó muere,
Habladme; que nï odios ni favores
De vosotras recelo ni suplico.

BRUJA 1.ª ¡Salve!

BRUJA 2.ª ¡Salve!

BRUJA 3.ª ¡Salve!

BRUJA 1.ª Más grande que Macbéth serás, si ménos.

BRUJA 2.ª Aunque ménos dichoso, más dichoso.

BRUJA 3.ª Rey no serás, mas padre, tú, de reyes.
¡Salve Macbéth y Bánquo!
BRUJA 1.ª Macbéth y Bánquo ¡salve!
MACBÉTH. Ambíguas mensajeras, deteneos.
Decidme más. De Sínel por la muerte
Señor de Glámis soy: ¿mas de qué modo
Señor de Cáudor? El de Cáudor vive,
Y en la prosperidad; y tan contrario
A la razon es rey denominarme
Como señor de Cáudor. ¿Tales nuevas
Cómo adquíristeis? Y ¿al encuentro nuestro
Por qué salís en este estéril llano
Con tales profecías?—Respondedme.
(Las Brujas se evaporan.)
BÁNQUO. Tiene el suelo burbujas como el agua,
Y éstas lo son. ¿Á dónde habrán hüido?
MACBÉTH. Al aire, disolviéndose sus cuerpos
Cual la respiracion en el ambiente.
¡Pluguiera á Dios que aquí permanecieran!
BÁNQUO. ¿Pero era realidad lo que hemos visto,
Ó hemos probado la räiz maligna
Que embarga la razon?
MACBÉTH. Han de ser reyes
Vuestros hijos.
BÁNQUO. Vos, Rey.
MACBÉTH. Señor de Cáudor
Además. ¿No es verdad que así dijeron?
BÁNQUO. Al son de esas palabras: ¿Quién se acerca?
Entran ROSS y ANGUS.
ROSS. Macbéth, por dicha el Rey tiene noticias
De las victorias vuestras. Cuando supo
Vuestra hazaña, al luchar contra el rebelde,
Perplejo, entre el asombro y los aplausos,
Sólo pudo callar: y ¡el mismo dia
Sabe que entre las filas del Noruego

Atrevido luchais, sin que os asombre
Ni el estrago siquiera que vos propio
Ibais causando en ellos! Cual granizo
Los mensajeros llegan que atestiguan
La defensa que hicísteis de su reino,
Y ante él deponen imparciales lõas.

ANGUS. Y nuestro regiõ amo nos envía
Para daros las gracias y llevaros
Ante él.

ROSS. En testimonio de mercedes
Más altas, me ordenó que de su parte
Como á señor de Cáudor os salude.
Título es vuestro.

BÁNQUO. (Aparte.) ¡Por ventura, el diablo
Dice verdades!

MACBÉTH. El de Cáudor vive:
¿Por qué me adornan con ropaje ajeno?

ANGUS. Quien lo era vive äún. Dura sentencia,
No obstante, pesa ya sobre esa vida
Que merece perder. Yo no aseguro
Que se ligó al Noruego, ó que su ayuda
Prestó al traidor, ó que quizas con ámbos
Procurara el naufragio de su patria;
Mas de traicion convicto está y confeso.

MACBÉTH. (Aparte.) ¡Señor de Glámis y señor de Cáudor!
¡Lo más está por ver!
(Á Ross y á Angus.) Os doy las gracias.
(Aparte á Bánquo.)
¿Pensais que vuestros hijos serán reyes
Si eso os prometen las que á mí me hicieron
Señor de Cáudor?

BÁNQUO. (Aparte á Macbéth.) Confianza es esa
Que quizás la corona enardecido
Os haga contemplar, no ya tan sólo
El título de Cáudor. Pero á veces

Nos suele Satanás decir verdades,
Y seducir con inocentes dones
A nuestra perdicion.—Una palabra,
Deudos mĭos, ŏid. (Á Ross y Angus.)

MACBÉTH. (Aparte.) ¡Van dos verdades
Cual prólogo del acto en que culmine
Esta trama imperial!
(Á Ross y Angus.) Gracias, señores.
(Aparte.) Verme instigado así contra natura
Un mal no puede ser... Un bien tampoco.
Si mal, ¿por qué ya el éxito me brinda
La realidad? ¿Señor no soy de Cáudor?
Si bien, ¿por qué ceder á intimaciones
Cuyă hórrida imágen me espeluzna,
Y al corazon con golpes desusados
Contra el pecho batir hace convulso?
La fiera realidad ménos horrible
Es que tal concepcion. Mi pensamiento,
Do el homicidio es hoy mero fantasma,
De tal modo mi humano sér agita
Que ăhoga con supuestos mi albedrĭo;
Y sólo existe en mí lo no existente.

BÁNQUO. (Á Ross y Angus.)
Cuán preocupado ved al compañero.

MACBÉTH. (Aparte.)
Si rey me quiere el hado, puede el hado
Sin yo solicitarlo coronarme.

BÁNQUO. (Aparte.) Los recientes honores, cual vestidos
Recien hechos le sientan: necesitan
Amoldarse.

MACBÉTH. (Aparte.) ¡Qué ocurra lo que quiera
Ha de seguir el tiempo su carrera!

BÁNQUO. Noble Macbéth, dispuestos nos hallamos.

MACBÉTH. Perdonadme; memorias olvidadas
Trabajaban mi mente. Caballeros,

Vuestra bondad registro en ese libro
Cuyas hojas repaso cada dia.
A saludar al Rey luégo partamos.
(Aparte á Bánquo.)
En el caso pensad.—Más adelante,
Pesado todo bien, hablar podemos
Con franqueza los dos.

BÁNQUO. (Aparte á Macbéth.) Con sumo gusto.

MACBÉTH. (Aparte á Bánquo.)
Hasta entónces. No más. Venid, amigos.
(Vánse.)

ESCENA IV.

Fóres. Habitacion en el Palacio.

Clarines.—Entran DÚNCAN, MÁLCOLM, DONALBÁIN, LÉNNOX, y acompañamiento.

DÚNCAN. ¿Se hizo justicia en Cáudor? ¿Los que fueron
Con la mision han vuelto?

MÁLCOLM. Soberano,
No han vuelto ăún; mas pude hablar con uno
Que lo ha visto morir, quien asegura
Que confesó sus yerros, impetrando
Vuestro perdon, de todo arrepentido.
Fué el final lo mejor de su existencia.
Murió cual si adiestrado en vida fuese
A ceder lo que tuvo en más estima
Cual objeto el más fútil.

DÚNCAN. Arte alguno
Puede por el semblante hallar del alma
La calidad. En ese caballero
Deposité mi confianza entera.

Entran MACBÉTH, BÁNQUO, ROSS y ANGUS.

¡Digno pariente mio! Me agobiaba
Ya de mi ingratitud el peso grave.
Tan léjos fuísteis que alcanzar no os pueden
Del galardon ni las veloces alas.
Ojalá hiciérais ménos: quedaría
La proporcion de gracias y mercedes
A mi favor. Diré no más, que os quedo
Deudor de mucho que pagar no puedo.

MACBÉTH. La lealtad y el deber que me encadenan
Se pagan con mostrarse. Corresponden
A vuestra majestad nuestros servicios.
Nuestros servicios son del trono y reino
Los hijos y criados; sólo hacen
Cuanto deben hacer, haciendo todo
Por vuestro amor y honor.

DÚNCAN. ¡Muy bien venido!
Planta sois que en mi afecto echais raíces:
Cuidaré que seais grande. ¡Noble Bánquo!
No merecísteis ménos, y es forzoso
Que lo proclame así: que yo os estreche
Junto á mi corazon.

BÁNQUO. Allí germine,
Que la cosecha es para vos.

DÚNCAN. Mi dicha,
Hoy tan cabal, en lágrimas se ahoga.
Hijos, deudos, señores, y vosotros
Allegados á mí, deciros quiero
Que nombro sucesor de mis estados
A mi hijo Málcolm, quien, de hoy más se [nombre
De Cumberlanda príncipe. Forzoso
Es, sin embargo, que este honor no quede
Sin compaña; y, por tanto, como estrellas
Títulos de nobleza sobre aquellos
Que lo merecen brillarán.—Ahora

A Inverness, á aumentar la deuda mía.

MACBÉTH. Descansar es trabajo á vos ajeno.
Ansío preceder vuestra llegada;
Y alegrar los öidos de mi esposa
Con la nueva.—La vénia, pues, os pido.

DÚNCAN. ¡Mi digno Cáudor!

MACBÉTH. (Aparte.) ¡Príncipe heredero!
Tropiezo es ese que postrarme debe,
O he de saltar, pues mi camino estorba.
Estrellas, no brilleis: la luz no vëa
Lo que mi negro corazon desëa.
Ojos, mi mano hará lo que os da espanto.
Miradla de soslayo miéntras tanto. (Váse.)

DÚNCAN. Noble Bánquo, es verdad: es un valiente,
Me sirve de alimento que lo alaben;
Es para mí un festin. Vamos, señores,
Tras quien á festejarnos nos precede.
¡Es un deudo sin par!
Clarines. (Vánse.)

ESCENA V.

Inverness. Habitacion en el Castillo de Macbéth.

Entra **LADY MACBÉTH** leyendo una carta.

L. MACB. «Saliéronme al encuentro el dïa de la victoria; y sé de modo cierto que alcanzan más ciencia de la que es dada á los mortales. Cuando ardïa en desëos de interrogarlas más estrechamente, se convirtieron en aire, en el cual se evaporaron. Miéntras yacïa absorto y asombrado, llegan mensajeros del Rey que me victorëan como á señor de

Cáudor, título con el cual me habian saludado estas tres hermanas hechiceras, anunciándome el porvenir con «¡Salve, futuro Rey!» Me ha parecido bien confiarte lo ocurrido, amada compañera de mi grandeza, para que ni siquiera un instante dejes de gozar, ignorándola, la grandeza que te pronostican. Piensa en ello y adiós.»

Glámis eres y Cáudor! Lo restante
Tambien se cumplirá; mas desconfío
De tu carácter, por demás repleto
Del lácteo jugo de humanal clemencia,
Para ir por el atajo. Quieres gloria,
Y ambicion no te falta, mas la buscas
De mal exenta. El grande fin que ansías
Por santos medios conseguir quisieras.
No quieres ser traidor; y, sin embargo,
De la traicion te aprovecháras. Quieres,
¡Oh gran Glámis! aquello que nos grita:
«Así se debe hacer para obtenerlo;
Y aunque hacerlo me espanta, no quisiera
Que hecho se deshiciese.»—¡Presto acude!
Mi espíritu yo vierta en tus öidos,
Y, con el brío de mi lengua, azote
Cuanto impida alcanzar esa corona
Que el hado y metafísica influencia
A tus sienes destinan.

Entra un SIRVIENTE.

¿Dí, qué ocurre?

SIRVIENTE. Llega esta noche el Rey.

L. MACB. Pero ¿estás loco?
¿No está con él tū amo? Si así fuese
Para su recepcion nos avisara.

SIRVIENTE. Si tal. Nuestro señor tambien se acerca.
Adelantóse un camarada mío

Que aliento apénas suficiente trajo
Para dar el mensaje.

L. MACB. Que le cuiden;
Trae grandes nuevas. (Váse el Sirviente.)
Su graznido al cuervo
Enronquece, de Dúncan anunciando
La llegada fatal á mi castillo.
¡Oh del pensar espíritus motores!
Llegad vosotros y anulad mi sexo.
Llenadme de los piés á la cabeza
Con colmo de crueldad inextinguible,
Y mi sangre espesad. Cerrad el paso
A los remordimientos: que no lleguen
Ni escrúpulos ni lástimas mundanas
A turbar mi propósito siniestro
Ni entre él y el golpe interponerse puedan.
Acudid y en mis pechos maternales
Trocad la leche en hiel, génios del crímen,
Doquiera que incorpóreos en esencia
Móviles sois de la maldad humana.
Ven, noche oscura, y al tender tu palio
Roba al infierno su humareda espesa,
Y ver no pueda mi fatal cuchilla
La herida que ha de hacer, ni el cielo aparte
Para acechar el manto ennegrecido,
Y, «Detente, detente», vocifere.

Entra MACBÉTH.

¡Gran Glámis! ¡noble Cáudor; más excelso
Por el salve profético que ámbos!
Me trasportó tu escrito á gran distancia
De este oscuro presente; y el futuro
Gozo en este momento.

MACBÉTH. Amada mía,
Dúncan llega esta noche.

L. MACB. ¿Cuándo parte?

MACBÉTH. Mañana, segun dice.

L. MACB. ¡Oh! Jamás verá el sol ese mañana.
Es un libro tu rostro, dueño mïo,
Donde escritos se ven graves sucesos:—
Desmiente lo actüal, y tu apariencia
Cuadre con lo actüal.—La bien venida
Den tu lengua, tus manos y tus ojos.
Sé la inocente flor que oculta al áspid,
Y el asunto tremendo de esta noche
Déjame dirigir, que en lo futuro
Nos dará cada noche y cada dïa
La potestad de régia jerarquïa.

MACBÉTH. Hablarémos.

L. MACB. Alegre quiero verte.
Que de cobardes es trocar su suerte. (Vánse.)

ESCENA VI.

Inverness. Ante el Castillo de Macbéth.

Clarines. — Sirvientes de Macbéth con antorchas. — Entran DÚNCAN, MÁLCOLM, DONALBÁIN, BÁNQUO, LÉNNOX, MACDUFF, ROSS, ANGUS y acompañamiento.

DÚNCAN. Bella es la situacion de este castillo;
Y este céfiro dulce y apacible
Los sentidos alegra.

BÁNQUO. Del verano
El huésped eternal, la golondrina
Que en las iglesias mora, bien demuestra
Con su gentil arquitectura, cómo
Trasciende á amor el hálito del cielo.
No hay ni pilar, ni friso, ni resalto,

Ni ángulo que el ave no aproveche
Con su lecho colgante y fértil cuna.
Es de observar cuán grato es el ambiente
En sitios donde acuden á hacer cria.

DÚNCAN. ¡Ved! ¡ved! ¡Llega la noble castellana!

Entra LADY MACBÉTH.

El amor que nos tienen, con frecuencia
Se aprecia cual amor, y es nuestra cuita.
De aquí vereis, que á Dios rogar os toca
Que á mí me pague los favores vuestros
Y que vuestro trabajo me agradezca.

L. MACB. Todos nuestros esfuerzos duplicados
Y otra vez repetidos, corta cosa
Fueran para pagar tantos favores,
Tanto honor como logra nuestra casa
De vuestra majestad.—Por las mercedes
Pasadas y recientes dignidades
Con que así nos colmais, por vos rezamos.

DÚNCAN. ¿Do está el señor de Cáudor? Le seguimos
De cerca, y el propósito tenía
De anticiparme yo—pero ¡es jinete!
Y su excesivo amor, cuya fineza
Con su aguijon quizás parejas corre,
Ántes de llegar yo, le trajo á casa.
Hermosa y noble castellana, somos
Huéspedes esta noche.

L. MACB. Los criados
De vuestra majestad tienen los suyos.
Ellos mismos lo son y cuanto tienen;
Y siempre en data están de vuestra cuenta,
Como que vuestros son.

DÚNCAN. Dadme la mano:
Conducidme á mi huésped. Gran cariño
Le tengo y en mi gracia fijo yace.
Permitidme, señora. (Vánse.)

ESCENA VII.

Galería en el Castillo de Macbéth.

Clarines y antorchas. — Entran y atraviesan la escena un mayordomo y varios criados con bandejas, etc., y luégo MACBÉTH.

MACBÉTH. Si hecho quedara con hacerse!... ¡pase!
¡Se hiciera pronto!—¡Si al clavar el hierro
El paso se cerrase á las resultas
Y el éxito, cesando, se lograra!
¡Fuera este golpe el todo, el fin de todo!
De aquí, de estos escollos, de cabeza
Me arrojara en el mar de nueva vida.
Mas la razon nos queda en casos tales.
Intransigentes máximas se enseñan
Que, aprendidas, retornan y al maestro
Tormento dan.—La impávida justicia
Hace que apuren nuestros propios labios
De nuestro propio cáliz el veneno.—
Le debo doble fé. Primeramente
Soy su deudo y vasallo, dos motivos
Poderosos: despues, cual huésped, debo
De su asesino defender las puertas,
Y no empuñar yo mismo la cuchilla.
Además, este Dúncan tan humilde
Fué en el poder, tan justo en el gobierno,
Que sus virtudes, ángeles alados,
Publicarán con penetrantes voces
La maldicion del bárbaro asesino.
La compasion, recien-nacido infante,
Cual querubin desnudo, cabalgando
Del aire en los corceles invisibles,

Á todos narrará la horrenda hazaña;
Y acallarán las gentes con su lloro
Al fiero vendaval.—Me aguijonëa
Sólo ambicion de alzarme hasta la cima,
Y me estrello, al saltar, del lado opuesto.

Entra LADY MACBÉTH.

¿Qué ocurre, dí?

L. MACB. Termina ya la cena.
¿Por qué te fuiste?

MACBÉTH. ¿Acaso me ha llamado?

L. MACB. ¿Por ventura, lo ignoras?

MACBÉTH. Adelante
Seguir en esta empresa no es posible.
Me ha colmado de honores, he adquirido
Inmensa fama entre las gentes todas,
Galas brillantes que vestir hoy debo
Y no tan pronto desechar.

L. MACB. ¿Estaba
Ébria, pues, la esperanza que hace poco
Te vestïa?—¿Durmió? ¿Despierta acaso
Y pálida y estúpida, contempla
Lo que supò mirar tan arrogante?
¡Cuánto vale tu amor sé desde ähora!
¿Tienes miedo, quizás, de ser el mismo
En ánimo y en obras que en desëos?
¿Quieres tú lo que aprecias cual la vida,
Y en tu propia opinion vivir cobarde,
Dejando vaya en pos el «No me atrevo»
Del «Lo harïa?» La fábula recuerda
Del gato desgraciado.

MACBÉTH. ¡Por Dios, calla!
Me atrevo á hacer lo que cualquiera hiciere:
Hombre nö es quien hace más.

L. MACB. Pues, díme.
¿Qué fiera de este asunto habló conmigo?

Cuando tú te atrevías, eras hombre.
Para ser más que eres, te atrevías
Á ser tanto más hombre. Te faltaban
El momento, el lugar, y, sin embargo,
Buscarlos procurabas. ¡Hoy te vienen
Á las manos, y el ánimo te quitan! —
He amamantado y sé cuánta ternura
Despierta el tierno infante á quien críamos—
Pues, miéntras me mirara sonriente,
El pezon le arrancara con fiereza
De sus tiernas encías, y sus sesos
Contra el suelo estrellara, si faltase
Á un juramento yo, como tú faltas.

MACBÉTH. ¿Si fracasamos?...

L. MACB. ¡Fracasar nosotros!
Afianza tú de tu valor las tuercas,
Y no fracasaremos. Cuando Dúncan
Duerma,— y al sueño disponerlo debe
De hoy el largo viaje,—á sus dos guardias
Yo saciaré de vinos y licores,
De modo tal, que en ellos la memoria,
Custodio del cerebro, será hümo,
Y del juicio la cárcel mero limbo.
Sueño brutal sus cuerpos saturados
Transformará en cadáveres. ¿Sin guardias
No es fácil disponer á nuestro antojo
De Dúncan ya? ¿Y á sus bëodos jefes
Yo y tú no lograremos que se achaque
Nuestro nefando crímen?

MACBÉTH. Dá varones
Á luz no más: que tu indomable temple
Se preste á concebir hombres tan sólo.
¿No se habrá de crëer cuando con sangre
Manchemos á los ébrios centinelas,
Y usemos sus puñales, que ellos fueron?

L. MACB. ¿Quién osará creerlo de otro modo,
Oyendo nuestros ayes y clamores,
Divulgada su muerte?

MACBÉTH. ¡Decidido
Estoy al fin! y mis potencias todas
Á este tremendo acto se encaminan.
Que en nuestro aspecto nada se trasluzca:
La fementida faz oculte artera
Lo que en el pecho fementido impera. (Vánse.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Inverness. Patio en el Castillo de Macbéth.

Entra BÁNQUO, precedido de FLEANCIO con una antorcha.

BÁNQUO. ¿Que hora tenemos, hijo?
FLEANCIO. El reloj no escuché, pero la luna
Traspuesta va.
BÁNQUO. Se oculta á media noche.
FLEANCIO. Más tarde me parece.
BÁNQUO. Tén la espada.—
Ahorrar parece el cielo; sus candiles
Apagados están.—Tambien tén eso—
Me oprime el sueño con su plúmbea mano;
Mas no quiero dormir.—Dios bondadoso,
Refrena las idëas maldecidas
Que á perturbarme en mi reposo vienen.—
Dame la espada tú.—¿Quién es?

(Entran MACBÉTH y un crïado con una antorcha.)

MACBÉTH. Amigo.

BÁNQUO. ¡Qué! ¿Levantado äún? Ya el Rey descansa.
Alegre como nunca se ha mostrado,
Y encomió sin cesar vuestros obsequios.
Este diamante á vuestra esposa envía,
A la cual llama su gentil patróna.
Gozoso fué á su lecho.

MACBÉTH. Sin aviso,
Se esclavizó la voluntad á faltas
Que salvara tal vez, obrando libre.

BÁNQUO. No ha habido falta que notar.—Anoche
Soñé con las hermanas hechiceras:
Con vos algo veraces se han mostrado.

MACBÉTH. No me preocupan.—En sazon propicia,
Sin embargo, pudiera consagrarse
Un momento á este asunto, si os agrada.

BÁNQUO. Cuando gusteis.

MACBÉTH. Siguiendo mi consejo
Honra obtendreis.

BÁNQUO. Con tal que no la pierda
Tratando de aumentarla, y que respire
Libre mi pecho, y mi lealtad no enturbie,
Lo aceptaré.

MACBÉTH. Pues descansad en tanto.

BÁNQUO. Mil gracias: igualmente.
(Vánse Bánquo y Flëancio.)

MACBÉTH. Vé: dile á tu señora que me llame
Cuando aliste mi copa. Vete al lecho.
(Váse el crïado.)
¿Es un puñal lo que mis ojos miran
Vuelto el puño hácia mí? ¡Ven á mis manos!
No te logro alcanzar aunque te vëo.
¿Eres, fatal vision, sensible sólo
A la vista, no al tacto? O ¿por ventura
Fantástico puñal, creacion mentida
De un cerebro que ardor febril inflama?

Aún te vẽo con forma tan palpable
Cual éste que ahora empuño.
Me indicas el camino que llevaba,
Y el arma misma que esgrimir debía.
¡Burla mis ojos son de otros sentidos
O más que todos valen!—Aún te vẽo.
Y tu cuchilla y puño relucientes
Sangre destilan ya.—¡Mentira todo!
Es el sangriento asunto que se informa
A mis ojos así. Naturaleza
Ahora en un hemisferio desfallece.
Turba sueño nefando á quien cobija
Rico dosel. Dan culto en su aquelarre
A la pálida Hécate las brujas;
Y el homicidio escuálido, al que alarma
Su centinela el lobo carnicero
Aullando horrible alerta, sigiloso,
Con los lascivos pasos de Tarquino
Hácia su objeto cual fantasma cunde.
Tierra fija y segura, que mis pasos
Ni escuches ni adivines, no suceda
Que hasta tus piedras mismas me delaten.
Anula, tú, de la presente hora
El horror que con ella se armoniza.
¡Amenazo y él vive!—Con su aliento
Las palabras enfrían las acciones.
(Suena una campana.)
¡Vamos! ¡Ya es hecho!—Dúncan, que no es-
[cuches
De esa campana él són que á mí me invita,
Y al cielo ó al infierno á tí te cita. (Váse.)

ESCENA II.

Entra LADY MACBÉTH.

L. MACB. Lo que los ha embriagado me da brīo:
Lo que los ha apagado me enardece.
¡Calle! ¡Silencio! Fué el chillar del būho:
De ese austero nocturno centinela
Fué el fatídico alerta.—Ya está en ello.—
Las puertas se hallan francas. Los ŭjieres
Con sus ronquidos de su cargo mofan.
Las drogas que mezclé con su bebida
En ellos hace vacilar luchando
La vida con la muerte.

MACBÉTH. (Dentro.) ¿Quién?—¡Qué!—¡Hŏla!

L. MACB. ¡Oh! temo que, quizás se despertaran;
Y hecho no esté. No el acto, el atentado
Nos perdiera. ¡Silencio!—Los puñales
Yo misma coloqué. Debió de verlos.—
Si al dormir no se hubiera parecido
Á mi padre, lo hiciera yo. Mi esposo...

Vuelve á entrar MACBÉTH.

MACBÉTH. Ya consumado está. ¿Rumor no ŏiste?

L. MACB. Cantar los grillos y roncar al būho.
¿Por ventura no hablaste?

MACBÉTH. ¿Cuándo?

L. MACB. Ahŏra.

MACBÉTH. ¿Al bajar?

L. MACB. Sí.

MACBÉTH. Silencio. ¿En la segunda
Alcoba quién sĕ halla?

L. MACB. Donalbáin.

MACBÉTH. ¡Espectáculo horrendo! (Mirándose las manos.)
L. MACB. ¡Necia idĕa!
¿Por qué horrendo espectáculo lo llamas?
MACBÉTH. Durmiendo el uno sonrĭó y el otro
Gritó «¡Asesino!», y despertaron ámbos.
Inmóvil los miré, pero en seguida
Rezaron, y quedáronse dormidos.
L. MACB. Dos postes son tan sólo.
MACBÉTH. Dijo el uno
« Que nos bendiga Dios », y « Amén » el otro
Con estas manos de verdugo al verme
Su asombro contemplando.—Yo no pude
Repetir el « Amén » cuando dijeron
« Que nos bendiga Dios. »
L. MACB. No así te agites.
MACBÉTH. Mas ¿por qué pronunciar «Amén» no pude?
Necesidad de bendicion tenĭa,
Pero el «Amén» pegóse á mi garganta.
L. MACB. Si damos en pensar en tales cosas
De este modo, perder se puede el juicio.
MACBÉTH. Pensé ŏir una voz que me decĭa:
«Macbeth, no duermas que mataste al sueño.»
Al inocente sueño que entreteje
Del dolor la madeja enmarañada;
La dulce muerte del vivir diario,
Baño reparador de la fatiga
Y bálsamo del alma que padece;
Esa otra existencia que seguimos;
Del festin de la vida el más sabroso
Nutritivo manjar.
L. MACB. ¿Pero qué dices?
MACBÉTH. Pues me gritó «No duermas» en voz alta.
«Glámis al sueño asesinó, por tanto
Cáudor no dormirá, Macbéth tampoco.»
L. MACB. ¿Mas quién eso gritaba?—Dueño mĭo,

No así rebajes tu valor, ni dejes
Que á tu razon el vértigo avasalle.
Vé, procúrate agua.—Lava en ella
De tus manos el súcio testimonio.—
¿De su sitio las dagas á qué quitas?
Allí han de estar.—Vé, llévalas y mancha
Con sangre á los dormidos centinelas.

MACBÉTH. No vuelvo más.—El miedo me estremece
Tan sólo con pensar en lo que hice:
Otra vez á mirarlo, no me atrevo.

L. MACB. ¡Cuán débil eres!—Dame acá las dagas.—
Estatuas son los muertos y dormidos.
Al niño solamente se le asusta
Con la imágen del diablo.—Si da sangre
Yo adornaré la faz de esos sirvientes,
Pues suyo debe aparecer el hecho.
(Váse. Se oyen golpes.)

MACBÉTH. ¿Dónde llaman?—¡Cuál es mi triste estado
Cuando el rumor más leve me horroriza!—
¿Mas qué manos son éstas? ¡Ah! Mis ojos
Arrancar de sus órbitas pretenden.—
¿Podrá tal vez el Océano inmenso
De mis manos lavar toda esta sangre?
¡No! Más bien las inmundas manos mías
Ese mar de esmeralda enrojecieran.

Vuelve á entrar LADY MACBÉTH.

L. MACB. Rojas están mis manos cual las tuyas.
Me avergonzara de tener tan blanco
Cual tú mi corazon. A la portada
(Se oyen golpes.)
Del Sur llamando están.—A nuestra alcoba.
El agua de sospechas nos redima.
¡Cuán fácil esto es!—Tu atrevimiento
Exhausto te ha dejado.—Escucha.—Aún
[llaman.

Ponte el nocturno traje, no descubran
Que hemos estado en vela.—No te engolfes
Así en tus pensamientos.

MACBÉTH. ¡Desearía
No pensar, recordando lo qué hice!
¡Dúncan, oye el rumor! ¡Así pudieras! (Vánse.)

ESCENA III.

(Se oyen golpes.)

Entra un PORTERO.

PORTERO. ¡Vaya un modo de llamar! Fuera uno portero del infierno y gran práctico sería en abrir puertas. Lláma, lláma, lláma. ¿Quién es, por vida de Belzebú? ¿Si será algun labrador que se ha ahorcado porque esperaba abundante cosecha? Lláma, lláma. ¿Quién es, por vida del otro diablo? ¡Vaya! Éste es un prevaricador dispuesto á prestar juramento en cualquier plato de la balanza contra el plato opuesto.—Gran traidor sería por el amor de Dios; pero no pudo prevaricar hasta el punto de entrar en la gloria.—Entra, prevaricador. Lláma, lláma. ¡Vaya! aquí llega un sastre inglés que ha sisado tela de unas bragas francesas.—Entra sastre, calienta aquí tus planchas. Demasiado frío hace aquí para infierno. Ceso en mi cargo de diablo portero. Pensé abrir la puerta á gentes de diversas profesiones que recorren la florida senda de la hoguera eternal. Otra. Otra. Os suplico que os acordeis del portero.
(Abre la puerta.)

Entran MACDUFF y LÉNNOX.

MACDUFF. ¿Tan tarde te has acostado que tan tarde te levantas?

PORTERO. Señor, para decir verdad, estuvimos de fiesta hasta el segundo canto del gallo.

MACDUFF. ¿Está levantado tu amo? Nuestros golpes le han despertado. Aquí llega.

Entra MACBÉTH.

LÉNNOX. Buenos días, señor.
MACBÉTH. Salud á entrambos.
MACDUFF. ¿Ha despertado el Rey?
MACBÉTH. No, todavïa.
MACDUFF. Me ordenó que temprano lo llamara;
Y es tiempo ya.
MACBÉTH. Dejad que yo os conduzca.
MACDUFF. Este trabajo para vos es goce,
Pero es trabajo.
MACBÉTH. Los trabajos gratos
La medicina son de las molestias.
La puerta ved.
MACDUFF. Á penetrar me induce
Mi obligacion. (Váse.)
LÉNNOX. ¿Su majestad hoy parte?
MACBÉTH. Así dejó dispuesto.
LÉNNOX. Tormentosa
La noche ha sido. El viento ha derribado
De nuestro pabellon las chimenëas.
Se oyeron, segun dicen, en el aire
Lamentos y quejidos de agonïa,
Y proféticas voces que anunciaban,
Con acento terrible, destructores
Incendios y sucesos pavorosos
Para el presente mísero incubados.
Se ha escuchado del ave tenebrosa
La voz toda la noche, y otros dicen

Que la tierra, febril se estremecïa.

MACBÉTH. Fiera ha sido la noche.

LÉNNOX. No recuerda
Otra pëor mi juvenil memoria.

Vuelve á entrar MACDUFF.

MACDUFF. ¡Horror! ¡Horror! ¡Horror! ¡Lengua ninguna
Ni corazon te entienda ni te nombre!

MACBÉTH y LÉNNOX. ¿Qué ocurre?

MACDUFF. La traicion ha ejecutado
Hoy sü obra mäestra. El asesino
Sacrílego vilmente hurtó del templo
Consagrado al señor la noble vida.

MACBÉTH. Mas ¿qué decís? ¿La vida?

LÉNNOX. ¿Del monarca?

MACDUFF. Á la alcoba llegad; ¡cegad, mirando
Este gorgóneo horror! Hablar no puedo:
Mirad y hablad despues.
(Vánse Macbéth y Lénnox.)
¡Alerta! ¡Alerta!
¡Á rebato tocad! ¡Traicion! ¡Infamia!
¡Oh Bánquo! ¡Donalbáin! ¡Málcolm! ¡Alerta!
¡Sacudid ese símil de la muerte,
Y ved la muerte misma! ¡Presto! ¡Presto!
¡Mirad su eterna imágen! ¡Málcolm! ¡Bánquo!
El lecho cual si fuese vuestra tumba
Dejad ya, y acercaos, cual fantasmas,
Á contemplar tamaño horror.
(Tocan á rebato.)

Entra LADY MACBÉTH.

L. MACB. ¿Qué ocurre,
Que así se llama con tan fieros gritos
De esta casa á los huéspedes que aún duermen?
Hablad, hablad.

MACDUFF. No á vos ¡oh tierna dama!
Os corresponde el escuchar mis frases;

Repetirlas á oidos femeniles
Asesinato fuera.

Entra BÁNQUO.

¡Bánquo! ¡Bánquo!
Nuestro monarca asesinado ha sido.

L. MACB. ¡Eterno Dios! En nuestra propia casa.

BÁNQUO. ¡Aquí y en donde quiera es espantoso!
Desdícete por Dios; dí que no es cierto.

Vuelven á entrar MACBÉTH y LÉNNOX.

MACBÉTH. Hubiera muerto yo momentos ántes
Y mi existencia bendecir podría.
Mi vida desde hoy perdió su objeto.
Inútil todo es ya. Renombre, gloria,
Han perecido. Del vivir el néctar
Escanciado fué ya. Quedan tan sólo
Las heces en la mísera vasija.

Entran MÁLCOLM y DONALBÁIN.

DONÁLB. ¿Qué es esto?

MACBÉTH. ¿Y eres tú quien lo pregunta?
El principio, la fuente de tu vida
Ya se agotó. Ya se agotó en su orígen.
Tu régio padre asesinado ha sido.

MÁLCOM. ¡Oh! ¿Por quién?

LÉNNOX. Por los guardias de su alcoba
Al parecer. Sus caras y sus manos
Tintas en sangre estaban. Sus puñales,
Aún sin limpiar junto á sus mismos lechos.
Delirantes, miraban asombrados:
Nadie seguro en su presencia estaba.

MACBÉTH. ¡Ah! Mas lamento mi furor que muerte
Me hizo darles.

MACDUFF. ¿Por qué tal cosa hicísteis?

MACBÉTH. ¿Quién puede ser discreto en el asombro?
¿Ni prudencia tener enfurecido?
¿Ó ser leal é indiferente? Nadie

De mi activo cariño la viveza
Atropelló de mi razon la calma.—
Dúncan aquí tendido; bordëando
Su piel de plata su preciosa sangre.
Sus profundas heridas eran brechas
Que á una muerte crüel dieron entrada.
Allí los asesinos, recubiertos
Del color de su oficio. Sus puñales
Brutalmente manchados. ¿Quién podía,
Con corazon amante, y valeroso
Al par para mostrarlo, contenerse?

L. Macb. ¡Ay Dios, de aquí llevadme!

Macduff. Á la Señora
Atended.

Málcolm. (Aparte á Donalbáin.)
¿Y callamos, cuándo muchos
Achacarnos podrán el argumento?

Donalb. (Aparte á Málcolm.)
Lo que se hablara aquí fatal nos fuera.
Partamos: nuestras lágrimas no pueden
Aún fermentar.

Málcolm. (Aparte á Donalbáin.) Ni nuestra pena horrible
Mostrarse en tal premura.

Bánquo. Á la Señora
Atended. (Llévanse á Lady Macbéth.)
Y despues que nos vistamos
Reunirnos fuerzä es; y este sangriento
Süceso investigar con más reposo.
Recelos y temores nos perturban.
Me hallo de Dios en la potente mano;
Desde allí, toda implícita sospecha
De traidora malicia desafío.

Macduff. Y yo tambien.

Todos. Y todos igualmente.

Macbéth. Con diligencia varonil en junta

En el salon nos reuniremos.

TODOS. Sea.

(Vánse todos ménos Málcolm y Donalbáin.)

MÁLCOLM. ¿Qué haces tú? No con ellos concertemos.
Honda pena mostrar nunca sentida
Es arte fácil para el hombre falso.
Yo iré á Inglaterra.

DONALB. Á Irlanda yo; con suerte
Separada vivimos más seguros.
Tórnanse aquí puñales las sonrisas:
Los que la sangre ha unido la derraman.

MÁLCOLM. El asesino proyectil que arrojan
No ha reventado áun, y nos conviene
Burlar su direccion. Montemos presto
Y, sin decir adiós, luégo partamos.
Para abscondernos la razon nos sobra,
Que no hay piedad aquí cuando se cobra.
(Vánse.)

ESCENA IV.

Inverness. Exterior del Castillo de Macbéth.

Entran ROSS y un ANCIANO.

ANCIANO. Setenta años recordar me es fácil,
Y en ese tiempo ví cosas extrañas
Y horas de horror; pero tan triste noche
A todo sobrepuja.

ROSS. Buen anciano,
Ved cómo el cielo amenazante mira
Al trágico escenario de los hombres.
Es día por la hora, mas oprime

La oscura noche al luminar errante.
¿Triunfa la noche, se avergüenza el dia
Que así la oscuridad sepulta al mundo
En vez de que lo bese viva lumbre?

ANCIANO. No es natural, cual natural tampoco
Es el presente caso. Vióse el mártes
A un orgulloso halcon volando altivo
Presa ser de una mísera lechuza.

ROSS. Los caballos de Dúncan, los mejores
De aquella raza, en fieras convertidos
Rompen de pronto sus establos; huyen,
E, inobedientes, guerra le declaran
Al hombre en su furor.

ANCIANO. Se devoraron.

ROSS. Es verdad, con espanto de mis ojos.
Aquí se acerca el buen Macduff. ¿El mundo,

(Entra MACDUFF.)

Amigo, cómo va?

MACDUFF. Ya lo estais viendo.

ROSS. ¿Quién fué el autor de tan terrible hazaña?

MACDUFF. Los que Macbéth mató.

ROSS. Pero ¡Dios mïo!
¿Y qué les iba en ello?

MACDUFF. Sobornados
Por los dos hijos del Monarca fueron.

ROSS. Otrö acto tambien contra natura.
La pródiga ambicion voraz destroza
Aún el propio alimento de su vida.
Pues puede que Macbéth ocupe el trono.

MACDUFF. Rey le nombraron, y á investirse marcha
A Esconia ya.

ROSS. ¿Y el cuerpo del rey Dúncan?

MACDUFF. Lo conducen al Cerro de San Colme,
De sus pasados tumba sacrosanta,
Custodio de sus huesos.

ROSS. ¿Vais á Esconia?
MACDUFF. A Fáife, primo.
ROSS. Pues á Esconia marcho.
MACDUFF. Que bien encaminado vaya todo.
Pero entre tanto, adiós: quizás me agrada
Más que nuevo ropaje, ropa usada.
ROSS. Adiós, Anciano.
ANCIANO. Quien cual vos hiciere
Del mal el bien, y amigo de enemigo,
Lleva de Dios la bendicion consigo. (Vánse.)

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Fóres. Habitacion en el Palacio.

Entra BÁNQUO.

BÁNQUO. ¡Rey por fin eres! ¡Glámis, Cáudor! ¡Todo!
Cual dijeron las brujas, y recelo
Que obraste con traicion para lograrlo.
Pero no ha de quedar en tu familia.
Soy yo quien ha de ser padre de reyes,
Y si es verdad lo que sus labios dicen,
Como, Macbéth, en tí se ha confirmado,
¿Por qué, pues, son contigo tan veraces,
No podrán ser oráculos conmigo,
Y mi ambicion colmar? Silencio. Basta.

Entran MACBÉTH, de rey, LADY MACBÉTH, de reina, LÉNNOX, ROSS, Señores, Damas y acompañamiento.

MACBÉTH. El huésped principal aquí se encuentra.
L. MACB. Si nos faltara en nuestro gran banquete,
Grande fuera el vacío.
MACBÉTH. Á una solemne cena, que esta noche
Hemos de dar, señor, os invitamos.

BÁNQUO. Que vuestra majestad sólo me mande,
Pues se encuentra con lazo indisoluble
Mi voluntad ligada á vos por siempre.

MACBÉTH. ¿Cabalgais esta tarde?

BÁNQUO. Sí: tal pienso.

MACBÉTH. Si no, vuestros consejos reclamara,
Que, en la reunion de hoy, de gran valía
Y sumo alcance fueron. Pero quede
Para mañana. ¿Es léjos el paseo?

BÁNQUO. Señor, hasta la hora de la cena;
Pues si no aviva el paso mi caballo
Á la noche, quizás, prestadas pida
Una ó dos negras horas.

MACBÉTH. No haya excusa.

BÁNQUO. No faltaré, señor.

MACBÉTH. Segun me dicen,
En Irlanda mis deudos sanguinarios
Ó en Inglaterra están. Y ni confiesan
Su crüel parricidio, mas propalan
Extrañas invenciones. De este asunto
Mañana hemos de hablar, cuando, reunidos,
Otros graves negocios resolvamos.
¡Ahora á caballo, adiós! Hasta la noche.
¿Flëancio va con vos?

BÁNQUO. Conmigo viene;
Y es tiempo ya.

MACBÉTH. Seguros y ligeros
Vuestros caballos sëan, Dios os guarde.
(Váse Bánquo.)
Que cada cual disponga á su capricho
Del tiempo que le resta hasta las siete.
Para apreciar la amena compañía
Al cenar, entre tanto, quedo solo.
Id, señores, con Dios. Hasta más tarde.
(Vánse todos ménos Macbéth y un sirviente.)

¡Escucha, tú! ¿Me esperan esos hombres?

Sirviente. Sí, señor. Á las puertas de Palacio.

Macbéth. Que entren aquí.

(Váse el sirviente.)

Ser lo que soy es nada
Sin la seguridad. En Bánquo vëo
Amenaza constante; y es temible
Esa régia altivez que le domina.
Es audaz; y á su intrépido carácter
Auna el talento, que al valor induce
Con prevision á obrar. Temo su audacia;
Y mi genio ante él se ve humillado,
Cual humillado estaba Marco Antonio
Ante César. El fué quien á las brujas
Increpó que cual rey me saludaban,
Y hablar les ordenó; y entónces ellas
Con profética voz «Padre de reyes»
Al saludarlo le llamaron. Ponen
En mi frente infructífera corona,
Y me dan á empuñar estéril cetro,
Que debe arrebatarme mano extraña
Con mengua de mis hijos. Si tal fuera,
De Bánquo trabajé por la progenie.
La muerte al noble Dúncan dí por ellos,
Y el cáliz de mi paz por ellos sólo
Llené de hiel. La joya de mi vida,
Al diablo vendo para hacerlos reyes.
¡Hacer reyes de Bánquo á los retoños!
Antes, fatalidad, entra en la lidia,
Y sé mi campëon en este juicio.
¿Quién?

(Vuelve á entrar el sirviente con dos ASESINOS.)

En la puerta espera hasta que llame.

(Váse el sirviente.)

Ayer hablamos.

ASES. 1.° Sí, señor.
MACBÉTH. ¡Ahöra!
¿Habeis tomado en cuenta lo que os dije?
Por él y no por mí, como pensásteis,
En el pasado os vísteis oprimidos.
En la entrevista que tuvimos, puse
Tambien de manifiesto de qué modo
Él os supo explotar, cómo burlaros,
Quiénes fueron sus cómplices; y, en suma,
Quedó el asunto claro lo bastante
Para que el más estúpido ó demente
Exclamara: «Fué Bánquo.»
ASES. 1.° Tal hicísteis.
MACBÉTH. Tal hice y hago más; porque el objeto
Sabreis de esta entrevista. ¿La paciencia
De tal modo en vosotros predomina
Que lo tolerareis?—¿El Evangelio
Os obliga á rezar por esë hombre
Tan excelente y por su raza entera,
Cuando con dura mano hácia el sepulcro
Os lleva para siempre empobrecidos?
ASES. 1.° Hombres somos, señor.
MACBÉTH. Sí tal, sois hombres,
Cual reza del catálogo que perros
Son los galgos, podencos y lebreles,
Perdigueros, sabuesos y mastines,
Perros de agua y de presa. Se distinguen,
No obstante, en ser activos, ó pausados,
Por su astucia, cual guardas ó en la caza;
En consonancia justa con los dones
Que entre ellos repartió naturaleza;
Y, por eso, se agrega á cada uno
Distintivo especial en esa clase
En que con nombre igual se los denota.
Tal pasa con los hombres; y, por tanto,

Si el ínfimo lugar en esa serie
Humana no ocupais, luégo decidlo.
Empresa he de sembrar en vuestros pechos
Que de esos enemigos os redima,
Y á nuestro corazon os encadene;
Pues con su vida mi salud se gasta,
Y perfecta seria con su muerte.

ASES. 2.º De esos soy yo, señor, á quien el mundo
Con azares y golpes de tal modo
Ofendiera, que haria cualquier cosa
Para ofender al mundo.

ASES. 1.º Yo lo mismo.
Tan harto de desastres y de luchas,
Que mi vida en cualquier albur jugara
Para enmendarla ó darle fin.

MACBÉTH. Pues, Bánquo,
Ya os dije yo, que es enemigo vuestro.

ASES. 2.º Es muy cierto, señor.

MACBÉTH. Tambien lo es mio.
Y en tan sangrienta inmediacion, que hiere
Cada minuto de su sér mi vida.
Y aunque pudiera, porque así me cuadra,
Barrerlo de mi vista sin reparo,
No quiero hacerlo; porque amigos suyos,
Que mios son al par, y me conviene
No perder, tal accion lamentarian.
Por esto yo reclamo vuestro auxilio,
Para velar del público el asunto,
Cual veis por circunstancias poderosas.

ASES. 2.º Lo que ordeneis, señor, habrá de hacerse.

ASES. 1.º Aunque cueste la vida.

MACBÉTH. Claro luce
El ánimo en vosotros. Sin tardanza
Os tengo de avisar donde apostaros.
Noticias claras os daré del sitio,

Y del momento justo; porque debe
En esta misma noche ejecutarse.
Y léjos del Palacio; pues, ya os dije,
Que es preciso que á mí nadie me inculpe.
Ni dejareis señal ni rastro alguno.
Va Flëancio, sü hijo, en su compaña;
Y, como la del padre, me interesa
Su desaparicion; por tanto, sufra
Tambien la suerte del fatal momento.
Resolved solos, volveré más tarde.

LOS 2 ASES. Ya, señor, resolvimos.

MACBÉTH. Sin demora
Vendré á veros. Entrad. ¡Está acabado!
(Vánse los asesinos.)
Si tu alma, Bánquo, se encamina al cielo,
Esta noche ó jamás remonte el vuelo.

ESCENA II.

Otra habitacion en el Palacio.

Entran LADY MACBÉTH y un SIRVIENTE.

L. MACB. ¿Está Bánquo en la Corte?

SIRVIENTE. No, señora;
Pero vuelve esta tarde.

L. MACB. Breve rato
Dí que al Rey quiero hablar.

SIRVIENTE. Sereis servida.

L. MACB. Nada se obtiene: todo se malogra
Si nuestro anhelo sin placer se logra.
La paz de nuestras víctimas reemplace

Al falso goce que del crímen nace.

Entra MACBÉTH.

Dueño mío, ¿por qué tan solitario,
De tristes pensamientos en compaña,
Y acosado de idēas que debieron
Morir con los sucesos que recuerdan?
Hecho quede lŏ hecho.

MACBÉTH. Sólo herimos:
No logramos matar á la serpiente.
Á la lid volverá miéntras incautos
De sus dientes estemos al alcance.
Desquíciese la tierra y arda el mundo
Antes que en tal terror pruebe alimento,
Antes que duerma entre el nocturno espanto
De estos hórridos sueños que me acosan.
Más me valiera estar con los difuntos
Á quienes muerte dí para ensalzarme,
Que yacer en el lecho del tormento
Del éxtasis convulso de mi mente.
Dúncan en su sepulcro ya tranquilo
Duerme acabada su febril carrera.
Ya la traicion no teme, ni puñales,
Ni venenos, ni guerras, ni discordias;
Nada le alcanza.

L. MACB. Dulce dueño, vamos:
Ese ceño desruga, y esta noche
Que alegre nuestros huéspedes te vēan.

MACBÉTH. Sí tal. Y á tí tambien, querida mïa;
Acuérdate de Bánquo solamente:
Halágalo con ojos y palabras:
Aún no estamos seguros; y, entre tanto,
Es fuerza que lă honra en los arroyos
De la servil adulacion se lave:
Que nuestros rostros máscaras se tornen
Para ocultar al corazon.

L. MACB. ¡Oh, cesa!
MACBÉTH. Sierpes sin fin mi espíritu devoran,
¡Oh dulce esposa mia! Bánquo vive,
Y Flëancio tambien.
L. MACB. No son eternos.
MACBÉTH. Eso, consuelö es.—Son vulnerables.
Alégrate: no bien su claustro deje
El murciélago vil, ó el monótono
Zumbido del inmundo escarabajo
Dé el somnífero toque de la noche,
Acto tremendo ejecutarse debe.
L. MACB. ¿Qué se va á hacer?
MACBÉTH. Ignóralo, paloma,
Hasta aplaudirlo.—Ven, noche que ciega.
Cubre los ojos al clemente dia,
Y tu mano sangrienta é invisible
Cancele y rompa la hipoteca infausta
Que më hace temblar. La luz se espesa,
Y vuela el cuervo al bosque donde anida;
Las bellezas del dia desfallecen;
Y de la noche los agentes negros
Al botin se abalanzan.—¡Estas frases
Te asombran! ¡Calla! Á lo que mal empieza
Sólo el crímen dar puede fortaleza.
Así, pues, ven conmigo.

ESCENA III.

Un parque con una entrada que conduce al Palacio.

Entran tres ASESINOS.

ASES. 1.° ¿Quién te mandó venir?
ASES. 3.° Macbéth.
ASES. 2.° No es justo

Que de él vayamos á dudar, pues sabe
Nuestra mision; y á lo que hacer debemos
Nos encamina.

Ases. 1.° Quédese en buen hora.
Aún vacila la luz en Occidente.
Ya espolëa el viajero su caballo
Para alcanzar posada.—Ya se acercan
Los que esperamos.

Ases. 3.° Suenan herraduras.

Bánquo. ¡Hola! ¡una luz! (Dentro.)

Ases. 2.° Él es. Los que le aguardan
En la explanada están.

Ases. 1.° Y los caballos
Se llevan.

Ases. 3.° Á distancia de una milla.
Pero él, generalmente, como todos,
A pié de aquí á Palacio se dirige.

Bánquo. ¡Una luz! ¡una luz!

Ases. 3.° Él es.

Ases. 1.° Espera.

Entran BÁNQUO y FLËANCIO y un crïado con antorcha.

Bánquo. Pues esta noche lloverá.

Ases. 1.° ¡Que caiga!
(Hiere á Bánquo.)

Bánquo. Traicion. Huye, hijo mïŏ, huyë, huye:
Quizás puedas vengarme.—¡Vil esclavo!
(Muere. Flëancio huye.)

Ases. 3.° ¿Quién apagó la luz?

Ases. 1.° ¿No fué bien hecho?

Ases. 3.° Uno sólo cayó. Fugóse el hijo.

Ases. 2.° Una mitad perdemos del negocio.

Ases. 1.° Vamos á referir lo que ha pasado.

ESCENA IV.

Estrado en el Palacio.— Un banquete.

Entran **MACBÉTH, LADY MACBÉTH, ROSS, LÉNNOX, SEÑORES** y acompañamiento.

MACBÉTH. Vuestros rangos sabeis. Tomad asiento.
A todos doy la bienvenida.
SEÑORES. Gracias.
MACBÉTH. A vosotros unido, del banquete
Los honores haré. La Reina nuestra
Ocupe el trono; mas vendrá el momento
En que hemos de pedir su bienvenida.
L. MACB. Por mí dadla, señor, á estos amigos.
Cordialmente, señores, os saludo.
MACBÉTH. Ved: con el corazon os lo agradecen.
(Aparte á Lady Macbéth.)
Iguales ambos lados.—Yo en el centro.
(Aparece el ASESINO primero á la puerta.)
Regocijãos. Beberemos juntos
Un trago en derredor.—Está manchada
Tu faz de sangre. (Al asesino.)
ASES. 1.° Pues será de Bánquo.
MACBÉTH. Mejor tú con la de él, que él con la tuya.
¿Se despachó?
ASES. 1.° Ya dellogado queda.
Esõ hice, señor.
MACBÉTH. Pues te titulo
Degollador insigne; y, excelente
Es tambien quien tal hizo con Flëancio:
Si es que lo hiciste tú, sin par te nombro.

ASES. 1.° Señor, el hijo se escapó.

MACBÉTH. Pues vuelven
Mis zozobras: si no, feliz yo fuera;
Duro cual mármol, firme como roca,
Libre y sin trabas como el aire ambiente.
Cercado, restringido, confinado,
Limitado por dudas y temores,
En cambio estoy. Mas ¿Bánquo está seguro?

ASES. 1.° ¡Ah! Sí, señor. Seguro en hondo foso;
Y veinte heridas tiene en la cabeza,
Que la menor su muerte causaría.

MACBÉTH. Gracias por eso. La serpiente ahí yace;
El prófugo gusano, con el tiempo,
Podrá criar veneno. Por ähora
Dientes no tiene. Véte. Hasta mañana.
Que otra vez nos veremos.
(Váse el asesino.)

L. MACB. Dueño mío,
No animas el festin, que desfallece
Si tu voz no lo alegra. Miéntras dura
Plácemes se han de öir; si no, más vale
En familia yantar. Los agasajos
La salsa deben ser de los banquetes,
Que sin ellos insípidos serían.

MACBÉTH. ¡Dulce Mentor! Del apetito hoy sëa
La buena digestion, la sierva humilde,
Y de ámbos la salud.

LÉNNOX. Señor, sentäos.

MACBÉTH. La honra aquí del päís se cobijara
Si el dignísimo Bánquo no faltase,
Á quien quiero culpar de negligente,
Y no compadecer por contratiempo.

Entra la sombra de Bánquo y se sienta en el sillon de Macbéth.

LÉNNOX. Á su tardanza su promesa inculpa.
Que vuestra majestad se sirva honrarnos

Con su real compaña.

MACBÉTH. No hallo sitio.

LÉNNOX. Aquí, señor, teneis el vuestro.

MACBÉTH. ¿Dónde?

LÉNNOX. Aquí, señor.—Mas ¿qué es lo que os agita?

MACBÉTH. ¿Quién de vosotros es quien esto hizo?

LÉNNOX. ¿Qué, señor?

MACBÉTH. No direis que yo lo hice.—
No me mires moviendo tus cabellos
Empapados en sangre.

ROSS. Alzáos, que indispuesto el Rey se halla.

L. MACB. No tal, sentáos. Á mi esposo, amigos,
Esto suele ocurrir desde muy jóven.
Permaneced sentados. Os lo ruego.
Es momentáneo el trance, y ahora mismo
Le pasará. Si en él haceis reparo
Le ofendereis, y aumentará su angustia.
Comed, no le hagais caso.—¿Y eres hombre?
(Aparte á Macbéth.)

MACBÉTH. Y un valiente, pues miro cara á cara
Lo que al mismo Satán espantaría.

L. MACB. ¡Brava sandez! ¡Del miedo son creaciones!
Es el puñal aéreo que dijiste
Que á Dúncan te guió.—Tales salidas
Y sobresaltos tu pavor delatan,
Y cuadrarían á raiz de un cuento
Que, al amor de la lumbre, tosca jóven
Narrara con permiso de su abuela.
¡Qué vergüenza! ¿Qué gestos son los tuyos?
¡Acaba! y tu sillon verás tan sólo.

MACBÉTH. No tal. Mira. Contempla. ¿Lo estás viendo?
¿Y ahora qué dices? Pero ¡qué me importa!
Menéas la cabeza. Pues bien, habla.
Si las tumbas y osarios nos devuelven
Lo que enterramos, los Palacios sean

Comederos de buitres. (Váse el fantasma.)

L. MACB. Pero díme,
¿Tan de remate estás?

MACBÉTH. ¡Por vida mía!
Te juro que lo he visto.

L. MACB. ¡Qué vergüenza!

MACBÉTH. Antes de ahora derramóse sangre:
En los remotos tiempos, cuando al mundo
Aún no purgaban saludables leyes.
Y aun crímenes despues se cometieron
Cuyo relato espanta. Pero entónces
Los hombres cuyos sesos se saltaban
Morían y no más. Pero ahora vuelven,
Y de nuestros sillones nos arrojan.
¡Es esto aún más extraño que mi crímen!

L. MACB. Tus amigos, señor, te echan de ménos.

MACBÉTH. Me olvidé. Nobilísimos amigos,
No os ocupeis en mí. Quien me conoce
Ni advierte mi dolencia extraordinaria.
¡Vamos! ¡Salud y mi amistad á todos!
¡Siéntome, pues! Llenad con colmo el vaso.
Brindo por el contento del concurso,
Y á la salud de Bánquo, nuestro amigo,
Que nos falta. ¡Pluguiera á Dios llegase!
Por vosotros, por él. Brindo por todo.
Para todos.

(Vuelve á aparecer la sombra de Bánquo.)

SEÑORES. Es nuestro vuestro bríndis.

MACBÉTH. ¡Atrás! Huye de mí. Que te confunda
La tierra. Están sin tuétano tus huesos.
Helada está tu sangre; no se fija
La imágen en tus ojos relucientes.

L. MACB. Es, señores, su ataque conocido;
No es otra cosa, mas la fiesta enturbia.

MACBÉTH. Me atrevo á hacer lo que haga el más valiente.

Ven cual oso feroz, cual formidable
Rinoceronte, ó tigre de la Hircania,
Y en cualquier otra forma ménos esa
No temblarán mis nervios impasibles.
Ó vive nuevamente, y al desierto
Cítame con tu espada; si á encontrarte
Trémulo acaso voy, de una nodriza
Proclámame la cria. ¡Fiera sombra!
¡Atrás: atrás, quimérico fantasma!
(Desaparece el fantasma.)
¿Te vas? Pues, ido, torno nuevamente
Á ser hombre.—Sentäos. Yo os lo ruego.

L. MACB. Has aguado la fiesta, y fin pusiste
Á la reunion con tu demencia extraña.

MACBÉTH. ¿Cómo es posible que esto sobrevenga,
Cual tormentosa nube de verano,
Sin causar nuestro asombro? Mas ähora
Aún de mí propio dudo, cuando miro
Que podeis contemplar tales visiones
Conservando el carmin de las mejillas,
Miéntras las mïas emblanquece el miedo.

ROSS. ¿Qué visiones, señor?

L. MACB. Callad, suplico.
Crece su mal. La discusion le ofende.
A separarnos, pues. Que no os detenga
La etiqueta al partir; mas idos presto.

LÉNNOX. Felices noches, y que obtenga alivio
Su majestad.

L. MACB. Á todos buenas noches.
(Vánse todos ménos Macbéth y Lady Macbéth.)

MACBÉTH. ¡Sangre pide! La sangre sangre pide,
Así dicen. Las piedras se movieron:
Los árboles hablaron al influjo
De un augur ó por causas naturales.
Por medio de una urraca, ó cuervo, ó grajo

Hallóse al asesino más oculto.
Y ¿cómo va la noche?

L. MACB. Con el dia
Luchando está.

MACBÉTH. Mi autoridad rehusa
Macduff obedecer; ¿qué te parece?

L. MACB. ¿Le llamaste?

MACBÉTH. Por otro lo he sabido.
Mas le voy á llamar. No existe uno
En cuya casa no mantenga espïas.
Iré mañana á ver, iré temprano,
Á las hermanas hechiceras. Quiero
Saber ya más, y averiguar es fuerza
El mal por malos medios. Cuanto existe,
En mi provecho doblegarse debe.
Vasto lago de sangre me circunda,
Y ya de sus orillas tan distante,
Es lo mismo el volver que el ir avante.
Vaya á mis manos lo que al alma agita.
Obrar sin discutir se necesita.

L. MACB. La sal te falta de la vida.—Sueño.

MACBÉTH. Durmamos, pues.—Procede como iluso
Mi pánico novel, falto de uso.
¡Jóven aún es mi crímen! (Vánse.)

ESCENA V.

Truenos.—La dehesa.

Entran las tres BRUJAS al encuentro de HÉCATE.

BRUJA 1.ª Tu ceño indica, Hécate, tu enojo.

HÉCATE. ¿Y acaso sin razon, impertinentes
Viejas audaces? ¿Cómo á vuestro antojo

Traficais en enigmas y en mortales
Asuntos con Macbéth, dispensadora
Yo de vuestro poder, de humanos males
Yo la única autora;
Sin contar con mi ayuda necesaria
Al brillar nuestra ciencia extraordinaria?
¡Y es lo grave que hicísteis todo esto
Por un sér ambicioso y vengativo
Que nada os agradece, por supuesto,
Y sólo en su ambicion halla incentivo!
Más juicio en lo futuro;
Y, ántes que el sol colore el horizonte,
Venid á las cavernas de Aqueronte.
Ni falte ampolla, encanto, ni conjuro,
Ni objeto, ó cosa alguna.
¡Ahora á los aires! que esta noche es fuerza
Que acto mortal y pavoroso ejerza.
¡Ardua mi empresa es! que de la luna
Pende túrgida gota vaporosa
Que he de coger, ántes que caiga, hoy mismo.
Mi magia poderosa
Al destilarla, genios tan arteros
Evocará, que hácia el profundo abismo
Irá tras sus engaños lisonjeros.
Mofará de su suerte,
Despreciará la muerte;
Y ha de ser más potente su esperanza
Que su fe, sus recelos ó su juicio;
Y sabeis que excesiva confianza
A los hombres conduce al precipicio.

UNA VOZ DENTRO. Venid, venid, venid.

HÉCATE. Mi lindo genio ya me llama, oid;
En esa nube vaporosa está. (Váse.)

BRUJA 1.ª Vámonos, pues, que presto volverá. (Vánse.)

ESCENA VI.

Fóres.—Habitacion en el Palacio.

Entran **LÉNNOX** y un **SEÑOR**.

LÉNNOX. Hiere vuestra razon lo que ántes dije.
Pues id algo más léjos.—Digo sólo
Que es raro lo ocurrido.—Condolióse
Macbéth del pobre Dúncan.—¡Muerto estaba!
Muy tarde salió Bánquo de paseo;
Y me direis que lo mató su hijo,
Pues huyó.—¡Quién de noche así pasea!
¿Quién no dirá que fué contra natura
De Donalbáin y Málcolm el horrendo
Parricidio?—¡Fué hazaña monstrüosa!
¡Cuál contristó á Macbéth! ¿En aquel punto
No hizo pedazos á los dos culpables,
Que el sueño y la bebida esclavizaban,
Lleno de honrada indignacion? Decidme:
¿No obró con gran lealtad?—Y con talento.
¿A qué pecho no hubiera enardecido
Oir que lo negaban? Por lo tanto
Se condujo muy bien; y me presumo
Que si bajo su llave se encontraran
(Lo que no será fácil si Dios quiere)
Los dos hijos de Dúncan, ya verían
Lo que es matar á un padre. Pues lo propio
Viera el hijo de Bánquo.—Pero, basta,
Pues sé que por charlar y sustraerse
Del festin del tirano, Macduff vive
Hoy en desgracia. ¿Me podeis acaso

Decir dónde se encuentra?

SEÑOR. El heredero
De Dúncan, de quien roba el patrimonio
Este tirano, en Inglaterra vive,
Y Eduardo el Pío tan gentil le acata,
Que la fiereza de su aciaga suerte
Allí no pudo mancillar su brillo.
Macduff, del Santo Rey marcha á la córte,
A impetrar que al valiente duque Suardo
En nuestra causa interesar consiga.
Con su auxilio (que el Dios de las alturas
Sancionará) podremos nuevamente
Vivir seguros y dormir tranquilos,
Exentos del puñal nuestros festines;
Mostrar lealtad, y vernos respetados,
Universal anhelo. — Tales nuevas
Al Rey exasperaron de tal modo
Que á declarar la guerra se dispone.

LÉNNOX. ¿Mas no llamó á Macduff?

SEÑOR. Así lo hizo
Mas con un seco «No, señor» responde;
Y, ya vuelta la espalda al mensajero,
Entre dientes parece murmuraba:
«Ya os pesará que á daros tal respuesta
Mi posicion me obligue.»

LÉNNOX. Y esto, acaso
Cautela le aconseje, y que á distancia
Conveniente se ponga.—Un ángel bueno
Vuele á Inglaterra, y ántes que retorne
De allí Macduff, divulgue cuanto ocurre;
Y pronta bendicion de nuevo alegre
A esta patria infeliz que mano infame
Osa oprimir!

SEÑOR. ¡Que él lleve mis plegarias!

(Vánse).

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

Una caverna oscura. En el centro una caldera que hierve.—Truenos.

Entran las tres BRUJAS.

BRUJA 1.ª El gato atigrado tres veces mayó.
BRUJA 2.ª Tres veces y üna quejóse el erizo.
BRUJA 3.ª La arpía avisó
Que empieza el hechizo.
BRUJA 1.ª En torno del cazo veloces giremos
Y en él las infectas entrañas echemos.
El sapo que en frígida peña dormía
Y un mes incesante logró destilar
Activo veneno de noche y de día
En esta encantada caldera he de echar.
TODAS. Redoblen, redoblen trabajo y esmero:
Que el fuego se avive, que hierva el caldero.
BRUJA 2.ª De víbora astuta echemos la piel:
Que hierva en el cazo, cociéndose en él.
Ahí va de nocturno murciélago lana,
Lengua de sabueso, dardo de escorpion,
Ojo de lagarto, músculo de rana,

Ala de lechuza, de aspid aguijon.
Mágia poderosa tengan estos dones.
Bódrio del infierno, hierve á borbollones.

TODAS. Redoblen, redoblen trabajo y esmero:
Que el fuego se avive, que hierva el caldero.

BRUJA 3.ª Colmillo de lobo, y momia de hada,
Escama brillante de fiero dragon,
Enorme garguero y fauce inflamada
Que ostenta en los mares voraz tiburon.
El bazo de aleve blasfemo judío,
Cicuta cogida sin luz de raiz,
La hiel concentrada de macho cabrío,
De un tártaro labios, de un turco nariz.
Las hojas de abetò, que luna eclipsada
Con luz indecisa de plata vistió,
El dedo de un niño que madre malvada
Ahogado en un foso profundo dejó.
El caldo con esto que espese y que cuaje,
Y, unido al brebaje
Que ya se formó,
Inmundo intestino de tigre salvaje.

TODAS. Redoblen, redoblen trabajo y esmero:
Que el fuego se avive, que hierva el caldero.

BRUJA 2.ª Podeis enfriarlo con sangre de mona,
Que así del hechizo la fuerza se abona.

Entra HÉCATE.

HÉCATE. Aplaudo tal celo, trabajo y constancia;
Tendrá cada una su justa ganancia.
Y, cual hadas diligentes,
Girando en torno, cantad;
Y los varios ingredientes
De la caldera hechizad.

BRUJA 2.ª Ya mis pulgares embota
Comezon que me denota
Que se aproxima el infame.

Quedad, puertas,
Luégo abiertas
A quien llame.

Entra MACBÉTH.

MACBÉTH. Siniestras, cáutas, tenebrosas brujas;
¿Qué haceis? decid.
TODAS. Hazaña innominada.
MACBÉTH. Pues os conjuro yo por esa ciencia
Que alcanzais no sé cómo á responderme:
Aunque los aires desatados luchen
Contra los templos, aunque el mar airado
Azote y trague cuanto en él confía,
Aunque el trigo espigado se revuelque,
Y de cuajo los árboles se arranquen,
Aunque caigan los fuertes torreones
Y á sus dueños confundan, aunque inclinen
Pirámides y alcázares sus frentes
Hasta el suelo tocar, aunque el tesoro
De los diversos gérmenes del mundo,
En espantosa confusion perezca;
Á las preguntas responded que os haga.
BRUJA 1.ª Decid, pues.
BRUJA 2.ª Preguntad.
BRUJA 3.ª Responderemos.
BRUJA 1.ª ¿Las respuestas quereis de nuestra boca,
Ó preferís que os hablen nuestros amos?
MACBÉTH. Llamadlos; que los vea.
BRUJA 1.ª De guarro, que aburre su propia camada
De nueve lechones, la sangre verted.
Con grasa de ignoble cadalso exudada
La llama acreced.
TODAS. Venid, genios nobles y humildes, venid:
Lucid vuestro ingenio, y el arte lucid.

(Truenos. Aparece la sombra de una cabeza armada.)

MACBÉTH. Háblame tú, poder desconocido.

BRUJA 1.ª Sabrá cuanto penséis.
Su palabra escuchad, mas no le habléis.
APARICION. Guárdate de Macduff, Macbéth, Macbéth.
Guárdate. Despedidme de una vez.
(Desaparece.)
MACBÉTH. Quien quiera fueres, tu consejo adopto.
Las cuerdas, tú, de mi temor heriste.
Mas oye.
BRUJA 1.ª Vuestras órdenes no escucha.
Otro más poderoso se aproxima.
(Truenos. Aparece la sombra de un niño ensangrentado.)
APARICION. Macbéth, Macbéth, Macbéth.
MACBÉTH. Te escucho con öidos triplicados.
APARICION. Sé sanguinario, firme y atrevido,
Que sér ninguno de mujer nacido
Humillará á Macbéth. (Desaparece.)
MACBÉTH. Pues vive tú, Macduff, ¿á qué temerte?
Mas para asegurar aún lo seguro,
Y una hipoteca conseguir del hado,
No vivirás, y así diré que miente
Del miedo vil el pálido fantasma,
Y dormiré miéntras retumbe el trueno.
(Truenos. Aparece la sombra de un niño coronado con un árbol en la mano.)
¿Quién cual hijo de Reyes se levanta,
Y, á sus sienes de niño, ciñe ufano
La diadema rëal?
TODAS. Öid, no habléis.
APARICION. Ten brío de leon, ten arrogancia:
Ni te preocupe queja ni lamento,
Ni des á los rebeldes importancia;
Que invencible es Macbéth hasta el momento
Que vaya de Birnam contra él la selva
Y á Dunsinania su verdor envuelva.
MACBÉTH. ¡Jamás eso será! Que ¿á quién es dado
Movilizar el bosque, ni ha podido

Hacer viajar al árbol arraigado?
Gratos augurios, vedme agradecido.
Rebelion, tu cabeza no levantes
Hasta que el bosque de Birnam se anime,
Que, al cumplir de su vida los instantes,
De otro tributo así Macbéth se exime
Que el de pagar la deuda, que en su día
Nadie eximirse de pagar podría.
Mas decid, si á esto alcanza vuestra ciencia,
Ánsia mi corazon averiguarlo:
¿De Bánquo reinará la descendencia?

TODAS. Inútil es que intentes indagarlo.

MACBÉTH. Decidlo de una vez.—Yo os lo requiero;
Ú os he de maldecir ciego de ira...
¿Por qué hundirse contemplo ese caldero?
¿Qué ruido es éste? (Música.)

BRUJA 1.ª Mira.

BRUJA 2.ª Mira.

BRUJA 3.ª Mira.

TODAS. Su corazon, sus ojos afligid.
Sombras, llegad y rápidas partid.

(Aparecen ocho reyes que pasan en procesion. El último con un espejo en la mano. Bánquo los sigue.)

MACBÉTH. Por demás á la sombra te asemejas
De Bánquo.—Huye de mí, que tu corona
Quemando está mis ojos.—¡Tus cabellos,
Que áurea diadema ciñen igualmente,
Con la primer vision parejas corren!
¡El tercero tambien!—Infames brujas,
¿Por qué me haceis ver esto?—¡Y áun el cuarto!
¡Vaciáos, ojos, ya!—¿Pero esta série
Se ha de extender hasta que el mundo estalle?—
¡Otro!—¡El séptimo es éste!—Cegar quiero,

Mas el octavo llega, y otros tantos
En un espejo á contemplar me obliga.
Y algunos hay que ostentan orgullosos
Dos mundos, triples cetros. Vista horrenda,
Comprendo ya que realidades miro;
Que el desangrado Bánquo se sonrie,
Y me indica que son de su linaje.
¿Verdad es esto?—Responded vosotras.

BRUJA 1.ª Aunque es la verdad,
Macbéth, ¿por qué causa denotas espanto?
Su espíritu, hermanas, con mágico encanto
Venid y alegrad.
Del aire que hechizo resuena ya el canto;
En mística danza vosotras en tanto
Veloces girad,
Y al rey poderoso vereis complacido
Del pleito homenaje que le hémos rendido.

(Música. Las Brujas bailan y luégo se desvanecen.)

MACBÉTH. ¿En dónde están? Huyeron.—¡Está hora
Maldiga el calendario eternamente!—
¡Hola! podeis entrar.

(Entra LÉNNOX.)

LÉNNOX. Señor, ¿qué ocurre?

MACBÉTH. ¿A las Brujas hermanas no habeis visto?

LÉNNOX. No, señor.

MACBÉTH. ¿Vuestro puesto no cruzaron?

LÉNNOX. No tal, señor.

MACBÉTH. Que se corrompa el aire
Donde cabalgan, y maldito sëa
Quien confianza en ellas deposite.
Herraduras ŏí: ¿quiénes pasaban?

LÉNNOX. Dos ó tres que las nuevas han trăido
De que Macduff hácia Inglaterră huye.

MACBÉTH. ¿Hácia Inglaterra?

LÉNNOX. Así lo aseguraron.

Macbéth. ¡Oh tiempo! A mis empresas te anticipas.
Los actos al propósito no alcanzan
Si unidos no caminan.—Desde ăhora
Serán de mis intentos las primicias
Primicias de mis manos. De hoy más sĕa
Pensar y ejecutar. Actos coronen
Mis pensamientos. Debo apoderarme
De Fáife y sorprender debo el castillo
De Macduff, y á sus hijos y á su esposa,
Y á todo su linaje desgraciado
Pasar debo á cuchillo sin tardanza.
Puede enfriarse mi intencion más tarde.
¡A hacerlo, no se torne en necio alarde!
Mas de visiones basta. Conducidme
Al sitio donde estén esos señores. (Vánse.)

ESCENA II.

Habitacion en el Castillo de Macduff.

Entran **LADY MACDUFF**, su **HIJO** y **ROSS**.

L. Macd. ¿Qué motivó su repentina fuga?
Ross. Señora, tened calma.
L. Macd. ¿Y él la tuvo?
Demencia fué el hüir, pero en traidores
Si las acciones no, nos torna el miedo.
Ross. No sabeis si fué miedo ó fué prudencia.
L. Macd. ¿Prudencia abandonar mujer é hijos,
Su palacio, su honor, dejarlo todo
Aquí de donde él huye?—No nos ama.
La ingénita ternura desconoce.
Sin temor hace frente á la lechuza

El pobre «reyezuelo», entre las aves
La más pequeña, si en su nido hay cría.
Hay sobra de temor y amor ninguno,
Ni hay cordura en hüir, cuando se opone
A la razon hüir.

ROSS. Amada prima,
Calma, por Dios, tened.—Vuestro marido
Es honrado, es discreto y es prudente.
Sabrá mejor quē otro lo que cuadra.
No quiero decir más.—Época triste
Es la actüal, en que traidores somos
Sin saberlo tal vez. En que á las gentes
Los temores preocupan y se ignoran
Las causas del temor; y, así, sin rumbo
Mares bravíos al azar cruzamos.
Me despido de vos; pero muy presto
He de volver. El mal acaso cese
En su punto pēor; y acaso todo
A su prístino sér rápido torne.
Que os bendiga el Señor, hermosa prima.

L. MACD. Tiene á su padre, pero está sin padre.

ROSS. Necio fuera en quedarme aquí más tiempo.
Fuera mi oprobio y la desdicha vuestra:
Por tanto, me despido. (Váse.)

L. MACD. Bribonzuelo, tu padre ha muerto ¿qué harás āhora? ¿Cómo te mantendrás?

HIJO. Como las aves, madre mía.

L. MACD. ¿Cómo? ¿Con orugas y moscas?

HIJO. Quiero decir, con lo que encuentre, comō ellas.

L. MACD. ¡Pobre pajarillo! Ni trampas temerás, ni ligas, ni redes, ni asechanzas.

HIJO. ¿Por qué las he de temer, madre mía? Nadie caza á míseros pajarillos. Pero, á pesar de cuanto dices, mi padre no ha muerto.

L. MACD. Sí, que ha muerto. ¿Qué harás para tener padre?

HIJO. Y ¿qué harás tú para tener marido?

L. MACD. ¡Vaya! Pudiera comprarme veinte donde quiera.

HIJO. Pues los comprarías para venderlos.

L. MACD. Aguzas el ingenio. Y mucho tienes en relacion á tu edad.

HIJO. ¿Era traidor mi padre, madre mía?

L. MACD. Sí que lo era.

HIJO. ¿Qué es ser traidor?

L. MACD. Jurar y faltar al juramento.

HIJO. ¿Y cuantos hacen eso son traidores?

L. MACD. Quien quiera que tal haga es traidor y debe ser ahorcado.

HIJO. ¿Y todos los que juran y faltan á su juramento deben ser ahorcados?

L. MACD. Todos.

HIJO. ¿Quién los ha de ahorcar?

L. MACD. Los hombres de bien.

HIJO. Entónces los que juran y faltan á su juramento imbéciles son, porque los que juran y perjuran son bastantes para dominar ellos y ahorcar á los hombres de bien.

L. MACD. ¡Pobrecillo mío! ¿Qué harás ahora para tener padre?

HIJO. Si hubiera muerto le lloraras; y si no lo hicieras sería segura señal de que pronto tendría nuevo padre.

L. MACD. Pobre charlatan, qué decidor estás.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJ. Bendecida seáis, hermosa dama;
Aunque soy para vos desconocido,
El honor es mi norte. Considero
Que un peligro hácia vos raudo camina:

El consejo aceptad de un hombre llano;
De aquí con vuestros hijos huid al punto.
Brutal en asustaros quizás sëa,
Mas no hacerlo feroz crueldad sería,
Que adelanta hácia vos. Que Dios os guarde.
Quedarme aquí no puedo. (Váse.)

L. Macd. ¿Dóndē huyo?
¿Qué daño hice jamás? Pero mē hallo
En este mundo terrenal, en donde
Hacer el mal á veces es laudable,
Y hacer el bien se considera á veces
Locura peligrosa ¡ay triste! Entónces
¿Á qué aducir la femenil excusa
De no haber hecho mal? ¡Ay Dios, qué caras!

Entran ASESINOS.

Asesino. ¿Dónde, decid, está vuestro marido?

L. Macd. No en lugar tan infame, así lo espero,
Donde un sér como vos verlo pudiera.

Asesino. Era un traidor.

Hijo. Mentiste, ruin villano.

Asesino. ¡Qué! ¡Pollo en cascaron! ¡Traidor en leche!

Hijo. Me mató, madre mïa, por Dios, huye.
(Váse Lady Macduff perseguida por los asesinos.)

ESCENA III.

Inglaterra: el Palacio Rëal.

Entran MÁLCOLM y MACDUFF.

Málcolm. Busquemos un lugar sólo y sombrío
Donde verter las lágrimas del pecho.

Macduff. Empuñemos más bien con mano firme

El hierro matador, y protejamos,
Cual buenos, á la patria agonizante.
Gimen nuevas vïudas cada dïa,
Nuevos huérfanos lloran, nuevas penas
Hieren la faz del cielo de improviso;
Y, resonando su dolor, prorumpe
Acongojado en gritos, cual si fuese
Su duelo el mismo que á la Escocia aflige.

MÁLCOLM. Deploro lo que crëo; pero crëo
Tan sólo lo que sé. Cuanto yo pueda
Veré de remediar, si me auxilïa
Propicia la ocasion. Verdad, sin duda,
Será cuanto decís. Este tirano
Cuyo nombre enunciar la lengua llaga,
Honrado parecïa. Y áun vos propio
Le estimásteis. Ni mal alguno os hizo.
Jóven yo soy: podeis merecimientos
Lograr con mi rüina, y es prudente
Al cordero ofrecer en holocausto
Para aplacar á un Dios.

MACDUFF. Traidor no he sido.

MÁLCOLM. Mas sí Macbéth. El pecho honrado y noble
El encargo imperial quizás rëhuya.
Concededme perdon;—mi pensamiento
Lo que sëais adivinar no alcanza.
Aun los ángeles brillan, y ha cäido
De entre ellos el mejor; y, aunque se ostente
Vuestra virtud como virtud, la infamia
Tambien la faz de la virtud ostenta.

MACDUFF. ¡Perdí mis esperanzas!

MÁLCOLM. Donde, acaso,
He hallado yo mis dudas.—¿Desvalidos,
Decid, por qué dejais hijos y esposa,
Fuertes lazos de amor, dulces resortes,
Sin despediros? Perdonadme os ruego.

Mis recelos no hieran vuestra honra.
Son mi seguridad, y aunque recele,
La razon quizá esté de vuestra parte.

MACDUFF. ¡Ay! llora, llora sangre, pobre patria;
Sobre ancha base tu poder asienta
Horrenda tiranía. No se atreve
A contrastarte la virtud. Tus males
Soporta, pues, que tiembla tu monarca.
Adiós, señor.—Ni por la tierra toda
Que abarca este tirano, ni tampoco
Por el Oriente entero, yo sería
El vil que me juzgais.

MÁLCOLM. No os hago ofensa.
En completo de vos no desconfío.
Sé que la patria bajo el yugo gime;
Que llora y sangre pierde. Que á sus llagas
Hondas heridas sin cesar se agregan.
Tambien presumo que en mi causa justa
Prontas manos se alzáran; y áun ahora
De Inglaterra el cortés ofrecimiento
De millares de hombres he tenido.
Mas oid; aunque pise del tirano
La cabeza ó la lleve en esta espada,
La pobre patria mía más dolores
Que ántes ha de sufrir, aún más desdichas,
Más azares que nunca en el reinado
Del sucesor.

MACDUFF. ¿Mas quién juzgais que fuese?

MÁLCOLM. Me refiero á mí mismo, en quien existen
Ingertados los vicios de tal modo,
Que al madurar, serán, cual nieve, blancas
Las sombras de Macbéth; y cual cordero
Esta tierra infeliz quizás lo estime
Al contemplar mis desbordados vicios.

MACDUFF. Del infierno en las lóbregas regiones

No hay sér ninguno que á Macbéth iguale.

MÁLCOLM. Verdad que es sanguinario, lujurioso,
Disimulado, falso y avariento,
Iracundo y malvado; y que se äunan
En él cuantas infamias tienen nombre.
Mas es mi incontinencia ilimitada:
Vuestras esposas todas, vuestras hijas,
Doncellas y matronas, no pudieran
Saciar el ánsia mïa; y mis desëos
Todos los valladares arrollaran
Puestos á mis caprichos: no, más vale
Que, en vez de tal monarca, Macbéth reine.

MACDUFF. Del cuerpo la insaciable incontinencia
Tiranä es; y fué frecuente causa
De desiertos quedar tronos felices,
Y de haber sucumbido muchos reyes.—
Mas no temais, señor: tomad lo vuestro:
Para el placer teneis campo anchuroso,
Y de tibio, quizás, el tiempo os tache.
Damas fáciles hay en abundancia,
Y no sereis tan insaciable buitre
Que á tantas devoreis, como propicias
Se prestan á pomposas liviandades.

MÁLCOLM. Y tambien en mi pecho alborotado
Tan insaciable la codicia cunde,
Que, á ser rey, sin piedad sacrificara
Al noble por sus tierras ó sus joyas
Ó palacios; y estímulo tan sólo
La profusion será de mi apetito.
Contra seres honrados y lëales
Quejas forjara, y arruinar los viera
Para gozar yo sólo de sus bienes.

MACDUFF. Ahonda más en el pecho la avaricia,
Y con räices más dañinas cunde
Que la estival lujuria. Fué la espada

Que humilló la cerviz de nuestros reyes.
Mas no temais. Tesoros tiene Escocia
Que vuestros han de ser. Colmad con ellos
Vuestra ambicion. Son tachas llevaderas
Cuando otras cualidades las encubren.

MÁLCOLM. Cualidades de rey ningunas tengo.
Apénas paladeo la justicia,
Ni la veracidad, ni la templanza,
La largueza, la calma, la cordura,
La humildad, la constancia, la clemencia,
La lealtad, la firmeza, ni el denuedo;
Pero no hay crímen, de cualquier especie,
Que no me atraiga de diversos modos.
Si el poder alcanzara, verteria
La miel de la concordia en el infierno,
La paz del universo perturbara,
Y la unidad del mundo confundiera.

MACDUFF. ¡Oh Escocia! ¡Escocia!

MÁLCOLM. Si juzgais que digno
Soy de reinar, decid. Soy cual os dije.

MACDUFF. ¿De reinar? No,—ni de vivir tampoco.
¡Oh nacion infeliz! Abandonada
Á un tirano sin títulos, que el cetro
En sangre tiñe, ¿tu vigor pasado
Cómo es posible ver restablecido,
Si el legal heredero de tu trono
Está maldito de su propia boca,
Y renegando está de su linaje?
Vuestro padre, señor, rey santo era:
La madre por quien fuísteis concebido,
Más que de pié con humildad, de hinojos,
Diariamente moria.—Dios os guarde.
Los vicios que os habeis echado en cara
Me destierran de Escocia.—Pecho mio,
Aquí tus esperanzas acabaron.

MÁLCOLM. Macduff, tan noble cólera, que es hija
De integridad inmensa, desvanece
Los lóbregos temores de mi alma,
Reconciliando el pensamiento mío
Con el candor y la nobleza vuestra.
Ese infernal Macbéth ya seducirme
Por análogos medios ha intentado,
Y la comun prudencia me impedía
Ser demasiado crédulo. Que juzgue
Desdë hoy sólo Dios entre nosotros.
Me pongo desde luégo en vuestras manos.
De haberme calumniado me arrepiento,
Y abjuro de las faltas y las culpas
Que sobre mi lancé, cual cosa extraña
A mi carácter.—Me mantengo casto,
Siempre cumplí mis sacros juramentos,
No he codiciado, apénas, ni aun lo mío,
Jamás falté á mi fé, traicion no haría
Al mismo Satanás; y me deleita
Como la vida la verdad. Tan sólo
Hoy, por primera vez, veraz no he sido
De mí al hablar; mas lo que soy realmente
Ofrezco á vos y á mi afligida patria,
Hácia la cual al punto que llegásteis
El viejo Suardo de diez mil guerreros
La belicosa marcha disponía.
Iremos ahora unidos, y la suerte
Al término dichoso nos conduzca
De nuestro justo contender. Decidme,
¿Por qué callais?

MACDUFF. Reconciliar no es fácil
Tan faustas, tan infaustas circunstancias.

Entra un DOCTOR.

MÁLCOLM. Ya hablaremos. Decid: ¿el Rey se acerca?

DOCTOR. Sí, señor, una turba de infelices

Esperan de él su curacion: sus males
Desafían la ciencia, mas los toca—
Tal santidad el cielo da á su mano—
Y los cura.

MÁLCOLM. Doctor, os doy las gracias.

(Váse el Doctor.)

MACDUFF. ¿Y qué enfermedad es?

MÁLCOLM. Se denomina
Escrófula. Su cura milagrosa
Opera este buen Rey. Frecuentemente
Le he visto yo curar desde mi estada
En Inglaterra. Cómo solicita
El favor de los cielos nadie entiende.
Mas á enfermos que raros males sufren,
Hinchados, ulcerados, repugnantes—
La desesperacion del cirujano—
Suele sanar, colgándoles medallas
Del cuello, al pronunciar sagrados rezos.
Y de curar la facultad bendita
Se dice deja al sucesor. Se aúna
A tan rara virtud, el sacrosanto
Dón de la profecía, y otras muchas
Bendiciones circundan á su trono
Que su indudable santidad pregonan.

MACDUFF. Ved quién se acerca aquí.

MÁLCOLM. Paisano mío,
Pero no le conozco.

Entra ROSS.

MACDUFF. Bien llegado,
Mi siempre noble deudo.

MÁLCOLM. Ya os conozco.—
¡Omnipotente Dios! Las circunstancias
Cámbia tú que en extraños nos convierten.

ROSS. Amén, señor.

MACDUFF. ¿Do estaba yace Escocia?

ROSS. ¡Ah pobre patria! Tiembla al contemplarse.
Nuestra madre no es ya, que es nuestra tumba.
Sólo quien nada sabe allí sonríe.
Suspiros y lamentos y sollozos
Suenan hendiendo el aíre—y ni se escuchan.
Allí el dolor violento es una forma
Nueva de la locura. Allí ya nadie
Pregunta por quién tocan á difunto.
Allí las almas de la gente honrada
Se marchitan, cual flores en su cáliz,
Y ántes que enferman, mueren.
MACDUFF. ¡Oh relato
Ingenioso quizás, mas verdadero!
MÁLCOLM. Referid la desgracia más reciente.
ROSS. Es silbado el discurso de quien narra
La que ha ocurrido en la pasada hora.
Una nueva se engendra cada instante.
MACDUFF. ¿Y mi esposa?
ROSS. Pues.... bien.
MACDUFF. ¿Los hijos míos?
ROSS. Bien tambien.
MACDUFF. ¿Ese mónstruo no ha atentado
Contra su paz?
ROSS. Se hallaban en paz todos
Cuando yo los dejé.
MACDUFF. No de palabras
Tan escaso sëais. Decid, ¿qué ocurre?
ROSS. Cuando partí para träeros nuevas,
Grave carga en verdad, rumor corría
De haberse alzado valerosa gente.
Y que fuera verdad, yo me presumo,
Pues reunía sus huestes el tirano.
Ahora el momento es. Vuestra presencia
Creará guerreros. Las mujeres mismas
Vereis luchar para romper sus grillos.

MÁLCOLM. Hallen consuelo, que hácia allá marchamos.
Inglaterra nos presta diez mil hombres
Y al noble Suardo; y general ninguno
Hay en la cristiandad, ni más experto
Ni mejor.

ROSS. Ojalá que yo pudiera
Igual consuelo dar; pero mis voces
A los desiertos aires aullaría,
No donde öidos detenerlas pueden.

MACDUFF. ¿Con el bien general se relacionan,
O es desgracia privada, que tan sólo
A un individuo atañe?

ROSS. Todö hombre,
Si honradö es, en ella parte toma;
Pero la parte principal es vuestra.

MACDUFF. Si es mïa no calleis.—Decidla presto.

ROSS. Vuestros öidos á la lengua mïa
No desprecien por siempre, mas forzoso
Le es dar al aire tan siniestros sones
Cual no öísteis jamás.

MACDUFF. ¡Ah; lo adivino!

ROSS. Fué vuestra fortaleza sorprendida,
Vuestros hijos y esposa degollados:
Referiros los bárbaros detalles,
Fuera al monton de víctimas tan caras
Agregaros á vos.

MÁLCOLM. ¡Dios bondadoso!
¡Hombre, hablad! No caleis vuestro sombrero
Á los ojos. Dad voz á las desdichas.
El dolor, que en palabras no se expresa,
Callado dice al corazon que estalle.

MACDUFF. ¿Y mis hijos tambien?

ROSS. Esposă, hijos,
Sirvientes. Todos los que hallar pudieron.

MACDUFF. ¡Y yo no estar allí! ¿Tambien mi esposa?

ROSS. ¡Lo dije!
MÁLCOLM. ¡Calma! Heróica medicina,
Que vuestros males angustiosos cure,
Nuestra venganza tremebunda sëa.
MACDUFF. No tiene hijos. ¡Mis preciosos hijos!
¿Todos decís? Buitre infernal ¿qué? ¿Todos?
¡Todos mis tortolillos y su madre
De un solo horrible golpe!
MÁLCOLM. Cual hombre, pues, vengäos.
MACDUFF. Sí por cierto;
Pero es fuerza tambien sentir cual hombre.
Tengo que recordar que ya no existe
Lo que me era en el mundo más querido.
¡Y el cielo lo miró sin ampararlos!
¡Oh pecador Macduff! Por tí perecen.
¡Triste de mí! No fué por vuestras culpas;
Que sois sacrificados por las mïas.
¡Que el cielo os brinde su eternal descanso!
MÁLCOLM. Vuestra espada afilad en vuestro duelo;
Convertid en furor vuestra amargura;
Que el corazon se irrite, no se embote.
MACDUFF. Con mis ojos mujer me mostraria
Y con mi lengua, audaz. Pero ¡Dios mïo!
Aniquila distancias. Frente á frente
Ponme de este Luzbel; que se coloque
De mi espada al alcance. Si la evita,
Que hasta perdon el cielo le conceda.
MÁLCOLM. Ese ya es tono varonil. Vëamos
Al Rey; todo está listo. Falta sólo
Su real vénia. Macbéth ya vacilante
Está para cäer, y á concedernos
Ya su favor el cielo se dispone:
Mitigad el dolor que os anonada.
No hay noche que no tenga su alborada.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

Dunsinánia. Habitacion en el Castillo.

Entran un DOCTOR y una DAMA.

DOCTOR. Dos noches hemos velado juntos, pero no he visto confirmada la verdad de vuestro relato. ¿Cuándo fué lä última vez que la visteis pasëar?

DAMA. Desde que su Majestad fué á campaña la he visto levantarse, echarse la bata, abrir su pupitre, sacar papel, doblarlo, escribir en él, lëerlo luégo, sellarlo y volver otra vez al lecho; y todo esto completamente dormida.

DOCTOR. Grave perturbacion demuestra en sus facultades gozar á la vez del beneficio del sueño, y ejecutar actos que corresponden á la vela. En ese perturbado sueño, además del andar y de otras manifestaciones, ¿no recordais si alguna vez ha dicho algo?

Dama. Señor, lo que no repetiré jamás.

Doctor. A mí podeis hacerlo. Y áun es conveniente que lo hagais.

Dama. Ni á vos ni á nadie, pues no tengo testigos que confirmen mis asertos.

Entra LADY MACBÉTH con una vela encendida.

Mirad, aquí llega. Esta es su apariencia usüal, y por vida mïa que está dormida completamente. Observadla. Aproximäos.

Doctor. ¿De dónde tomó esa luz?

Dama. La tenïa á su lado. Tiene luz junto á sí constantemente. Es órden expresa suya.

Doctor. Sus ojos están abiertos.

Dama. Sí: pero cerrados á la sensacion.

Doctor. ¿Qué hace ähora? Ved cómo se restrega las manos.

Dama. Es acto usüal en ella. Hacer como que se lava las manos. La he visto continüarlo por un cuarto de hora.

L. Macb. Aún queda aquí una mancha.

Doctor. Öid. Habla. Anotaré lo que diga para que sirva de garantïa á mi memoria.

L. Macb. ¡Fuera, maldita mancha! ¡Fuera, digo! ¡Lä una! ¡Las dos! ¡Vaya! Ya es tiempo de ponerlo por obra. ¡Qué lóbrego está el infierno! ¡Qué vergüenza, dueño mïo, qué vergüenza! ¡Soldado y tener miedo! ¿Qué importa que llegue á saberse, si nadie puede pedirnos cuenta? Pero ¿quién pudo imaginar jamás que aquel viejo tuviera tanta sangre?

Doctor. ¿Öís eso?

L. Macb. El señor de Fáife tenïa esposa. Ahora ¿dónde está? Pero qué, ¿no he de poder ver limpias estas manos? Cesa, dueño mïo,

cesa. Todo lo echas á perder con esos sobresaltos.

DOCTOR. ¡Vaya! ¡Vaya! Sabeis lo que no debïais saber.

DAMA. Ha dicho lo que no debïa decir. Segura estöy dë ello. El cielo sabrá lo que ella sabe.

L. MACB. Todavïa huelen á sangre. Ni todos los perfumes de la Arabia quitarán el olor de esta pequeña mano mïa. ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

DOCTOR. ¡Qué suspiro! ¡Grave carga lleva ese corazon!

DAMA. Ni por toda la dignidad que el cuerpo tener pudiera llevara yo tal corazon en mi pecho.

DOCTOR. ¡Bien! ¡Bien! ¡Bien!

DAMA. Rogad á Dios que así sëa.

DOCTOR. No alcanza mi ciencia á curar semejante enfermedad; y, sin embargo, sonámbulos he conocido que murieron santamente en sus lechos.

L. MACB. Lávate las manos. Ponte la bata. No estés tan pálido. Te repito que Bánquo está enterrado. Que no puede salir de su tumba.

DOCTOR. ¡Eso más!

L. MACB. Al lecho, al lecho. Llaman á la puerta. Ven. Ven. Ven. Ven. Dame la mano. Lŏ hecho no puede deshacerse. Al lecho. Al lecho. Al lecho.

DOCTOR. ¿Se irá á la cama ähora?

DAMA. Inmediatamente.

DOCTOR. Va la murmuracion de boca en boca.
Acciones inhumanas, inhumanos
Trastornos causan, y la mente infecta
Á la almohada sus secretos fïa.
Confesor y no médico requiere.
Dios, Dios perdone á todos. Vigiladla:
De su lado apartad cuanto la dañe:

Ni os separeis dë ella. Buenas noches.
Mi mente hirió; mis ojos ha asombrado:
Pensaré, mas conviene estar callado.
DAMA. Buenas noches tengais, Doctor amigo.

ESCENA II.

Campo cerca de Dunsinánia.

Entran con tambores y banderas MENTEITH, CAITHNÉSS, ANGUS, LÉNNOX y soldados.

MENTEITH. El ejército inglés, que Málcolm guïa
Con Suardo y con Macduff rápido avanza.
Vengativo rencor en ellos arde,
Y al más tibio excitar su causa debe
Á la sangrienta y hórrida pelëa.
ANGUS. De Birnam en la selva los veremos,
Que por ese sendero se adelantan.
CAITHNÉSS. ¿Donalbáin se ha reunido con su hermano?
ANGUS. Seguramente no. Tengo la lista
De los nobles. De Suardo viene el hijo,
Y otros muchos donceles de alta cuna
Que hoy dë hombres ufanos alardëan.
MENTEITH. Y el tirano ¿qué häce?
CAITHNÉSS. Á Dunsinánia
Con ardor fortifica. Dicen unos
Que demente ahora está; mas otros dicen,
Que acaso ménos odio le profesan,
Que es furor por luchar. De todos modos
No puede con el cinto de su mando
Ceñir el talle de su enferma causa.
ANGUS. Ni de sus manos despegar ya puede

Los crímenes ocultos. Patentizan
Su deslealtad contínuas deserciones.
Si manda, le obedecen porque manda,
No por afecto; y ve que su grandeza,
Como vestido de gigante, envuelve
El talle de un raquítico ratero.

MENTEITH. ¡Qué extraño es que tiemble ni que luche
Su dañado interior, cuando es preciso
Que todo allí se juzgue condenado!

CAITHNÉSS. Marchemos á prestar nuestro homenaje
Donde es debido. Nuestra sangre toda
Unamos á la noble medicina
Que ha de purgar á nuestra enferma patria.

LÉNNOX. Ó toda, ó la bastante, porque riegue
La altiva planta y que la hierba anegue.
Hácia la selva de Birnam marchemos.
(Vánse marchando.)

ESCENA III.

Dunsinánia. Habitacion en el Castillo.

Entran MACBÉTH, DOCTOR y servidores.

MACBÉTH. ¡No más noticias! ¡Llévelas el aire!
Hasta que el bosque de Birnám se acerque
Á Dunsinánia, duerman mis temores.
¿No nació de mujer el niño Málcolm?
Los genios que conocen el futuro
Se expresaron así: «Macbéth, no temas,
Que sér ninguno de mujer nacido
Te ha de dañar.» Hüid, traidores nobles.
Id con los epicúreos de Inglaterra.

El alma audaz y el corazon valiente,
Ni admite dudas ni temores siente.

Entra un SIRVIENTE.

Negro el diablo te ponga á maldiciones,
Menguado de alba faz, ¿de dónde hubiste
Ese mirar de liebre?

SIRVIENTE. Diez mil...

MACBÉTH. ¿Liebres?

SIRVIENTE. Señor, guerreros.

MACBÉTH. Hiérete la cara,
Y colora tu espanto, rapazuelo;
¿De qué guerreros hablas, miserable?
¡Ira de Dios! Tus pálidas mejillas
Del pánico aparecen consejeras.
¿De qué guerreros hablas, faz de suero?

SIRVIENTE. Del ejército inglés.

MACBÉTH. ¡Tú rostro esconde!
¡Síton! Mi corazon ya desfallece
Al contemplar... ¡Hé, Síton! Este trance
Ha de afirmar ó destrüir mi trono.
Largo tiempo viví. La vida mïa
Se agosta, y su follaje amarillĕa.
Lo que va en pos de la vejez que avanza,
Honra, afecto, lealtad, caros amigos,
No puedo pretender. Tan sólo espero
Profundas, si calladas maldiciones,
Adulacion servil, aliento vano,
Que el corazon veraz anularía.
¡Síton!

Entra SÍTON.

SÍTON. Señor, espero vuesträ órden.

MACBÉTH. Las nuevas más recientes...

SÍTON. Son exactas
Las noticias, señor, que os han träido.

MACBÉTH. Lucharé sin cejar hasta que arranquen

A pedazos la carne de mis huesos.
¡Mi armadura!

SÍTON. Señor, aún no precisa.

MACBÉTH. La vestiré. Recorran más jinetes
Todo el päis. Conduzcan á la horca
Á quien hable de miedo. ¡Mi armadura!
¿Y la enferma, Doctor?

DOCTOR. Su mal no es grave;
Mas la acosan constantes fantasías,
Que descansar la impiden.

MACBÉTH. Curad eso.
¿No podeis dar auxilio al alma enferma,
El dolor desraigar de la memoria,
En el cerébro obliterar lo escrito,
Propinar dulce antídoto, que logre
Desalojar del pecho la ponzoña
Que oprime al corazon?

DOCTOR. Tales dolencias
Á sí propio curar debe el paciente.

MACBÉTH. Á perros arrojad vuestros brebajes:
Yo no los necesito.—¡Mi armadura
Ceñidme luégo! ¡Mi baston de mando!
Ordenad Síton, vos.—Doctor, los nobles
Huyen de mí.—Mosträos diligente.—
Si vos, Doctor, al desbordado río
Volver lográrais al antiguo cáuce;
Si descubrir pudiérais su dolencia,
Y restauráráis su salud perdida,
Del eco resonaran los aplausos
Con mis aplausos. Extirpad sus males.—
¿Qué sen ó qué ruibarbo, cuáles drogas
Nos pudieran purgar de esos Ingleses?
¿Algo de esto sabreis?

DOCTOR. Sí tal: los regios
Preparativos siempre se traducen.

MACBÉTH. Yo los precederé. Si á Dunsinánia
El bosque de Birnám hoy no camina
No temo ya ni muerte ni rüina. (Váse.)

DOCTOR. Si yo de Dunsinánia hüir pudiera,
Por dinero jamás aquí volviera. (Váse.)

ESCENA IV.

Campo cerca de Dunsinánia. Un bosque á la vista.

Entran con tambores y banderas, MÁLCOLM, el viejo SUARDO y su HIJO, MACDUFF, MENTEITH, CAITHNÉSS, ANGUS, LÉNNOX, ROSS y SOLDADOS marchando.

MÁLCOLM. Deudos, confïo en que llegó el instante
De hallar albergue en nuestras propias casas.

MENTEITH. ¿Quién lo duda?

MÁLCOLM. ¿Qué bosque es el que vemos?

CAITHNÉSS. El bosque de Birnám.

MÁLCOLM. Cada soldado
Corte una rama y ante sí la lleve;
Porque así nuestro número se oculte,
Y en sus cálculos yerren los espïas.

SOLDADO. Así se hará.

SUARDO. Las gentes aseguran
Que, lleno de esperanzas, el tirano
En Dunsinánia nuestro asalto espera.

MÁLCOLM. En eso ve su principal recurso,
Pues esos que pudieran darle auxilio,
Por unä ú otra causa, le abandonan.
Sólo los obligados hoy le sirven,
Y el corazon áun de éstos se halla ausente.

MACDUFF. Nuestras justas censuras refrenemos

Hasta el ansiado fin, y miéntras tanto,
Actividad guerrera nos incumbe.

SUARDO. El tiempo se aproxima en que sabremos
Lo que nuestro será, qué deberemos.
Humanos juicios las ventajas miden;
Las realidades son las que deciden.—
Acérquelas la lucha. (Vánse marchando.)

ESCENA V.

Dunsinánia. Interior del Castillo.

Entran con tambores y banderas, MACBÉTH, SÍTON, y soldados.

MACBÉTH. En los muros izad los estandartes.
Gritando están que ahí vienen. El castillo
Se burla de un asalto. Aquí reposen.
Pasto serán del hambre y de la fiebre.
Si no los reforzáran deslëales
Fuéramos á su encuentro. Cara á cara
Arrollados serïan. Mas ¿qué escucho?
(Óyense sollozos.)

SÍTON. Señor, es clamorëo de mujeres.

MACBÉTH. Ya se embotó mi paladar al miedo.
Otras veces helaba mis sentidos
Öir rumor nocturno, y mi melena,
Al narrarse un suceso pavoroso,
Cual si vida tuviese, se erizaba.
Me alimenté de horrores hasta hartarme:
Familiar á mi espíritu homicida
Ya es la desolacion, nada me afecta.
Mas ¿qué grito fué aquél?

SÍTON. La Reina ha muerto.

MACBÉTH. Más tarde debió ser. El tiempo propio
Para palabra tal otro seria.
El «mañana», el «mañana» y el «mañana»,
De dia en dia con menudos pasos
Hasta el fin de la vida nos conduce,
Y constante, el «ayer» alumbra al necio
Hasta dar con el polvo de la muerte.
¡Luz, apágate ya! Sombra ambulante
Es la vida no más. Mero comparsa
Que breve instante el escenario cruza
Y se olvida despues. Es de un imbécil
El violento relato estrepitoso
Que nada significa.

Entra un MENSAJERO.

Á usar la lengua vienes. Habla presto.

MENSAJ. Debo, señor, contaros lo que he visto,
Pero apénas sé cómo.

MACBÉTH. Pues bien, habla.

MENSAJ. De guardia en la colina, hácia la selva
Me volví de Birnám, y juraria
Que el bosque se movió.

MACBETH. Mientes, esclavo. (Golpeándole.)

MENSAJ. Sufriré vuestro enojo si no es cierto.
Á tres millas de aquí, selva ambulante,
Cual digo, se aproxima.

MACBÉTH. Si mentiste,
Del árbol más cercano suspendido
Vas á morir de hambre. Si acertaste,
Hacer conmigo puedes otro tanto.
Flaquea ya mi espíritu y empiezo
De ese genio á dudar, que con mentiras
Verdades dice. «Teme cuando llegue
El bosque de Birnám á Dunsinánia.»
Y á Dunsinánia un bosque se aproxima.
¡Á la lid, á la lid! Presto salgamos.

Si su aserto llegara á confirmarse,
Inútil fuera hüir ni aquí quedarse.
Ya de la luz del sol harto me encuentro
¡Y ánsio que salga el mundo de su centro!
¡Repicad! Viento ruge. Ruina impera
Al yunque, por lo ménos, que yo muera.

ESCENA VI.

Dunsinánia. Llanura ante el Castillo.

Entran, con tambores y banderas, MÁLCOLM, el viejo SUARDO, MACDUFF y su ejército con ramas de árboles.

MÁLCOLM. Cerca estamos. Dejad el verde escudo
Y apareced. Con vuestro noble hijo
Y mi primo, guiad, amado deudo,
Nuestro primer ataque. El valeroso
Macduff y yo del resto nos cuidamos.
SUARDO. Quedad, señor, con Dios. Quien esta noche
Con huestes del tirano aborrecido
No supiere lidiar, quede vencido.
MACDUFF. Hienda el clarin el aire sin tardanza
Con aullidos de sangre y de venganza.
(Vánse. Suenan clarines.)

ESCENA VII.

Otra parte de la llanura.

Suenan clarines.—Entra MACBÉTH.

MACBÉTH. Al potro me amarraron. Huir no puedo.
Mas puedo aquí batirme como el oso.
¿Quién no nació de madre? Sólŏ ese
Pavor puede infundirme.

Entra el jóven SUARDO.

EL JÓVEN SUARDO. Vuestro nombre.
MACBÉTH. De ŏirlo temblarás.
EL JÓVEN SUARDO. No: ni aunque fuera
El más feroz que en el infierno existe.
MACBÉTH. Yo me llamó Macbéth.
EL JÓVEN SUARDO. Ni el diablo mismo
Nombre más detestado pronunciara.
MACBÉTH. Ni más temido.
EL JÓVEN SUARDO. Mientes. Con mi acero
Te probaré, tirano abominable,
Que mientes tú.

(Pelĕan, y Macbéth mata al jóven Suardo.)

MACBÉTH. De madre tú has nacido.
Arma ninguna en mí su filo imprime,
Si hombre nacido de mujer la esgrime.
(Váse.—Clarines.)

Entra MACDUFF.

MACDUFF. El rumor allí suena. ¡Sal, tirano!
Si te hiere otra espada que la mía,
Las sombras de mi esposa y de mis hijos
Me acosarán por siempre. No pelëo
Contra infelices turbas, cuyos brazos

Se alquilan para hacer que lanzas lleven.
Ó tú, Macbéth, ó envainaré mi espada
Intacto el filo. Allí quizás te halles,
Pues tan gran clamoreo, la presencia
De alguién de nota indica. Sólo hallarlo,
Yo te pido, Fortuna.
(Vánse.—Clarines.)

Entran MÁLCOLM y el viejo SUARDO.

SUARDO. Llegad, señor, rindióse ya el Castillo.
Las tropas del tirano se dividen:
Con noble ardor se baten los señores
Y el día ya por vuestro se declara.
Poco resta que hacer. Hemos hallado
Enemigos que luchan por nosotros.
Entremos, pues, señor, en el Castillo.
(Vánse.—Clarines.)

Vuelve á entrar MACBÉTH.

MACBÉTH. ¿Por qué morir como el Romano imbécil
Sobre mi espada? Miéntras vidas vea
Sobre ellas caigan mis terribles golpes.

Vuelve á entrar MACDUFF.

MACDUFF. Detente, alano de Luzbel, detente.
MACBÉTH. Evitar tu presencia he procurado.
Huye de mí. Repleta asaz mi alma
De sangre tuya está.
MACDUFF. No te respondo.
Va en mi espada mi voz, tú, más infame
Que las palabras describirte pueden.
MACBÉTH. Pierdes el tiempo. Te será mas fácil
El aire hender con tu cortante espada
Que herirme á mí. Descarga el hierro duro
En frentes vulnerables, que yo llevo
Vida hechizada, que rendir no puede
Quien nació de mujer.
MACDUFF. Tu hechizo es vano.

El génio á quien serviste te declare
Que arrancado Macduff ántes de tiempo
Fué del materno vientre.

Macbéth. Maldecida esa lengua que lo anuncia
Y mi poder indómito arrebata.
Necio quien fía de engañosos génios,
Que con doble sentido así nos burlan;
Y cumplen en palabras sus promesas,
No en realidad.—Contigo yo no lucho.

Macduff. Pues ríndete, cobarde.
¡Vive! Serás ludibrio de las gentes.
Cual mónstruo extraordinario te ataremos
A un poste, con un lema que así diga:
«¡Aquí veis al tirano!»

Macbéth. No me rindo
Para besar el suelo que sustente
Al jóven Málcolm, y sufrir humilde
La maldicion del vulgo. Aunque la selva
De Birnám ha venido á Dunsinánia;
Y aunque tú de mujer no hayas nacido,
Batallaré hasta el fin.—Y, así, mi escudo
Ante mi pecho está. Macduff, golpëa:
Quien diga «basta ya» maldito sëa.
(Vánse pelëando.)

Retirada.—Clarines.—Vuelven á entrar, con tambores y banderas, MÁLCOLM, el viejo SUARDO, ROSS, SEÑORES y soldados.

Málcolm. Plegue á Dios que retornen los amigos
Que nos faltan.

Suardo. Cäer algunos deben;
Y, sin embargo, tan glorioso dïa,
Por lo visto, señor, caro no cuesta.

Málcolm. Faltan Macduff, y vuestro noblë hijo.

Ross. Vueströ hijo la deuda del soldado
Satisfizo, señor. Vivió tan sólo
Hasta hombre ser; y, apénas en el puesto

Que le tocó ocupar, lo comprobaba
Su indómito valor; murió cual hombre.

SUARDO. ¿Murió, decís?

ROSS. Sí tal. Murió en el campo.
El dolor que os produce, no se mida
Por su valer, pues fin tuviera nunca.

SUARDO. ¿Y fué herido de frente?

ROSS. Sí, de frente.

SUARDO. Entónces que soldado de Dios sëa.
Tuviera tantos hijos cual cabellos,
Y muerte igual que les cupiera á todos.
Su hora sonó.

MÁLCOLM. Mas duelo se merece;
Y ver me toca á mí que se le otorgue.

SUARDO. Valió lo que aquel acto representa.
Como honrado al partir pagó su cuenta.
¡Dios lë haya!—Consuelo aquí tenemos.

Vuelve á entrar MACDUFF con la cabeza de MACBÉTH.

MACDUFF. Salve, Rey, pues lo sois. La vil cabeza
Ved del crüel usurpador cortada.
Gozamos libertad, y rodëado
De las joyas estais de vuestro reino.
Por ellas hable yo; pero sus voces
A la mía së unan que os proclama
Rey de Escocia.

SEÑORES. ¡Salud al Rey de Escocia!
(Clarines.)

MÁLCOLM. No dejaré que el tiempo se dilate
Sin ajustar las cuentas de cariño
Que debo á cada cual, y de saldarlas.
Nobles señores y queridos deudos,
Condes sois. Los primeros que en Escocia
Alcanzan tal honor. Más adelante
Cumplidos quedarán otros deberes.
A sus casas haré que luégo tornen

Amigos desterrados que eludieron
Las redes de incesante tiranía,
Y asechanzas de bárbaros sicarios
Del muerto mónstruo y su infernal consorte,
Que es fama que á sí propia se dió muerte.
Esto he de hacer y lo que justo sëa
A tiempo, con mesura y donde fuere
Con el auxilio que el Señor me diere.
Gracias, pues. Cada cual queda invitado
Para verme en Escónia coronado.
(Vánse.—Clarines.)

FIN.

ROMEO Y JULIETA.

ROMEO Y JULIETA

POR

GUILLERMO SHAKESPEARE

VERSION AL CASTELLANO

DE GUILLERMO MACPHERSON



MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29
1880

PRÓLOGO.

La historia de los desgraciados amores de Roměo y Julieta era ya popular en la época de Shakespeare. Prescindiendo de tradiciones é historias que indudablemente tienen analogïa con estos sucesos, ya en 1535 publicó en Italia Luigi da Porto la primera edicion de su *Istoria novellamente ritrovata di dui nobili amanti, con la loro pietosa morte intervenuta nella città di Verona nel tempo del Signor Bartolomeo della Scalla*, y en 1554 Bandello publicó *La sfortunata morte di due infelicissimi amanti, che l' uno di veleno, e l' altro di dolore morirono, con varii accidenti*. En 1562 apareció en Inglaterra un poema escrito por Ar (thur) Br (ooke) intitulado *The Tragicall Historye of Romeus and*

Juliet, written first in Italian by Bandell; y en 1567, entre la coleccion de Novelas publicadas por Painter en el *Palace of Pleasure*, apareció una intitulada *The goodly hystory of the true and constant loue between Rhomeo and Julietta, the one of whom died of poyson and the other of sorrow and heuiness, wherein be comprysed many adventures of loue and other deuises touchinge the same.* En Francia, ántes de esta época, Boisteau habïa publicado, tomándola del Italiano, su *Histoire de deux amans, dont l'un mourut de venin, l'autre de tristesse*, historia que parece sirvió de texto á Brooke para su pöema, y de donde, segun Dyce, tomó Shakespeare los principales incidentes para su drama; pero es probable que, además, tuviera el inmortal autor á la vista una tragedia sobre este mismo asunto que se representó con éxito en Lóndres ántes de 1562.

En oscuros rincones de bibliotecas yacerian hoy por completo olvidados estos libros, y pocos en la actualidad sabrïan quiénes eran los infelices amantes de Verona, si el genio creador de Shakespeare no les hubiera inspirado literaria inmortalidad.

Parece, en extremo, probable que el insigne pöeta prestó al perfeccionamiento de esta gran-

diosa tragedia mayor atencion y trabajo de lo que acostumbraba conceder á sus obras; pues, segun la opinion de los más autorizados críticos, Shakespeare debió comenzar el ROMËO Y JULIETA en 1591, aunque la primera edicion de este drama no apareciese hasta 1597. Publicóse la segunda en 1599; y, al comparar entrambos textos entre sí, llama la atencion el cúmulo de correcciones hechas por el autor, lo cual induce á la crëencia de que grandes tambien debieron ser las que haría durante los seis años que permaneció su obra manuscrita.

En esta tragedia, donde no se sabe qué admirar más, si la perfecta coordinacion de la trama, ó la maravillosa realidad de los caractéres, ó la inagotable vena pöética que vivifica el diálogo, se hace gala, no obstante, de ese espíritu culterano que, por lo visto, no sólo se enseñorëó de la literatura española de los tiempos del inmortal Calderon, sino que, extendiéndose por Europa, salvó el Canal de la Mancha, envolviendo en sus caliginosas nieblas la imaginacion más vigorosa é independiente y más amante de la naturaleza que se ha conocido jamás. En ROMËO Y JULIETA campëa el concepto confuso, la frase rebuscada, la exageracion de la antítesis y el retruécano; y esto,

á veces, unido á lo arcáico del lenguaje, es frecuentísima causa de oscuridad en el texto; y, como fácilmente se comprenderá, de aumento de dificultades para su version á otra lengua. El constante discretëo de MERCUCIO, sobre todo en sus diálogos con ROMËO, quien jamás queda á la zaga de su interlocutor en la respuesta, es verdaderamente intraducible; pero, como cuando se ofrece una traduccion dë obra de tanta importancia literaria, no es justo burlar la confïanza del lector suprimiendo trozos importantes por la sola razon de que sëa difícil buscar su equivalente en distinto idïoma, ni es lícito tampoco salir del atolladero vertiendo con absoluta fidelidad las palabras sin trasladar tambien su verdadero sentido y sin producir, por lo tanto, siquiera imperfectamente, el efecto que produce el original, me he permitido en ciertas ocasiones introducir alguna que otra variacion, á fin de no desanimar el diálogo ni desvirtüar en completo el ingenioso tirotëo de la frase ó la pertinacia del equívoco. Siempre, sin embargo, lo he hecho con pena y con la sobriedad que me impone mi profundo respeto hácia el autor, respeto, empero, que por lo mismo que exige lealtad suma, excluye forzosamente todo servilismo. Frases agudas, idëas tiernas y delicadas, imágenes grandio-

sas, máximas que prueban profunda sabiduria y extraordinario conocimiento del corazon humano, reflexiones eminentemente filosóficas y de elevada moral medran en este drama con tal lozania y abundancia, que fuera tan difícil tarëa coleccionarlas, como reunir en un solo ramillete las flores que ostenta en Mayo un hermoso y cultivado jardin.

Los personajes se fijan en el recuerdo tan indeleblemente como las personas que hemos conocido en el mundo; tienen verdadero relieve moral; son, en realidad, esculturas idëales animadas con el hálito vital que constantemente fluye de la creadora pluma de Shakespeare. ROMËO se presenta desde luégo como un sér apasionado y soñador, y su exquisita sensibilidad, casi mujeril, nos disgustára acaso si al propio tiempo no apareciese como jóven tan valiente y tan discreto, tan bondadoso y tan noble, que cautiva las simpatias de todos los que lo rodëan, excepto las del furioso TEOBALDO y las de PÁRIS, su rival, á quienes se ve inducido á matar casi á su despecho. Ni una queja lanza contra sus contrarios en medio de sus tribulaciones; ni un reproche se escapa de sus labios, ni áun cuando BALTASAR le responde que no träe la ansiadísima carta que le habia prometido su amigo

FRAY LORENZO. Halla excusas para paliar la criminal sordidez del hambriento boticario, que le vende el veneno con que ha de suicidarse, y sólo á su destino inculpa por las desventuras que lo persiguen, reconociendo, con el recto instinto de la conciencia, que va arrastrado hácia su desgraciadísimo fin casi exclusivamente por la incontrastable fuerza de su apasionado y ciego entusiasmo. JULIETA, ardientemente enamorada, candorosa, impulsiva, indócil, atrevida y con voluntad de hierro, que contrasta admirablemente con su inocencia y con su juventud, es el polo opuesto de la igualmente apasionada pero dulce y obediente Ofelia; mas, á pesar de ser su antítesis, es tipo de mujer igualmente rëal é igualmente encantador que la infeliz víctima del sombrïo excepticismo de Hámlet. De la union de dos almas como las de ROMËO y JULIETA fácil es predecir que ocurrirá lo que «con la pólvora y el fuego al besarse,» y que su contrariado amor ha de producir necesariamente una crüel tragedia.

FRAY LORENZO es el sabio, el benévolo, el transigente, el que, sin tenerlas, conoce las debilidades humanas y las comprende y disimula. El que crëe tener, en el inagotable tesoro de su gran bondad, remedio eficaz para los ajenos males, como crëe

que los hay para todas las enfermedades en el campo; pero que se equivoca, como suele acontecer con séres tan bondadosos, por causa de ese mismo afan de querer suavizar todas las asperezas de la vida.

Mercucio, á quien, segun un crítico ocurrente, Shakespeare mató en el tercer acto de su drama para que Mercucio no lo matara á él, es el tipo del calavera de buena ley, pendenciero, pero amigo de sus amigos, mal hablado, decidor, eterno jugador del vocablo, «que charla más en un minuto de lo que escucha en un mes;» tan burlon, que ni á sí mismo perdona, ni cesa de embromar áun en el instante de su muerte.

Capuleto es el viejo irascible y violento, pero á la par caprichoso y tornátil; que no quiere escuchar la proposicion de Páris de casarse con su hija, é inmediatamente despues lo acepta como yerno; que pide su «ancha espada» para matar á su mortal enemigo Montesco, y luégo se enoja con su sobrino por respetos hácia el hijo de su adversario, introducido subrepticiamente en su festin; que deseëa verificar sin aparato la boda de su hija y en presencia de sólo un par de amigos, y luégo encarga veinte cocineros para preparar la cena nupcial, y que, por último, trata á la infe-

liz JULIETA, al verse desobedecido, con dureza verdaderamente brutal, y luégo se desespera al verla cadáver.

TEOBALDO, díscolo, altanero, vengativo y duelista; BENVOLIO, prudente y conciliador, al par que animoso; el AMA, interesada, necia, impudente y servil, pronta para terciar en cualquiera relacion amorosa de la niña á quien crió y á quien quiere entrañablemente á su manera; la SEÑORA DE CAPULETO, tan temerosa de su marido, que jamás se atreve á contradecirle abiertamente, pero que ostenta, á raíz de ese temor, pasiones vehementísimas; en fin, todos los personajes de esta tragedia, inclusos los criados y los que apénas dicen cuatro palabras, sin excepcion siquiera del pobre MÚSICO, á quien disculpa PEDRO de su carencia de ingenio para responderle por ser el cantor, tienen tanta individualidad y están dibujados con rasgos tan valientes y tan perfectos como los que trazó Miguel Ángel para dar relieve y vida á sus grandiosas figuras.

De la accion de este drama sólo hay que decir, dadas las libertades dramáticas concedidas ó conquistadas en aquella época, que está desenvuelta y llevada á término con perfeccion absoluta. La trama es sencillísima; las escenas se suceden ad-

mirablemente combinadas, y el argumento camina hácia su triste desenlace con tanta unidad de accion y con tal rapidez, precision y naturalidad, á pesar de dilatarse en cinco largos actos, que ni siquiera un momento decäe el interés inspirado desde su principio por esta lindísima tragedia, que, como el oro, no se oxida con el tiempo.

ROMEO Y JULIETA.

PERSONAJES.

Escalo, Príncipe de Verona.

Páris, jóven noble, deudo del Príncipe.

Montesco. . } Jefes de dos casas
Capuleto. . } enemigas.

Un Anciano, de la familia de Capuleto.

Romeo, hijo de Montesco.

Mercucio, deudo del Príncipe y amigo de Roméo.

Benvolio, sobrino de Montesco y amigo de Roméo.

Teobaldo, sobrino de la señora de Capuleto.

Fray Lorenzo, franciscano.

Fray Juan, de la mismä órden.

Baltasar, sirviente de Roméo.

Sanson. . } Sirvientes de Capuleto.
Gregorio }

Pedro, sirviente del ama de Julieta.

Abraham, sirviente de Montesco.

Un Boticario.

Tres Músicos.

Paje de Páris.

Otro Paje.

Un Oficial.

La Señora de Montesco.

La Señora de Capuleto.

Julieta, hija de Capuleto.

Ama de Julieta.

Ciudadanos de Verona, varios hombres y mujeres, deudos de una y otra casa, enmascarados, guardias, alguaciles y sirvientes.

Coro.

LA ESCENA EN VERONA, EXCEPTO EN PARTE DEL QUINTO ACTO, QUE PASA EN MÁNTUA.

PRÓLOGO.

Entra CORO.

CORO. Dos familias iguales en nobleza
En Verona, lugar de estos amores,
Derraman, por recíprocos rencores,
Sangre inocente con brutal fiereza.
A sus hijos fatal naturaleza
Hizo esclavos de acerbos sinsabores;
Y término al furor de sus mayores
Fué su muerte y su amor y su tristeza.
El fin crüel de su amoroso trance
Y aquel odio de raza hereditario
Que sólo acaba con tan fiero lance,
Dos horas va á ocupar el escenario.
Oïd con atencion la triste trama,
Y supliremos lo que falte al drama. (Váse.)

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Verona. Una plaza.

Entran SANSON y GREGORIO armados de espadas y rodelas.

SANSON. Gregorio, ¡por vida mïa! No hay por qué agachar las orejas.

GREGORIO. Evidentemente, pues fuera manifestarse acémilas.

SANSON. Quiero decir que si nos hurgan debemos respingar.

GREGORIO. Eso es: largar la albarda.

SANSON. Fácilmente me disparo si më hurgan.

GREGORIO. Pero no es fácil hurgarte para que te dispares.

SANSON. Cualquier perro de la casa de los Montescos me dispara.

GREGORIO. Quien se dispara se va, pero el valiente se pára; por lo tanto, si te disparas, huyes.

SANSON. Un perro de esa casa me dispara y me pára. Pongo piés en pared si me tropiezo con cualquiera hombre ó mujer de la casa de los Montescos.

GREGORIO. Qué neciö eres! Si pones piés en pared te caes de espaldas.

SANSON. Es verdad, y de débiles es cäer de espaldas. Por tanto, al arroyo con los Montescos y á la acera con sus doncellas.

GREGORIO. La querella es entre nuestros amos, y nosotros somos sirvientes.

SANSON. Tanto monta. Seré tirano. Despues de luchar con los hombres me mostraré crüel con las doncellas. Las exterminaré.

GREGORIO. ¿Cómo es eso?

SANSON. Entiéndelo como quieras. Ya sabes que no soy rana.

GREGORIO. Ni carne ni pescado. Desenvaina, que llegan dos de la casa de los Montescos.

SANSON. Ya está fuera mi espada. Peléate tú. Yo te defenderé.

GREGORIO. ¿Qué haces? ¿Vuelves las espaldas y huyes?

SANSON. No quiero asustarte.

GREGORIO. ¿Asustarme tú?

SANSON. Coloquémonos de parte de la ley. Que ellos comiencen.

GREGORIO. Frunciré el entrecejo al pasar, y tómenlo como quieran.

SANSON. Como se atrevan á tomarlo. Los miraré y me chuparé el dedo. Oprobio será si lo aguantan.

Entran ABRAHAM y BALTASAR.

ABRAHAM. Caballero, ¿os chupais el dedo porque pasamos?

SANSON. Caballero, es verdad que me chupo el dedo.

ABRAHAM. Caballero, ¿os chupais el dedo porque pasamos?

SANSON. (Aparte á Gregorio.) ¿Está la ley de nuestra parte si respondo sí?

GREGORIO. (Aparte á Sanson.) No tal.

SANSON. Caballero, no me chupo el dedo porque pasais, pero me chupo el dedo, caballero.

GREGORIO. ¿Quereis camorra, caballero?

ABRAHAM. ¡Camorra, caballero! Ni semejante cosa.

SANSON. Si la quereis, aquí me teneis. Sirvo á tan buen amo como el vuestro.

ABRAHAM. Mejor, no.

SANSON. Corriente, caballero.

GREGORIO. (Aparte á Sanson.) Di «mejor,» que hácia este sitio llega un pariente del amo.

SANSON. Mejor, caballero.

ABRAHAM. Mentís.

SANSON. Desenvainad si sois hombre. — Gregorio, acuérdate de tu golpe maestro. (Pelëan.)

Entra BENVOLIO.

BENVOLIO. Cesad, necios. Guardad esas espadas.
Luchais, y ni sabeis por qué motivo.

Entra TEOBALDO.

TEOBALDO. ¡Qué! ¿Desnudo el acero entre villanos?
A contemplar tu muerte ven, Benvolio.

BENVOLIO. Trato de poner paz. Guardad la espada,
O conmigo evitad esta pelëa.

TEOBALDO. ¡Hablar de paz, el hierro ya desnudo!
Tal palabra odio yo como al infierno,
Al Montesco y á vos. Venid, cobarde. (Pelëan.)

Entran gentes de uno y otro bando que së unen á la pelëa; luégo ciudadanos armados con palos, etc.

CIUDADAN. Trancas, segures, picas. Castigadlos.
¡Mueran los Capuletos y Montescos!

Entran CAPULETO y la SEÑORA DE CAPULETO.

CAPULETO. ¿Qué ruido es este? Dadme mi ancha espada.
S. DE CAP. Una muleta. ¿A qué la espada pides?
CAPULETO. Mi espada, digo, que Montesco llega,
Su antiguo acero ante mi faz blandiendo.

Entran MONTESCO y la SEÑORA DE MONTESCO.

MONTESCO. ¡Vil Capuleto! ¡Déjame ir! ¡Aparta!
S. DE MON. Ni un paso más darás para buscarlo.

Entran el PRÍNCIPE y servidores.

PRÍNCIPE. Rebelde gente, que la paz perturba
Su acero al profanar con sangre hermana.
¿No quieren escuchar? Pues, hombres, fieras,
Que así extinguís el fuego de ira indigna
De vuestras venas en las rojas fuentes,
Al suelo arroje la sangrienta mano,
So pena de tormento, el hierro impïo,
Y escuchad la sentencia que pronuncio.
Con tres luchas nacidas por acaso
De una vana palabra, por tres veces
Turbado habeis la paz de nuestras calles,
Y á ilustres habitantes de Verona,
Su grave porte abandonando, hicísteis
Que viejas alabardas empuñáran
Sus viejas manos por la paz ociosas,
Para apartaros del conflicto ocioso.
Si en mis calles ocurre nueva lucha,
Vuestras vidas habrán de responderme.
Por ahora basta, y que despejen todos.
Tú, Capuleto, al punto ven conmigo,
Y tú, Montesco, me verás más tarde
En Villafranca, nuestra Casa-audiencia,
Donde más te diré sobre el asunto.
Pena de muerte á aquel que aquí quedare.

(Vánse todos menos Montesco, la señora de Montesco y Benvolio.)

Montesco. ¿Quién la antigua querella ha renovado?
Sobrino, ¿al comenzar, presente estabas?
Benvolio. Ya de vuestro adversario los sirvientes,
Al llegar, con los nuestros contendïan.
Traté de separarlos; pero en esto,
Iracundo, Teobaldo el hierro blande,
Amenazando fiero mis öidos;
Y, erguida la cabeza, el aire corta,
Que, ileso, silba, y su furor desprecia.
Al són de nuestras sendas cuchilladas
Acuden de una parte y de otra parte,
Cuando hizo el Rey partir á entrambas partes.
S. de Mon. ¿Y Romëo? ¿Le viste, por ventura?
¡Cuánto gozo en saber que ausente estaba!
Benvolio. Para que el sol glorioso se asomase
Por los áureos balcones del Oriente,
Unä hora faltaba, cuando, inquieto,
Al campo á pasëar salí, señora.
Y allí, cabe el verjel de sicomoros
Que de la villa al Occidente arraigan,
Ya estaba pasëando vueströ hijo.
A su encuentro me fuí; pero él, al verme,
En lo profundo penetró del bosque.
Comprendiendo por mí que en ciertos casos
Más tenemos que hacer miéntras más solos,
Seguí mis reflexiones, sin seguirle,
Alegre huyendo del que alegre hüïa.
S. de Mon. Allí suelen hallarlo con frecuencia,
Su llanto uniendo al matinal rocïo,
Y lanzando á las nubes hondos ayes.
Mas cuando el sol que regocija al mundo
Las sombrïas cortinas de su lecho
A Aurora en el remoto Oriente aparta,
Huyendo de la luz á casa vuelve,
Y, encerrado en su alcoba y triste, excluye

De allí la hermosa claridad del dïa,
Oscura noche artificial buscando.
Su fin me inquieta si en caprichos crece,
Y la razon en él no prevalece.

BENVOLIO. ¿Vos conoceis la causa, noble tïo?

MONTESCO. Ni yo la sé, ni averiguarla puedo.

BENVOLIO. ¿No recabásteis de él explicaciones?

MONTESCO. Ni yo, ni nadie puede.—Bueno ó malo,
Él sólo es consejero de sí mismo.
Adusto, en su secreto se encarcela
Y cauteloso para sí lo guarda,
Como boton que vil gusano rōe
Antes de abrir sus pétalos al viento
Y cautivar al sol con su belleza.
Sepa la causa yo de su amargura,
Y trataré de procurar su cura.

BENVOLIO. Ved, allí llega. Mi interés me engaña,
O sabré de su mal la causa ähora.

MONTESCO. Ojalá que pudieras tú con maña
Descubrir la verdad.—Venid, señora.

(Vánse Montesco y la señora de Montesco.)

Entra ROMEO.

BENVOLIO. Hoy madrugas.

ROMEO. ¿Tan jóven es el dïa?

BENVOLIO. Las nueve apénas son.

ROMEO. ¡Horas amargas,
Cuán lentamente caminar os vēo!
¿No era mi padre quien de aquí partïa?

BENVOLIO. Sí tal.—Pero ¿qué penas hacen largas
Las horas de Romëo?

ROMEO. De aquello carecer que las acorta.

BENVOLIO. ¿Son amores?

ROMEO. Desdenes son.

BENVOLIO. ¿De amores?

ROMEO. Mi corazon soporta

El peso abrumador de sus rigores.

BENVOLIO. ¿Por qué el amor, que humilde nace, luégo
Tanta abyeccion, como tirano, exige?

ROMEO. ¿Por qué el amor, que nos presentan ciego,
Sendas sin fin á su capricho elige?—
¿Dónde á comer hoy vamos?—
¡Dios me valga!—Refiere lo ocurrido.—
Pero no, que lo tengo ya sabido.
Aquí el odio al amor unido hallamos.
Amor discorde, discordancia amante.
Conjunto vário que la nada ofrece,
Grave y sutil, humilde y arrogante,
Cäos informe que de formas crece.
Pluma de plomo y humo que relumbra,
Fuego helado, salud agonizante,
Sueño que vela, cuya esencia ignoro.
Mi pecho á tal amor no se acostumbra.
¿Rïes? ¡Por vida mïa!

BENVOLIO. ¡No, primo, mas bien lloro!

ROMEO. Gran corazon, ¿de qué?

BENVOLIO. De tu agonïa.

ROMEO. Son gajes del amor.—Mi pecho oprimen
Mis propias penas, cuyo peso aumenta,
Sabiendo que tambien á tí te afligen.
Fuego es amor que aventa
El aire de un suspiro; reanimado
En los amantes ojos, resplandece.
Otras, torrente airado
Que apasionadas lágrimas acrece.
¿Qué más le llamaré? Sábia locura,
Hiel que ahoga, balsámica dulzura.
Adiós, primo querido.

BENVOLIO. Pretendo acompañarte.
Si así te vas, me dejas ofendido.

ROMEO. Cállate, que, perdido,

Romëo debe estar en otra parte.

BENVOLIO. El nombre me dirás de tu adorada.

ROMEO. ¿Quieres öir gemir?

BENVOLIO. ¿Gemir?—¡Qué idëa!
Mas, sériamente, dime tú quien sëa.

ROMEO. Di sériamente, ¡oh frase despiadada!
Al que padece que haga testamento.
Sériamente. Me siento
De una mujer enamorado, primo.

BENVOLIO. A eso pudo alcanzar mi puntería.

ROMEO. Acertaste. Por una hermosa gimo.

BENVOLIO. Pues si es hermoso blanco, yo diría
Que es fácil dar en él.

ROMEO. Mal tiro es este.
No será fácil, que, á burlar dispuesta,
De Diana imitando la cordura,
Está las flechas que Cupido aseste.
Pueriles asechanzas contraresta
Del Dios de amor, segura
De santa castidad con la armadura.
De amantes frases el asalto evita;
Huye el ardiente choque de los ojos;
Ni el oro siempre seductor la incita.
Es rica, porque bella:
Pobre, porque al morir, sólo despojos
Quedan de humana perfeccion tras ella.

BENVOLIO. ¿Voto de castidad hizo, por tanto?

ROMEO. Mas no por eso ähorra, desperdicia:
Que mata á la beldad con su avaricia,
Y priva al mundo de su dulce encanto.
Tan discreta, tan bella,
Tan bella por demás, mi desventura
No debiera causar la dicha de ella.
Pero de amor abjura,
Y en ese voto está mi sepultura.

BENVOLIO. Ese pensar en ella luégo olvida.
ROMEO. Enséñame á olvidar como se piensa.
BENVOLIO. Que tu vista á ser libre se decida:
Mira á otras.
ROMEO. Con luz áun más intensa,
Así resalta su beldad inmensa.
El antifaz que la nevada frente
Besa de una hermosura,
Por ser negro, más fija en nuestra mente
De esa tez la recóndita blancura.
Quien la vista de pronto ve perdida,
Tan preciado tesoro nunca olvida.
Si yo del mundo viera
A la beldad más rara,
Fuera sólo cartel donde leyera
Cuanto en beldad mi amor la aventajara.
¡Adios! No logras enseñarme olvido.
BENVOLIO. A anular tu doctrina me decido. (Vánse.)

ESCENA II.

Una calle.

Entran CAPULETO, PÁRIS y SIRVIENTE.

CAPULETO. A Montesco mandato ineludible
Liga tambien, y á nuestra edad diría
Que mantenerse en paz no es imposible.
PÁRIS. Ambos iguales sois en jerarquía,
Y un cisma separaros no debiera.—
¿Pero qué respondeis á mi demanda?
CAPULETO. Lo dicho.—Que mi hija áun extranjera

Es en el mundo.—¡En los catorce anda!
No la juzgo madura para esposa
Hasta extinguir su pompa dos veranos.

PÁRIS. La hay más jóven y ya madre dichosa.

CAPULETO. No prosperan los árboles tempranos.
Mis esperanzas en la tierra yacen,
Y esto quedó á mi tierra solamente.
Vuestros votos ved, Páris, si la placen,
Que yo consentiré si ella consiente.
Entre los de su rango, libre, elija,
Que no será mi voz quien lo reproche.—
Segun uso antiquísimo, cobija
Mi hogar á mis amigos esta noche.
Entre ellos vos estais. Que holleis anhelo
De mi mansion modesta los umbrales,
Y allí esta noche, iluminando el cielo,
Vereis brillar estrellas terrenales.
Vos gozareis, cual jóven vigoroso,
Que áun no pisa en sus pródigos abriles
El talon del invierno perezoso
Tal reunion de pimpollos femeniles.
Oid y ved, y vuestro pecho elija
A aquella que más méritos posea.
Examinando bien, quizás mi hija
Una acaso entre tantas solo sea.
De la gentil Verona tú las calles
Recorrerás. Encuentra el paradero (Da un papel.)
De aquellos cuyos nombres aquí halles,
Y dí que á honrar mi casa los espero.
(Vánse Capuleto y Páris.)

SIRVIENTE. Que halle yo el paradero de aquellos cuyos nombres están aquí escritos.—Escrito está que el zapatero use la vara, el sastre la horma, el pescador pinceles y redes el pintor; y que á mí me envien en busca de

aquellos cuyos nombres están aquí escritos, por más que no pueda averiguar yo cuáles nombres el escritor ha escrito. Ampárenme los sabios.—Vamos andando.

Entran BENVOLIO y ROMEO.

BENVOLIO. ¡Calla! Un fuego con otro es apagado.
Cesa un dolor sï otro se desata.
Da vueltas al revés el marëado,
Y nueva pena, antigua pena mata.
El nuevo mal que por tu vista cojas,
Del viejo mal curarte te asegura.

ROMEO. Curar podrá del plátano las hojas.

BENVOLIO. ¿Eso qué cura?

ROMEO. Desollones cura.

BENVOLIO. ¿Demente estás?

ROMEO. ¡Demente! Maniatado
Más que el demente está. Sin alimento,
En cárcel oscurísima encerrado,
Donde me azotan y me dan tormento.—
Dios te guarde, buen hombre.

SIRVIENTE. Dios os guarde.
¿Sabeis, señor, lëer?

ROMEO. ¡Por vida mïa!
Mi suerte en mi dolor.

SIRVIENTE. ¡Gentil alarde!
Sin libro lo aprendísteis juraria.
Quiero decir, ¿sabreis lëer lo escrito?

ROMEO. Si es letra clara y el lenguaje claro.

SIRVIENTE. ¿De veras?—Pues que os guarde Dios, repito.

ROMEO. Detente, que á lëer ya me preparo.
(Toma el papel y lëe.)
«Señor Martino y su mujer é hïjas,
El conde Anselmo y sus hermanas bellas,
La señora vïuda de Viturbio,
Señor Placencio y sus sobrinas caras,

A Mercucio y su hermano Valentino,
Mi tio Capuleto, esposa é hijas,
A Rosalia, mi sobrina hermosa,
A Livia y á Valencio y á Teobaldo
Su primo, á Lucio y la gentil Elena.»
¡Bella reunion!—Y ¿dónde es el reclamo?

SIRVIENTE. Allí.
ROMEO. ¿Dónde?
SIRVIENTE. A cenar en casa infiero.
ROMEO. ¿En qué casa?
SIRVIENTE. En la casa de mi amo.
ROMEO. Su nombre preguntar debí primero.
SIRVIENTE. Y yo os contestaré sin que me apriete.
Mi amo es Capuleto, el noble y rico.
Si Montesco no sois, id al banquete
Una copa á estrujar. Yo os lo suplico. (Váse.)
BENVOLIO. Tu hermosa idolatrada Rosalïa
A este festin tradicional acude
Con las beldades que Verona crïa:
Allí tu vista á distinguir te ayude.
Con quien te enseñe yo su faz compara,
Y el cisne en grajo convertirse puede.
ROMEO. La religion que, fiel, mi vista ampara,
Falsedad semejante no concede.
Fuego sëan mis lágrimas veraces,
Y mis ojos, que ahogarse á veces viera,
Herejes transparentes y falaces
Se quemen sin piedad en esa hoguera.
¡Más bella! Ni ese sol, que lo ve todo,
Tal vió desde que el mundo fué crëado.
BENVOLIO. Tus ojos no ven más que á su acomodo.
Su imágen con su imágen han pesado.
En tu balanza de cristal ahora
Vas á pesar á otra mujer tan bella,
Que ese inmenso valer de tu señora

Verás cual cede al contrastar con ella.

ROMEO. Iré, pero no ver tal cosa anhelo,
Sino gozarme con mi propio cielo. (Vánse.)

ESCENA III.

Habitacion en casa de Capuleto.

Entran la SEÑORA DE CAPULETO y el AMA.

S. DE CAP. Ama, mi hija ¿dónde está? — Que venga.
AMA. ¡Válgame mi virtud de doce años!
La llamé. — Corderillo. Mariposa.
¡Jesús! — ¿Dónde se encuentra esta muchacha?
¡Eh, Julieta!
JULIETA. ¿Quién llama? di.
AMA. Tu madre.
JULIETA. Aquí, señora, estoy. Decid qué ocurre.
S. DE CAP. Ocurre... Ama, déjanos un rato.
Que á hablar vamos á solas. — Pero vuelve.
Que escuches tú la plática deseo.
En muy crítica edad entra mi hija.
AMA. ¡Vaya! Su edad recuerdo exactamente.
S. DE CAP. Aun no cumplió catorce.
AMA. Apostaría
Catorce dientes (¡tengo, ay, sólo cuatro!)
Que catorce no son. — ¿Cuándo la fiesta
De los Ángeles es?
S. DE CAP. En dos semanas.
AMA. Ya pares, ó ya nones, ese día
Catorce ha de cumplir anocheciendo
La fiesta de los Ángeles. — ¡Dios mío!
Ella y Susana igual edad tuvieran.

Susana está con Dios. No era yo digna
De tanta perfeccion. Tendrá cual digo,
La tarde de los Ángeles catorce.
¡Vaya si los tendrá! Bien lo recuerdo.
Hay once años ya del terremoto
Cuando se despechó. Jamás confundo
Aquel día entre todos los del año.
Recuerdo que mi pecho unté en acíbar
Bajo del palomar, al sol sentada.
En Mántua vos estábais con el amo.
¡Tengo yo tal memoria! — Como digo,
Cuando probó el acíbar de mi seno
Y lo halló tan amargo, la tontuela
¡Qué enojada, qué incómoda se puso
Contra mi pecho! El palomar temblaba,
Y no le fué preciso despedirme.
¡Once años cumplidos desde entónces!
Teníase ya en pié. ¡Jesús me ampare!
Ya se tambaleaba ¡y áun corría!
La víspera, sin más, se hirió la frente.
Y mi marido (santa gloria goce),
¡Qué chusco era! levantó á la niña.
«Vaya — dijo — ¿de frente te caíste?
No así caerás al madurar tu juicio,
Julita, ¿no es verdad?» Y ¡por mi vida!
«Sí» respondió sus lágrimas limpiando
La linda picaruela. Con el tiempo
Se hacen veras las bromas. Si viviese
Mil años, ese lance recordara.
«Julita, ¿no es verdad?» Así le dijo,
Y calló la tontuela, y «Sí» responde.

S. de Cap. Basta ya. Te suplico que te calles.

Ama. Sí tal, señora; mas reir es fuerza
Al recordar que «Sí» callando dijo,
Y tenía en la frente, sin embargo,

Un chichon como un huevo de gallina,
Y sin consuelo, á la sazon lloraba.
«Vaya—dijo mi esposo—¿caes de frente?
No así caerás al madurar tu juicio,
Julita, ¿es cierto?» Y calla, y «Sí» responde.

JULIETA. Y calla tú tambien, yo te lo ruego.

AMA. Bien, ya acabé. Que Dios te dé su gracia.
Eras tú la criatura más bonita
Que he criado jamás. Logro mi gusto
Si puedo yo alcanzar casada verte.

JULIETA. Aún no he soñado en honra semejante.

AMA. ¡Honra! Pues si no fuese porque he sido
Yo tu única ama, te diria
Que leche discretísima has mamado.

S. DE CAP. Ahora pensar en casamiento puedes.
Más jóvenes que tú hay en Verona
Nobles damas ya madres, y yo misma
Casi á tu misma edad era tu madre.
Pero, en breves palabras, te pretende
El animoso Páris.

AMA. ¡Señorita!
¡Vaya un hombre! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué hombre!
De cera hecho parece.

S. DE CAP. Flor más bella
No dió la primavera de Verona.

AMA. ¡Es una flor! Sí tal. Es flor, sin duda.

S. DE CAP. Saber si amarlo puedes necesito.
Lo verás esta noche en nuestra casa.
Libro es la faz de Páris donde ha escrito
La pluma del amor dicha sin tasa.
Observa sus facciones y el resúmen
Y armónico conjunto que presentan:
Lo que es confuso en tan gentil volúmen,
Sus ojos márgen son que lo comentan.
A este libro de amor no encuadernado

Una cubierta espléndida conviene.
En el mar vive el pez. Y honra ha alcanzado
Toda beldad que otra beldad contiene.
El libro de áureo broche, con frecuencia
Del áureo cuento gozará la fama;
Cuanto tenga será tuyo en esencia,
Ni serás ménos, si mujer te llama.

AMA. ¿Ménos? ¡Qué disparate! Más diría,
Porque esa consecuencia se produce.

S. DE CAP. Di si amarás á Páris algun día.

JULIETA. Veré de amar, si el ver á amar induce.
Mas tendrá el dardo que mi vista aseste
Sólo la fuerza que el mandato preste.

Entra un SIRVIENTE.

SIRVIENTE. Señora, los huéspedes llegan. La cena está preparada. Os llaman: la señorita hace falta: maldicen del Ama en la cocina, y todo está á punto. Os ruego que vayais de seguida.

S. DE CAP. Te seguimos. Julieta, el conde espera.

AMA. Vé, niña, y tu fortuna considera. (Vánse.)

ESCENA IV.

Una calle.

Entran ROMEO, MERCUCIO, BENVOLIO, con cinco ó seis máscaras. Gente con antorchas y otros.

ROMEO. ¿Pronunciamos la arenga como excusa,
O penetramos sin pretexto alguno?

BENVOLIO. Pasó el tiempo de tales circunlóquios.
Ni hace falta un Cupido, que por venda
Use pañuelo, y de laton pintado

Con arco tartarí nos amenace,
Medroso espantapájaros de damas.
Ni prólogo supérfluo débilmente
Repetir al entrar al són de apunte.
Con el compás que gusten que nos midan;
Mas hemos de bailar unos compases.

ROMEO. Dadme una antorcha, que danzar no quiero.
Cuadra la luz con quien se encuentra á oscuras.

MERCUCIO. No tal, Romĕo, que danzar te incumbe.

ROMEO. No lo crĕas; calzados vais de baile.
Yo mĕ hallo cual tres en un zapato,
Y alzarme así no puedo de la tierra.

MERCUCIO. Amante tú, sus alas á Cupido
Toma, y con ellas te alzarás del suelo.

ROMEO. Tal su dardo me hirió, que ni me sirven
Sus leves plumas ya para elevarme.
Tal me ligó, que traspasar un punto
Los límites no puedo de mi pena,
Vencido al peso que á mi amor oprime.

MERCUCIO. No debieras cargarle tanto peso;
No hay que oprimir á ser tan delicado.

ROMEO. ¡Amor ser delicado! Vigoroso,
Rudo, violento, y como el cardo punza.

MERCUCIO. Si es violento contigo, sé violento;
Hiere si él hiere, y lo verás rendido.
Dadme un estuche y guardaré mi rostro.
Careta á la careta. ¡Poco importa!
¡Quien nunca analizó deformidades!
Mi antifaz por mi cara se sonroje.

BENVOLIO. Llamad y entrad, y cuando dentro estemos,
Cada cual de sus piés se cuide sólo.

ROMEO. ¡Dadme una antorcha! La insensible estera
Hurgue el talon de la festiva turba.
Yo, parodiando de mi abuelo el dicho,
Seré porta-farol en este lance,

Que, escaldado, respeta al agua el gato.
MERCUCIO. «Pardos de noche todos son,» decïa
El condestable. Ven, te sacaremos
De ese perol de amor donde te escaldas.
¡Vamos, pues, que se acaba la candela!
ROMEO. No es verdad.
MERCUCIO. Es decir, que en dilaciones
Se gastan las antorchas, y en remates
Hay que observar la luz que se ha encendido.
Y entiende bien lo que decir deseö:
Tengo así cinco veces más sentido
Que en los cinco sentidos que poseö.
ROMEO. ¿Deseäs ir al baile? ¿Está probado
Que eso tiene sentido?
MERCUCIO. ¿Lo dudaste?
ROMEO. Anoche tuve un sueño.
MERCUCIO. Yo he soñado
Esta noche tambien.
ROMEO. Y ¿qué soñaste?
MERCUCIO. Que hay distancia formal de un sueño á un [hecho.
ROMEO. Pronto se pasa al sueño desde el lecho.
MERCUCIO. La reina Mab te visitó sin duda;
Es de las hadas comadrona. Llega
Como el ágata exígua que en el dedo
Luce de un Regidor; y las narices
Del que duerme recorre en su carroza,
Que arrastran atomísticos corceles.
Son patas de tarántula los rayos;
De alas de cigarron es la cubierta;
Da el gusano de seda los tirantes;
Húmedos rayos de la luna, arneses;
Concede el grillo un hueso para fusta,
Que termina en el hilo de una araña;
Mosquito chiquitin de gris libreä

Es el auriga, la mitad más chico
Que ténue insecto que la dama extrae
Del dedo ocioso con sutil aguja.
Hueca avellana es caja de su coche,
Obra de carpintero de la ardilla,
De *ab-inicio* ebanista de las hadas.
Noche tras noche en ese tren galopa
Por cerebros amantes, y ánsias sueñan.
Por las rodillas va de cortesanos,
Y sueñan cortesías. Por los dedos
De abogados, y sueñan con minutas.
Por los labios de damas, y al instante
Sueñan con dulces besos; mas los quema
En ciertas ocasiones si percibe
Que á infecto almíbar sus alientos huelen.
Del pretendiente la nariz recorre,
Quien sueña con que al fin olió su empléo.
Con ápice de rabo de cochino
Cosquillas hace al cura cuando ronca,
Brindándole cercana canongía.
El pescuezo recorre del soldado,
Que sueña con matar al enemigo
Con asaltos y espadas toledanas,
Con tragos como albercas, ó de pronto
Oye el tambor, despierta, se reanima
Sobresaltado, jura un *Padre-nuestro,*
Y se vuelve á dormir. Ella entreteje
La crin de los caballos por las noches,
Y el cabello á los duendes desaliña
Y ensucia y enmaraña en crespos rizos
Que, peinados, auguran grandes males.
Ella es la bruja que visita el lecho
De la casta doncella, y la fascina,
Y por primera vez al mal la induce,
Y en mujer de buen porte la convierte.

Ella...

ROMEO. Calla, Mercucio, calla, calla;
Hablas sin ton ni són.

MERCUCIO. De sueños hablo,
Hijos de los cerebros que reposan,
Y engendros de la loca fantasía,
Más sutil en esencia que los aires,
Y vária más que el viento, que ahora mismo
El seno besa del helado Norte,
Y, repulsado, repentino gira,
Y hácia el húmedo Sur rápido torna.

BENVOLIO. Con tanto hablar de viento, nos aventas.
La cena espera, y llegaremos tarde.

ROMEO. ¡Harto temprano! Que el recelo abrigo
De que anuncian los astros desventuras,
Cuya marcha fatal ha de iniciarse
Ahora en este festin, y fiera muerte
Terminará con despiadada saña
La inútil vida que cesó en mi pecho.
Pero aquel que dirige mi camino,
Guíe mi nave.—Caballeros, vamos.

BENVOLIO. Suene el tambor. (Vánse.)

ESCENA V.

Salon en la casa de Capuleto.

Músicos. Entran SIRVIENTES.

SIRV. 1.° ¿Dónde está Cacerola que no ayuda á servir? ¡Ni quita un plato! ¡Ni friega un plato!

SIRV. 2.° Lástima es que la cortesía se encuentre sólo en una ó dos manos, y éstas estén sucias.

SIRV. 1.° Quitad los bancos. Apartad el aparador.

Cuidado con la plata. Escucha, tú. Sálvame un trozo de pastel, y por la amistad que me tienes te ruego que digas al portero que deje entrar á Susana la molinera y á Elenilla.—¡Antonio Cacerola!

SIRV. 2.° Ya estamos, camarada.

SIRV. 1.° Te buscan, te llaman, te citan y te emplazan en el estrado.

SIRV. 2.° No podemos estar aquí y allí. Vamos, muchachos, despachad, y el que sobreviva que lo herede todo.

Entran **CAPULETO**, la **SEÑORA DE CAPULETO, JULIETA, TEOBALDO** y otros de la casa, con los convidados y máscaras.

CAPULETO. Bien venidos. Al baile os desafían
Las damas de piés ágiles y sanos.
A bailar, pues, muchachas. Tal oyendo,
¿Quién se puede negar? La remilgada
Confiesa tener callos.—¿Ando cerca?
Señores, bien venidos. Hubo día
En que gasté careta, y al öido
De una beldad historia murmuraba,
Que solïa agradar. Pasó. Pasó ya todo.
Bien venidos. ¡Ea, músicos, á ello!
Plaza! Plaza! Apartad. Bullid, muchachas.
(Música y bailan.)
¡Hola, chicos, más luz!—Quitad las mesas.
Y pues hace calor, que el fuego cese.—
¡Ah tunante! Á tí el baile te acomoda.—
¡Silla! ¡Silla á mi primo Capuleto,
Que de bailar pasaron nuestros dias.
¿Desde cuándo no usamos la careta?

SEG.° CAP. ¡Vírgen Santa! Lo ménos treintä años.

CAPULETO. Hombre, no tal, no tal, que fué en la boda
De Lucencio. Llegando Pentecóstes,
Veinticinco se cumplen á lo sumo.

SEG.° CAP. Más, más. Tiene más años ya sũ hijo.
Tiene lo ménos treinta.

CAPULETO. No es posible.
Era menor de edad hace dos años.

ROMEO. (A un sirviente.)
¿Qué dama es esa, dime, que enriquece
De ese señor la mano?

SIRVIENTE. Yo lo ignoro.

ROMEO. Avergüenza á la luz su faz radiante,
Y contrasta la noche con su brillo,
Cual contrasta el espléndido diamante
Que ostenta el etïope en su zarcillo.
Tanta gloria la tierra no merece,
Ni quien tanta beldad para sí toma,
Si entre las otras damas aparece,
Cual entre grajos cándida paloma.
Cesado el baile llegaré á su puesto,
Y mi mano estrechar su mano espera.
¿Amé jamás?—Mis ojos niegan esto,
Que hoy sólo ven belleza verdadera.

TEOBALDO. Montesco por la voz se me figura.—
Trae, muchacho, mi espada.—¿Que ese infame
Se atreva aquí á venir enmascarado,
A escarnecer nuestra solemne fiesta?
Pues juro, por lä honra de mi alcurnia,
Que no juzgo pecado darle muerte.

CAPULETO. Sobrino, ¿qué te causa tanto enojo?

TEOBALDO. Un Montesco es aquél, nuestro enemigo,
Que viene expresamente aquí esta noche
A escarnecer nuestra solemne fiesta.

CAPULETO. ¿Es el jóven Romĕo?

TEOBALDO. El vil Romĕo.

CAPULETO. Basta, sobrino, déjalo. Se porta
Cual caballero; y en verdad, lo aclama
Verona por discreto y virtüoso.

Ni por todo el tesoro de esta villa
Le ofendiera en mi casa. Sé paciente,
Déjalo en paz. Mi voluntad es ésta,
Y, por tanto, si quieres respetarla,
Muéstrate afable y deja ese entrecejo,
Que impropio es tu semblante de un banquete.

TEOBALDO. Cuando hay por huésped sér tan vil... es propio.
¡Y no lo he de aguantar!

CAPULETO. Has de aguantarlo.
¡Hola, caballerito! Ya lo dije.
¡Vaya! ¿Quién manda en este sitio? ¡Vaya!
¿Que no lo aguantarás? ¡Dios me proteja!
¿Molestar á mis huéspedes presumes?
¿Quieres armar camorra? ¿Hacer el hombre?

TEOBALDO. Es un oprobio, tío.

CAPULETO. Vete, vete.
Eres un jóven díscolo.—¿No es eso?
Pues cara te podrá costar la broma.
¿Quieres contrariarme?—Pues ya basta.—
Bien dicho, niñas.—¡Hola el mequetrefe!
Anda y estate quieto.—¡Luces, luces!
¡Qué vergüenza! Yo haré que te estés quieto.
¡Vaya! ¡Vaya!—Seguid bailando, niñas.

TEOBALDO. Mi calma impuesta y mi espontánea furia
Hacen temblar mis carnes en su choque.
Irme debo de aquí, pero esta injuria,
Hoy dulce, amarga hiel quizás provoque.
(Váse.)

ROMEO. (A Julieta, tomándole la mano.)
Si con indigna diestra he profanado
Tan santo altar, multadme por mi exceso.
Mi boca, peregrino sonrojado,
Cancelará la mancha con un beso.

JULIETA. El noble peregrino se equivoca,
Clara señal de devocion es esa.

Manos de santo el peregrino toca,
Y con sus palmas el palmero besa.

ROMEO. ¿Labios no tiene el santo y el palmero?

JULIETA. Para rezar los usa el peregrino.

ROMEO. ¡Ah, santa! Siendo así, que muden quiero
Con mis manos mis labios de destino;
Que recen, y acceded á lo que imploran.

JULIETA. Tranquilo escucha el santo si suplican.

ROMEO. Pues inmóvil quedad miéntras que oran,
Y esos labios á mí me purifican. (Besándola.)

JULIETA. Mis labios, pues, vuestro pecado ostentan.

ROMEO. ¿Pecado de mis labios? Necesario
Es que de tal delito se arrepientan.
Volvédmelo. (Volviéndola á besar.)

JULIETA. Besais por breviario.

AMA. Te quiere hablar tu madre.

ROMEO. ¿Quién es ella?

AMA. La dueña de esta casa, caballero,
Es su madre. Discreta, virtüosa
Y excelente señora; yo á sü hija,
Con quien há poco hablábais, he crïado,
Y monedas tendrá quien la cautive.

ROMEO. ¿Capuleto ellä es? ¡Suerte funesta!
Mi vida deuda es ya de mi enemigo.

BENVOLIO. Marchemos, que en su punto está la fiesta.

ROMEO. ¡Cuán ciertö es! Y por mi mal lo digo.

CAPULETO. No os despidais tan pronto, caballeros.
Aun falta un modestísimo banquete.
Mas ¿os vais? Pues daré gracias á todos.
Mil gracias, caballeros.—Buenas noches.
¡Luces, träed más luces!—Ahora al lecho.
¡Ah, primo, tarde es ya, por vida mïa!
(Al Segundo Capuleto.)
Vamos á descansar.

(Vánse todos ménos Julieta y el Ama.)

JULIETA. Ama, dí, ¿quién es ese caballero?
AMA. Del anciano Tiberio el mayorazgo.
JULIETA. ¿Quién es aquél que sale por la puerta?
AMA. Es el jóven Petruchio, me parece.
JULIETA. ¿Y el que le sigue, que bailar no quiso?
AMA. No sé.
JULIETA. Que lo averigües tú deséo.
Si es casado, será, se me figura,
Mi tálamo nupcial, mi sepultura.
AMA. Es un Montesco, y llámase Roméo,
El heredero de esa raza impura.
JULIETA. Amor, de mi odiö único nacido,
Harto pronto te ví sin conocerte,
Y tarde por demás te he conocido.
Aborto del amor, quiere mi suerte
Que dé mi amor á un sér aborrecido.
AMA. ¿Qué dices tú, qué dices?
JULIETA. Repetïa
Versos que uno al bailar me ha recitado.
(Una voz dentro llama á Julieta.)
AMA. Ya va. Ya va. ¡Ea, vamos, vida mïa!
Que los huéspedes todos se han marchado.
(Vánse.)

Entra el CORO.

CORO. Ved la antigua pasion agonizante,
Y afan reciente que heredarla ansïa.
Á la beldad por quien amor gemïa,
Julieta eclipsa con su luz radiante.
Romëo, tan amado como amante,
Reclama de un contrario su alegrïa,
Y ella, el cebo de amor, en su agonïa,
Pendiente ve de anzuelo amenazante.
Él, de enemigos el desdén soporta,
Y ni puede expresar su amante duelo,
Y á ella tambien, aunque en su amor absorta,
Vedado está manifestar su anhelo.
Mas tiempo y medios la pasion procura,
Templando gran dolor con gran ventura.
(Váse.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Campo cerca del jardin de la casa de Capuleto.

Entra ROMEO.

ROMEO. ¿Quedando aquí mi corazon, avanzo?
Vuélvete, tierra, atrás, y halla tu centro.

(Salta la tapia y entra en el jardin).

Entran BENVOLIO y MERCUCIO.

BENVOLIO. ¡Roméo! ¡Primo mïo!
MERCUCIO. ¡Por mi vida!
Discretŏ es, y el lecho en casa busca.
BENVOLIO. Aquí llegó; debió saltar la tapia;
Grita, Mercucio.
MERCUCIO. A conjurar me apresto.
¡Roméo! Caprichoso, audaz, demente,
Amante. Ven en forma de suspiro.
Responde «¡Ay me!» y «amada, idolatrada.»
Echa un requiebro á mi comadre Vénus,
Y á su hijo y mayorazgo el dios Cupido
Pon un apodo y su destreza alaba

Cuando apuntö tan bien, que enamorado
El Rey quedó de la infeliz mendiga.
Ni respira, ni escucha, ni se mueve.
Muerto está el mozo.—Conjurarle debo.
De Rosalía por los claros ojos
La altiva frente y labios purpurinos,
El breve pié, la pierna tornēada
Y demás pertenencias, te conjuro
A que aparezcas en tu propia forma.

BENVOLIO. Lograrás enojarlo si te escucha.

MERCUCIO. Con esto no le enojo. Le enojara
Si misterioso espíritu evocase
De su amada en el místico circuito,
Para que allí lo conjurasē ella.
Ofensa fuera entónces. Mas yo invoco
Honradamente; y, de su amada en nombre,
Tan sólo su presencia aquí reclamo.

BENVOLIO. Conmigo ven. Entre árboles oculto
Ansia consorcio con la oscura noche;
Que amor, que es ciego, las tinieblas busca.

MERCUCIO. Si amor es ciego, no dará en el blanco.
Ahora al pié de un manzano se recuesta,
Quizás ansiando ver á su adorada
En la fruta prohibida transformada.
Romēo, buenas noches. Yo á mi lecho;
Que es colchon fresco por demás la tierra.
¿Nos vamos?

BENVOLIO. Nos iremos; que es inútil
Buscar á quien no quiere ser hallado.
(Vánse).

ESCENA II.

Jardin de la casa de Capuleto.

Entra ROMEO.

ROMEO. ¡Burla de las heridas el no herido!—
Pero ¿qué luz asoma á esa ventana?
(**Julieta se asoma á la ventana.**)
¡Es el Oriente! ¡El sol de mi Julieta!
Sal, pues, y mata á la envidiosa luna,
Que palidece acongojada y triste
Al ver que su doncella la aventaja.
Cesa ya de servir á quien te envidia:
Es de vestal su túnica incolora;
No vistas tú tan insensato traje.
¡Ah, sí! ¡Mi dueño es! ¡Mi dulce amada!
Porque tú lo supieses ¡qué no diera!
Habla... mas nada dice ¡Qué me importa!
Sus ojos hablan. Responderles quiero.
Audacia fuera en mí, que no es conmigo.
A sus ojos dos astros vagarosos
Han suplicado que en su ausencia brillen.
Si mudasen sus ojos y esos astros
De lugar, ¿qué ocurriera? Su semblante
Con su esplendor quizás los eclipsara
Cual eclipsa á una lámpara la aurora.
Sus ojos desde el cielo brillarían
Con tanta luz en la region etérea,
Que las aves, negando que era noche,
Con su cantar los aires alegraran.
¡Ved! Reposa en la mano su mejilla.
¡Oh, quién el guante fuese de esa mano,
Y su mejilla así besar pudiera!

JULIETA. ¡Ay de mí!
ROMEO. ¡Habla! Habla, te suplico,
Angel de amores, que encumbrado vëo,
Para mí tan glorioso en esta noche
Como celeste mensajero alado
Para aquellos que estáticos lo miran
Cuando cabalga en perezosa nube
Flotando de la atmósfera en el seno.
JULIETA. ¡Oh Romëo, Romëo!—¿Por qué causa
Te llamaste Romëo?—De tu padre
Olvídate. Reniega de tu nombre,
O, si no quieres, y tu amor me juras,
Dejaré de llamarme Capuleto.
ROMEO. ¿Escuchar debo más, ó la interrumpo?
JULIETA. Es tan sólo tu nombre mi enemigo;
Tú fueras Tú, Montesco ó no Montesco.
¿Qué es Montesco? decid. Ni pié, ni mano,
Ni brazo, ni semblante, parte alguna
De humano sér. Rechaza, pues, tu nombre,
Y en cambio de ese nombre, nada tuyo,
Tómame á mí.
ROMEO. Te cojo la palabra.
¡Tu amante yo! Bautícenme de nuevo,
Que desde hoy Romëo no me llamo.
JULIETA. ¿Quién eres tú, que entre nocturnas sombras
Así tropiezas con mi voz?
ROMEO. Con nombre
A decirte quién soy no me aventuro.
Mi nombre, santa mía, te es odioso;
Que tú, cual enemigo, lo juzgaste.
Si lo hubiera yo escrito, lo rasgara.
JULIETA. Aunque sólo han libado mis öidos
De esa voz cien palabras, la conocen.
¿No eres Romëo? di. ¿No eres Montesco?
ROMEO. No tal, si tú no quieres, santa mía.

JULIETA. ¿Cómo y porqué, responde, aquí viniste?
Muy altas son las tapias de la huerta,
Y la muerte hallarás en este sitio
Como lleguen mis deudos á encontrarte.

ROMEO. En alas del amor salvé las tapias:
No detiene al amor gigante muro,
Y amor intenta lo que amor columbra;
Tus deudos, pues, á mí no me intimidan.

JULIETA. Matarte lograrán si aquí te encuentran.

ROMEO. Hay más peligro para mí en tus ojos
Que en veinte espadas suyas. Si me miras
Amante tú, de su furor me rïo.

JULIETA. No permitan los cielos que te vëan.

ROMEO. Me encubre el manto de la negra noche;
Pero amándome tú, poco me importa.
Prefiero que sü odio me asesine,
A prolongarme sin tu amor la vida.

JULIETA. ¿Quién, dime, te ha guïado hasta este sitio?

ROMEO. El amor, que me indujo á averiguarlo,
Su astucia me prestó; yo á él los ojos.
Piloto no seré; mas si estuvieras
Del mar inmenso en la remota linde,
De tal tesoro en busca navegara.

JULIETA. Cubre mi faz el velo de la noche,
O en mis mejillas estampado vieras
Sonrojo virginal por lo que öiste.
Recatada quisiera parecerte;
Negar lo que ántes dije, ¡vano esfuerzo!
¿Tú më amas?—Que sí, dirás, presumo,
Y te creeré. Si acaso lo jurases,
Me engañaras quizás; pues aseguran
Que Júpiter de amantes votos rïe.
Dulce Romëo, si tu amor es mïo,
Sepa yo la verdad. Si, por ventura,
Harto fácil juzgaste tu victoria,

Ceñuda me verás y despiadada
Con el desdén buscando tus favores;
Pero, si no, ni por el mundo entero.
Confieso que mi amor es excesivo,
Y acaso tú me taches de liviana;
Pero seré, Señor, yo te lo juro,
Más fiel que las que entienden de cautelas.
Me mostrara quizás más cautelosa,
Pero ya que mi afecto sorprendiste,
Perdona la explosion de mi cariño,
Y á liviandad no imputes la franqueza
Que con las sombras de la noche tuve.

ROMEO. Juro por esa luna, que de plata
Las copas de estos árboles reviste...

JULIETA. No jures, no, por la inconstante luna,
Que de apariencia cada mes varía,
No vaya á variar tu amor cual ella.

ROMEO. ¿Y por quién debo de jurar?

JULIETA. No jures,
O jura sólo por tu sér querido;
Porque siendo tú el dios que yo idolatro,
Fe te he de dar.

ROMEO. Si el santo amor del pecho...

JULIETA. Pero no jures. Aunque gozo en verte,
No gozo con tus votos esta noche.
Tan fuera de razon y temerarios,
Me parecen relámpagos que mueren
Antes de que sepamos que iluminan.
Adios, mi bien. Que al retornar á vernos,
De nuestro amor el gérmen, convertido
En flor gallarda esté, cual si lo hubiera
El hálito estival vivificado.
¡Adios! ¡Adios! Tu corazon inunde
La ventura y la paz que en mí se infunde.

ROMEO. ¿Y así me dejarás no satisfecho?

JULIETA. ¿Qué más satisfaccion en esta noche?
ROMEO. Jurémonos eterno amor entrambos.
JULIETA. Mi amor te he dado ya sin tú pedirle,
Pero de nuevo dártele quisiera.
ROMEO. ¿Me le quieres quitar? ¿Porqué, mi vida?
JULIETA. Porque de nuevo dártele quisiera,
Aunque tan sólo lo que tengo ansío.
Ocëano sin playas mi ternura,
Inmenso como el mar mi amor profundo,
Por mucho que te diera más hallaras,
Porque son infinitos en esencia.—
(Llama el Ama desde dentro.)
Oigo rumor.—Montesco, no me olvides.
Espera un rato. Volveré en seguida. (Váse.)
ROMEO. ¡Ah bendita, bendita noche! Temo,
Siendo de noche, que tan dulce encanto
En sueño baladí se desvanezca.

Vuelve JULIETA.

JULIETA. Dos palabras no más, y me despido.
Si el amor que me muestras es honrado,
Casarte tu intencion, dilo mañana
A la persona que enviarte intento,
Y en dónde y cuándo ha de cumplirse el rito;
Y á tus piés, deponiendo mi fortuna,
Te seguiré, cual dueño, por el mundo.
AMA. (Dentro.)
¡Señora!
JULIETA. ¡Voy!—Pero si tal no piensas,
Te ruego yo...
AMA. (Dentro.) ¡Señora!
JULIETA. ¡De seguida!—
Que ceses, y á mi pena me abandones.
Mañana te verán.
ROMEO. Mi amor sincero...
JULIETA. ¡Adios! ¡Adios mil veces! (Váse.)

ROMEO. Sí, mil veces
Llorar la ausencia de tu luz me toca;
En busca de su amor el alma vuela,
Retorna, como niño va á la escuela.

Vuelve JULIETA.

JULIETA. ¡Eh, Romëo, Romëo! ¡Quién pudiese
Halconero, dar voces, reclamando
A este gentil azor! Pero al cautivo
No le es dado gritar; ó el antro oscuro
Donde el eco reposa conmoviera,
Y su aérea voz más ronca que la mïa
Nombrara sin cesar á mi Romëo.

ROMEO. ¡Mï alma pronunciando está mi nombre!
En la noche callada, ¡qué dulzura
Tiene de amor el argentino timbre!
¡No hay música en el orbe que lo iguale!

JULIETA. ¡Romëo!

ROMEO. ¡Dulce bien!

JULIETA. ¿A qué hora, dime,
Mañana deben ir?

ROMEO. Al dar las nueve.

JULIETA. Irán.—¡Para esä hora falta un siglo!—
Mas, á qué te llamé ya no recuerdo.

ROMEO. Déjame estar aquí mientras recuerdas.

JULIETA. Lo olvidaré para que aquí te quedes,
Recordándome sólo que të amo,

ROMEO. Y aquí me quedaré para que olvides,
Recordándome sólo de este sitio.

JULIETA. Despunta el alba.—Que te vayas quiero:
Pero no te quisiera á más distancia
De la que alcanza el pobre pajarillo
En poder de una niña, cuando deja
Que un instante sus faldas abandone,
Y lüégo con el hilo lo recobra,
Celosa de que libre al aire vuele.

ROMEO. Ave quisiera ser.
JULIETA. Yo que lo fueras.
Mas temo que mis mimos te mataran.
¡Adios! ¡Adios! Tan plácida agonía
Yo prolongara hasta el brillar del día. (*Váse.*)
ROMEO. ¡Sueño, á sus ojos id! ¡Paz, á su pecho!
¡Quién fuera sueño y paz y hallar tal lecho!—
Ahora á mi confesor, para pedirle
Amparo, y mi ventura referirle.

ESCENA III.

Celda de Fray Lorenzo.

Entra **FRAY LORENZO** con una cesta.

FR. LOR. Ya esmalta con sus rayos el Oriente
Alegre el alba, y de la noche ríe,
Que ante el carro de Apolo refulgente
Es fuerza que humillada se desvíe.
Antes que el sol se eleve esplendoroso,
Secando el suelo y esparciendo albores,
Repletar este cesto me es forzoso
De infestas plantas y preciadas flores.
¡Oh tierra! madre al par que tumbă eres,
Sepultura en entrañas convertida,
Brotan de tí los infinitos séres,
Tu pecho maternal les presta vida.
Cuanto de tí, naturaleza, nace,
Con propiedades misteriosas medra;
Inmenso es el poder que oculto yace
En cada flor, en cada planta y piedra.
Nada tan vil que su concurso niegue
Eternamente á lo que el bien indica,

Ni nada tan perfecto que no llegue
A producir el mal si al mal se aplica.
Es la virtud á veces vano orgullo,
Y el vicio á veces cual virtud campëa;
En este tierno y virginal capullo
Un veneno y un bálsamo se crëa.
Su aroma la mortal angustia acalla,
Su cáliz mata á quien lo prueba insano;
Así como en la flor, se dan batalla
Dos enemigos en el pecho humano.
La santidad que al bien nos encamina,
La pasion que en el mal gozando peca;
Si éste cual rey potente predomina,
Gusano corruptor la planta seca.

Entra ROMEO.

ROMEO. Buen dïa, padre mïo.
FR. LOR. Dios te guarde.
Dulce suena esa voz madrugadora.—
Tu corazon, querido jóven, arde
Cuando así el lecho dejas á deshora.
De los pesares el amargo peso
Es natural que á la vejez desvele,
Pero en la alegre juventud sin seso,
Regir el sueño cual monarca suele.
Quien sin reposo la alborada espera,
Indica que le acosa gran cuidado...
Mas se puede entender de otra manera.—
Mi Romëo quizás ha trasnochado.
ROMEO. Cierto. Pero descanso he conseguido.
FR. LOR. ¡Válgate Dios! ¿Has visto á Rosalïa?
ROMEO. A Rosalïa relegué al olvido,
Hasta su nombre, padre, ya me hastïa.
FR. LOR. Bien, hijo, bien. ¿Qué novedad es esta?
ROMEO. Os contaré mi historia brevemente.
De mi enemigo en la mansion de fiesta,

He herido á quien me hirió violentamente;
Y vuestro amparo y medicinas vengo
A ver si para entrambos hoy consigo.
Ya veis, santo varon, que odio no tengo,
Cuando pido tambien por mi enemigo.

FR. LOR. No me hables en enigmas, hijo amado,
Que así la confesion no es provechosa.

ROMEO. ¡Pues bien! El corazon tengo empeñado
De Capuleto á la heredera hermosa.
Nos consume de amor el puro fuego;
Que en santo lazo nos unais os pido.—
Ya os contaré por el camino luégo
El cómo, y dónde, y cuándo ha sucedido.
Ahora sólo reclamo suplicante
Que nos caseis en este mismo día.

FR. LOR. ¡Válgame San Francisco! ¡Qué inconstante!
¿Tan pronto has olvidado á Rosalía?
Que está tu amor de jóven en los ojos,
Y no en el corazon creeré por tanto.
¡Jesús, Maria y José! ¡Cuántos enojos
Te costó Rosalïa! ¡Cuánto llanto!
¡Toda la sal del lloro que has vertido
Sazonando tu amor, desperdiciada!
¡Aun tus ayes el sol no ha consumido!
¡Aun escucho tu voz acongojada!
Tu mejilla señales áun ver deja
Por donde antigua lágrima corría,
Y cuita igual á la quë hoy te aqueja
Sufriste poco há por Rosalïa.
¡Mudaste!—¿Y en mujeres quién confía,
Si del hombre el amor tan pronto acaba?

ROMEO. No aprobábais mi amor por Rosalïa.

FR. LOR. Tu idolatría, no tu amor, culpaba.

ROMEO. Mi amor dijísteis que enterrase.

FR. LOR. Cierto;

Mas no que le cavases sepultura,
Por tener uno vivo y otro muerto.

ROMEO. No me riñais.—Hoy ămo con locura;
Nos amamos los dos con fe sincera;
Ella me da un amor que ardiente brilla;
No así lă otra.

FR. LOR. Que quizás supiera
Que lĕīa tu amor de carretilla.
Pero conmigo ven, mozo inconstante,
Tu protector seré, que el bien intento.
Puede esta union calmar en un instante
De vuestras casas el rencor violento.

ROMEO. Venid, pues, y mostremos diligencia.

FR. LOR. Para no tropezar, calma y prudencia. (Vánse.)

ESCENA IV.

Una calle.

Entran BENVOLIO y MERCUCIO.

MERCUCIO. ¿Dónde diablos se hallará el tal Romĕo? ¿No fué anoche á su casa?

BENVOLIO. No fué á casa de su padre. Así me lo aseguró su crïado.

MERCUCIO. ¡Ah! Esa pálida moza de corazon empedernido, esa Rosalīa, de modo tal lo atormenta, que acabará por trastornarle el juicio.

BENVOLIO. Teobaldo, el deudo del anciano Capuleto, le ha envïado una carta á casa de su padre.

MERCUCIO. ¡Voto va! Será cartel de desafīo.

BENVOLIO. Romĕo contestará.

MERCUCIO. Cualquiera puede contestar á una carta.

BENVOLIO. Quiero decir que manifestará á su autor cómo se atreve si se le atreven.

MERCUCIO. ¡Pobre Romëo! Muerto está ya. Cosido á puñaladas por los negros ojos de albo rostro. Atravesados sus ŏidos por dulces endechas de amor. Dividido el propio centro de su corazon por la ancha flecha del dios vendado. ¿Y este es el hombre que va á hacer frente á Teobaldo?

BENVOLIO. Y ¿quién es Teobaldo?

MERCUCIO. Permíteme que te diga que es algo más que el príncipe de los gatos. Es el prototipo del arte. Maneja la espada como tú la voz cuando lees música, midiendo el tiempo, la distancia y el compás. Pausa, semifusa: una, dos, y la tercera en el pecho. Es un desuella-botones de primera. Un duelista. Un duelista. Caballero de alta prosapia y al tanto de la razon y de la sinrazon de la «inmortal passata» del «punto reverso» y del «ăhí».

BENVOLIO. ¿Del qué?

MERCUCIO. Mala peste en estos ridículos, remilgados y artificiales petimetres. Novísimos reformadores de nuestro antiguo canto-llano. «Jesús, que buenísima espada, que buenísimo mozo... que buenísimas mujerzuelas.» Abuelos mïos, ¿no es oprobio que vengan á inquietarnos estos moscones de tierra extraña? Estos «pardonnez-moi» tan engrëidos con sus modernos adornos, que no se cuidan ya de los antiguos hábitos. ¡Mal haya tanto melindre!

BENVOLIO. ¡Aquí llega Romëo! ¡Aquí llega Romëo!

MERCUCIO. Romo trăe el corazon. ¡Oh carne, que á veces no eres ni carne ni pescado! Ahŏra

abunda en versos como abundaba el Petrarca. Laura, ante su dama, es una fregona, sólo que tuvo más propio amante para encumbrarla. Dido, una campesina. Cleopatra, una gitana. Elena y Hero, busconas y meretrices. Tisbe, con sus ojillos negros, tal cual; pero no hay por qué hablar de ella. Señor Romeo, «bon jour», saludo francés correspondiente á esas calzas francesas. Nos diste esquinazo anoche.

ROMEO. Buenos días tengais. ¿Qué dices de esquinazo?

MERCUCIO. Que te despediste á la francesa. ¿No entiendes?.

ROMEO. Perdóname, buen Mercucio. Tenía mucho que hacer, y en ciertos casos la cortesía debe plegarse.

MERCUCIO. Es decir, que en ciertos casos pliegas las corvas.

ROMEO. Ya ves que no es descortesía, pues genuflexiones son.

MERCUCIO. Bien respondido está.

ROMEO. Pues esto, aunque no es genuflexion, es cortesía.

MERCUCIO. Yo soy la nata de la cortesía.

ROMEO. ¿Y por qué no la flor y nata?

MERCUCIO. Quede la flor para tí.

ROMEO. ¿Porque llevo rosas en mi calzado?

MERCUCIO. Cierto. Y no dirás ahora que te hallas en calzas prietas, puesto que así te las calzas.

ROMEO. De hoy más echaré calza á tu ingenio.

MERCUCIO. Ayúdame, buen Benvolio, ó falto de respuesta tendré que apelar á la fuga.

ROMEO. O á tomar las calzas de Villadiego.

MERCUCIO. Si hablas á tontas y á locas, hemos acabado.

ROMEO. Tú si que hablas á Tontas y á Locas.

MERCUCIO. Pico más alto.

ROMEO. Cuando andas á picos pardos.

MERCUCIO. Picante estás.

ROMEO. No te piques.

MERCUCIO. Ingenio de cabritilla. Estiras la frase desde una pulgada hasta una vara.

ROMEO. Calla el pico.

MERCUCIO. ¡Vamos á ver! ¿No vale más esto que gemir de amores? Ahora sí quē eres buen camarada. Ahora sí quē eres Romēo; y por tus dones naturales y los que debes al arte, debes llevarte en cualquier parte la mejor parte. Andabas con ese estúpido amor arriba y abajo como un idīota, pretendiendo ocultar su sonaja en un rincon.

BENVOLIO. Detente, detente āhí.

MERCUCIO. Aún queda por desollar el rabo de mi cuento.

BENVOLIO. Quede rabon.

MERCUCIO. Francamente, te diré que lo pensaba cortar cuando me interrumpiste.

ROMEO. Aquí tenemos tela.

Entran el AMA y PEDRO.

MERCUCIO. Vela, vela, vela á la vista.

BENVOLIO. Dos, dos. Camisa y Camison.

AMA. Pedro.

PEDRO. ¿Qué?

AMA. Mi abanico, Pedro.

MERCUCIO. Pedro, dáselo, por favor, para que se tape la cara. Que más nos vale contemplar su abanico.

AMA. Felices dīas, caballero.

MERCUCIO. Felices tardes, hermosa dama.

AMA. ¿Es más de mediodīa?

MERCUCIO. Sí tal. La libertina mano del reloj se ha posado ya en las doce.

AMA. Callad, callad. ¡Vaya! ¡Quë hombre!

MERCUCIO. Señora, uno que Dios crïó para que luégo se perdiese él á sí mismo.

AMA. Es verdad. Bien dicho. «Para que luégo se perdiese él á sí mismo.» ¿No dijo eso? Caballeros, ¿puede alguno indicarme en dónde podré hallar al jóven Romëo?

ROMEO. Yo puedo. Pero el jóven Romëo será más viejo cuando lo halleis que cuando preguntábais por él.—Yo soy el más jóven de ese nombre á falta de otro pëor.

AMA. ¿De veras?

MERCUCIO. ¿Que si de veras es el pëor? Bien á fe mïa lo entendeis. Discretísimamente.

AMA. Si lo sois, desëo hablaros á solas.

BENVOLIO. ¿A que lo convida á cenar?

MERCUCIO. Tercera, tercera, tercera.—¡Hola!

BENVOLIO. ¿Qué hallaste?

MERCUCIO. No es liebre. Ni hay por qué, pues, seguir la liebre.

Una liebre vieja,
Una liebre vieja,
En Cuaresma se puede comer;
Mas tanto se añeja
Si intacta se deja,
Que no es fácil poderla ni oler.

Romëo, ¿vas á casa de tu padre? Allí vamos á comer.

ROMEO. Os seguiré.

MERCUCIO. Adios, antigua dama. Adios, dama, dama, dama. (Vánse Benvolio y Mercucio.)

AMA. Pues vaya con Dios.—Caballero, me po-

deis decir quién es ese mercachifle tan pagado de sus truhanerïas?

ROMEO. Ama, es un caballero que gusta de ŏir su propia charla, y que habla más en un minuto de lo que escucha durante un mes.

AMA. Pues si habla algo contra mí, llamarélo á cuentas, aunque valiera yo ménos que él y veinte chulos comŏ él. Y, si no puedo, buscaré quienes puedan. ¡Pícaro tiñoso! No soy yo de esas mujerzuelas, de esas perdidas que acostumbră él tratar. Y tŭ ăhí te estás, y permites que cualquier tunante me trate á su antojo.

PEDRO. No vi á nadie trataros á su antojo. Si tal viera, á fe mïa que presto hubiera desenvainado mi tizona. Desenvaino tan pronto como el primero, si vĕo motivo para ello, si es buena la causa y si me favorece la ley.

AMA. ¡Válgame Dios! Tan enojada estoy, que el cuerpo entero me tiembla. ¡Pícaro tiñoso!— Caballero, permitidme una palabra. Como os decïa, mi señorita me manda buscaros. Pero no os repetiré lo que me dijo para vos. Primero tengo de deciros que si la conducís al parăiso de los tontos, como suele decirse, será, como suele decirse, un proceder indigno, porque mi señorita es una jóven, y ĕngañarla, francamente, serïa una mală obra, y no tendrïais perdon.

ROMEO. Ama, recuérdame á tu señorita. Protesto que...

AMA. ¡Bravo mozo! Pues os aseguro que así se lo diré. ¡Dios mïo! ¡Dios mïo! ¡Qué contenta se va á poner!

ROMEO. ¿Qué le vas á decir, ama? No me escuchas.

AMA. Señor, le diré que protestais; lo que, segun entiendo, es gentilísima oferta.

ROMEO. Dile que halle excusa para ir esta tarde á confesarse, y allí en la celda de Fray Lorenzo se confesará y se casará. Toma, en premio de tus bondades.

AMA. No, señor, ni un cuarto.

ROMEO. ¡Vamos! Digo que lo tomes.

AMA. ¿Esta tarde? Pues allí estará.

ROMEO. De la abadía tras la tapia espera,
Que dentro de una hora mi criado
Te llevará de cuerdas una escala
Por donde puedo, al tope de mi gloria,
Trepar en el silencio de la noche.
Adios, sabré recompensar tu celo;
Adios, y mis recuerdos á tu ama.

AMA. El Dios de los cielos os bendiga. Escuchad, caballero.

ROMEO. ¿Qué dices, querida ama?

AMA. ¿Es fiel vuestro criado?—¿No habeis nunca oido decir que se puede guardar un secreto entre dos personas, si la una lo ignora?

ROMEO. Te aseguro que mi criado es la fidelidad misma.

AMA. Está bien, señor. No hay dama más linda que mi señorita. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Qué pico tenia cuando chicuela! ¡Ah! Hay un jóven en la villa, un tal Páris, que de buen grado le echara el guante. Pero ella, ¡bendita sea su alma! más que verlo á él prefiere ver un sapo, un verdadero sapo. A veces la hago rabiar diciéndole que Páris es el marido que le conviene; pero, cuando digo eso, se pone más pálida que la mismísima cera.—Romero y Romeo ¿no comienzan con la misma letra?

ROMEO. Por supuesto, ama. Pero ¿á qué viene eso? Ambos nombres principian con erre.

AMA. No os burleis. Esa letra es para perro. La erre es para perro. No, no es eso. Sé que principian con otra letra. Pues inventa unas sentencias tan lindas con vuestro nombre y con Romero, que os colmara de satisfaccion si lo escuchárais.

ROMEO. Recuérdame á tu ama.

AMA. Sí, mil veces, Pedro. (Váse Romeo.)

PEDRO. ¿Qué?

AMA. Pedro, toma mi abanico y guia tú. (Vánse.)

ESCENA V.

Jardin de la casa de Capuleto.

JULIETA. Cuando al ama envié las nueve eran,
Y prometió volver en media hora.
No lo encontró quizás. Mas, no.—¡Qué torpe!
¡Para heraldos de amor los pensamientos,
Aún más veloces que del sol los rayos,
La sombra al disipar de la colina!
Raudas palomas al amor conducen,
Y áun por eso Cupido tiene alas.
De su carrera el punto culminante
Ha alcanzado ya el sol.—De nueve á doce
Tres horas van.—¡Y ausente todavía!
Si ella tuviera amor y jóven sangre,
Caminara veloz como saeta.
A mi amor mis palabras la impulsaran,
Y las suyas á mí. Pero los viejos,
Cadáveres parecen, insensibles,

Graves, torpes, pesados como plomo.

Entran el AMA y PEDRO.

¡Ay, Dios! ya llega. Mi queridä ama,
¿Qué noticias? ¿Hablar con él pudiste?—
Despide ä ese.

AMA. Pedro, vete fuera. (Váse Pedro.)

JULIETA. Y bien, dulce ama mïa. ¡Dios me ampare!
¿Estás triste?—Si tristes tus noticias,
Dilas alegremente. Si son faustas,
La música que tienen estropëas
Con tan hosco semblante al repetirlas.

AMA. Cansada estoy. Permíteme un momento.
¡Ay, pobres huesos mïos!—¡Qué jornada!

JULIETA. ¡Tuvieras tú mis huesos, yo tus nuevas!
Perö habla, por Dios, ama querida.

AMA. ¡Jesús, qué prisa! Espera un breve instante.
¿No consideras que me falta aliento?

JULIETA. ¿Te falta aliento, cuando aliento tienes
Para decirme que te falta aliento?
Ménos que en excusarte tardarïas
En repetir lo que decir excusas.
¿Tus noticias son buenas ó son malas?

AMA. ¡Vaya una eleccion que has hecho! No sirves para escoger marido. ¡Romëo! ¡No es cosa! Aunque tenga rostro más bello que otro alguno, no hay quien le aventaje en piernas; y en cuanto á manos y pié y garbo, no hay por qué hablar dë ello, aunque excédan á toda comparacion. No será la flor y nata de los cortesanos, pero segura estoy de que es humilde como una oveja. Andä, anda, chiquilla. Sirve á Dios.—¿Han comido en casa?

JULIETA. Calla tú. Todo eso lo sabïa.
¿Qué dice de casarse, di, qué dice?

AMA. ¡Ay, Jesús, mi cabeza, mi cabeza!
¡Pues y mi espalda! ¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios!
[¡Mi espalda!
Tuya la culpă es que me envĭaste,
Para dar fin conmigo en tal jalĕo.

JULIETA. ¡Cuánto siento que buena no te encuentres!
Mi amor, ama querida, ¿qué te dijo?

AMA. Dice tu amor, cual caballero honrado,
Modelo de bondad y gentileza,
Y áun diré de virtudes... ¿Y tu madre?

JULIETA. ¿Y mi madre?—Allá dentro. ¿Quién lo duda?
De modo extraordinario me respondes.
«Dice tu amor, cual caballero honrado...
¿Y tu madre?»

AMA. ¡La Vírgen sea conmigo!
¿Te enojas, no es verdad? ¿Vas á reñirme?
¿Esta es la uncion para mis pobres huesos?
Pues otra vez tú lleva tus mensajes.

JULIETA. ¡Qué enredo! Mas Romĕo ¿qué me dice?

AMA. ¿Para ir á confesar tienes permiso?

JULIETA. Sí.

AMA. Pues marido encontrarás, si al punto
De Fray Lorenzo acudes á la celda.
¿Ahora sube la sangre á tus mejillas?
La noticia más leve las colora.
A la iglesia. Yo voy por otro lado
Esa escala á buscar, que han prometido,
Por que trepe tu amor de noche al nido.
Yo á comer. Tu á la celda de seguida.

JULIETA. ¡A mi felicidad, ama querida! (Vánse.)

ESCENA VI.

La celda de Fray Lorenzo.

Entran **FRAY LORENZO** y **ROMEO.**

FR. LOR. Gozoso el cielo acoja el santo rito,
Y evite que el futuro nos inculpe.
ROMEO. Amén, amén. Mas vengan sinsabores
Que invalidar no pueden la ventura,
Que verla un sólo instante me ocasiona.
Nuestras manos unid, y ya la muerte,
que hasta al amor devora, no me espanta.
Bástame á mí poder llamarla mía.
FR. LOR. Violentos goces tienen fin violento,
Y mueren al triunfar, cual al besarse
La pólvora y el fuego se consumen.
La dulcísima miel al fin nos cansa
Y embota al paladar y no alimenta;
Modera, pues, tu amor para que dure.
Ni por demás violenta, ni pausada,
Debe ser en la vida la jornada.
Aquí la dama está. Pié tan ligero
Jamás desgastará la eterna roca.
Sobre los ténues hilos que la araña
Extiende por los aires en verano,
Puede el amor vagar. ¡Tal es de leve!

Entra **JULIETA.**

JULIETA. ¡A mi querido confesor Dios guarde!
FR. LOR. Roméo por los dos te dé las gracias.
JULIETA. Lo mismo á él ó fueran con exceso.
ROMEO. ¡Ah, Julieta! Si el colmo de tu dicha
Como mi dichá es, y con más arte

La puedes expresar, el aire ambiente
Endulza con tu aliento, y suaves notas
Ufanas canten la interior ventura
Que agita nuestro sér al encontrarnos.

JULIETA. El pensamiento, en realidades rico,
Y no en palabras, en su esencia goza,
Y no en su ornato. Pobres pordioseros
Son los que cuentan el caudal que tienen.
Mi tesoro de amor tal es de grande,
Que ya ni la mitad contar pudiera.

FR. LOR. Vamos, y brevemente terminemos.
Hasta haceros la Iglesia de dos uno;
Solos que os deje aquí no es oportuno.
(Vánse.)

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Verona. Una plaza.

Entran MERCUCIO, BENVOLIO, PAJE y SIRVIENTES.

BENVOLIO. Ruego que nos vayamos, buen Mercucio;
Hace calor; están los Capuletos
De broma, y al hallarlos habrá gresca;
Que hierve en la canícula la sangre.

MERCUCIO. Tú eres de esos que al entrar en los límites de una taberna colocan su espada sobre la mesa, exclamando: «Haga Dios de manera que no te necesite;» y al beber el segundo trago, sin razon ninguna, contra quien el vino saca, la sacan.

BENVOLIO. ¿Y de esos soy yo?

MERCUCIO. Vamos, vamos. Eres mozo tan iracundo como el que más en Italia, y tan fácilmente provocan tu cólera, como tú, colérico, provocas.

BENVOLIO. ¿Cómo es eso?

MERCUCIO. ¡Vaya! Hubiera dos como tú, y pronto no los habría, porque el uno mataría al otro. ¡Tú! Pues si tú eres capaz de armar camorra con cualquiera sobre si tiene ó no tiene pelo más ó ménos que tú en la barba. Si eres capaz de pelëarte con uno que tueste castañas, por la sola razon de que tu cabello es de ese color. ¿Qué vista, otra que la tuya, escudriñara motivo para igual querella? Tan repleta está de guerra tu cabeza, como de sustancia un huevo; y en verdad que cascada ha sido en pendencias como si verdaderamente lo fuese. Te pelëaste con uno porque tosió en la calle y despertó á tu perro que dormía tendido al sol. ¿No te incomodaste con un sastre porque estrenó su dolmán ántes de Pascua de Resurreccion? ¿Con otro individuo porque amarró sus zapatos con cintas viejas? Y sin embargo, ¿pretendes darme lecciones de prudencia tú?

BENVOLIO. Si fuera yo tan pendenciero como tú, cualquiera debería comprar mi vida por hora y cuarto á censo.

MERCUCIO. ¡Oh censo censurable!

BENVOLIO. ¡Por vida mía! Aquí llegan los Capuletos.

MERCUCIO. ¡Voto á tal! Nada me importa.

Entran TEOBALDO y otros.

TEOBALDO. No os aparteis, que voy á hablarles. Caballeros, buenas tardes. Una palabra con uno de vosotros.

MERCUCIO. ¿Sólo una palabra con uno de nosotros? Venga acompañada de algo más. Sëa palabra y golpe.

TEOBALDO. Caballero, á eso me vereis dispuesto si me dan motivo.

MERCUCIO. ¿Y no sabeis hallar motivo sin que os lo den?
TEOBALDO. Mercucio, vos y Romëo concertados...
MERCUCIO. ¡Concertados! —¿Nos creeis músicos? Pues aunque de músicos nos califiqueis, no espereis de nosotros más que discordancias. Aquí está mi arco de violin que os hará bailar. ¡Voto va! ¡Concertados!
BENVOLIO. Estamos en la calle. Retirãos
A lugar conveniente, do con calma
Hableis de vuestras quejas, ó bien idos.
Fijos están del público los ojos
En nosotros.
MERCUCIO. Los ojos de las gentes
Para mirar se hicieron. Que nos miren;
No cambio de lugar á gusto ajeno.
TEOBALDO. Quedad, señor, con Dios. Hé aquí mi mozo.

Entra ROMEO.

MERCUCIO. Ähórquenme si usó vuestra librĕa.
Os seguirá si os dirigís al campo;
Por eso le dirá vuecencia «Mozo.»
TEOBALDO. Romĕo, el odio que me anima admite
Esta frase no más. Un vil tú ĕres.
ROMEO. Teobaldo, los motivos que me inducen
A quererte, la rabia disimulan
De tal saludo. Vil jamás he sido,
Y por lo tanto, adios. No me conoces.
TEOBALDO. ¡Imberbe! No así excuses las ofensas
Que me hiciste. Detente, y ponte en guardia.
ROMEO. No te ofendí jamás. Yo te lo juro;
Al contrario, te aprecio como nunca
Podrás imaginar, hasta que sepas
De mi cariño la razon. Por tanto,
Buen Capuleto, nombre que venero
Cual el que llevo yo, queda mi amigo.
MERCUCIO. Paciente, deshonrosa y vil bajeza.

«Alla stocatta.» Que eso lo decida.
Teobaldo, mata-ratas, ¿pasëamos? (Desenvaina.)

TEOBALDO. ¿Qué quereis vos conmigo?

MERCUCIO. Noble rey de gatos, sólo una de vuestras siete vidas que me permitiré tomar, y luégo, en compensacion de cómo me vais á tratar, curtiros á palos las otras seis. ¿Quereis agarrar por las orejas vuestra espada y sacarla de su vaina? Andad listo, ó si no la mïa andará cerca de vuestras orejas ántes que la saqueis.

TEOBALDO. Estoy pronto. (Desenvaina.)

ROMEO. Buen Mercucio, detente.

MERCUCIO. Vamos, caballero. Vuestra passata. (Se baten.)

ROMEO. Desenvaina, Benvolio: á separarlos.
Caballeros, ¡qué oprobio! Reprimïos,
Teobaldo y tú Mercucio. Formalmente
El Príncipe ha prohibido armar contienda
De Verona en las calles. Detenëos.
Teobaldo, buen Mercucio.
(Vánse Teobaldo y los suyos.)

MERCUCIO. Me han herido.
¡Que mala peste alcance á entrambas casas!
Me avïaron. ¿Marchóse y nada lleva?

ROMEO. ¿Te hirieron?

MERCUCIO. Sí, sí tal. Un arañazo.
Un arañazo, pero basta. ¿En dónde
Mi paje está? Que cirujano busque.
(Váse el paje.)

ROMEO. ¡Valor! Quizás la herida no sea cosa.

MERCUCIO. No, no es tan profunda como pozo, ni tan ancha como puerta de iglesia; pero es lo bastante. Servirá. Preguntad por mí mañana, y vereis qué tieso estoy. Ya më hallo en escabeche para este mundo. ¡Mala peste

á vuestras dos casas! ¡Voto va! ¡Que un perro, que una rata, que un raton, que un gato mate á arañazos á un hombre! ¡Un perdonavidas, un tunante, un canalla, que se pelëa por reglas de aritmética! ¿Porqué diablos te interpusiste? Me hirió por debajo de tu brazo.

ROMEO. Buena fué mi intencion.

MERCUCIO. Vamos, Benvolio,
Llévame á cualquier parte, ó me desmayo.
¡Que mala peste alcance á entrambas casas!
Ya soy yo carne de gusanos. Tengo
Cuanto era necesario. ¡Vuestras casas!
(Vánse Mercucio y Benvolio.)

ROMEO. Este noble, del Príncipe allegado,
Mi íntimo amigo, por mi causa muere.
Manchado está mi honor con las injurias
De Teobaldo. ¡Teobaldo, que es mi deudo
Desde hace poco! Tu beldad, Julieta,
Me afeminó, y en mi carácter blando
Se destempla el acero de mi brïo.

Vuelve á entrar BENVOLIO.

BENVOLIO. ¡Oh Romëo! Mercucio ya no existe.
Ese espíritu audaz, que despreciaba
La tierra há poco, se lanzó á las nubes.

ROMEO. Este dïa fatal otros engendra,
Que extremarán los males que él inicia.

Vuelve á entrar TEOBALDO.

BENVOLIO. El furioso Teobaldo ya retorna.

ROMEO. Vivo y triunfante está. Muerto Mercucio.
Huye á los cielos, pues, dulce templanza,
Y ciega furia mi conducta guïe.
Teobaldo, la palabra «vil» que usaste,
Te devuelvo ahora yo, que de Mercucio
El alma está cerniéndose cercana,

Esperando la tuya, y es forzoso
Que tü, ó yö, ó entrambos la sigamos.

TEOBALDO. Tú, necio, que con él te acompañabas,
Vé con él.

ROMEO. Este golpe lo decida.

(Se baten, y Teobaldo cae.)

BENVOLIO. Romëo, vetĕ. Huye. Los vecinos
Se acercan, y Teobaldo muerto yace.
No te aturdas; si te hallan, condenado
A muerte vas á ser. Huye, pues, presto.

ROMEO. ¡Triste ludibrio de la suertë!

BENVOLIO. Huye.

Entran CIUDADANOS.

CIUD. 1.° ¿Por dónde hă huido quien mató á Mercucio?
Teobaldo, el asesino ¿adónde hă huido?

BENVOLIO. Teobaldo ahí yace.

CIUD. 1.° Levăntaos, seguidme,
Obedeced del Príncipe en el nombre.

Entran el PRÍNCIPE y acompañamiento, MONTESCO, CAPULETO, sus esposas y ötros.

PRÍNCIPE. ¿Dónde están los autores de este lance?

BENVOLIO. Príncipe excelso, referir me es dado
De esta lucha fatal la triste causa.
Mató Romëo al hombre que aquí yace,
Y éste al bravo Mercucio, vuestro deudo.

S. DE CAP. ¡Teobaldo! ¡Mi sobrino! ¡De mi hermano
El hijo! ¡Ay Dios! ¡Oh Príncipë, oh esposo,
Oh sangre de mi deudo derramada!
Príncipe, pues sois justo, del Montesco
Sangre verted por la vertida nuestra.
¡Oh sobrino, sobrino!

PRÍNCIPE. Di, Benvolio,
¿Quién principió tan sanginaria lucha?

BENVOLIO. Teobaldo, á quien despues mató Romĕo.
Romĕo dulcemente le exponĭa

Lo fútil de sus quejas, recordando
Vuestro mandato al par; mas todŏ esto,
Dicho sin acritud, con faz serena
Y cortés continente, no fué parte
Á amortiguar la bílis irritada
De Teobaldo, que, sordo á la concordia,
Arremetió con penetrante acero
Al pecho de Mercucio. Enfurecido,
Hierro mortal Mercucio á hierro opone,
Y, con desdén marcial la fría muerte
Apartando de sí, diestro la ordena
A Teobaldo tornar; y éste, ligero
La rechaza tambien. Exclama entónces
Romëo: «Paz, amigos; paz, amigos.»
Y pronto, cual su lengua, el ágil brazo
Separa los mortíferos aceros,
Y se interpone. Mas Teobaldo asesta
Bajo ese brazo bárbara estocada,
Que hurta la vida del gentil Mercucio.
Huye Teobaldo, pero luégo torna
Y halla á Romëo, que en furor ya ardía,
Y á la lucha cual rayos se abalanzan;
Pues ántes de poder usar mi acero,
É interponerme, sucumbió Teobaldo.
Huyó entónces Romëo. Ved la entera
Verdad narrada, ó que Benvolio muera.

S. DE CAP. No es verdad: del Montesco fiel pariente,
A mentir el cariño le ha inducido:
Lucharon en el lance más de veinte,
Una vida no más han conseguido.
Pido justicia, Príncipe; Romëo
A Teobaldo mató, debe su vida.

PRÍNCIPE. A Mercucio él mató por lo que vëo.
¿Quién es deudor de sangre tan querida?

MONTESCO. Romëo no, pues de Mercucio amigo,

Al matar á Teobaldo ha anticipado
El fallo de la ley.

PRÍNCIPE. Yo le castigo
Por eso, y quede al punto desterrado.
El alma turban vuestros odios fieros;
El corazon tanta fiereza llaga;
Por tanto, pena tal he de imponeros,
Que el fin llorar de mi pariente os haga.
Ni habrá súplica ó queja que en mí influya;
Seré á ruegos y lágrimas inerte;
No hableis, pues; que Roměo de aquí hŭya,
O, hallado, encontrará segura muerte.
Alzad el cuerpo. La clemencia mata
Si del perdon del asesino trata. (Vánse.)

ESCENA II.

Jardin en la casa de Capuleto.

Entra JULIETA.

JULIETA. Raudos corred, flamígeros corceles,
A la mansion de Febo. De Faetonte,
La fusta, en el ocaso os precipite
La nebulosa noche adelantando.
Corre ¡oh noche! tu espeso cortinaje.
Sol, cierra ya tus penetrantes ojos,
Y silencioso acuda mi Roměo,
Invisible arrojándose en mis brazos.
De su beldad á los destellos cumplen
Sus ritos amorosos los amantes,
Que, cual ciego, el amor ama la noche.
Ven, tú, noche solemne; ven, matrona,
Que humilde y negra túnica revistes,

Y enséñame á perder el fácil juego
Donde empeñada va nuestra pureza.
Encubre con tu manto denegrido
La vírgen sangre que en mi faz palpita,
Hasta que amor novel, sin sonrojarse,
De amor veraz acepte las ofrendas.
Ven, noche; ven, Romĕo; tú, que dïa
Eres en esta noche; tú, que yaces
Sobre las negras alas de la noche
Como copo de nieve sobre ėl cuervo,
Ven, noche amante, tenebrosa noche.
Y dame á mi Romëo. Cuando espire
Recórtalo en pedazos, y haz estrellas
Para adornar la faz del firmamento,
Y el mundo, enamorado de tu brillo,
No rendirá tributo al sol radiante.
Alcázar de mi amor tengo comprado,
Pero aún no lo poseo. Me he vendido,
Y aún no soy de mi dueño. ¡Largo dïa!
Tan largo como víspera de fiesta
Para impaciente niño á quien prŏhiben
Entre tanto estrenar su nueva veste.
¡Oh! ya llega mĭ ama con noticias.
No hay lengua si me habla de Romĕo
Que elocuencia celeste no posëa.

Entra el AMA con una escala de cuerdas.

JULIETA. Ama, ¿qué nuevas? Eso ¿qué es? ¿La escala
Que Romĕo te dijo?

AMA. Sí, la escala.

(Tira la escala al suelo.)

JULIETA. ¡Ay de mí! ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué, dime,
Cruzas así las manos?

AMA. ¡Dios me asista!
¡Murió, murió, murió! Señora, estamos
Perdidas sin remedio, sin remedio.

Murió, sí, lo mataron. ¡Es difunto!

JULIETA. ¿En el cielo maldad tan grande cabe?

AMA. Cabe en Romëo. ¿Quién jamás, Romëo,
Tal pudo imaginar de tí, Romëo?

JULIETA. ¿Qué Luzbel eres tú que así me aterras?
Tamaño horror en el infierno sólo
Debe rugir. ¿Se suicidó Romëo?
Dime «sí,» y esa sílaba es bastante:
Más ponzoña tendrá que la mirada
Mortífera del fiero basilisco.
«No» soy yo, si ese «sí» tú pronunciares.
Cierra esos ojos que á ese «sí» te obligan.
Mas di «sí» si está muerto, «no» si vive;
Mi angustia ó dicha, breve són motive.

AMA. Su herida ví: la he visto con mis ojos,
¡Dios la bendiga! sobre su ancho pecho.
Triste cadáver en su sangre tinto,
Pálido cual la cera. Envuelto en sangre,
Sangre cuajada, desmayé á su vista.

JULIETA. ¡Oh corazon, estalla! ¡Triste, estalla!
Ojos, á vuestra cárcel; nunca libres
Sereis ya más. Vil tierra, á tierra torna.
Ahora, morir. El mismo mausolëo
Te encierre á tí que encerrará á Romëo.

AMA. ¡Oh, tú, Teobaldo, mi mejor amigo,
Caballero sin par, gentil Teobaldo,
Que para verte muerto esté yo viva!

JULIETA. ¿Qué borrascoso torbellino es este?
¿Romëo muerto y muerto está Teobaldo?
¿Mi amado primo y más amado dueño?
Resuene, pues, del juicio la trompeta.
Si esos dos ya murieron, ¿quiénes viven?

AMA. Murió Teobaldo, á quien mató Rom o,
Y Romëo se encuentra desterrado.

JULIETA. ¡Ay Dios! ¿La mano de Romëo, sangre

De Teobaldo vertió?

AMA. Sí tal. ¡Ay triste!

JULIETA. ¡Oh corazon de sierpe, recubierto
De semblante de flores! ¿Cuándo tuvo
El dragon tan espléndida caverna?
Bello tirano, angelical demonio,
Cuervo que ostenta plumas de paloma,
Cordero que de lobo tiene instintos,
Sustancia vil de célica semblanza,
Lo opuesto de lo hermoso que aparece,
Santo maldito, criminal honrado,
¿Qué procurabas tú, naturaleza,
En los infiernos, cuando así encerraste
En el Eden de tan gentil sustancia
De un réprobo el espíritu? ¿Qué libro
De materia tan vil, tan ricamente
Encuadernado fué?—¡Que la falsïa
En alcázar se albergue tan hermoso!

AMA. No hay ni verdad, ni fe, ni honra ninguna
En los hombres. Son falsos, son perjuros,
Malvados todos, embusteros todos.—
¿Y mi escudero? Vamos... Aguardiente.
Estas penas, angustias y tristezas,
Me envejecen. ¡Qué oprobio el de Romëo!

JULIETA. ¡Mal haya, amén, la lengua que tal dice!
No cabe en él oprobio, que el oprobio
No osa posar sobre su noble frente;
Trono donde el honor fué coronado
Omnímodo monarca de la tierra.
¡Necia de mí! que há poco lo culpaba.

AMA. ¿Y hablarás bien de quien mató á tu primo?

JULIETA. ¿Y puedo hablar yo mal del que es mi esposo?
Mas ¿por qué, vil, mataste al primo mïo?
A mi esposo mi primo vil matara.
¡Atrás, llanto rüin! Torna á tu fuente.

Las gotas esas, del dolor tributo,
Engañado ofreciste á mi ventura.
Vive mi esposo, á quien matar quisieron
Y muerto está quien pretendió su muerte.
Ánimo, pues; ¿á qué mi triste lloro?
Otra palabra öí, que más angustia
Me causó que la muerte de Teobaldo,
Que me asesina y que olvidar quisiera,
Pero que está grabada en mi memoria
Cual delito en el alma del culpable.
Teobaldo muerto está, y está Romëo
Desterrado. La voz de desterrado
La muerte de diez mil Teobaldos vale.—
¿De Teobaldo la muerte no bastaba?—
O si el dolor en la compaña goza,
Y es fuerza que se junten los pesares,
¿Porqué cuando exclamó «Teobaldo ha [muerto,»
No me agregó «tu padre ó madre ó entrambos,»
Y angustia natural me conmoviera?
Mas á la muerte de Teobaldo sigue
«Romëo desterrado.» En esa frase
Va de mi padre y madre, de Teobaldo,
De Romëo y Julieta el fin prescrito.
«Romëo desterrado.» Fin no encuentro,
Límite, ni medida, ni horizonte
En esa voz mortal, ni habrá palabras
Que alcancen al abismo de mi pena.—
¿En dónde están mi padre y madre? dime.

AMA. Lloran sobre el cadáver de Teobaldo.
¿Vas allí?—Deja pues que te acompañe.

JULIETA. Que laven con su llanto sus heridas;
Despues, por el destierro de Romëo,
Serán mis tristes lágrimas vertidas.
Toma esas cuerdas tú. De dulce emplëo

Os priva ya su ausencia, que, vendidas
Ahora al dolor os veis cual yo me veo.
A mi lecho nupcial érais calzada,
Mas morir debo virginal casada.
¡Cuerdas, adios! ¡Adios, nodriza! ¡Ahora
Al tálamo!—La muerte es ya mi esposo.

AMA. A tu cuarto. A Roméo sin demora
Buscaré. Consolarte me es forzoso.
De Fray Lorenzo allá en la celda llora:
Tu amante luégo te verá gozoso.

JULIETA. Darás esta sortija al dueño mïo;
Dile que su postrer adios ansío. (*Vánse.*)

ESCENA III.

La celda de Fray Lorenzo.

Entra FRAY LORENZO.

FR. LOR. Roméo, ven; ven, infeliz mancebo,
Que de tí la desdicha se ha prendado,
Y tú con el dolor te desposaste.

Entra ROMEO.

ROMEO. Padre, decid, el Príncipe ¿qué ordena?
¿Podré yo saludar pena ninguna
Que no conozca ya?

FR. LOR. Mi amadō hijo
Harto conoce tan crüel compaña.
Del Príncipe te traigo la sentencia.

ROMEO. ¿Cuál otra puede ser que la de muerte?

FR. LOR. Otra más dulce pronunció su labio;
No es muerte su sentencia, que es destierro.

ROMEO. ¡Destierro! ¡Por piedad! Decid la muerte.
Más la faz del destierro me intimida

Que la faz de la muerte. No, no sea.

FR. LOR. Te encuentras de Verona desterrado.
Ten calma, que ancho asaz es este mundo.

ROMEO. No hay mundo fuera de Verona; es sólo
Purgatorio, dolor, horrible infierno.
Desterrado de aquí, lo estoy del mundo;
Y ser del mundo desterrado, es muerte.
Es el destierro, pues, la muerte misma;
Y, destierro á la muerte apellidando,
Herís mi cuello con segur de oro,
Y os sonreís del golpe que me mata.

FR. LOR. ¡Oh pecador mortal, ingrato y torpe!
Tu delito es la muerte; pero blando
El Príncipe, torcer las leyes sabe,
Y cambiar la voz «muerte» con «destierro,»
Dulce piedad que agradecer debieras.

ROMEO. Tormento y no piedad. En este sitio
El cielo está, donde Julieta vive.
El mísero lebrel, el pobre gato,
El infeliz raton, un sér cualquiera
Vive en el cielo; aquí, pues, verla puede;
Pero Romëo no. Más importancia,
Más honra y valimiento se atesoran
En el tábano inmundo que en Romëo,
Pues sobre el blanco asombro de la mano
Puede posar de la gentil Julieta,
O libar de sus labios bendiciones.
De esos labios tan puros que imaginan
En el carmin de su vestal modestia,
Sus recíprocos ósculos pecados.
Romëo tal no hará. Volar le mandan,
Y al triste insecto volador envidia.
¿Y decís que el destierro no es la muerte?
¿No teníais veneno, hierro agudo,
O medio más veloz, por vil que fuera,

Para matar, mas que la voz «destierro?»
«¡Destierro!» Tal palabra, padre mío,
En el báratro el réprobo repite,
¿Cómo pudisteis vos, buen sacerdote,
Mi confesor, sostén de mi conciencia
Y mi mejor amigo, lacerarme
Con esa voz fatídica «destierro?»

FR. LOR. Oye, demente, apasionado jóven.

ROMEO. Me hablareis nuevamente de destierro.

FR. LOR. Contra esa voz coraza quiero darte:
El néctar del dolor, filosofía,
Que logrará calmarte en el destierro.

ROMEO. ¡Destierro! — ¡Atrás, crüel filosofía.
Si no me puede hacer una Julieta,
Mudar un pueblo ó cancelar un fallo,
Ni me ampara, ni sirve, ni os oscucho!

FR. LOR. ¡Ah! No tienen õidos los dementes.

ROMEO. Ni es mucho, si están ciegos los juiciosos.

FR. LOR. De tu estado permite que të hable.

ROMEO. De lo que no se siente no së habla.
Fuérais vos jóven, vuestro amor Julieta,
Recien esposo, idolatrando ciego,
Muerto por vos Teobaldo, desterrado;
Y al hablar los cabellos os mesárais,
Arrojándoos al suelo, cual yo ãhora,
Para tomar medida de mi tumba.
(Golpes dentro.)

FR. LOR. Alza, llaman. Ocúltate, Romëo.

ROMEO. No tal, á ménos que en espesa nube
De mis suspiros el vapor me envuelva.
(Golpes.)

FR. LOR. Oye. — ¿Quién va? — Levántate, Romëo.
Quizás te prendan. — Esperad. — Levanta. —
(Golpes.)
A mi celda. — Ya van. — Pero ¡Dios mío!

¿Qué necedad es esta?—Presto acudo.
(Golpes.)
¿Quién llama así? ¿Quién es? Decid qué
[ocurre.

AMA. (Dentro.)
Dejadme entrar, y mi mensaje cumpla.
Julieta aquí me manda.

FR. LOR. Bien venida.

Entra el AMA.

AMA. Santo fraile, decidme, santo fraile,
¿Dónde el señor está de mi señora?

FR. LOR. Allí tendido, y con su llantö ébrio.

AMA. Es de mi ama idéntico el estado;
Idéntico.

FR. LOR. ¡Funesta simpatía!
¡Trance crüel!

AMA. Igual estado el suyo.
Llora y gime, y más tarde gime y llora.
Alzad, alzad, alzäos y sed hombre.
Por amor de Julieta, alzad del suelo,
Y dejad de lanzar tan hondos ayes.

ROMEO. Ama.

AMA. Señor, la muerte acaba todo.

ROMEO. Hablabas de Julieta; ¿qué le pasa?
¿No me juzga impertérrito asesino
A mí, que la niñez de nuestra dicha
Manché con sangre, sangre casi suya?
¿Dónde está?—¿Qué le pasa?—¿Qué te ha
[dicho
Mi oculto amor de nuestro amor manchado?

AMA. ¡Ah señor! nada dice. Llora y llora,
Se recuesta en el lecho, se levanta,
«Teobaldo» grita al fin, despues «Romëo,»
Y en el lecho se postra nuevamente.

ROMEO. Cual si ese nombre disparado fuera

De ánima de cañon y la matara;
Como la infame mano de ese nombre
A su deudo mató. Decidme, ¡oh Padre!
Mi nombre ¿en qué vil parte de mi cuerpo
Mora? Decidlo, para entrar á saco
En la odiosa mansion. (Desenvainando su puñal.)

Fr. Lor. Deten tu diestra.
¿Eres hombre? Tu forma lo publica.
Tu llanto es de mujer, y tus acciones
De fiera que carece de albedrïo.—
Débil mujer, con varonil aspecto,
O fiera que parece entrambas cosas.
¡Me espantas! ¡Por mis hábitos benditos
Que de temple mejor te presumïa!
¿Tras dar muerte á Teobaldo te mataras?
¡Y á la dama tambien que por tí vive
Matarïas quitándote la vida!
De tu orígen, del cielo y de la tierra
¿Por qué maldices?—En tu sér se aunaron,
Y todo perderás en un instante.
¡Qué oprobio! Tu exterior desacreditas,
Tu amor y tu talento. Cual avaro,
Posëes gran caudal, y no lo emplëas
En adornar, como adornar debïas,
Ese aspecto, ese amor y ese talento.
Es de cera, no más, tu noble forma,
Que del aliento varonil carece.
Es perjurio tu amor y huecos votos,
Pues matas al amor que honrar juraste.
Tu talento, de amor y forma ornato,
A entrambos hace errar, como inexperto
Soldado que, en su propia cartuchera,
Ignorante la pólvora inflamando,
De su defensa víctima perece.
¡Ea, vamos, ten valor! Julieta vive

Por quien muerto te hubieras há un instante.
Consuelo es. Teobaldo te matara,
Mas lo mataste tú. Tambien consuelo.
Murieras por la ley, pero se torna
Tu amiga, y el destierro es su sentencia.
Otro consuelo es ese. Bendiciones
Sobre tí se amontonan, y la dicha
Te corteja en su aspecto más galano;
Mas tú, cual caprichosa mujerzuela,
Recibes con mal gesto á la fortuna.
¡Guarda! ¡Guarda! Mal fin tiene el ingrato.
Vé en busca de tu amada, cual dijimos;
Trepa á su alcoba; á consolarla parte,
Mas huye ántes del toque de Diana,
O á Mántua no podrás marcharte luégo,
Donde debes vivir hasta que pueda
Tu casamiento publicar, las paces
Hacer entre tus deudos, y la gracia
Del Príncipe obtener; y con mi aviso,
Tú, doscientas mil veces más alegre,
Retornarás, que triste te retiras.
Nodriza, vé. Recuerdos á tu ama;
Que haga que todos se recojan presto,
Para lo cual la pena es aliciente;
Que va Romeo.

AMA. ¡Ay Dios, toda la noche
Vuestra voz escuchara! ¡Cuánta ciencia!
Señor, que ahora vendreis diré á mi ama.

ROMEO. Sí, dile que á reñirme se disponga.

AMA. Este anillo tomad, que me ha entregado;
Id presto, id, que ya la noche cierra. (Váse.)

ROMEO. ¡Mis esperanzas reanimarse veo!

FR. LOR. Vete, adios. Ten en cuenta lo que dije,
Y vete ántes del toque de Diana,
O sal, si ha amanecido, disfrazado.

Vé á Mántua. Yo hablaré con tu escudero,
Y á menudo tendrás por él noticias
De cuanto ocurra aquí que te interese.
Dame la mano, adios, felices noches.

ROMEO. Dicha que es más que dicha, ya me espera,
O tan presto partir desdicha fuera.
Adios. (Vánse.)

ESCENA IV.

Habitacion en la casa de Capuleto.

Entran CAPULETO, la SEÑORA DE CAPULETO y PÁRIS.

CAPULETO. Los recientes sucesos desgraciados
Me han impedido hablar con nuestrā hija.
Gran afecto á Teobaldo profesaba,
Y yo tambien. Pero ¡morir es fuerza!
No bajará esta noche, pues ya es tarde;
Y á no ser por estar con vos, os juro
Que há una hora que en mi lecho me en-
[contrara.

PÁRIS. En cuita tal no caben galantëos.
Señora, recordadme á vuestrā hija.

CAPULETO. Conde, yo os comprometo formalmente
De mï hija la mano. Pienso que ella
Oirá mi voz; es más, os lo aseguro.
Ántes de recogerte, véla, esposa,
Y cuéntale el amor de mi hijo Páris,
Y dile ¿estás? que el miércoles que viene...
Poco á poco ¿hoy qué es?

PÁRIS. Señor, es lúnes.

CAPULETO. Lúnes. ¡Ya! Pues no el miércoles; digamos
El juéves. Le dirás que el juéves mismo

Con este noble conde ha de casarse.
¿Estais pronto? ¿Os agrada la premura?
Fiesta no habrá; no más de un par de amigos,
Porque ¡ya veis! la muerte de Teobaldo
Es tan reciente, que crëer podrían
Que le honrábamos poco como á deudo
Si hubiera gran funcion. Por tanto, sólo
Vendrán media docena de personas.
¿Qué os parece del juéves?

PÁRIS. Señor mío,
Que ojalá que mañana fuera juéves.

CAPULETO. Ahora partid; el juéves, pues, que sëa.
Ántes de recogerte, del suceso
Cuida tú que Julieta tenga aviso.
Adios, señor. ¡Ea, luces! A mi alcoba
Preceded; es tan tarde, que muy pronto
Se llamará temprano. Buenas noches.
(Vánse.)

ESCENA V.

Galería que conduce á la alcoba de Julieta con vista al jardin.

Entran ROMEO y JULIETA.

JULIETA. ¿Te quieres ir? Aún léjos viene el día.
La voz del ruiseñor, no de la alondra,
Hizo vibrar tu tímpano medroso.
Canta en aquel granado cada noche;
Creeme, fué el ruiseñor, amado mío.

ROMEO. La alondra fué, del alba precursora,
No el ruiseñor. Contempla, amada mía,
Las crueles tintas que á las rotas nubes
Bordando van en el remoto oriente.

Ya se apagaron las nocturnas tëas,
Y ya vivaz el dïa se incorpora
Sobre las crestas húmedas del monte.
Irme y vivir, ó aquí morir es fuerza.

JULIETA. Esa luz no es la luz de la alborada;
Segura de ello estoy. Es metëoro
Desprendido del sol para alumbrarte
En tu nocturna expedicion á Mántua:
Quédate, pues. ¿A qué partir tan presto?

ROMEO. ¡Háganme prisionero, dénme muerte!
Como lo mandes tú, poco me importa.
Diré que no es la luz de la mañana
El gríseo resplandor que allí vislumbro,
Sino de Cintia el pálido reflejo.
Diré que no es el canto de la alondra
El que la excelsa bóveda repite;
Más que partir, permanecer ansïo.
Muerte, ven, pues Julieta lo desëa.
Hablemos, dulce amor, áun no clarëa.

JULIETA. Sí tal, sí tal; al punto vete, vete,
La alondră es. Su canto discordante,
Desapacible y áspero, resuena;
Dicen que con primor une sus notas,
¡Ella, que así á nosotros nos desune!
Dicen que con el sapo de ojos muda;
Ojalá que de acento cambïara,
Que de esa voz la resonancia ruda
De mis amantes brazos te separa,
Y con graves maitines te saluda.
Mas vete ya, que cada vez más clara
Se aproxima la luz.

ROMEO. ¿La luz dijiste?
La oscuridad de nuestra suerte triste.

Entra el AMA.

AMA. ¡Julietă!

JULIETA. ¡Ama!

AMA. Que tu madre viene.
Amanece, sé cauta, ponte alerta. (Váse.)

JULIETA. Entre, ventana, luz y salga vida.

ROMEO. Un beso. ¡Adios, adios! y ya desciendo.
(Desciende.)

JULIETA. ¿Te fuiste? Mi señor, amado mio,
Mi dulce amigo, que de tí yo sepa
Todos los dias: cada instante. Hay muchos
Dias en un minuto, y de esta suerte
Habré de envejecer ántes que pueda
Otra vez contemplar á mi Roměo.

ROMEO. Adios. Por cuantos medios imagine
Te enviaré bendiciones, amor mio.

JULIETA. ¡Ah! volvernos á ver ¿posible juzgas?

ROMEO. Sí tal, y nuestras cuitas actüales
En pláticas de amor recordaremos.

JULIETA. ¡Ay Dios! ¡Cuán triste espíritu me anima!
Ahi abajo parece que te vëo
Cadáver en el fondo de una tumba.
Pálido estás, ó me engañó la vista.

ROMEO. Pues pálida tambien te ven mis ojos.
Dolor sediento nuestra sangre bebe.
¡Adios, adios! (Váse.)

JULIETA. Fortuna, cruel fortuna,
Mudable á tí te llaman; poco importan
Para el amante fiel tus veleidades.
Sé mudable, fortuna, que así espero
Que no lo detendrás y me lo envies.

S. DE CAP. (Dentro.) Hija, ¿despierta estás?

JULIETA. Mas ¿quién me llama?—
¿No se ha acostado ăun, ó es que madruga?
¿Qué imprevisto suceso la conduce?

Entra la SEÑORA DE CAPULETO.

S. DE CAP. Julieta, ¿cómo es esto?

JULIETA. No estoy buena.
S. DE CAP. ¿Aún llorando la muerte de tu primo?
¿Quieres sacarlo á flote de su tumba
Con lágrimas? Ni así resucitara.
Cesa, pues, que aunque el llanto amor indica,
Demenciă es el excesivo llanto.
JULIETA. Pérdida tan crüel dejad que llore.
S. DE CAP. La pérdida así sientes, no al amigo
Por quien lloras.
JULIETA. La pérdida sintiendo,
Me es forzoso llorar por el amigo.
S. DE CAP. Niña, tú lloras', más que por su muerte,
Porque vive ese vil que lo ha matado.
JULIETA. Madre mía, ¿qué vil?
S. DE CAP. El vil Romëo.
JULIETA. (Aparte.) Hay entre un vil y ël leguas bastantes.
Dios lo perdone como yo perdono,
Aunque nadie mayor pena me causa.
S. DE CAP. Esŏ es porque vive el asesino.
JULIETA. Sí, fuera del alcance de mis brazos.
A mi primo vengar yo sola quiero.
S. DE CAP. Nos vengaremos, sí; tu llanto enjuga.
Órdenes he de dar á uno de Mántua,
Donde ese infame desterrado vive:
Le brindará con pócima no vista,
E irá presto en compaña de Teobaldo:
Juzgo que entónces quedarás contenta.
JULIETA. Nunca estaré contenta si no miro
A Romĕo... difunto... el pobre pecho
Oye el clamor que un deudo provocara.
Señora, si encontrais álguien que lleve
Un tósigo, dejadme prepararlo,
Y Romĕo, despues que lo reciba,
En paz podrá dormir. Cuánto detesto
Oirlo nombrar sin yo tenerlo cerca,

Y vengar el amor hácia mi primo
Sobre ese cuerpo que matarlo pudo.

S. DE CAP. Busca tú medios miéntras busco al hombre;
Pero ahora, niña, escucha alegres nuevas.

JULIETA. Viene bien en tal cuita la alegría.
¿Qué nuevas son? Decídmelas, señora.

S. DE CAP. Hija, tienes un padre cariñoso,
Que, anhelando aliviar tu amarga pena,
Te proporciona un día de ventura,
Que ni esperabas tú, ni yo esperaba.

JULIETA. ¡Vaya en gracia! Decid, ¿cuál es el día?

S. DE CAP. Pues hija, el juéves próximo, temprano,
De San Pedro en la iglesia, alegremente
Ese galante y jóven caballero,
Conde Páris, te hará feliz esposa.

JULIETA. Pues por la iglesia de San Pedro os juro,
Y tambien por San Pedro, que no puede
Lograr hacerme allí feliz esposa.
Me asombra prisa tal. ¿He de casarme
Antes que de su amor me hable mi esposo?
A mi padre y señor decid, señora,
Que áun no me he de casar. Cuando lo haga,
Os juro que más bien será mi esposo
Romëo, á quien os consta que detesto,
Que Páris. ¡Pues son nuevas ciertamente!

S. DE CAP. Tu padre llega. Díselo tú misma,
Y verás de qué modo lo recibe.

Entran CAPULETO y AMA.

CAPULETO. A la puesta del sol mana rocïo;
Mas puesto el sol del hijo de mi hermano,
Llueve á torrentes.
Vaya, niña, ¿te vuelves atarjëa?
¿Llorando áún? ¿El chaparron no acaba?
Tu cuerpecito es barca y mar y viento,
Porque en tus ojos, que la mar yo llamo,

Hay marèas de lágrimas, y es barca
Tu cuerpo que en tal piélago navega.
Son viento tus suspiros, que, luchando
Furiosos con tus lágrimas, podrían
Hacer que el triste cuerpo zozobrase.
Dime, esposa, ¿mis órdenes cumpliste?

S. DE CAP. Sí, mas no quiere; lo agradece. ¡Necia!
Con su tumba casarse debería.

CAPULETO. ¡Oiga! Que yo me entere. Dime, esposa.
¿Cómo? ¿No quiere? ¿No nos lo agradece?
¿Orgullosa no está? ¿No está contenta
La indigna de que hayamos encontrado
Tan noble caballero para esposo?

JULIETA. ¿Orgullosa? No tal; agradecida,
Eso sí. Que orgullosa no es posible
De lo que se odia estar; pero el cariño,
Que áun lo odiado nos brinda, se agradece.

CAPULETO. ¡Hola, hola! Retóricas. ¿Qué es esto?
«Orgullosa,» y «sí, gracias,» y «no, gracias,»
Y «no orgullosa». Señorita mía,
No me vengas con gracias y orgullezas;
Mas prepara tus finas coyunturas
Para que el juéves próximo, con Páris,
Caminen á la iglesia de San Pedro,
O arrastrando te llevo en una espuerta.
Vete, histérica, necia; vete, imbécil,
Faz de cera.

S. DE CAP. ¿Estás loco? Calla, calla.

JULIETA. Buen padre, de rodillas os suplico
Que una palabra me escucheis paciente.

CAPULETO. ¡En hora mala! ¡Imbécil! ¡Vil criatura!
Escucha: irás el juéves á la iglesia,
O no me vuelvas á mirar al rostro,
Ni hables, ni supliques, ni respondas.
Mi mano tiembla. Esposa, y yo creía

Que escasa bendicion de Dios logramos
Con tener hijä única; mas vëo
Que áun ésta sobra, y maldicion ha sido.
¡Afuera con la indigna!

AMA, ¡Dios la ampare!
No la trateis, señor, tan duramente.

CAPULETO, ¿Porqué no, sábia dama? Ten el pico,
Prudencia, y á charlar con tus iguales.

AMA. No hago ofensa.

CAPULETO. Sí, sí; felices dïas.

AMA. Mas no puede una hablar.

CAPULETO. Calla, chicharra;
Habla con tus comadres cuando cenes,
Pero aquí no hace falta.

S. DE CAP. Te hallas ciego.

CAPULETO. ¡Ira de Dios! Me siento volver loco.
De dïa y noche, por mañana y tarde,
En casa y calle, solo, acompañado,
En vela, en sueños, mi cuidado ha sido
Casarla; y al instante que le encuentro
Un caballero de familia excelsa,
Bien afincado, jóven, elegante,
Lleno, cual dicen, de brillantes dotes,
La misma perfeccion puede decirse,
Esa imbécil mozuela, esa muñeca,
Responde al sonrëirle la fortuna:
«No me quiero casar,» «amar no puedo,»
«Soy demasiado jóven,» «perdonadme.»
Pues bien, si no te casas, te perdono;
Mas vive donde quieras, no en mi casa;
Piensa en ello, no suelo gastar bromas.
El juéves está cerca; pon tu mano
Sobre tu corazon y ten cordura.
Si accedes, te desposas con mi amigo;
O ähórcate si no, pide limosna,

O muérete dë hambre por las calles,
Porque juro jamás reconocerte,
Ni nadie mïo te dará su amparo.
Medita, nunca falto á un juramento. (Váse)

JULIETA. ¿No hay piedad en los cielos que conocen
El insondable abismo de mi pena?
No me desampareis, madre querida.
Mi casamiento, un mes, una semana
Posponed, ó mi tálamo que sëa
De Teobaldo el sombrío monumento.

S. DE CAP. No më hables, no puedo responderte,
Haz lo que quieras, acabé contigo. (Váse.)

JULIETA. ¡Ay Dios! ¡Ay Ama! dime de qué modo
Lo evitaré; mi esposo está en la tierra,
Mi fe en el cielo está. Como del cielo
A la tierra mi fe tornar ya puede,
Si dejando la tierra no la envïa
Desde el cielo mi esposo. Tus consejos,
Tus consuelos reclamo. ¡Ay triste, ay triste!
¿Que el cielo tales artificios use
Contra un sér, como yo, tan desvalido?
¿Qué dices? ¿Ni una voz para alegrarme?
¿Ni un consuelo siquiera?

AMA. Pues es esto.
Romëo, desterrado, apuesto el mundo
Contra nada que á verte no retorna,
O volverá á hurtadillas si es que vuelve.
Así, pues, me parece convendrïa
Casarte desde luégo con el Conde,
Es gentil y gallardo caballero;
Con él en parangon es mera zúpia
Romëo. Ni del águila los ojos
Son tan verdes, tan vivos ni tan bellos
Como son los de Páris. ¡Por mi vida!
Este segundo esposo te conviene

Más que el primero; y, aunque así no fuera,
El primero ya es muerto, ó para el caso
Es igual; pues á tí ¿de qué te sirve?

JULIETA. ¿Me habla tu corazon?

AMA. Y el alma mía,
O mal hayan los dos.

JULIETA. Amén.

AMA. ¿Qué dices?

JULIETA. Nada. Me has consolado grandemente.
Vé adentro; que he salido dí á mi madre,
Porque, habiendo á mi padre disgustado,
La absolucion de Fray Lorenzo busco.

AMA. Lo haré, sí tal; pues obras con cordura.
(Váse.)

JULIETA. ¡Vieja malvada! ¡Lucifer maldito!
¿Cuál de los dos es tu mayor pecado?
¿Al perjurio inducirme, ó que rebajes
Al dueño mïo con la misma lengua
Que ser sin par lo declaró mil veces?
Consejera, de hoy más el pecho mío
Huye de tí. Mi confesor me ampare,
Y él hallará tal vez medio supremo,
O yo sabré morir en caso extremo. (Váse.)

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

Verona. Celda de Fray Lorenzo.

Entran **FRAY LORENZO** y **PÁRIS**.

FR. LOR. ¿Conque el juéves decís? Corto es el plazo.
PÁRIS. Mi padre Capuleto lo desea,
Y me agrada tambien saciar su prisa.
FR. LOR. ¿Ignorais cómo piensa vuestra dama?
Pues mal camino es ese; no lo apruebo.
PÁRIS. Por Teobaldo incesantemente llora;
Ni áun tiempo tuve para hablar de amores,
Que Vénus en un duelo no sonríe.
Peligroso su padre considera
Que de ese modo á su dolor se entregue;
Y, juicioso, apresura el casamiento
Para atajar la inundacion de llanto
Que en completo su espíritu avasalla,
Y mal interpretar pudiera el mundo.
Ya sabeis la razon de la premura.
FR. LOR. (*Aparte.*) ¡Ojalá que las causas no supiera

6

Que lentitud exigen! Conde París,
La dama ved que hácia mi celda avanza.

Entra JULIETA.

PÁRIS. ¡Encuentro asaz feliz! Señora... esposa...
JULIETA. Lo podrá ser, señor, al ser su esposa.
PÁRIS. Ese podrá, será, Julieta, el juéves.
JULIETA. Lo que será, será.
PÁRIS. Máxima cierta.
¿Venís á confesar con este Padre?
JULIETA. Confesára con vos al responderos.
PÁRIS. No le negueis que vuestro amor es mío.
JULIETA. No os negaré, señor, que yo le amo.
PÁRIS. Mas le direis que vuestro amor es mío.
JULIETA. Dicho á espaldas de vos, de más valía
Fuera la confesion, que cara á cara.
PÁRIS. Vuestra faz ese llanto desfigura.
JULIETA. Fué de mi llanto escasa la victoria;
Bastante mal se hallaba sin su encono.
PÁRIS. Eso la injuria más que vuestro llanto.
JULIETA. En la verdad, señor, no cabe injuria,
Y lo he dicho á mi faz y cara á cara.
PÁRIS. Es mïa vuestra faz que calumniásteis.
JULIETA. Podrá ser que así sëa, pues no es mía.—
¿A öirme, santo padre, estais dispuesto,
O he de volver al toque de oraciones?
FR. LOR. Hija desconsolada, en este instante
Dispuesto á öirte estoy.—Señor, os ruego
Que solos nos dejeis.
PÁRIS. Dios no permita
Que yo interrumpa devocion.—Julieta,
Adios. Yo despertaros debo el juéves;
Entre tanto guardad mi santo beso. (Váse.)
JULIETA. ¡Oh! La puerta cerrad; llorad conmigo;
No hay remedio, consuelo ni esperanza.
FR. LOR. ¡Ah, Julieta! Conozco tu desdicha:

Fuera de mí me saca: sé que el juéves
Te obligan á casarte con el Conde.

JULIETA. No me digais que lo sabeis, ¡oh, Padre!
Sin decirme á la par cómo lo evito.
Si vos, tan sabio, no me dais consuelo,
Sábia llamad mi decision, y al punto
Yo con este puñal sabré cumplirla.
Mi corazon, unido al de Romëo,
Fué por Dios. Vos unísteis nuestras manos:
Pues ántes que esta mano, en que vos mismo
Estampásteis el sello de Romëo,
De otro contrato sobrescrito sëa,
O mi fiel corazon, traidor rebelde,
Su fe llegue á trocar, éste los mate.
Aconsejadme, pues, segun lo exija
Vuestro saber, ó mi fatal cuchillo,
Cual juez entre estos términos elige,
Como árbitro sagaz reconciliando
Lo que los años y la ciencia vuestra,
Con arreglo al honor, zanjar no saben.
No os detengais, hablad; morir ansïo
Si remedio no hallais al duelo mïo.

FR. LOR. Hija, cesa. Vislumbro una esperanza;
Perŏ es mi designio tan violento,
Como es violento tu presente estado.
Mas ya que tú prefieres el suicidio
A desposarte con el Conde Páris,
Quizás para eludir esa deshonra
Sufras lo que á la muerte se asemeja,
Y valerosa con la muerte luches.
Si tú te atreves, te daré remedio.

JULIETA. Decidme que me arroje, padre mïo,
En vez de dar mi mano al Conde Páris,
De las altas almenas de esa torre;
Que oscuras sendas de bandidos cruce;

Que con sierpes anide; encadenadme
Con osos bramadores; recubierta
De humanos huesos que crujir escuche
Dejadme fiera noche en un osario
Con canillas inmundas, con horribles,
Desnudas y amarillas calaveras,
O hacedme entrar en la reciente fosa,
Y allí con un cadáver escondedme.
Cuanto me hizo temblar oyendo sólo
Sin vacilar haré, por conservarme
Para mi amor inmaculada esposa.

FR. LOR. Pues bien; vé á casa, muéstrate contenta,
Dí que serás de Páris; ya mañana
Miércoles es; procura por la noche
Sola quedar; despide á tu nodriza;
Que no duerma contigo en tu aposento.
Ahora esta ampolla ten. Ya recostada,
Bebe el licor, y quedarás dormida;
Frío sopor, cundiendo por tus venas.
Tu pulso cesará; calor ni aliento
Indicará que vives. Cenizoso
De tus rosáceos labios y mejillas
Será el color. Tus párpados caídos
Serán el cortinaje de la muerte,
Cuando la luz excluyen de la vida.
Tu cuerpo inmóvil, rígido, inflexible,
Yerto cual mármol de la muerte imágen.
De la muerte arrugada en ese símil
Cuarenta y dos indispensables horas
Quedarás; mas despues, cuando despiertes,
Creerás que sales de apacible sueño.
Ahora, al llegar el novio de mañana
A despertarte, te hallará cadáver;
Y entónces, como es uso, en caja abierta,
Con tus mejores galas, conducida

En féretro serás al mausolêo
Do los difuntos Capuletos yacen.
Miéntras estás dormida, yo por carta
A Romêo daré de todo aviso.
Aquí vendrá, y ansiosos velaremos
Hasta que tú despiertes, y esa noche
Romêo volverá contigo á Mántua.
Esto te salva del presente oprobio,
Si femenil terror ó alarma necia
En tal momento tu valor no abaten.

JULÍETA. Venga, venga, no hablemos de temores.

FR. LOR. Toma; vete; valor, y ten ventura
En este trance. A Mántua con noticias
A un fraile al punto á tu señor envío.

JULIETA. Dios dé el valor, que en mi valor confío.
Adios, amado padre. (Vánse.)

ESCENA II.

Habitacion en la casa de Capuleto.

Entran CAPULETO, la SEÑORA DE CAPULETO, el AMA y SIRVIENTES.

CAPULETO. Invita á los que están aquí anotados,
(Váse un sirviente.)
Y veinte cocineros, tú, procura.

SIRV. 2.° Buenos serán, pues trataré que sepan
Chuparse el dedo.

CAPULETO. ¡Cualidad extraña!

SIRV. 2.° Señor, sabed que el cocinero es malo
Si chuparse los dedos no acostumbra;
Por tanto, quien el dedo no se chupe
Que no cuente conmigo.

CAPULETO. Vete, vete.
Desprevenidos esta vez estamos.
Di, Julieta ¿fué á ver á Fray Lorenzo?
AMA. Sí tal.
CAPULETO. Acaso para bien influya
En esa moza terca y mal críada.
AMA. Ved; de la confesion alegre llega.

Entra JULIETA.

CAPULETO. ¡Hola! testarudilla. ¿Dónde fuiste?
JULIETA. Donde me arrepentí de mi pecado
De no haber vuestras órdenes ŏido.
Fray Lorenzo me ordena que me postre
A vuestros piés, y que perdon os pida.
Perdon os pido, pues, y desde ăhora
Humilde acataré vuestros mandatos.
CAPULETO. Buscad al Conde. Sepa lo que ocurre,
Y temprano mañana quede el lazo
Anudado por siempre.
JULIETA. Vi en la celda
De Fray Lorenzo al jóven caballero,
Y le acordé cuanto acordar podía
Mi amor sin menoscabo á mi modestia.
CAPULETO. Vaya, yo lo celebro; bien, levanta;
Es cual debiera ser. Ver quiero al Conde,
¡Eh! vé tú; di que venga. Mucho debe
A este buen Padre la ciudad entera.
JULIETA. Ven á mi habitacion, ama, conmigo,
Y ayúdame á elegir cuantos adornos
Te parezca que usar debo mañana.
S. DE CAP. No; debe ser el juéves; á su tiempo.
CAPULETO. Id, id; mañana vamos á la iglesia.
(Vánse Julieta y el Ama.)
S. DE CAP. Tiempo nos va á faltar; es casi noche.
CAPULETO. Calla; trabajaré, y, esposa mía,
Todo se arreglará, te lo aseguro.—

Ayuda á que Julieta se componga;
Yo no me acostaré; déjame solo;
Por esta vez haré de ama de casa.
¿Cómo? ¿Qué? ¿Todos fuera? Pues yo mismo
Iré en busca de Páris á decirle
Que es mañana. Me siento reanimado
Con este cambio de mi indócil hija. (Vánse.)

ESCENA III.

Alcoba de Julieta.

Entran JULIETA y el AMA.

JULIETA. Sí, mejor este traje; pero, ama,
Quedar sola esta noche desearía;
Quiero orar con fervor, para que el cielo
Propicio mire mi futuro estado,
Tan difícil y lleno de peligros.

Entra la SEÑORA DE CAPULETO.

S. DE CAP. ¡Hola! ¿Ocupada estás? ¿Quieres que ayude?

JULIETA. No, señora, escogimos ya las galas
Con que debo mañana revestirme.
Ahora que sola me dejeis os ruego,
Y con vos esta noche el ama vele,
Pues mucho habrá que hacer, y para todos,
En tan grande premura.

S. DE CAP. Buenas noches.
Tú á descansar, que bien lo necesitas.

(Vánse la Señora de Capuleto y el Ama.)

JULIETA. ¡Sabe Dios si otra vez nos reuniremos!
Terror helado por mis venas cunde
El calor consumiendo de mi vida.—
Que vuelvan, gritaré: que me consuelen.

¡Ama!—¿Por qué la llamo? Sola debo
Representar la pavorosa escena.
¡Ven, ampolla á mis manos!
Y si es inerte este licor, ¿forzoso
Será que con el Conde me despose?
No, no; tú lo prohibes; ahí reposa.
(Colocando el puñal sobre su lecho.)
¿Y si venenö es con que procura
Astuto el fraile mi instantánea muerte,
Para eludir su próxima deshonra
Por haberme casado con Romëo?
Lo temo, y sin embargo no es posible;
Que de santo varon goza la fama.
¡Atrás, atrás, indigno pensamiento!
¿Y si encerrada, hallándome en la tumba,
Despierto ántes que venga á socorrerme
Romëo... ¡Cuán horrible es esta idëa!...
Y en esa estrecha bóveda, privada
De saludable ambiente, me sofoco
Antes que venga á verme mi Romëo?
O si vivo, ¿no es fácil que la fiera
Imágen de la muerte y de la noche,
Y el espanto del sitio... de esa tumba,
Antiguo pantëon donde se hacinan
Huesos de mis mayores siglos hace,
Donde el feroz Teobaldo recien muerto
Se pudre en su sudario, donde dicen
Que espíritus se agitan á deshora...
¡Ay Dios, ay Dios!... al despertar, no es fácil
Que allí... con esos fétidos olores,
Con esos alaridos semejantes
A los lúgubres ayes que se escuchan
Al arrancar mandrágoras del suelo,
Gritos que al hombre á la demencia inducen...
Al punto quede de razon privada

De horrores tantos circundada al verme?
¿No jugaré, demente, con los restos
De mis mayores? ¿No querré el cadáver
De Teobaldo arrancar de su sudario,
O acaso, como maza en mi locura,
De un noble antecesor cogiendo un hueso
No aplastaré mis sesos dislocados?
Ved. El espectro de mi primo es ese.
Busca á Roméo, que vertió su sangre
Con la rígida punta de su espada.
¡Tente, Teobaldo! ¡A tu salud, Roméo!
(Bebe y se recuesta en el lecho.)

ESCENA IV.

Salon en casa de Capuleto.

Entran la SEÑORA DE CAPULETO y el AMA.

S. de Cap. Toma esas llaves; más especias, ama.
Ama. Dátiles y membrillos ahora piden.

Entra CAPULETO.

Capuleto. ¡Vamos, vamos, aprisa! que ya el gallo
Cantó segunda vez; maitines tocan;
Las tres ya son. Angelica, tú cuida
De los asados; no mireis el gasto.
Ama. A dormir idos, idos, cominero.
Mañana estareis malo de seguro
Por trasnochar.
Capuleto. No tal; ¡qué disparate!
He velado ¡pardiez! bastantes veces
Sin enfermar y por menor motivo.
S. de Cap. Sí, fuiste comadreja en otro tiempo;

Mas hoy velar yo puedo tus veladas.
(Váse la señora de Capuleto y Ama.)

CAPULETO. ¡Celos, celos! ¿Qué traes aquí, muchacho?

Entran SIRVIENTES con asadores, leños y cestos.

SIRV. 1.º Es para el cocinero; yo lo ignoro.

CAPULETO. Corre, corre; más seco tronco busca;
Pedro dirá dónde podrás hallarlo.

SIRV. 1.º Cabeza tengo para hallar el tronco;
Incomodar á Pedro no es preciso. (Vánse.)

CAPULETO. Bien dicho, ¡vive Dios! El tal es chusco;
Quizás llegue de un tronco á ser cabeza.
¡Por mi vida! ¡Clarēa! Puede el Conde
Pronto venir con música, cual dijo.
¡Él es! ¡Nodriza! ¡Esposa! ¡Presto, presto!
(Se oye música dentro.)

Entra el AMA.

Vé, despierta y compon á mi Julieta;
Yo charlaré con Páris; date prisa,
Date prisa, que el novio aquí ya viene;
Date prisa, repito. (Vánse.)

ESCENA V.

Alcoba de Julieta. Julieta en su lecho.

Entra el AMA.

AMA. ¡Eh, señora! ¡Julieta! ¡Cómo duerme!
¡Corderillo! ¡Señora! ¡Novia! ¡Esposa!
¿Nada dices? Despáchate á tu gusto.
Duerme por ocho dias, que esta noche
Descansa Páris en que no descanses.
¡Dios y la Vírgen me perdonen! ¡Duerme!
La debo despertar.—¡Vaya, señora!

¡Eh, señora, señora! Pues que venga
El Conde, y en la cama que te encuentre.
Buen susto llevarás; dime, ¿no es cierto?
¿Qué, vestida? ¿Con traje? ¿No respondes?
Te debo despertar. ¡Vaya, señora!
¡Eh, señora, señora! — ¡Dios me ampare!
¡Socorro! ¡Que está muerta el ama mïa!
¿Por qué para ver esto haber nacido?
¡Aguardiente! ¡Venid, señor, señora!

Entra la SEÑORA DE CAPULETO.

S. DE CAP. ¿Qué ruido es este?
AMA. ¡Desgraciado dïa!
S. DE CAP. Mas ¿qué ocurre?
AMA. Ved, ved. ¡Horrendo dïa!
S. DE CAP. ¡Ay Dios, ay Dios! ¡Mi niña! ¡Mi existencia!
Los ojos abre, ó moriré contigo.
¡Ay! ¡Socorro, socorro!

Entra CAPULETO.

CAPULETO. ¡Qué vergüenza! Salir Julieta debe;
Ved que llega su dueño.
AMA. Muerta yace.
¡Difunta, muerta! ¡Malhadado dïa!
S. DE CAP. ¡Ay dïa malhadado! ¡Muerta, muerta!
CAPULETO. ¡Ah! dejádmela ver. ¡Qué horror! ¡Helada!
¡Fija su sangre; inmóviles sus miembros!
Há tiempo huyó la vida de sus labios;
A su beldad la muerte ha sorprendido,
Como á la flor la prematura escarcha.
¡Hora siniestra! ¡Anciano sin ventura!
AMA. ¡Dïa de horror!
S. DE CAP. ¡Oh, desgraciado dïa!
CAPULETO. La muerte, que al llevársela me aflige,
Ata mi lengua, anula mis palabras.

Entran FRAY LORENZO y PÁRIS con MÚSICOS.

FR. LOR. ¿Ir á la iglesia ya puede la novia?

CAPULETO. Ir podrá, pero allí quedarse debe.
De tu boda en la víspera, hijo mio,
Vino la muerte al lecho de tu esposa,
Flor inocente por la muerte ajada.
Es mi yerno la muerte; mi heredero,
La muerte; desposóse con mi hija.
Moriré. Cuanto tenga será suyo,
Que en la vida, al vivir, es muerte todo.

PÁRIS. De este dia la faz mirar ansiaba,
Y este horrendo espectáculo me ofrece.

S. DE CAP. ¡Malhadado, crüel, horrendo dia!
¡La hora pëor que el tiempo ha registrado
En su áspero eternal peregrinaje!
¡Una hija no más! ¡Pobre hija mia!
¡De ventura y solaz único objeto,
Y la muerte crüel me la arrebata!

AMA. ¡Oh triste, aciago, aciago, aciago dia,
Dia de horror! ¡El más aciago dia
Que jamás, que jamás he contemplado!
¡Dia crüel, crüel, odioso dia,
Tan negro cual jamás ha visto el mundo!
¡Aciago, aciago dia!

PÁRIS. Burlado, divorciado, malherido,
Cruelmente asesinado. ¡Fiera muerte,
Burlándome, me postras á tus plantas!
¡Mi amor, mi vida! No. ¡Mi amor cadáver!

CAPULETO. ¡Desdeñado, afligido, odiado, muerto!
Tiempo feroz, ¿por qué tan sigiloso
Este festin á asesinar viniste?
¡Hija, hija! ¡Mi alma, y no mi hija!
¡Muerta, muerta mi niña idolatrada,
Y con ella mi dicha sepultada!

FR. LOR. Callad, callad; que del dolor la cura
No yace en tales quejas. Vos y el cielo
De la hermosa doncella dueños fuisteis;

Ahora en completo el cielo la posée,
Y sale la doncella gananciosa.
Sustráer no pudísteis vuestra parte
A la muerte; su parte guarda el cielo
En la vida eternal. Honrada verla
Era vuestra ambicion. Verla encumbrada
La gloria vuestra fué. ¿Por qué tal llanto
Ahora verteis, cuando encumbrada sube
Más allá del etéreo firmamento?
Con tanto amor no amais á vuestrā hija.
No es la esposa mejor la que más vive
Casada en este mundo: la que muere
Jóven casada es la mejor esposa.
Vuestro llanto enjugad. Su hermoso cuerpo
De romero cubrid, y conducidla,
Segun uso, á la iglesia, engalanada.
Naturaleza nos obliga al llanto,
Mas rïe la razon de tal quebranto.

CAPULETO. Lo que arreglado fué para una fiesta,
En la pompa se trueca de un entierro:
Nuestra música es doble de campana;
Nuestro banquete, fúnebre banquete;
Nuestros himnos, solemnes elegïas;
Nuestras flores, adornos de una tumba;
En su contrario se convierte todo.

FR. LOR. Señor, entrad. Entrad tras él, señora.
Conde Páris, partid. Todos se alisten
Para enterrar á tan gentil cadáver:
Por algo el cielo con furor os mira;
Humildes sed, ó aumentareis sü ira.

(Vánse Capuleto, la Señora de Capuleto, Páris y Fray Lorenzo.)

MÚSICO 1.° A recoger las gaitas, y á marcharnos.

AMA. ¡Ah! Sí, sí, recogedlas, buena gente;
Considerad lo triste del suceso. (Váse.)

MÚSICO 1.° En verdad que pudiera mejorarse.

Entra PEDRO.

PEDRO. ¡Músicos, oh, músicos! «La paz del corazon.» «La paz del corazon.» ¡Por mi vida os lo pido! Tañed «la paz del corazon».

MÚSICO 1.° Y ¿por qué «la paz del corazon?»

PEDRO. ¡Oh, músicos! porque mi propio corazon cantando está «mi apenado corazon». ¡Oh, tañedme una elegía festiva para consolarme.

MÚSICO 1.° Nada de elegïas; no es ocasion de tañer.

PEDRO. ¿Conque no?

MÚSICO 1.° No.

PEDRO. Pues entónces yo os la daré, y de veras.

MÚSICO 1.° ¿Qué nos dareis?

PEDRO. Dinero no, ¡por vida mia! que sentir; trato ministril.

MÚSICO 1.° Pues yo os lo daré de lacayo.

PEDRO. Pues el cuchillo del lacayo os cortará la cara; no aguanto corchetes; daros hé una solfa; tomad nota.

MÚSICO 1.° Vos lo notareis si nos dais solfa.

MÚSICO 2.° Guardad ese puñal y sacad á relucir vuestro ingenio.

PEDRO. Os embestiré con mi ingenio; os aplanaré con mi ingenio acerado y envainaré el acerado puñal; respondedme comó hombres.

«Si la angustia nos domina
Oprimiendo el corazon,
Dulce música argentina...»

¿Por qué argentina? ¿Por qué música argentina? ¿Qué decís vos, Simon Bordon?

MÚSICO 1.° ¡Vaya! porque dulce es el son de la plata.

PEDRO. Muy bonito. ¿Qué decís vos, Hugo Rabel?

MÚSICO 2.° Yo digo «música argentina,» porque por ese metal tañen los músicos.

PEDRO. Muy bonito tambien. ¿Y vos, Jaime Clavija?

MÚSICO 3.° En verdad, que no sé qué decir.

PEDRO. ¡Ah! perdonadme, sois el cantor; yo responderé por vuestra merced. Se dice «música argentina,» porque las gentes de vuestra clase rara vez sacan oro cuando tañen.

«Dulce música argentina,
Calma al punto la afliccion.» (Váse.)

MÚSICO 1.° Me huele á trûhan estē hombre.

MÚSICO 2.° ¡Mal fin haya! Juanillo, entremos aquí; esperemos á los dolientes, y luégo á comer. (Vánse.)

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

Mántua. Una calle.

Entra **ROMEO.**

ROMEO. Si debe confïarse en la mirada
De un sueño halagador, dichas me esperan.
Sobre su trono el rey del pecho mïo
Hoy apénas gravita, y me parece
Que un espíritu extraño sobre el suelo
Con gratos pensamientos me levanta.
Con mi esposa soñé; me halló cadáver.
¡Raro sueño, en verdad, que un muerto [piense!
Mas con sus besos me inspiró tal vida,
Que emperador al revivir me hallaba.
¡Ah, gozar del amor las realidades
Cuán dulce no será, cuando sus sombras
Tales tesoros de placer nos brindan!

Entra **BALTASAR.**

Baltasar, ¿qué noticias de Verona?
¿Para mí no te ha dado el fraile cartas?

¿Mi dama cómo esta? ¿Cómo mi padre?
¿Cómo está mi Julieta? Lo repito;
Nada mal ir podrá si bien se halla.

Baltasar. Pues se halla bien, y mal ir nada puede.
En la tumba dormido está su cuerpo;
Su espíritu con ángeles reside;
De su familia el pantëon la guarda;
Diligente á decíroslo he venido;
Perdonadme que os dé tan tristes nuevas,
Mas vos mismo, señor, me prescribísteis
Mi deber.

Romeo. ¡Y es verdad lo que refieres!
¡Estrellas, vuestra furia desafío!—
Lleva á mi habitacion papel y pluma;
Busca caballos; partiré esta noche.

Baltasar. Concededme, señor, que os acompañe.
Pálido estais y descompuesto; temo
Una desgracia.

Romeo. ¡Calla! Te equivocas,
Déjame estar, y cumple mis mandatos.—
¿Carta no tienes para mí del fraile?

Baltasar. No, señor.

Romeo. Nada importa. Vé, procura
Esos caballos; al momento sigo.
(Váse Baltasar.)
Sí, Julieta, esta noche dormiremos
Juntos los dos. Pensemos de qué modo.
¡Ah, espíritu del mal, cuán presto acudes
A la mente del sér desesperado!
Recuerdo un boticario, que muy cerca
Debe de aquí vivir. Víle hace poco,
Con el ceño arrugado, y mal vestido,
Hierbas medicinales recogiendo:
Era su aspecto escuálido: lo habia
En esqueleto convertido el hambre.

Allá del techo de su estrecha tienda
Pendía una tortuga, un cocodrilo
Y pieles varias de deformes peces,
Sobre las tablas copia de cajones
Vacíos, verdes tarros y vejigas,
Mohosas simientes, hebras de bramante,
Viejos panes de rosas; todŏ ello,
Para ostentar con órden, esparcido.
Notando tal miseria, yo me dije:
Si uno en Mántua veneno procurase,
Aunque hay pena de muerte en expenderlo,
Sin duda este infeliz lo vendería.
Aquella idĕa precursora ha sido
De mi intento actüal; y de seguro
Que este pobre á vendérmelo se presta.
Del menguado la tienda está cerrada.
¡Eh! ¡Hola! ¡Boticario!

Entra un BOTICARIO.

BOTICARIO. ¿Quién da voces?

ROMEO. Ven acá. Que eres pobre, bien se nota:
Ten cuarenta ducados. Una dósis
De tan sutíl veneno necesito,
Que al cundir por sus venas muerto caiga
Un hombre de la vida ya cansado:
Que el aliento vital huya del cuerpo
Tan veloz como pólvora inflamada
De las entrañas del cañon se ahuyenta.

BOTICARIO. Posëo tales drogas: pero á muerte
Condena al vendedor la ley de Mántua.

ROMEO. En tan grande escasez y desventura,
¿Temes morir? Pintada en tu semblante
El hambre está. Crüeles privaciones
Y el desaliento tu miradă hielan,
Y triste llevas el oprobio á rastra.
Ni el mundo, ni su ley te favorecen,

Que ley no tiene para hacerte rico.
De esa pobreza sal; su ley vïola;
Y este dinero ten.

Boticario. No lo consiente
Mi voluntad; consiente mi pobreza.

Romeo. Tu pobreza he pagado, no he pagado
Tu voluntad.

Boticario. Ved esto, deslëidlo
En un licor; bebedlo, y al instante
Terminareis, tuviérais vos la fuerza
De veintë hombres.

Romeo. Toma tu dinero,
Del alma humana la pëor ponzoña,
Causa eficaz de más asesinatos
En este mundo despreciable que estas
Míseras drogas que vender no debes.
Tú no, yo he sido quien vendió veneno;
Adios; cómprate pan; tus huesos cubre.—
Cordial, y no veneno, dulce amigo,
De Julieta á la tumba ven conmigo. (*Vánse.*)

ESCENA II.

Verona. La celda de Fray Lorenzo.

Entra FRAY JUAN.

Fr. Juan. ¡Franciscano bendito, hermano mïo!

Entra FRAY LORENZO.

Fr. Lor. La voz es esa de Fray Juan, no hay duda.
Bien venido de Mántua, ¿qué contesta
Romëo? Dad la carta, si es que escribe.

Fr. Juan. A un descalzo busqué, de nuestră Órden,
Para ir conmigo; di con él; estaba

En la ciudad, y visitando enfermos.
Hallados por la ronda, sospecharon
Que contagioso mal acaso habïa
En aquella mansion; cierran sus puertas,
Las sellan, y salir de allí me impiden.
Mi viaje á Mántua, pues, quedó en suspenso.

FR. LOR. Mas á Romëo, ¿quién llevó mi carta?

FR. JUAN. No la pude envïar: aquí la traigo,
Ni mensajero hallar que os la trajese:
De contagiarse tal terror tuvieron.

FR. LOR. ¡Desgraciä es! ¡Mis hábitos me valgan!
No era una inútil carta; contenïa
Un aviso importante. La ocurrencia
Puede causar gran daño. Sin demora,
Fray Juan, una piqueta procuradme,
Y träedla á mi celda.

FR. JUAN. Al punto, hermano.
(Váse.)

FR. LOR. Al pantëon iré, por tanto, solo,
Que dentro de tres horas, queda libre
De su letargo la gentil Julieta.
En cara me echará que yo nŏ haya
A Romëo de todo dado aviso.
De nuevo á Mántua he de escribir, y miéntras
En mi celda esperar puede á Romëo.
¡Inocente cadáver animado
En la mansion de un muerto aprisionado!
(Váse.)

ESCENA III.

Un cementerio, y en él el monumento de los Capuletos.

Entran PÁRIS y su PAJE con flores y una antorcha.

PÁRIS. Dame tu antorcha; vete, queda léjos.
Mas apaga; no quiero que me vëan.
Al pié de aquel abeto recostado,
Al hueco suelo aplicarás tu öido.
Nadie podrá pisar el cementerio
(Tan fofa está la tierra y tan cavada)
Sin advertirlo tú. Silba en seguida
Como señal de que se acerca alguno;
Dame esas flores; haz lo que te dije.

PAJE. Lo haré. (Aparte.) Por más que casi tengo [miedo
De verme en este cementerio solo. (Se retira.)

PÁRIS. Tu tálamo nupcial cubro de flores,
Dulce flor, dulce tumba, que atesoras
La creacion más perfecta del Eterno;
Gentil Julieta, que feliz habitas
En compaña dĕ ángeles, recibe
Esta postrer ofrenda de mis manos:
Del que, viva, te honró; del que, difunta,
Con tristes dones tu sepulcro adorna.
(Silba el Paje.)
Avisa el paje; alguno se aproxima.
¿Qué pié maldito aquí de noche llega
A perturbar mis ritos amorosos?
¡Y con antorcha! ¡Encúbreme, tú, noche!
(Se retira.)

Entran ROMËO y BALTASAR con una antorcha, piqueta, etc.

ROMEO. Dame esa barra y ese pico. Escucha,
Toma esa carta. Cuando el sol despunte
Cuidarás que mi padre la reciba.
Dame esa luz; y si el vivir te agrada,
Lo que escuches ó vëas no te importe,
Ni á interrumpirme osado te aventures.
No sólo vengo al lecho de la muerte
A contemplar el rostro de mi dama;
La razon principal es porque quiero
Apoderarme de precioso anillo
Que adorna aún su dedo ya cadáver,
Y usar ansïo de mi amor en prenda.
Por tanto, de aquí vete. Si curioso
Te vuelves para ver lo que yŏ haga,
¡Por Dios te juro que te haré pedazos,
Y esparciré tus miembros divididos
Por todo el insaciable cementerio!
Mis designios, siniestros cual lă hora,
Son más inexorables y feroces
Que hambrientos tigres ó iracundos mares.

BALTASAR. Me iré, señor, que perturbar no os quiero.

ROMEO. Así me pruebas tu amistad. Ten, toma;
Vive y prospera; adios, amigo mīo.

BALTASAR. (Aparte.) Pues, á pesar de todo, aquí me oculto;
Verlo me espanta, y su intencion recelo.

ROMEO. ¡Fauce execrable! ¡Seno de la muerte!
¡Tú, que el mejor bocado de la tierra
Engulliste feroz, á tu despecho,
Forzando tus mandíbulas corruptas,
Más alimento tragarás ăhora!
(Fuerza las puertas del monumento.)

PÁRIS. Montesco es ése; el desterrado altivo,
El matador del primo de mi amada,
Que murió de esa pena, segun dicen.

A ultrajar sus cadáveres sin duda
Viene á este sitio; detenerle debo.
(Adelantándose.)
Cesa tu obra infernal, Montesco infame:
¿Ni áun la muerte termina tu venganza?
¡Date preso! ¡Obedece, vil proscrito!
¡Sigue mis pasos, que morir es fuerza!

ROMEO. Es fuerza, sí; con tal designio vengo.
Noble mancebo, á un sér desesperado
No tientes; huye y déjame; recuerda
Los que fueron; recuérdalos y teme.
¡Oh jóven! ¡por el cielo te suplico
Que otro nuevo pecado no amontones
Sobre mi frente al provocar mi furia!
Vete; te aprecio más que tú á tí mismo;
Armado vine aquí contra mí mismo.
Huye, vive; dirás dentro de poco:
Consejo fué de la piedad de un loco.

PÁRIS. Esas súplicas tuyas son en vano,
Proscrito criminal; yo te detengo.

ROMEO. Me quieres provocar, pues, jóven, muere.
(Luchan.)

PAJE. ¡Luchan, ay Dios! aviso dar es justo.
(Váse. Páris cäe.)

PÁRIS. ¡Ay, muerto soy! Si fueres compasivo,
Arrójame en la tumba de Julieta.

ROMEO. Lo haré, sí tal. Su rostro examinemos;
¡El deudo de Mercucio! ¡El conde Páris!—
Al cabalgar, cuando turbada el alma
Ni entendia, ¿qué dijo mi escudero?
¿Acaso no escuché que á desposarse
Iban Julieta y Páris?—¿No lo dijo?
¿Lo he soñado tal vez? ¿O en mi locura,
Oyendo que me hablaban de Julieta,
Lo he pensado quizás?—Dame tu mano.

Escrito va tu nombre con mi nombre
De la desgracia en el funesto libro.
Tumba triunfal te proporciono. ¿Tumba?
¡Ah, no; mansion de luz, pobre mancebo!
Aquí Julieta yace, y su belleza
Adorna el pantëon y lo ilumina.
Muerto, descansa, pues; te entierra un muerto.
(Coloca á Páris dentro del monumento.)
Ya próximo á su fin el moribundo
Se suele reanimar; quienes lo asisten
A eso llaman relámpago de vida:
Ya es mi vida relámpago tan sólo.
Cándida esposa, dulce amor: la muerte,
Que la miel ha libado de tu aliento,
Aún no pudo triunfar de tu hermosura:
Aún no te conquistó. La enseña lucen
De la beldad tus labios y tu rostro,
Que el pálido estandarte de la muerte
Allí ondëar no pudo todavïa.
Teobaldo, tú que tinto en sangre yaces
En tu sudario, apaciguarte quiero.
Aquella mano que segó tu vida
La vida segará de tu enemigo.
Deudo mïo, ¡perdon!—Dulce Julieta,
¿Por qué tan bella aún? ¿Será posible
Que la muerte feroz su amor te brinda,
Y el escuálido mónstruo en su antro oscuro
Para hacerte su dama te aprisiona?
Ese temor me hará yacer contigo.
En este oscuro alcázar de la noche
Debo permanecer: aquí constante
Compañero seré de esos gusanos,
Hoy tus únicas damas: aquí fijo
Mi descanso eternal: aquí mi carne,
Que el mundo laceró, ya se despoja

Del ominoso yugo de los astros.
Ojos, lanzad vuestra postrer mirada;
Vuestro postrer abrazo, brazos míos;
Labios, vosotros puertas de la vida,
A sellar con un beso inmaculado
Mi pacto eterno con la muerte ansiosa.
Amargo conductor, áspero guía,
Enérgico piloto, ven; mi nave,
Harta ya de sufrir del mar la furia,
Contra las rocas sin piedad estrella.
Por mi amada brindemos. Eficaces (Bebe.)
Tus drogas son, ¡oh químico sincero.
Así, con este ósculo, yo muero! (Muere.)

Entra del otro lado del cementerio FRAY LORENZO con palanqueta y azada.

FR. LOR. ¡San Francisco me valga! ¡Qué á menudo
Esta noche con tumbas tropezaron
Mis viejos piés! ¿Quién va? ¿Quién acompaña
A hora tal á los muertos?

BALTASAR. Un amigo,
Y que os conoce bien.

FR. LOR. ¡Dios os bendiga!
¿Qué inútil luz es esa que á gusanos
Alumbra y á las ciegas calaveras?
Arde en el pantëon de Capuleto,
A mi ver.

BALTASAR. Es verdad, piadoso fraile;
Mi amo, á quien tanto amais, allí se halla.

FR. LOR. ¿Quién?

BALTASAR. Romëo.

FR. LOR. Decidme, ¿desde cuándo?

BALTASAR. Media hora quizás.

FR. LOR. Venid conmigo.

BALTASAR. No me atrevo, señor; que mi amo juzga
Que aquí no estoy; me amenazó de muerte

Si yo sus pasos espiar osaba.

FR. LOR. Quedäos; solo iré. ¡Dios bondadoso!
Recelo una desgracia.

BALTASAR. Allí dormido,
De aquel abeto al pié, soñé que muerte
Dió el amo á otro señor con quien reñia.

FR. LOR. ¡Roméo!—Mas, ¡Jesús! ¿qué sangre es esta
(Adelantándose.)
En el marmóreo umbral del monumento?
Y ¿qué aceros son estos, que, manchados
Y sin dueños, la paz del sitio niegan?
(Entra en el pantëon.)
¡Romëo! ¡Cual la cera! ¡Tambien Páris!
¡Bañado en sangre! ¿Qué feroz momento
Deberá responder de tal desdicha?
La dama se rebulle. (Julieta se despierta.)

JULIETA. ¡Padre mio!
¿Dónde mi dueño está? Recuerdo en dónde
Me debiera encontrar, y allí më hallo.
¿Dónde, padre, decid, está Roméo?
(Óyese rüido.)

FR. LOR. Oigo rumor; sal presto de ese nido
De muerte, de infeccion y sueño falso.
Un poder superior á nuestras fuerzas
Frustró nuestra intencion; vente conmigo;
Muerto tu esposo está sobre tu seno;
Páris muerto tambien; mis pasos sigue;
Y que santo convento te custodie.
No me preguntes más, que ya la ronda
Se acerca aquí; ven, ven, dulce Julieta;
(Óyese otra vez rüido.)
Quedarme aquí más tiempo no es posible.
(Váse Fray Lorenzo.)

JULIETA. Idos, pues, que yo aquí quedarme debo.
Mas ¿qué miro? Mi dueño idolatrado

Una copa en su mano tiene asida.
Veneno fué su muerte prematura.—
¡Crüel! ¡Beberlo todo! ¡No dejarme
Ni amiga gota á mí para seguirle!
¡Tus labios besaré, que acaso quede
Algun veneno en ellos todavía
Para poder morir y restaurarme! (Besándolo.)
¡Aún el calor percibo de sus labios!

SERENO 1.° Guïad, ¿en dóndë es?

JULIETA. Rumor escucho.
Breve, pues, he de ser. ¡Oh dulce daga,
(Arrebatando el puñal de Romëo.)
Entra y descansa aquí, miéntras yo muero!
(Hiriéndose. Cae sobre el cuerpo de Romëo y muere.)

Entra la ronda y el PAJE de Páris.

PAJE. El sitio es este, do la antorcha brilla.

ALGUA. 1.° El cementerio registrad; hay sangre;
Id varios, y prended á quien se encuentre.
(Vánse algunos de la ronda.)
¡Espectáculo triste! Muerto el Conde
Y Julieta, enterrada há ya dos días,
Recien muerta; caliente se desangra.
Al Príncipe en seguida dad aviso:
Ved á los Capuletos: que despierten
A los Montescos. Indagad vosotros.
(Vánse otros de la ronda.)
Inanimados cuerpos contemplamos;
Las causas que á este trance dieron cuerpo
Discernir por ähora no logramos.

Entran algunos de la ronda con BALTASAR.

ALGUA. 2.° El escudero de Romëo es éste:
Aquí en el cementerio se encontraba.

ALGUA. 1.° Del Príncipe las órdenes aguarde.

Entra otra parte de la ronda con FRAY LORENZO.

ALGUA. 3.° Temblando á un fraile ved: suspira y llora.

Este pico llevaba y esta azada
Al salir por aquí del cementerio.

ALGUA. 1.° Es sospechoso: detened al fraile.

Entran el PRÍNCIPE y servidores.

PRÍNCIPE. ¿Qué desgracia será que así madruga
Y del descanso matinal nos priva?

Entran CAPULETO, la SEÑORA DE CAPULETO y otros.

CAPULETO. ¿Qué ocurre, que así claman por las calles?

S. DE CAP. La gente en la ciudad grita «Romēo,»
Otros «Julieta» y otros «Páris». Todos
Corriendo y dando voces se aproximan
A nuestro pantēon.

PRÍNCIPE. ¿Qué asombro es este
Que de tal modo espanta mis ŏidos?

ALGUA. 1.° Soberano, aquí yace el conde Páris
Asesinado al parecer. Romëo
Cadáver, y Julieta, ya difunta,
Caliente y recien muerta.

PRÍNCIPE. De estos delitos indagad las causas.

ALGUA. 1.° A un fraile ved, y al paje de Romëo:
Herramientas llevaban que podĭan
Usar para abrir tumbas.

CAPULETO. ¡Ay cielos! ¡Triste esposa, cuál la sangre
De nuestrā hija corre! Ha equivocado
De senda ese puñal; está vacĭo
Su albergue, que es la espalda del Montesco,
No el corazon de mi inocentë hija.

S. DE CAP. ¡Ay Dios! ¡Vista crüel! Solemne doble
Que mi vejez á su sepulcro lleva.

Entran MONTESCO y otros.

PRÍNCIPE. Montesco, aunque temprano amaneciste,
Se postró más temprano tu heredero.

MONTESCO. ¡Dios me valga! Murió mi esposa anoche.
De su hijo el destierro fué la pena,
Que su aliento acabó. ¿Qué más angustias

Contra mi triste ancianidad conspiran?
PRÍNCIPE. Contempladlas vos mismo.
MONTESCO. ¡Jóven audaz, de descortés te acuso!
¡Ir á la tumba precediendo á un padre!
PRÍNCIPE. Un momento cesad en vuestras quejas,
Miéntras logro aclarar estos misterios,
Su fuente conocer, su alcance y fines:
Atenderé despues á vuestras cuitas
Conduciéndoos, quizás, hasta la muerte.
Miéntras tanto, cesad. La desventura
Esclava aquí será de la paciencia.
Acercad á las gentes sospechosas.
FR. LOR. Yo, el más digno á la par que el más humilde,
Pero el más sospechoso, pues lä hora
Y el sitio, de estos crímenes me acusan,
Para acusarme y defenderme llego,
Que á la par me condeno que me excuso.
PRÍNCIPE. Decidnos, pues, lo que sepais del caso.
FR. LOR. Breve seré, pues á mi corta vida
No corresponde historia dilatada.
Era Romëo esposo de Julieta.
Yo los casé, y el dia de su boda
Fué de Teobaldo el término preciso,
Orígen inmediato del destierro
Del recien desposado, sola causa
Del triste desconsuelo de Julieta.—
Vos, el asedio de su amargo llanto
Pensando terminar, á su despecho
La casárais con Páris. Mas al punto
Me vino á ver, y con dementes ojos
Me suplicó que un medio procurase
De eludir su segundo casamiento,
O que en mi celda muerte se daria.
Un narcótico entónces, por mi ciencia
Guiado, yo le di, que, cual pensaba,

Fingió su muerte, y miéntras á Roméo
Escribí que esta noche (que era cuando
Cesaría ese sueño) aquí llegase
A ayudarme á sacarla de su tumba.
Mas Fray Juan, encargado de mi carta,
Por accidente detenido, anoche
Me la trajo de vuelta. Entónces, solo
A la hora en que en sí volver debía,
Para sacarla de su tumba vine,
Y llevarla á mi celda, donde oculta
Esperára la vuelta de Roméo.
Mas cuando vine (instantes solamente
Antes de despertar) al noble Páris
Y al fiel Roméo me encontré difuntos.
Despierta al fin, le ruego que me siga,
Y que el juicio de Dios humilde acate.
Rumor en esto del lugar me ahuyenta,
Y ella, desesperada, no me sigue,
Y al parecer se da violenta muerte.
Esto sé yo. Respecto al casamiento,
Su nodriza atestígüe; y si yo en algo
Pude faltar, sacrificada quede
Al rigor de la ley mi anciana vida,
Pocas horas quizás ántes de tiempo.

PRÍNCIPE. Por piadoso varon siempre os tuvimos.
De Roméo el criado venga y hable.

BALTASAR. Aviso de la muerte de Julieta
A mi amo llevé. Partió de Mántua
En posta, y á este túmulo llegamos.
Esta carta me dió para su padre,
Y entró en el pantéon entónces, solo,
Pues matarme juró si le estorbaba.

PRÍNCIPE. La carta dame; la leeré. Y el paje
Que á la ronda avisó, ¿dónde se encuentra?
Responde: ¿porqué aquí vino tu amo?

PAJE. Flores quiso esparcir sobre la tumba
De su dama. Sus órdenes cumpliendo,
Quedé á distancia yo. Cuando uno viene
Con una luz y abrir la tumba intenta:
Al punto mi amo le acomete. Entónces
De allí partí para pedir auxilio.

PRÍNCIPE. De este buen padre las palabras quedan
Por este escrito confirmadas. Trata
De su amor; de noticias de su muerte,
Y escribe que compró sutíl veneno
De un pobre boticario, y que aquí vino
A morir y á yacer con su Julieta.
¿Y es este vuestro cisma? ¡Capuleto!
¡Montesco! Ved la maldicion que alcanza
A vuestros odios. Mata vuestra dicha
Con el amor el cielo, y dos parientes
Pierdo por tolerar vuestras discordias.
A todos hoy el cielo nos castiga.

CAPULETO. Montesco, concededme vuestra mano;
La dote de mi hija miro en esto,
Y exigir más no puede vuestro hermano.

MONTESCO. A conceder áun más está dispuesto.
Asombro de Verona, de oro puro,
Su estatua permitidme que os prometa;
Será imágen sin par, os lo aseguro,
La de la fiel y cándida Julieta.

CAPULETO. A su lado otra igual tendrá Roměo.
¡Pobre holocausto que ofrecer desěo!

PRÍNCIPE. Tarda amistad que nace con el dïa,
Triste el sol de esta paz será testigo.
Venid; aún más que hacer hay todavïa;
Unos tendrán perdon y otros castigo.
Que es triste historia, que afligido veo,
La historia de JULIETA y su ROMEO.
(Vánse.)

OTELO,

EL MORO DE VENECIA.

OTELO

EL MORO DE VENECIA

POR GUILLERMO SHAKESPEARE

VERSION AL CASTELLANO

DE GUILLERMO MACPHERSON



MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1881

PRÓLOGO.

La fuente de donde más inmediatamente procede el Otelo de Shakespeare, parece ser una de las historias de la Hecatomithi de Giraldi Cinthio. «Un capitano Moro piglia per mogliera una cittadina veneziana; un suo Alfieri l'accusa di adulterio al marito; cerca che l'Alfiere uccida colui ch'egli credea l'adultero; il Capitano uccide la moglie; è accusato dallo Alfieri; non confessa il Moro, ma essendoci chiari indittii e bandito: Et lo scelerato Alfieri, credendo nuocere ad altri, procaccia a se la morte miseramente.» De esta novela, segun el crítico Steevens, no se ha encontrado traduccion inglesa hecha en la época de Shakespeare; pero no por eso debe asegurarse que no existiera,

pues gran parte de la amena literatura de aquellos tiempos ha desaparecido tan absolutamente que ni sus huellas podemos distinguir siquiera.

El nombre de Desdemona se encuentra en la historia de Cinthio, pero no el de Otelo ni el de Yago; que, acaso, aparecieran en algunas de las novelas publicadas entónces, de donde, probablemente, los tomaría Shakespeare, como los tomó Reynolds para su novela «God's revenge against adultery;» en la que, sin embargo, Othello es un guerrero aleman y Yago un príncipe de Sajonia.

Segun se ve, el autor, para levantar este precioso monumento literario, más noble y más imperecedero que las estupendas pirámides, se valió, como era frecuente costumbre suya, de los materiales empleados en las modestísimas obras que lo rodeaban; y que sin piedad demolía.

Otelo es, quizás, de entre todos los dramas de Shakespeare, el más conocido. Nadie hay que ignore este nombre, estimado por el comun de las gentes, como genüina expresion de los celos; y, aunque muchos no hayan leido tan magnífica tragedia, pocos serán los que no conozcan su argumento.

El verdadero agente, la verdadera fuerza impulsora de la accion de este drama no es, sin em-

bargo, la pasion de los celos. Otelo es hombre juicioso, sencillo, y en extremo confïado. Yago lo califica de noble y cariñoso, y juzga que será marido tierno de Desdemona. En Venecia era tan estimado por la rectitud y templanza de su carácter, que el mismo Dux, seguro de sus virtudes, aboga por él ante Brabancio, y en Chipre Ludovico se maravilla al presenciar la mudanza de su carácter y lo violento de su conducta que achaca á enajenacion mental. Desdemona asegura á Emilia que Otelo se halla exento de las bajezas que turban el ánimo del celoso; y cree que el brillante sol africano secó en él tales caprichos. El mismo Otelo manifiesta con noble tranquilidad que no despierta sus celos öir decir que su mujer es hermosa, que canta y baila bien, que es decidora y amante del lujo y del trato; y, pocos momentos ántes de darse muerte en su desesperacion, se estima tardïo en recelar afirmando que obró á impulsos del honor solamente y víctima de engaños y de dudas.

Un autor de ménos energïa dramática hubiera presentado á Otelo celoso, y á Desdemona ménos pura. Shakespeare, con un sér más confïado que la generalidad de los mortales, y con una mujer tan virtüosa que apénas comprende el vicio, logra de manera perfectamente discreta y natural con-

ducir al asesinato y al suicidio, y hacer que el interés y la simpatía del espectador se repartan entre la víctima y su verdugo.

El verdadero móvil de este magnífico drama, es la infamia de Yago. Otelo y Desdemona pudieran haber vivido felices y en paz toda su vida; pues nada hay en el noble y franco carácter del caudillo africano, ni nada en la dulcísima y pura alma de la hermosa veneciana, que pueda espontáneamente ocasionar la explosion de los celos, é inducir á la tragedia. Sólo la excepcional astucia y la sin par vileza de Yago pudo llevarlos á tan desastroso término. Con Otelo y Desdemona, rodëados de las usüales circunstancias de la vida, no se produce el drama. Por el contrario, donde quiera que aparezca Yago, la tragedia surge necesariamente. El eje, pues, en torno del cual gira esta hermosa produccion del genio inmortal de Shakespeare es la perfidia del malvado florentino. El drama no es Otelo: es Yago.

De aquí que, aún despues de la muerte de Desdemona, continüe no interrumpido el interés dramático, que cesa naturalmente con el castigo de ese raro modelo de talento, de astucia y de infamia; tan original, tan acabado, y por desgracia tan hombre, por más que su diabólica maldad re-

cuerde al *Angel cäido*, de Milton, y al *Mephistófeles*, de Goethe.

De la estructura de este grandïoso drama, sólo hay que decir con Johnson, que pocas variaciones necesitarïan introducir en él los que consideran que realzarïa su mérito revestirlo de todas las perfecciones clásicas.

La extraordinaria exuberancia, la originalidad y la riqueza de conceptos esparcidos en el diálogo es verdadera maravilla; y de buen grado perdonamos que crezca un poco de mala yerba en tan hermoso y cultivado jardin.

Verter correctamente tanta belleza á otra lengua, es á menudo difícil y desconsoladora empresa; pues son tantas las dificultades que hay que salvar, y tales los escollos que hay que eludir, que el naufragio es punto ménos de inevitable. Si para dar á la traduccion toda la fuerza y virilidad del original, esa alta presion shakespeariana tan característica, comprimimos en breves frases el pensamiento, nos exponemos á dejar imperfecto y oscuro el texto. Si, por el contrario, lo dilüimos para dar mayor claridad al concepto, y acaso fluidez al lenguaje, ofrecemos al lector un Shakespeare espúreo, desvirtüado, y sin ese especial aroma que lo distingue; aguando, como

taberneros de mala ley, el vino al verterlo. Y si, porque no hemos comprendido bien el lenguaje del siglo en que escribió el famoso dramaturgo, imaginamos que en el velado sentido de alguna frase va envuelta una puerilidad ó un contrasentido, y cambiamos ó procuramos embellecer sus idëas, damos motivo, quizás, á que se nos recuerde en el gráfico lenguaje del insigne autor que es ridículo por demás

« Dorar oro de ley, pintar el lirio,
Ó un perfume añadir á la violeta. »

OTELO,

EL MORO DE VENECIA.

PERSONAJES.

Dux de Venecia.
Brabancio, senador.
Otros senadores.
Graciano, hermano de Brabancio.
Ludovico, pariente de Brabancio.
Otelo, moro noble al servicio de Venecia.
Casio, su teniente.
Yago, su alférez.
Rodrigo, caballero veneciano.
Montano, predecesor de Otelo en el gobierno de Chipre.
Bufon, sirviente de Otelo.
Desdemona, hija de Brabancio y esposa de Otelo.
Emilia, esposa de Yago.
Blanca, querida de Casio.
Marinero, mensajero, heraldo, guardias, caballeros, músicos y servidores.

ESCENA: EL PRIMER ACTO EN VENECIA. EL RESTO DEL DRAMA EN UN PUERTO DE MAR DE CHIPRE.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Venecia. Una calle.

Entran RODRIGO y YAGO.

RODR. Tente: no digas más. Me hiere el alma
Que Yago, tú, que usaste de mi bolsa
Cual dueño de sus cintas, tal supieras...
YAGO. ¡Vive Dios! Si no quieres escucharme:
Ódiame si soñar en eso pude.
RODR. De ti llegué á entender que lo abominas.
YAGO. Despréciame si nó. Tres distinguidos
Nobles de la ciudad, que su teniente
Me hiciera le rogaron; y te juro
Que mi valor conozco, y lo merezco.
Más él, lleno de orgullo y petulancia,
Replica con arenga rimbombante
De marciales epítetos henchida;
Y, en resúmen,
Repulsa á mis padrinos; pues, les dice,

«Ya veis que á mi oficial tengo nombrado.»
Y éste, ¿quién es?
¡Pardiez! Es un insigne calculista,
Es un tal Miguel Casio, un Florentino,
Que apénas gobernar puede á una dama;
Que ni de un escuadron al frente estuvo,
Y de táctica entiende lo que entiende
Una vírgen. De libros y teorías
Entenderá: como togado cónsul
De eso entiende tambien. ¡Charlatanismo
Sin práctica sus dotes de guerrero!
Pues señor, fué nombrado; ¡y yo, que pruebas
Ante él dí en Chipre y Ródas y otras partes,
Entre gentiles y cristianos, debo
Quedar á sotavento y encalmado
Por el «debe y haber» de un cuentafichas!
Él será, desde luégo, su teniente;
Y alférez, yo, de su Excelencia el Moro.

RODR. ¡Vive Cristo! ¡Mejor ser su verdugo!

YAGO. Pues no hay remedio: es plaga del servicio
Ascender por favor ó por instancia;
No por escalafon, cual ántes era,
Cuando á un jefe heredaba su inmediato.
Ahora, tú juzgarás de los motivos
Que tenga yo para querer al moro.

RODR. No le sirviera entónces.

YAGO. ¡Ten cachaza!
Le sirvo hasta que á mí la vez me llegue.
Ni amos todos podemos ser, ni á todos
Se sirve con lealtad. Verás á muchos,
Probos genuflexibles miserables,
Que, de su humilde esclavitud prendados,
Cual pobres burros de sus amos, viven
Por el pienso no más; y, cuando viejos,
Despedidos se ven: una paliza

Merecen tan honrados miserables.
Otros hay, que las formas y semblanzas
Presentan del deber, pero que cuidan
De guardar para sí sus corazones;
Y, con muestras de afecto hácia esos amos,
Con ellos medran y, al llenar la bolsa,
Honores logran. Éstos alma tienen;
Y yo pretendo ser como son éstos.
Porque es tan fijo
Como que tú, Rodrigo, tal te llamas,
Que, siendo el moro, yo no fuera Yago.
Al servirle me sirvo yo á mí propio:
No por deber ni afecto, Dios lo sabe,
Aunque los finja para fines mïos.
Cuando yo al exterior haga patente
Del corazon la esencia y los resortes,
Acaso el corazon lleve en la mano
Para que grajos á picarle vengan.
No soy quien soy.

RODR. ¡Qué suerte de getudo,
Tanta dicha alcanzar!

YAGO. Llama á su padre.
Despiértalo: persíguelo: envenena
Su ventura: publica su deshonra:
Irrita á sus parientes; y, aunque habite
Benigno clima, tábanos le zumben.
Sobre su dicha arroja tú cambiantes
De enojos para hacer que pierda el brillo.

RODR. Gritaré. De su padre esa es la casa.

YAGO. Sí: con acento triste y pavoroso,
Cual acontece si en tranquila noche
En la ciudad el fuego se divisa.

RODR. ¡Hola Brabancio! öid, señor Brabancio.

YAGO. ¡Brabancio! ¡alzad! ¡ladrones! ¡eh, ladrones!

(Brabancio se asoma á una ventana.)

BRABAN. ¿Qué motiva estos gritos alarmantes,
Decid?

RODR. ¿Está vuestra familia en casa?

YAGO. ¿Y cerradas las puertas?

BRABAN. Respondedme.
¿Por qué lo preguntais?

YAGO. ¡Diablos, os roban!
Vestíos ya, que el corazon os pisan;
Y os han hurtado la mitad del alma.
Negro morueco en este instante mismo
Su amor ofrece á vuestra blanca oveja.
Presto acudid. Al són de la campana
Á los vecinos despertad, que roncan,
Ú os va en abuelo á transformar el diablo.
¡Acudid, pues!

BRABAN. ¿Habeis perdido el seso?

RODR. ¿No conoce mi voz vuestra excelencia?

BRABAN. No, tal. ¿Quién sois?

RODR. Señor, yo soy Rodrigo.

BRABAN. Mal llegais. Ya os he dicho que mi casa
No rondeis: de mi franco labio oisteis
Que no es mi hija para vos; y, ahora,
Harto de cena y de insalubre vino,
Por audacia malévola incitado,
Venís á perturbarme.

RODR. ¡Caballero!
¡Caballero!

BRABAN. Pues bien: debo advertiros
Que esto os puede amargar; lo garantizan
Mi rango y mi carácter.

RODR. Tened calma.

BRABAN. ¿De robo qué decís? Esta es Venecia.
Ni es mi casa almacen.

RODR. Señor Brabancio,
Me acerco á vos con alma honrada y pura.

YAGO. ¡Voto va! Sois de esos que no servirían á Dios, si el diablo se lo rogara. ¿Porque venimos á ayudaros nos juzgais rufianes? ¿Quereis que cargue con vuestra hija un caballo berberisco? ¿Quereis que vuestros nietos relinchen? ¿Galopadores quereis por parientes, y jacas por deudos?

BRABAN. ¡Deslenguado! ¿Quién eres tú?

YAGO. Uno, señor, que viene á deciros que vuestra hija y el moro representando están la fiera de dos lomos.

BRABAN. ¡Villano!

YAGO. ¡Senador!

BRABAN. Pues os conozco,
De esto razon, Rodrigo, habreis de darme.

RODR. Y de todo, señor; pero yo os ruego
Que digais si sabeis y si os es grato,
Cual lo será, quizás, que á media noche,
En hora tan solemne, sin más guàrda,
Ni mejor ni pëor, que un gondolero,
Que un bergante alquilon desconocido,
Vuestra hija hermosa transportada sëa
Al tosco abrazo de lascivo moro.
Si lo sabeis y consentís en ello,
Audaz y torpe nuestra ofensa ha sido;
Mas, si no lo sabeis, me grita el alma
Que vuestro daño remediamos. Nunca
Á burlarme de vos me atrevería,
De todo noble sentimiento falto.
Si es sin vuestro permiso, grave ofensa
Vuestra hija cometió, como ya os dije,
Su porvenir ligando y su hermosura,
Su talento y deber á un vagamundo,
Á un extranjero, aquí y en todas partes.
Satisfaceos: si la hallais en casa,

Entregadme, señor, á la justicia
Por engañaros.

BRABAN. Encended la mecha;
Dadme una luz, y á despertar mi gente.
Coincide la ocurrencia con mis sueños;
Creerlo verdad mi corazon oprime.
¡Luz, venga luz! (Váse.)

YAGO. Adiós; debo dejarte.
Ni es propio de mi cargo, ni me cuadra
Del moro en contra atestiguar; y es fuerza,
Permaneciendo aquí. Sé que el Estado,
Aunque acaso le inculpe por el lance,
De él por prudencia prescindir no puede.
Razones poderosas le designan
Para mandar la expedicion á Chipre,
Dispuesta ya, pues á ninguno hallan
De su valer para guïar las huestes.
Por eso, pues, odiándolo, cual odio
Del infierno el horror, por ser preciso
La blanca enseña del cariño ostento;
Que es enseña no más. Para encontrarlo,
Al Sagitario á quien lo busque guïa:
Allí estaré con él. Hasta más tarde. (Váse.)

Entran BRABANCIO y sirvientes con antorchas.

BRABAN. Mi daño es cierto por demás: ha hüido.
Sólo amargura á mi deshonra queda.
Rodrigo, ¿dó la vísteis? ¡Desgraciada!
¿Con el moro? ¡Quién padre ser ansïa!
¿Cómo la conocísteis? ¡Ah, me burla
Sin compasion! ¿Qué os dijo? ¡Traed más luces,
Y despertad á mis parientes todos!
¿Vos los juzgais casados?

RODR. Lo presumo.

BRABAN. ¡Cielos! ¿Cómo salió? ¡Falsa á su sangre!
¡Padres, de vuestras hijas por los actos

El alma no juzgueis! Con amuletos
¿No suele corromperse en ocasiones
Á la inocente juventud? Rodrigo,
¿Nada los libros dicen de estas cosas?

RODR. Sí tal, señor.

BRABAN. Despierten á mi hermano.
¡Pluguiera á Dios que hubiese sido vuestra!
Vosotros por aquí; por ahí vosotros.
¿Dónde al moro prender podré con ella?

RODR. Pienso que lo he de hallar, si acompañarme
Quereis con buena guardia.

BRABAN. Guiad os ruego.
Á cada puerta llamaré; permiso
Tengo para las más; armäos pronto.
Que algunos de la Ronda os acompañen.
Buen Rodrigo, agradezco estos favores.
(Vánse.)

ESCEÑA II.

Venecia. Otra calle.

Entran OTELO, YAGO y servidores con antorchas.

YAGO. He matado en los campos de batalla;
Pero repugna á la conciencia mïa
Premeditada muerte. Me valiera
Un corazon pëor. Nueve ó diez veces
Aquí entre las costillas lo lisiara.

OTELO. Mejor que nó.

YAGO. Con tan inmundas frases,
De tal manera habló de Vuecelencia,
Que, con la escasa santidad que tengo,
Me tuve que esforzar para aguantarlo.
Mas, decid, ¿es legal el matrimonio?

Debeis tener en cuenta lo querido
Que es este señoron. Su voz alcanza
Doble que la del Dux, y divorciaros
Quizás quiera, y dañaros y afligiros
Con el poder que para hacerlo tiene;
Y aunque la cuerda de la ley se estire.

OTELO. Vierta en mí su rencor. Más que sus quejas
Voz tendrán mis servicios al Estado.
Se ignora ăún, más yo quizás publique,
Al ver que es alto honor la vanagloria,
Que de sangre rēal mi vida mana:
Que áun mis merecimientos, por sí solos,
No es mucho que á tan gran fortuna aspiren
Cual ésta que alcancé;—pues, Yago amigo,
Á no amar á la dulce Desdemona,
Mi libre condicion independiente
Jamás sacrificara ó restringiera
Por los tesoros que la mar encubre.
Más ¿qué luces son esas?

Entran CASIO á distancia y algunos guardias con antorchas.

YAGO. Es el padre,
Levantado del lecho, y sus amigos.
Mejor que entreis.

OTELO. No tal; que aquí me encuentren.
Mi posicion, mi nombre, mi alma pura
Me manifestarán. Decid; ¿son ellos?

YAGO. Crēo que nó, ¡por vida del dios Baco! (Aparte.)

OTELO. Servidores del Dux, y mi teniente,
Buenas noches tengais, amigos mïos.
¿Qué noticias?

CASIO. El Dux por mí os saluda,
Y os ruega, General, que en este instante
Ante él comparezcais.

OTELO. ¿Sabeis qué pasa?

CASIO. Colijo que serán nuevas de Chipre.

Es asunto apremiante. Las galeras
En esta misma noche han despachado,
Uno tras otro, á doce mensajeros.
Despertados los cónsules, ya llegan
Al palacio del Dux. Con gran premura
Se os llamó; mas, no hallado en vuestro albergue,
El Senado ordenó que tres partidas
Os buscaran.

OTELO. Que vos me halleis celebro.
Aquí en casa diré breves palabras,
É iremos. (Vase.)

CASIO. ¿Cómo aquí, señor alférez?

YAGO. Esta noche abordó carraca en tierra:
Si la presa es legal, será dichoso.

CASIO. No entiendo.

YAGO. Se casó.

CASIO. ¿Con quién?

YAGO. Con... ¡Vamos!

Vuelve á entrar OTELO,

¿Estais dispuesto, General?

OTELO. Al punto.

CASIO. Aquí viene otra gente en vuestra busca.

Entran BRABANCIO, RODRIGO y guardias con antorchas y armados.

YAGO. Brabancio es ese. General, cautela;
De sus intentos recelad.

OTELO. ¡Ëh! ¡Alto!

RODR. Es el moro, señor.

BRABAN. ¡Ladron! ¡Matadle!

(Prepáranse á luchar de una y otra parte.)

YAGO. ¡Vos, Rodrigo! ¡Venid, pues, caballero!

OTELO. Envainad esos hierros relucientes,
No vaya á enmöhecerlos el rocío.
Más, señor, ordenais con vuestros años
Que con las armas vuestras.

BRABAN. ¡Vil ladron! ¿Dónde ocultas á mi hija?

¡Condenado! La tienes hechizada
¡Respondan los que estén en sus sentidos!
Sin mágica cadena que la aherroje,
¿Puede hermosa, feliz y tierna vírgen,
Que á nuestros más pudientes y gallardos
Jóvenes despreció por no casarse,
Hüir, causando general ludibrio,
Del techo paternal al seno inmundo
De un sér que inspira horror y no deleite?
El universo juzgue si no es claro
Que viles sortilegios empleästeis,
Y que habeis abusado torpemente
De su inocencia virginal con drogas
Ú otros compuestos que el sentido embargan.
Probablë es y áun evidente á todos;
Y, por tanto, os detengo y os acuso
De embaucador universal y adepto
En artes maldecidas é ilegales.
Aseguradle, pues; y, si resiste,
Á la fuerza será.

OTELO. Tened las manos
Lo mismo mis parciales que vosotros.
Si mi ánimo á la lucha me impulsara,
Conocido lo hubiera sin apunte.
¿Dónde he de contestar á vuestros cargos?

BRABAN. En la cárcel, en tanto que el momento
De escucharos señale la justicia.

OTELO. Y, si obedezco, ¿el Dux agradecido
Juzgais que quedará, cuando emisarios
Para llevarme á su presencia envïa?

GUARDIA. Verdad, señor. El Dux está en Consejo,
Y avisado ya habrán á Vuecelencia.

BRABAN. ¡Cómo! ¿El Dux en Consejo? ¿En está hora?
Ahí llevadlo: no es fútil mi demanda.
El mismo Dux, y mis colegas todos

Cual propia afrenta mirarán mi afrenta.
Como actos tales correccion no exijan,
Viles siervos é idólatras nos rijan. (Vánse.)

ESCENA III.

Venecia. Sala del Consejo.

El DUX y senadores sentados alrededor de una mesa. Guardias.

DUX. No juzgo verosímil la noticia.
1.er SEN. Improbable tambien la considero.
Á mí me anuncian «ciento y siete naves.»
DUX. Á mí «ciento cuarenta.»
2.º SEN. Á mí «doscientas.»
Mas, aunque en el guarismo no coinciden,
Y al hablarse de ŏidas, á menudo,
Diferencias ocurren, dicen todos,
Que escuadra turca sobre Chipre avanza.
DUX. Harto probablĕ es á juicio mĭo.
No quiero que el error me tranquilice;
Lo importante es verdad, y me produce
Grave inquietud.
MARIN. (Dentro.) ¡Ëh! ¡Holă! ¡Holă! ¡Hola!
Entra un GUARDIA y un MARINERO.
1.er GUAR. De las galeras mensajero es éste.
DUX. Y bien, ¿qué ocurre? ¿Dí?
MARIN. La armada turca
Hácia Ródas navega. Tal me manda
Mi jefe el señor Ángelo que os diga.
DUX. Y ¿qué decís de semejante cambio?
1.er SEN. Esto no puede ser, si bien se piensa.
Asechanza es no más: consideremos
La importancia de Chipre para el turco,

Y por fuerza veremos claramente
Que en más estima á Chipre que no á Ródas;
Que es empresa más fácil atacarla,
Pues ni ostenta su bélico aparato
Ni está fortificada y guarnecida
Como Ródas está. Consideremos
Que el turco no ha de ser tan poco hábil,
Que así postergue lo que más le importa,
Y lo sencillo y provechoso deje,
Despertando peligros sin ventaja.

DUX. No: no van hácia Rodas, de seguro.

1.er GUAR. Más nuevas.

Entra un mensajero.

MENSAJ. Nobilísimos señores,
Los otomanos que hácia Ródas iban,
Con flota de reserva se reunieron.

1.er SEN. Tal pensé yo. Decid, ¿de cuántas naves?

MARIN. Treinta son. Y volviendo atras sus proas,
Con franco rumbo á Chipre se dirigen.
El animoso capitan Montano,
Que os saluda lëal, así lo anuncia;
Y que en la nueva confieis suplica.

DUX. Es hácia Chipre, pues: es evidente.
¿No se halla en la ciudad Márcos Luquesio?

1.er SEN. Se halla en Florencia.

DUX. Aviso de mi parte
Llevadle con premura por la posta.

1.er SEN. Brabancio llega, y el valiente moro.

Entran BRABANCIO, OTELO, YAGO, RODRIGO y GUARDIAS.

DUX. Valiente Otelo, á utilizaros vamos
Contra el turco, de todos enemigo.
Dispensadme, señor: vuestros consejos
(Á Brabancio.)
Y auxilios nos faltaron esta noche.

BRABAN. Y á mí los vuestros. Perdonad, alteza;

Ni mi cargo del lecho me levanta,
Ni el rumor de quehaceres, ni me träe
Ahora el público bien: mi propio duelo
Es catarata, que, en su furia inmensa,
Traga y absorbe á las demás desdichas,
Y en su sér permanece.

DUX. Mas ¿qué ocurre?

BRABAN. ¡Hija del alma!

DUX. ¡Muerta!

BRABAN. Para un padre.
Engañada, robada, deshonrada
Con hechizos y pócimas de brujos;
Pues de tal modo errar naturaleza,
Sin magia, no es posible.

DUX. Á aquel que, de manera tan indigna,
Á vuesträ hija del deber aparta,
Y á vos dë ella, le leereis vos mismo,
Cual lo entendais, las páginas sangrientas
Del libro de la ley; ni le valdría
Ser hijo nuestro.

BRABAN. Mis humildes gracias.
Mirad: es este moro, que aquí viene
Llamado expresamente por vosotros
Para asuntos de Estado.

DUX y SEN. Lo sentimos.

DUX. ¿Qué podeis alegar en vuestra excusa?

BRABAN. Que es la verdad tan sólo.

OTELO. Poderosos y nobles caballeros,
Respetables señores, dueños míos:
Que de este anciano me llevé lä hija
Ciertö es; cual es cierto que es mi esposa.
Hé aquí lo capital de mis ofensas.
Es tosca mi palabra; no conozco
Pulidas frases que en la paz se aprenden;
Pues desde sietë años estos brazos

(Que ahora huelgan quizás por nueve lunas),
Mostraron su vigor en la pelëa,
Y en este grande mundo sólo entiendo
De hazañas y de bélicos azares.
Así, pues, congraciarme no es posible
Al hablaros de mí; mas, si pacientes
Me quereis escuchar, sencilla historia
De mis amores os diré: qué encantos,
Qué drogas, sortilegios y conjuros
(De emplëar estas artes se me acusa)
Usé para ganar á esta doncella.

BRABAN. ¡Una tímida vírgen! ¡Tan tranquila
Y humilde, que áun de sí se sonrojaba,
Contra naturaleza y sus deberes,
Sus años y su patria; contra todo,
Poder amar lo que mirar temía!
Sólo un juicio, lisiado ó imperfecto
Dirá que así la perfeccion se tuerce
Contra natura. Por lo tanto, es fuerza
Achacarlo á satánicos manejos;
Y, así, de nuevo afirmo que un brebaje,
Que su sangre vició, le propinaron,
Ó una hechizada pócima.

DUX. Preciso
Es probarlo. No basta que se enuncien
Tales cargos, fundándose en vulgares
Suposiciones é improbables juicios.

1.er SEN. Pero, hablad vos, Otelo.
¿Arteramente, ó de violento modo,
Envenenásteis vos y sojuzgásteis
El corazon de la gentil doncella?
Ó ¿fué efecto de ruegos, y del trato
Mútuo de vuestras almas?

OTELO. Os suplico
Que al Sagitario por la dama envïen,

Y la dejeis hablar ante su padre.
Si culpable me hallais por su relato,
Vuestra amistad, y el puesto que me dísteis,
No sólo pierda yo; la vida mía
Tambien tomad.

DUX. Traed á Desdemona.

OTELO. Alférez, vos sabeis dónde encontrarla.
Y, miéntras llega, cual veraz al cielo
(Vase Yago y acompañamiento.)
De mi sangre confieso los pecados,
Á referiros voy de qué manera
Gané el afecto de la hermosa dama,
Y ella el mío ganó.

DUX. Seguid, Otelo.

OTELO. Me quiso bien su padre. Con frecuencia
Me invitaba, y la historia de mi vida
Me hacía relatar, año por año:
Las batallas, los sitios, los encuentros
Que presencié, desde mi tierna infancia
Hasta el momento aquel en que me oïa.
Al recorrerla, de apurados lances,
De azares en la mar y en tierra firme,
De inminentes peligros en la brecha,
De caer en poder del enemigo
Y esclavo ser despues; de mi rescate;
De viajes remotos y aventuras,
De oscuros antros y áridos desiertos,
Precipicios, y rocas, y montañas,
Que sus cabezas en el cielo esconden,
Tuve que hablar; mis artes fueron esas.
Del feroz antropófago, de horrendos
Caníbales, de séres cuyos hombros
Ocultan sus cabezas: tales cosas
Atentamente Desdemona oïa;
Y, cuando los domésticos quehaceres

La llamaban, cumplíalos al punto,
Volviendo con famélicos öidos
Á devorar ansiosa mi relato.
Advirtiéndolo yo, propicia hora
Busqué; y trazas me dí para que ardiente
Ruego me dirigiera, suplicando
Le narrara mi gran peregrinaje,
Del que partes acaso conocía,
Mas todo nó; y, en ello consintiendo,
Correr miré sus lágrimas á veces,
Al referir un lance desgraciado
De mi niñez. Un mundo de suspiros
Al terminar recompensó mi historia:
Que era extraña, me dijo, asaz extraña;
Que era triste, muy triste; que querría
Jamás haberla öido; mas quisiera
Que hombre cual yo la hubiera Dios formado.
Me dió las gracias; y, si algun amigo,
Me agregó, yo tenía que la amara,
Que le enseñase á relatar mi historia
Para lograr su amor. Hablé yo entónces.
Me amó por los peligros que he pasado,
Y yo la amé por condolerse de ellos.
Esta ha sido mi sola hechicería.
La dama ved; atestiguarlo puede.

Entra **DESDEMONA**, **YAGO** y acompañamiento.

DUX. Sospecho, buen Brabancio, que esa historia
Á mi niña tambien cautivaría.
Cual podais este asunto desquiciado
Recomponed: más vale rota espada,
Que no inerme quedar.

BRABAN. Öidla, os ruego.
Que si confiesa que su amor fué mútuo,
Maldicion sobre mí si inculpo al hombre.
Niña gentil, entre tan dignas gentes,

¿Á quién en primer término respetas?

DESDÉM. Noble padre, deberes divididos
Aquí contemplo yo. Mi vida os debo;
Mi educacion; educacion y vida
Que cual dueño me ordenan contemplaros.
Hija vuestra yo soy; mas ved mi esposo.
La sumision que os demostró mi madre
Cuando á su padre postergara, debo
Al moro, mi señor.

BRABAN. ¡Qué Dios te ayude!
He terminado. Continuad, alteza,
Los públicos negocios. Más valdría
Que adoptáramos hijos, no tenerlos.
Aproximäos, moro; con el alma
Eso os doy; que, si vuestro ya no fuera,
Con el alma de vos recataría.
Á tí, prenda, te debo que me alegre
No tener oträ hija: tu conducta
En tirano quizás me convirtiera,
Y la oprimieran grillos. He acabado.

DUX. Dejadme hablar tambien. Peldaño ó grada,
Por do alcancen favor estos amantes,
Que fuese mi discurso desearía.
Si el mal no tiene cura, terminada
Queda, al ver lo pëor, pena, quë ántes
Tan sólo de esperanzas dependía.
Lamentarse de un mal que ya ha pasado,
Es de aumentar el mal medio seguro;
Cuando nos hiere sin piedad el hado,
La paciencia hace el caso ménos duro.
Algo roba al ladron el que sonríe;
Se roba á sí quien en su mal se engríe.

BRABAN. El otomano, pues, á Chipre gane;
Que no se pierde si rëir podemos.
Con el consuelo que del fallo mane,

Conformidad, acaso, aprenderémos;
Pero se añade angustia á la sentencia
Si se paga al dolor con la paciencia.
Ese equívoco fallo que habeis dado,
Queda en miel ó en acíbar convertido:
Palabras son, y al córazon llagado
No es fácil alcanzar por el öido.
Ruego que procedais con los negocios.

DUX. El turco, con potentísima armada, se dirige hácia Chipre. Otelo, vos, mejor que otro alguno, conoceis los recursos de esa plaza; y, aunque allí tenemos á otro jefe de reconocida pericia, la pública opinion, soberana guía de toda empresa, os proclama como al más á propósito. Por tanto, debe satisfaceros el que empañe el brillo de vuestra reciente fortuna empresa más ruda y turbulenta.

OTELO. Ese déspota, el hábito, señores,
Me hizo ver en el lecho de la guerra,
De acero y pedernal, colchon de plumas.
Mi íntimo sér en los trabajos goza;
La guerra, pues, á dirigir me apresto,
Que declarado habeis al otomano.
Mas al cumplir, humilde, vuesträ órden,
Que provëais para mi esposa os pido
Pension, alojamiento y servidumbre
Á su rango adecuados.

DUX. Si os parece,
La casa de su padre.

BRABAN. No lo acepto.

OTELO. Ni yo.

DESDEM. Ni yo tampoco. Mi presencia
Allí á mi padre impacientar podrïa.
Excelso Dux, con amistoso öido
Atended á mis súplicas; y amparo

En vuestra voz mi inexperiencia alcance.
Que al moro amé para seguir su suerte,
Mi tenaz voluntad y mi desprecio
Del porvenir, al mundo lo proclaman.
La misma profesion del dueño mïo
Me ha cautivado el corazon. Ví, sólo,
En la mente de Otelo su semblante;
Y á su valer y á sus gloriosos lauros
Yo consagré mï alma y mi fortuna.
Así, señores, si á la guerra marcha
Y, polilla de paz, aquí me quedo,
De ritos, causa de mi amor, me privan;
Y el tiempo inerte correrá en su ausencia.
Permitidme ir con él.

OTELO. Öidme os ruego.
Altezas, conceded que libremente
Cumpla su voluntad: no lo reclamo,
Garante me es el cielo, porque ansïe
Servir al paladar de mi apetito,
Ni por vivaz pasion: tales ardores
En mí cesaron; ni por justo afecto:
Sí sólo por servirla y complacerla.
Y el cielo impida á vuestras nobles almas
Pensar que puedo, porque esté conmigo,
Descuidar vuestra grande y sacra empresa.
Si fútiles, pueriles vanidades
Del Dios alado, con torpeza insulsa,
Mis ojos ó mis manos invalidan,
Como escudilla en el hogar humilde
Sirva mi yelmo, y vergonzoso oprobio
Empañe de mi honor el puro brillo.

DUX. Será cual lo arregleis privadamente:
Lo que querais. Él caso urgencia grita:
Responda la premura.

1.er SEN. Esta noche partís.

OTELO. Con toda el alma.
DUX. Mañana, al dar las nueve, nos reunimos.
Á un oficial aquí dejad, Otelo,
Quien podrá nuestras órdenes llevaros,
Y todo aquello que adecuado sëa
Á vuestro rango y puesto.
OTELO. Si os agrada,
Mi alférez, tan honrado como noble.
La conduccion le encargo de mi esposa,
Con cuanto á vuestra alteza pareciere
Que me ha de acompañar.
DUX. Así, pues, sëa.
Buenas noches á todos. Noble amigo,
(Á Brabancio.)
Si la virtud no exige brillo externo,
Es más blanco que negro vuestro yerno.
SEN. 1.° Moro valiente, adiós. Con Desdemona
Blando sed.
BRABAN. Observadla siempre, moro.
Que alerta esteis me toca aconsejaros:
La que á un padre engañó puede engañaros.
(Vánse Dux, Brabancio, senadores y guardias.)
OTELO. ¡Mi vida por su fe! Te recomiendo,
Honrado Yago, á tí mi Desdemona.
Te ruego que tu esposa la acompañe;
Y, en propicia ocasion, vayan contigo.
Ven, Desdemona. Para hablar de amores,
Á asuntos atender, y aconsejarte
Unä hora me dan, y el tiempo manda.
(Vánse Otelo y Desdemona.)
RODR. ¡Yago!
YAGO. Gran corazon, ¿qué quieres?
RODR. ¿Qué juzgas que debo hacer?
YAGO. ¡Vaya! Irte al lecho á dormir.
RODR. Voy á arrojarme al mar ahora mismo.

YAGO. Si tal haces, no cuentes luégo con mi amistad. Y ¿por qué, mentecato caballero?

RODR. Mentecato fuera si deseära vivir, cuando la vida es un tormento, y para morir hay receta, si la muerte es nuestro médico.

YAGO. ¡Qué sandez! Visto hé la faz del mundo cuatro veces siete años; pero, desde que pude diferenciar entre un beneficio y una ofensa, jamás conocí hombre que se amara á sí mismo. Antes de decir yo que me quería ahogar por amor de una gaya, me convirtiera en mono.

RODR. ¿Qué he de hacer? Confieso que mi amor es un oprobio, pero no tengo virtud bastante para anularlo.

YAGO. ¡Virtud! ¡Un pito! Somos así ó de otro modo, porque lo somos. Nuestro cuerpo es vergel y nuestro albedrío el jardinero; así, pues, ya sëa que plantemos ortigas, ó que sembremos lechugas, ó que críemos hisopo, ó escardemos tomillo, suministrando al suelo sólo una especie de yerba ú ocupándolo con varias, esterilizándolo con la holganza ó beneficiándolo con la industria, evidentē es que el poder y la autoridad omnímoda para todo ello yacen en nuestra voluntad. Si en uno de los platos de la balanza de nuestra vida, la razon no equilibrase á nuestra sensualidad, la fuerza de nuestra sangre y la bajeza de nuestros instintos nos condujeran á los más atroces términos. Pero nuestra razon calma el ardor de nuestros impulsos, de nuestras instigaciones carnales, de nuestros desenfrenados apetitos, entre los cuales considero retoño ó rama eso que denominas amor.

RODR. No es eso.

YAGO. Sólo es un hervor de la sangre con permiso de la voluntad. ¡Vamos, ahogarte! ¡Ahóguense gatos y cachorrillos! Me llamo tu amigo, y á tus merecimientos me hallo ligado con cables de perdurable fuerza. Jamás podré servirte mejor que ahora. Llena de oro tu bolsa. Sígueme á la guerra. Desfigúrate con barba postiza. Digo que llenes de oro tu bolsa. No es posible que Desdemona ame largo tiempo al moro. Llena de oro tu bolsa. Ni él á ella tampoco. El principio fué violento, y ya verás como le corresponde el fin. Tú llena de oro tu bolsa. Estos moros son veleidosos. Rellena de oro tu bolsa. Ese alimento que ahora él estima dulce como algarroba, pronto le parecerá amargo como coliquíntida. Ella es jóven. Cambiará. Cuando se harte de él verá su yerro. Cambiará, de seguro. Cambiará. Por lo tanto, llena de oro tu bolsa. Si te empeñas en condenarte, hazlo de manera más decorosa que ahogándote. Reune todo el oro que puedas. Si la santurronería y un frágil voto empeñado á un bárbaro vagamundo por una archiartera veneciana, no oponen demasiada resistencia á mi ingenio y á toda la cohorte infernal, la lograrás. Por lo tanto, reune oro. ¡Al diablo con ahogarte! Ese no es el camino. Trata más bien de que te ahorquen logrando tu gusto, que sin lograrlo de ahogarte.

RODR. ¿Promoverás mis esperanzas si confío en el resultado?

YAGO. Ten esa seguridad. Ve; reune oro. Ya te lo he dicho, y te lo vuelvo á repetir una y otra vez:

que detesto al moro. Profunda es la razon que me asiste. La tuya lo es igualmente. Unámonos para conseguir nuestra venganza. Si logras burlarlo, colmo de satisfaccion será para ti, y para mí de alegría. Hay una infinidad de lances en las entrañas del tiempo que deben salir á luz. En marcha. Vete á buscar oro. Mañana hablaremos más sobre este asunto. Adiós.

RODR. ¿En dónde nos reuniremos por la mañana?

YAGO. En mi casa.

RODR. Iré temprano.

YAGO. Vete; adiós. Oye, Rodrigo.

RODR. ¿Qué quieres?

YAGO. No hay por qué hablar ya de ahogarse; ¿entiendes?

RODR. Estoy convencido. Venderé mis tierras.

(Vase Rodrigo.)

YAGO. El necio siempre me sirvió de bolsa.
Mi saber adquirido profanara,
Si con este avefría malgastase,
Á no ser en provecho propio, el tiempo.
Odio al moro. Mi sitio se susurra
Que ocupó entre mis sábanas: no trato
De averiguarlo; sólo la sospecha
Considero que basta. Me distingue.
Dominarlo, por ende, me es más fácil.
Casio es hombre á propósito. Veamos.
Lograr su puesto y conseguir mi gusto
Con doble astucia. Y ¿cómo? Meditemos.
Que es por demás afable con su esposa
De Otelo susurrar en el oido.
Él, por su aspecto y trato, es sospechoso.
Para hacer pecadoras fué fraguado.
Franco es el moro y sin malicia, piensa

Que honrados todos son si lo parecen.
Se dejará llevar por las narices
Cual mula de rëata.
¡Aquí está! ¡Ya mi mente lo ha engendrado!
¡Infierno, ven, y ven, noche sombrïa,
Que el monstruo goce de la luz del dïa! (Vase.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Un puerto de mar en Chipre. — Una explanada.

Entran MONTANO y dos CABALLEROS.

MON. ¿Qué veis en lontananza desde el cabo?
1.er CAB. Nada se ve. Tremendas son las olas;
Y, entre la lucha de la mar y el cielo,
Ni una vela distingo.
MON. Rugió la voz del viento en tierra; nunca
Ráfaga tal batió nuestras murallas.
Si así bramó en el mar, lígneas costillas
¿Podrán luchar con derretidos montes
Sin desquiciarse? ¿Cuál será la nueva?
2.º CAB. La dispersion de la otomana flota.
Id un momento á la espumante playa:
El piélago feroz hiere las nubes,
Y hostil resaca con guedeja enorme
Llegar pretende á la fulgentë osa,
Y ahogar los guardias del inmóvil polo.

¡Jamás al Ponto ví tan irritado!
MON. Si á puerto no arribó la armada turca,
Pereció. ¡No es posible que resista!

Entra TERCER CABALLERO.

3.er CAB. Nuevas, señores. Terminó la guerra.
Tal golpëó la tempestad al turco,
Que cesa en sus intentos. Noble buque
Veneciano el naufragio y muerte ha visto
De la parte mejor de aquella flota.
MON. Pero, ¿es verdad?
3.er CAB. El buque aquí se halla.
Es buque veronés; y Miguel Casio,
Teniente del bizarro moro Otelo,
En tierra está. Viajando viene el moro,
Con ámplias facultades, hácia Chipre.
MON. Me place; es digno jefe.
3.er CAB. Miguel Casio,
Que del desastre turco satisfecho
Se encontraba, no obstante se halla triste;
Y por el moro teme, pues furiosa
La tempestad reinaba al separarse.
MON. ¡Lo ampare Dios! En su vervicio estuve;
Y es soldado que sabe lo que manda.
Á la playa marchemos; no tan sólo
El buque á ver que recaló; la vista
Dirijamos en pos del bravo Otelo,
Hasta que el mar y el cielo se confundan.
3.er CAB. Sí tal. Cada minuto es esperanza.
De que otro buque llegue.

Entra CASIO.

CASIO. Gracias á los valientes de esta isla,
Que así ensalzan al moro. ¡Dios su ayuda
Le dé contra los fieros elementos!
Pues lo he dejado en procelosos mares.
MON. ¿Viene bien embarcado?

CASIO. Fuerte es su nave; experto su piloto:
Vivas por eso están mis esperanzas,
Y esperan cura.
(Una voz dentro.) ¡Vela! ¡Vela! ¡Vela!

Entra CUARTO CABALLERO.

CASIO. ¿Qué traéis?
4.º CAB. La ciudad está vacía.
Á la orilla del mar la gente acude,
Y «buque en lontananza» gritan todos.
CASIO. ¡Nuestro gobernador á Dios pluguiera!
(Cañonazos dentro.)
2.º CAB. El cañon nos saluda; son amigos.
CASIO. Averiguad, señor, quién ha llegado.
2.º CAB. Al punto iré. (Vase.)
MON. Decid, señor teniente,
¿Está casado el general que os manda?
CASIO. Por suerte suya. Consiguió doncella
Que excede á su relato y su renombre
É hipérboles supera de la pluma:
Cuya reunion de adornos naturales
Cansa al artista.

Vuelve á entrar el SEGUNDO CABALLERO.

Y bien, decid, ¿quién vino?
2.º CAB. Es de Otelo el alférez; un tal Yago.
CASIO. ¡Feliz y pronta fué su travesía!
Fieras borrascas y olas y huracanes,
Rocas fendidas y arenosos bajos,
Esos traidores que en el mar se bañan
Para atajar á la inocente quilla,
Á la beldad sensibles, por lo visto,
Calman su furia natural, abriendo
Á la divina Desdemona paso.
MON. ¿Quién es ella?
CASIO. La dama de que hablaba;
De nuestro jefe, jefe: la custodia

El intrépido Yago, que anticipa,
Al llegar, siete dias mis desëos.
¡Oh Dios, salvad á Otelo! ¡Henchid sus velas
Con vuestro propiö hálito potente;
Bendiga al puerto su potente nave,
De amor palpite unido á Desdemona;
Reanime nuestro espíritu abatido,
Y á Chipre entero alegre! — Mas, ¡qué vëo!

Entran DESDEMONA, EMILIA, YAGO, RODRIGO y acompañamiento.

De la nave el tesoro se halla en tierra.
¡Ciudadanos de Chipre, de rodillas!
Salud, señora. La celeste gracia
Os preceda y os siga y os circunde.

DESDEM. Gracias, valiente Casio. ¿Qué noticias
Podeis de mi señor comunicarme?

CASIO. No ha recalado äún; diré tan sólo
Que se halla bien, y llegará muy presto.

DESDEM. Mas, temo... ¿Cómo fué que os separásteis?

CASIO. La lucha de la mar y de las nubes
Apartó nuestras naves... pero... ¡Vela!
(Gritos dentro.) ¡Vela! ¡Vela á la vista!
(Cañonazos dentro.)

CAB. 2.° Amigos son tambien, pues nos saludan.

CASIO Á UN CAB. Indagad. (Vase un caballero.)
Bien venido, buen alférez.
Señora, bien venida. (Á Emilia, besándola.)
No os enoje (Á Yago.)
Buen Yago, mi franqueza, pues el uso
Sanciona tan osada cortesía.

YAGO. Os hartáran sus labios, si os tratasen
Como me trata á mí su lengua á veces.

DESDEM. ¡Habla apénas!

YAGO. ¡Ya! ¡Ya! Mas de sobrado.
Oigo su voz, aunque me rinda el sueño.

Confieso que ante vos su lengua habita
Allá en su corazon en ocasiones,
Y que su juicio refrenarla suele.
EMILIA. Es queja vuestra por demás injusta.
YAGO. Sí, sí; sois miniaturas en la calle,
Y cascabeles sois en el estrado,
Y sois en el hogar gatos monteses:
Santas hiriendo, diablos ofendidas;
Risa os causan domésticas fäenas,
Al par que os causa seriedad el lecho.
DESDEM. Callad, calumniador.
YAGO. Si no es verdad aguantaré el reproche,
Holgais de dïa, trabajais de noche.
EMILIA. No escribireis mi lŏa.
YAGO. No, por cierto.
DESDEM. Y de mí ¿qué direis en mi alabanza?
YAGO. No os empeñeis, señora. Nada valgo,
Como no satirice.
DESDEM. Dad la prueba.
Al puerto, ¿no fué üno?
YAGO. Sí, señora.
DESDEM. (Aparte.) No estoy tranquila; más mi afan se oculta
Disimulando así. Pero sepamos
Lo que vais á decir en mi alabanza.
YAGO. Al punto voy: mi inspiracion, no obstante,
De mi cerebro sale cual la liria
Del vellon, arrancándome los sesos.
Sin embargo, de parto está mi musa,
Y dá á luz lo siguiente:
Si discreta y hermosa, su talento
Sólo en servir á su beldad emplëa.
DESDEM. ¡Es digno de alabanza el cumplimiento!
¿Y si es mujer juiciosa, pero fëa?
YAGO. Mujer que es fëa y á la par juiciosa,
Bello hallará de su fealdad al gusto.

DESDEM. ¡Eso es pëor! ¿Si necia, más hermosa?
YAGO. Necia á la hermosa apellidar no es justo;
Porque, á veces, su misma tontería
En lograr herederos la auxilía.
DESDEM. Ridículas paradojas de antaño con las que rëir podrán necios en la taberna.—¿Qué triste cosa diríais de la que fuese al par necia y fëa?
YAGO. Necia y fëa, las mismas travesuras
Hará que las discretas hermosuras.
DESDEM. ¡Funesto error! Más alabanza concedeis á la qué ménos lo merece. Pero ¿de qué manera ensalzaríais á una mujer que verdaderamente lo mereciese; cuyos naturales dones bastaran para atestiguar en contra de la propia maledicencia?
YAGO. Quien siempre hermosa, siempre fué modesta;
Quien puede hablar y elude el clamorëo;
Quien oro tiene y nunca va compuesta;
Quien dice «puedo» y huye del desëo;
Quien ofendida, y su venganza á mano,
Calma el rencor y olvida el perjüicio:
Quien escoge discreta siempre el grano,
Y no acude jamás al desperdicio:
Quien piensa y á callarse se resuelve;
Quien, seguida, su rostro nunca vuelve...
De tal mujer, si tal mujer viviera,
Cantara las hazañas.
DESDEM. ¿Y esa mujer qué hiciera?
YAGO. Criar idïotas y archivar patrañas.
DESDEM. Injusta y falsa consecuencia. No le hagais caso, Emilia, aunque sëa vuestro marido. ¿Qué os parece Casio? ¿No le juzgais crítico por demás profano y libertino?
CASIO. Habla claro, señora, y vale más como soldado que como pöeta.

YAGO. (Aparte.) Le coge la mano. ¡Hola! ¡Bien dicho! ¿Cuchichëas? Con tela de araña tan sutil comŏ ésta aprisionaré á tan gran moscon como este Casio. Sonríëte, sí; tus galantĕos serán tus grillos. Dices bien; así ĕs; si estas malas mañas te despojan de tu tenencia, más te valiera no haber besado tan á menudo esos tres dedos, que ahora otra vez te sirven para echarla de gran señor. ¡Muy bien! ¡Exquisitamente besados! ¡Magnífica cortesīa! ¿Otra vez tus dedos á tus labios? Que no se te volvieran... (Suena un clarin.)
¡El moro! Reconozco su clarin.

CASIO. ¡Él es!

DESDEM. Vamos á recibirlo.

CASIO. Ved; aquí llega.

Entran OTELO y acompañamiento.

OTELO. ¡Mi guerrera gentil!

DESDEM. ¡Amado Otelo!

OTELO. Es mi asombro tan grande cual mi dicha
Al hallarte aquí ya. ¡Luz de mī alma!
Si cada tempestad así se templa,
Llame á la muerte el huracan bravīo,
Y ascienda el buque montañosos mares
Que hasta el Olimpo lleguen, y descienda
Al báratro profundo. Si hoy muriese,
Del placer yo en el colmo morirīa.
Es tan cabal la dicha de mī alma,
Que temo que ventura semejante
Ya en el oscuro porvenir no logre.

DESDEM. No consientan los cielos que no aumenten
Nuestro gozo y amor con nuestros dīas.

OTELO. ¡Amén, decid, poderes celestiales!
Ventura tanta ponderar no puedo,
Felicidad tan grande me enmudece.

Esto y esto las solas disonancias (Besándola.)
De nuestros puros corazones sëan.

YAGO. (Aparte.) Bien templado ahora estás; pero te juro,
Á fe de hombre de bien, que esas clavijas
Cederán, que tal música producen.

OTELO. Partamos al castillo. Traigo nuevas,
Amigos: nuestras guerras terminaron:
Ahogáronse los turcos. Dulce amada,
Te apreciarán en Chipre, donde siempre
Hallé gran amistad. Querida mía,
Charlo sin tino, y en mi dicha gozo.
Buen Yago, que descarguen mi equipaje.
Y el piloto después en tu compaña
Venga á la Ciudadela: es de los buenos,
Y demostrarle deferencia es justo.
Vamos, pues, Desdemona. Nuevamente
La bien venida á Chipre!

(Vanse Otelo, Desdemona, Casio y acompañamiento.)

YAGO. Búscame más tarde en el puerto: ven acá: si eres valiente, y suele decirse que los enamorados tienen, por ende, mayor nobleza de la que les es ingénita, escúchame: el teniente está esta noche de guardia en el patio de la ciudadela. En primer lugar debo decirte lo siguiente: Desdemona está enamorada dë él.

RODR. ¿Dë él? ¿Pero, es posible?

YAGO. Pon tu dedo ähí, y aprende. ¿No ves con qué violencia amó al principio al moro, sólo por sus baladronadas y por las fantásticas patrañas que le contó? ¿Y crëes que lo seguirá amando por su charla? No crëas semejante cosa. Los ojos de esa mujer necesitan alimento; y ¿qué goce puede proporcionarle el contemplar la imágen del mismo Lucifer? Cuando la satisfaccion templa el ardor de la

sangre, para inflamarla nuevamente y para que á la saciedad suceda el apetito, precisos son el exterior encanto, la simpatía de los años, de las costumbres, de la belleza; de todo lo cual carece el moro. Ahora bien: por falta de tan indispensables requisitos, la delicada fibra de esa mujer se llamará á engaño, y principiará á hacer ascos y á repugnar al moro. Su naturaleza misma la impulsará á ëllo, y la obligará á segunda eleccion. Ahora bien, señor mïo, sentadŏ esto, tésis razonable y natural, ¿quién së halla tan inmediatamente próximo á esta fortuna si no es Casio? Versátil tuno, cuya conciencia le obliga sólo á usar del disfraz de la cortesía y de la amabilidad, para lograr así más fácilmente sus lúbricos, ocultos é indignos desëos. ¡Vaya, nadie, nadie! Sutil y hábil tuno. Buscador de oportunidades. Con vista para acuñar y fingir ventajas, aunque éstas no se ofrezcan. Es un tuno de todos los diablos. Además, este tuno es bien parecido, jóven, y se armonizan en él todos los requisitos que la locura y la juventud aprecian. Es un tuno redomado, y esa mujer ha tropezado ya con él.

RODR. No puedo crëer eso de ëlla; de una criatura tan celestial.

YAGO. ¡Celestial higa! El vino que bebe es de zumo dë uvas. Si fuera celestial, jamás se hubiera enamorado del moro. ¡Celestial música! ¿No viste cómo juguetëaba con la palma de su mano? ¿No lo observaste?

RODR. Sí; pero era por cortesía.

YAGO. Por lujuria; yo te lo aseguro: índice y con-

fuso prólogo de la historia de la lascivia y de los malos pensamientos. Sus labios se hallaban tan próximos que sus alientos se abrasaron. Viles idēas surgen, Rodrigo, cuando semejantes reciprocidades abren el paso. Inmediatamente á la zaga sigue la preeminente y principal tarēa, la asociacion final. ¡Bah!... Pero déjate guïar por mí. Te hē hecho venir desde Venecia. Esta noche estarás de guardia; yo haré que te nombren. Casio no te conoce; yo no estaré léjos; busca algun pretexto para provocar el enojo de Casio, ya sēa hablando demasiado recio, ó rebajando su disciplina, ó de cualquier otro modo que te parezca mejor, con arreglo á las circunstancias.

RODR. ¿Y bien?

YAGO. Es violento, y fácilmente se encoleriza, y acaso te pegue. Provócalo para que tal haga, porque, con eso sólo, yo haré que la gente de Chipre se amotine, y no se apacigue sino con la destitucion de Casio. Así se acorta el viaje de tus desēos, pues tendré medios para abreviarlo, y así nos vemos libres de ese impedimento; que, de existir, anula nuestras esperanzas de éxito.

RODR. Lo haré, si me favorecen las circunstancias.

YAGO. Hazlo sin miedo; ve á verme á la ciudadela; tengo que träer su equipaje á tierra, adiós.

RODR. Adiós. (Vase.)

YAGO. Que la ama Casio, asegurarse puede;
Que ella le corresponde es verosímil;
El moro, aunque sufrirlo yo no pueda,
Es, por carácter, cariñoso y noble;
Y, sin duda, será de Desdemona

Marido tierno. Yo tambien la amo;
No por sensualidad, aunque me acusan
De tamaño delito; pero, en parte,
Porque saciar deséo mi venganza.
Sospecho que ese moro disoluto
Ha ocupado mi puesto. Tal idéa
Me horada cual materia corrosiva.
Sólo estaré contento cuando quede
En paz con él. Esposa por esposa.
Y, si no, por lo ménos yo del moro
Avivaré los celos hasta el punto
Que no escuchen razon. Para lograrlo,
Si este mísero trasto de Venecia,
Que á mi placer y voluntad trastëo,
Me deja obrar, daré la zancadilla
Á nuestro Miguel Casio. Yo ante el moro
Lo debo acriminar con torpes frases.
Tambien de Casio y de mi esposa dudo.
Las gracias, la amistad y los favores
Del moro alcanzaré, si en asno egregio
Lo logro convertir, y conducirlo,
Turbando su quietud, á la demencia.
¡Aquí está!... ¡Turbio äún! Presenta sólo
En la ocasion su cara vil el dolo. (Vase.)

ESCENA II.

Entra un HERALDO con una proclama. Gente siguiéndole.

HERAL. Es voluntad de Otelo, nuestro digno y valiente general, por razon de las auténticas noticias recibidas anunciando la completa pérdida de la armada turca, que todos

se entreguen al regocijo: unos al baile; otros á hacer fogatas; cada cual á la diversion ó entretenimiento que más le agrade; pues, al celebrarse tan gratas nuevas, se celebran, al par, sus bodas. Es su voluntad que así se anuncie. Quedan abiertas las tabernas, y se concede amplia libertad de divertirse desde està hora, las cinco de la tarde, hasta que suènen las once. ¡Bendita sëa la Isla de Chipre, y bendito nuestro digno general Otelo. (Vase.)

ESCENA III.

Un patio en el castillo.

Entran OTELO, DESDEMONA, CASIO y acompañamiento.

OTELO. Buen Miguel, esta noche estais de guardia,
No dejeis traspasar la valla honrosa
Que al regocijo y la razon limitan.

CASIO. Yago instrucciones tiene; mas, no obstante,
Mis ojos velarán.

OTELO. Honrado es Yago.
Buenas noches, Miguel. De madrugada
Os quiero hablar. Partamos, dulce prenda.
(Á Desdemona.)
Al pacto es justo que el provecho siga,
Y nos cumple gozar del que nos liga.
Buenas noches.
(Vanse Otelo, Desdemona y acompañamiento.)

Entra YAGO.

CASIO. Bien venido, Yago. Vamos á la guardia.

YAGO. Ahora no; aún no son las diez. El general nos despidió tan temprano, por causa de Desdemona; pero no hay por qué inculparlo por eso, pues áun no ha pasado su noche de boda, y ella es prenda digna de Júpiter.

CASIO. Es dama hermosísima.

YAGO. Y retozona tambien, por vida mía.

CASIO. Es verdaderamente criatura candorosa y delicada.

YAGO. ¡Qué ojos tiene! Parecen cartel de desafío.

CASIO. Ojos provocativos; y, sin embargo, llenos de modestia.

YAGO. Y ¿cuandō habla? ¿No es su voz toque de generala al amor?

CASIO. Es verdaderamente la perfeccion misma.

YAGO. Está bien. ¡Felicidad á su lecho! Vamos, teniente, aquí tengo un jarro de vino, y allá fuera están dos bravos mozos de Chipre que deséan beber un trago á la salud del negro Otelo.

CASIO. Esta noche nó, amigo Casio. Débil y desgraciada es mi cabeza para el vino. ¡Ojalá que la cortesía inventase otro modo de agasajar!

YAGO. ¡Cá! Son amigos nuestros; una copa no más; yo beberé por vos.

CASIO. He bebido esta noche una sola copa, y esa cautelosamente aguada; y ya veis, me tiene trastornado. Desgraciadamente tengo esta propension, y no me atrevo á poner á mayor prueba mi debilidad.

YAGO. ¡Callad! es noche de broma; los jóvenes lo deséan.

CASIO. ¿En dónde están?

YAGO. Á la puerta; os ruego que los llameis.

CASIO. Lo haré; pero contra mi voluntad. (Vase.)

YAGO. Como pueda lograr darle una copa,
Unida á la que ya bebió esta noche,
De hiel y guerra quedará repleto,
Como el lebrel de la señora mia.
Ese imbécil Rodrigo, á quien hoy vuelve
Su pasion del revés, y que hondos tragos
Á la salud de Desdemona empina,
Vela igualmente. Á tres nobles de Chipre,
Jóvenes orgullosos que contemplan
Extáticos su honra, flor y nata
De esta isla marcial, he saturado
Con bien repletas copas; y esta noche
De guardia están tambien. Entre esta turba
De beodos yo haré que indigne Casio,
De algun modo á la isla; más... ahí vienen.
Si la suerte mi sueño lisonjea,
Impulsan mi bajel viento y marea.

Vuelve á entrar CASIO seguido de MONTANO, caballeros y sirvientes que traen vino.

CASIO. Os aseguro, bajo mi palabra, que ya me han hecho beber un trago.

MONT. ¡Vaya en gracia! ¡Otro traguito! ¡Ménos de un cuartillo, á fe de soldado!

YAGO. ¡Venga vino! ¡Hola!
Vuestras copas alegres chocad;
Vuestras copas alegres chocad,
Pues vive el soldado
De riesgos cercado,
Tenga en cambio, al beber, libertad.
¡Vino, Muchachos!

CASIO. ¡Vive Dios! ¡Preciosa cancion!

YAGO. Aprendíla en Inglaterra, donde son maestros en empinar. El dinamarqués, el aleman y el barrigon holandés, que saben beber, nada son comparados con el inglés.

CASIO. ¿Tan bebedor es el inglés?

YAGO. ¡Vaya! Fácilmente embriaga al danés. Ni áun suda para humillar al tudesco, y hace echar el alma al flamenco ántes que llenen el segundo jarro.

CASIO. ¡Á la salud de nuestro general!

MONT. Estoy pronto, teniente; y os haré justicia.

YAGO. ¡Oh querida Inglaterra!

Era Estéban un príncipe noble;
Le costaba un ducado el calzon;
Y, creyendo pagar más del doble,
Á su sastre llamaba ladron.
Era mozo de seso y de chapa;
Tú eres hombre de escaso valer;
Con que, embózate humilde en la capa,
Que el orgullo al päís va á perder.

CASIO. ¡Vaya! Esta cancion es aún más bonita que la otra.

YAGO. ¿Quereis oirla otra vez?

CASIO. No; porque considero que es indigno de su posicion quien tal hace. Está bien; Dios sobre todo, y almas hay que se salvarán, y otras que no se salvarán.

YAGO. Verdad es eso, amigo teniente.

CASIO. Yo, por mi parte, no hago ofensa al general ni á ninguna persona de valïa; espero salvarme.

YAGO. Y yo tambien, amigo teniente.

CASIO. Si tal; pero, con permiso, no será ántes que yo. El teniente ha de salvarse ántes que el alférez; no hablemos más de esto. Á nuestra obligacion; perdónanos nuestros pecados. Caballeros, á nuestros quehaceres; no vayais á creer, caballeros, que estoy borracho; este es mi alférez; esta mi mano derecha, y esta

mi izquierda; no estoy borracho, me tengo bastante bien, y bastante bien hablo.

TODOS. Perfectamente bien.

CASIO. Pues entónces, corriente; y no vayais á crëer que estoy borracho. (Vase.)

MONT. Á la explanada, señores; vamos á dar la guardia.

YAGO. ¿Veis ese mozo que de aquí se aleja?
Militar á quien César dado habrïa
Una legion; más contemplad su vicio:
De su virtud el equinoccio justo
Tan idénticos son. ¡Lástima grande!
Lă isla, sin querer, en ese estado,
Puede turbar, que Otelo deposita
Su confïanza en él.

MONT. ¿Bebe á menudo?

YAGO. Es prólogo constante de su sueño.
Dos veces al horario ve dar vueltas,
Si no logra mecer su lecho el vino.

MONT. El general saberlo deberïa.
Apreciará de Casio las virtudes,
Y tales faltas no verá, ¿no es cierto?

Entra RODRIGO.

YAGO. ¿Qué ocurre, dí, Rodrigo? (Aparte.)
Os ruego que vayais tras el teniente.
(Vase Rodrigo.)

MONT. ¡Grande lástimă es que el noble moro
Fïe tan alto puesto á quien aqueja
Tan invencible vicio! Fuera justo
Al moro hablar.

YAGO. No yo. ¡Por vida mïa!
Aprecio á Casio, y mucho por curarle
Hiciera; más ŏid. ¿Qué ruido es ese?
(Dentro.) ¡Favor! ¡Favor! ¡Favor!

Vuelve á entrar CASIO, persiguiendo á RODRIGO.

CASIO. ¡Infame! ¡Pillo!
MONT. Teniente, ¿qué pasó?
CASIO. ¡Darme lecciones,
Á mí, de mi deber este bergante!
¡Al muy bergante volveré zaranda!
RODR. ¡Á mí!
CASIO. ¿Charlas, infame? (Golpëándole.)
MONT. Buen teniente.
Tened, señor, la mano. (Deteniéndole.)
Yo os lo ruego.
CASIO. Dejadmē ir ú os romperé el bautismo.
MONT. ¡Vamos, estais bēodo!
CASIO. ¡Yo bēodo! (Luchan.)
YAGO. (Aparte á Rodrigo, que se va.)
¡Sal, digo! ¡Vete, y á rebato toca!
Pero, ¡mi buen teniente! ¡Caballero!
¡Favor! ¡Teniente, ōid! ¡Señor! ¡Montano!
¡Favor! ¡Señores! ¡Buena guardia es esta!
(Suena la campana.)
Mas, ¿quién toca á rebato? ¡Qué demonio!
Vendrá el pueblo. ¡Por Dios, teniente, calma!
¡Os vereis deshonrado para siempre!
Entran OTELO y acompañamiento.
OTELO. ¿Qué es lo que ocurre aquí?
MONT. ¡Por vida mía!
¡Aún corre sangre! ¡Estoy de muerte herido!
(Se desmaya.)
OTELO. ¡Tenēos vive el cielo!
YAGO. ¡Tenēos! ¡Eh, teniente! ¡Vos, Montano!
¡Señores! ¿El lugar: vuestros deberes
Así olvidais? ¡Tenēos! ¡Qué vergüenza!
Os habla el general. ¡Tenēos! ¡Hola!
OTELO. ¿Qué es esto? ¡Somos turcos! ¿Nos tratamos
Cual Dios prōhibe al otomano hacerlo?
¡Cesad, por Cristo, tan feroz contienda!

¡Quien intente en provecho de su rabia,
Blandir su acero, tiene su alma en poco!
Por ello al punto morirá.. Que calle
Esa campana horrenda, que perturba
De està isla la paz. Decid, señores,
¿Qué ocurre? Honrado Yago; tú, que muerto
De pena estar pareces, ¿quién fué causa
De este suceso? Dime cuanto sepas.

YAGO. Nada sé. Cual amigos há un instante
En el cuartel se hallaban; ahora mismo,
Cual recien desposados; mas de pronto,
Como si hostil estrella los dañara,
Los hierros blanden, que á sus pechos vuelven
En sangrienta discordia. No comprendo
Cuál fué la causa de tan fútil riña;
Y ¡ojalá que las piernas, que á este sitio
Á presenciarla en parte me conducen,
En la gloriosa lid perdido hubiera!

OTELO. ¿Cómo de vos os olvidásteis, Casio?

CASIO. Perdonadme, señor, hablar no puedo.

OTELO. Digno Montano, tan juicioso siempre,
De cuya juventud el porte grave
El mundo celebró; cuyo renombre
Entre los buenos va de boca en boca;
¿Qué pasa, qué os induce á despojaros
De esa reputacion, ganando sólo
Con el rico caudal de vuestra fama
Dictado de nocturno camorrista?
Responded.

MONT. Digno Otelo, me hallo herido
De gravedad. De la ocurrencia puede
Daros noticias vuestro alférez Yago.
Á ahogar mi voz me obliga el sufrimiento.
Nada he dicho nï hecho en esta noche,
Que, segun mi entender, punible sea;

Á ménos que el instinto de la vida
Se juzgue error, y el defenderse crímen.

OTELO. ¡Viven los cielos! Á regir empieza
Mi sangre á mis mejores consejeros,
Y la pasion, oscureciendo el juicio,
Me pretende guïar. Si me desbordo;
Si mi diestra levanto, quien más valga
Sentirá mi furor. Saber es fuerza
Cuál fué el orígen de tan vil tumulto;
Por quién fué promovido; y el culpable,
Si resultase ser gemelo mïo,
Mi afecto perderá. ¡Pero, es posible!
¡En una fortaleza! ¡Aún perturbado
El juicio de las gentes por el miedo!
¡Armar quimera por cuestion privada!
¡Y por la noche! ¡Y en la guardia misma!
¡Es monstrüoso! Yago, narra el caso.

MONT. Si por ser vuestro amigo y compañero,
Faltais á la verdad un sólo punto,
Soldado vos no sois.

YAGO. No me hostigüeis.
Mejor que de la boca me arrancaran
La lengua que ofender á Miguel Casio.
Pero, narrando la verdad, presumo
Que no le daño. General, ŏidme:
Conversando Montano y yo, de pronto
Uno llegó pidiéndonos auxilio,
Perseguido de Casio, cuya espada
Vibraba enhiesta amenazante; entónces
Calmar este señor pretende á Casio,
Y al voceador yo sigo, temeroso
De que al pueblo sus gritos conturbaran,
Como al fin sucedió; porque, ligero,
Se me logró escapar: vuelvo al instante,
Y aprisa; tanto más, por cuanto ŏïa

Las espadas chocar, y maldiciones
De los labios de Casio, que he escuchado
Esta noche no más. Cuando yo vine,
Obra de instantes solamente, vílos
Blandiendo sus aceros, como estaban
Cuando llegásteis vos á separarlos.
Más del asunto referir no puedo.
Hombres los hombres son, y los mejores
Suelen errar; acaso daño leve
Habrá causado Casio. Enfurecido
El hombre ofende al sér que mas aprecia.
Sin duda alguna Casio grave ultraje
Que impacientado soportar no pudo,
Debió de recibir de aquel que hüía.

OTELO. Yago, conozco tu honradez, y vëo
Que el lance quieres palïar, y tratas
De disculpar á Casio; pero, Casio,
Aunque os quiero, cesais en mi servicio.

Vuelve á entrar DESDEMONA.

¡Ved! ¡Ya mi dulce amor está despierta!
¡Escarmiento sereis!

DESDEM. Mas ¿qué sucede?

OTELO. Bien mio, nada ya; retorna al lecho.
Yo mismo curaré vuestras heridas.
(Á Montano.)
Conducidle.
Tú, Yago, ronda la ciudad entera.
Tranquiliza á las gentes que inquietara
Esta reyerta vil. Ven, Desdemona.
Achaque de la vida del soldado
Es ver su dulce sueño perturbado.

(Vanse todos ménos Yago y Casio.)

YAGO. ¡Qué! ¿Estais herido, teniente?

CASIO. Sí; sin cura.

YAGO. ¡Hombre! No lo permita el cielo.

CASIO. ¡Reputacion! ¡Reputacion! ¡Reputacion! ¡Ah, perdí mi reputacion! Perdí mi parte inmortal: réstame la parte bruta solamente. ¡Mi reputacion, Yago, mi reputacion!

YAGO. ¡Á fe de hombre honrado, que creí que habíais recibido daño corporal: hay más en eso que en la reputacion. La reputacion es sutil y falsa añagaza; se obtiene frecuentemente sin merecimientos; y, sin justo motivo, se pierde: no habeis perdido reputacion alguna, á ménos que juzgueis haberla perdido. ¡Vamos, hombre! Medios hay para hacer las paces con el general. Enojado ahora os despidió; más por sistema que por enemistad; como quien golpea á un pobre can para intimidar á un leon enfurecido. Hacedle la corte otra vez, y será vuestro.

CASIO. Mas bien le haria la corte para que me despreciase, que para engañar á tan excelente jefe con oficial tan frívolo, tan borracho y tan indiscreto. ¿Borracho? ¿Y loro charlatan? ¿Camorrista? ¿Fanfarron? ¿Mal hablado y discutidor de sandeces con su propia sombra? ¡Oh, tú, espíritu invencible del vino! Si no tienes otro nombre para darte á conocer, te llamaré demonio.

YAGO. ¿Quién era ese á quien perseguíais con vuestra espada? ¿Qué os habia hecho?

CASIO. No lo sé.

YAGO. ¡Es posible!

CASIO. Recuerdo un mundo de cosas, pero nada distintamente. Una reyerta, pero no sé por qué causa. ¡Oh, Dios! ¡Qué los hombres se introduzcan en la boca á un enemigo que les roba los sesos! ¡Que con júbilo, complacen-

cia, algazara y aplauso nos transformemos en brutos!

YAGO. Pero ahora estais comparativamente bien. ¿Cómo fué aliviaros tan pronto?

CASIO. El demonio de la embriaguez ha tenido á bien ceder su puesto al demonio de la ira. Una imperfeccion me patentiza la otra, y me obliga á despreciarme con toda sinceridad.

YAGO. ¡Vaya! sois moralista bastante severo. Teniendo en cuenta el lugar de la ocurrencia y el estado en que se halla este país, desearía con toda mi alma que no hubiera esto ocurrido; pero, puesto que así ha pasado, á enmendarlo en provecho vuestro.

CASIO. Si le pido que me reponga en mi puesto, me contestará que soy un borracho. ¡Tuviera yo tantas bocas como la hidra, tal respuesta las cerraría todas! Tener ahora juicio; ser luégo un necio, y despues una fiera. ¡Oh maravilla! ¡Oh maldita la copa que indebidamente se apura! ¡Lleva en sí un demonio!

YAGO. ¡Vamos, vamos! El buen vino es buena y mansa criatura, si se le trata bien. No clameis más contra él. Y, amigo teniente, ¿confío en que creeis que os aprecio?

CASIO. Claramente lo he visto. ¡Yo beodo!

YAGO. Vos, ó cualquiera otro hombre, puede estar alguna vez beodo. Os diré lo que debeis hacer: la esposa de nuestro general es ahora nuestra generala. Puedo decir esto, por cuanto que se halla absorto en la contemplacion, observacion y anotacion de sus formas y de sus gracias. Acudid francamente á ella. Rogadle que os ayude á que os reponga en

vuestro puesto. Es de condicion tan franca, tan cariñosa, tan afable y tan bendita, que en su bondad, estima crímen no hacer más de lo que se le pide. El hueso roto entre vos y su marido procurad que ella entablille; y, apuesto mi fortuna contra cualquier bagatela, que vuestro cariño, rotō hoy, quedará más unido que ántes.

CASIO. Cuerdamente me aconsejais.

YAGO. Os protesto de mi sincero cariño y de mi honrada intencion.

CASIO. Confío en vos; y, en oportuno instante mañana, rogaré á la virtüosa Desdemona que sëa mi protectora. Estoy completamente arruinado si recibo ahora este jaque.

YAGO. Teneis razon. Buenas noches, teniente. Tengo que dar la guardia.

CASIO. Buenas noches, honrado Yago. (Vase Casio.)

YAGO. ¿Quién dirá que me porto cual infame
Al dar tan útil y feliz consejo:
Tan natural, y el único camino
De recobrar el corazon del moro?
Á la condescendiente Desdemona
En digna causa interesar es fácil,
Fecunda, en su virtud, como el ambiente.
¿Y que ella pida al moro? Le daría
La gracia del bautismo, sin curarse
De símbolos y ritos que redimen
Nuestro pecado original. Sū alma
Está á su amor de tal manera unida,
Que ella á su voluntad hace ó deshace:
Dios de sus pensamientos su capricho.
¿Cómo, pues, ser infame si la senda
Indico á Casio que á su bien conduce?
¡Grandiosidad divina del infierno!

Cuando el demonio revestirse quiere
De sus más negras culpas, al principio
Con aparato celestial se ostenta,
Cual ahora yo. Pues miéntras que ese necio
Á Desdemona pide que lo ampare;
Y ella por él, ufana, ruega al moro,
Este veneno verteré en su oido:
Que ella pide por él porque lo ama;
Y, tanto cuanto hiciere en su provecho,
En la opinion ha de perder del moro.
Negra haré yo que su virtud se torne.
Que su misma bondad de red me sirva
Para apresar á todos.

Vuelve á entrar RODRIGO.

¡Hola, Rodrigo!

RODR. Agregado voy á la jauría, no como can que caza, sino como uno que late solamente. Apénas me queda dinero. Me han apaleado á las mil maravillas esta noche; y el resultado será, que habré ganado experiencia proporcionada á mi trabajo; y, así, sin dinero, y con más juicio, retornaré á Venecia.

YAGO. ¡Pero qué pobres son los impacientes!
¿Qué herida se curó sino despacio?
Obra el ingenio y no la brujería;
Y es del ingenio auxiliador el tiempo.
¿No va bien todo? Casio te ha ofendido
Más, por daño tan leve, tú lograste
La perdicion de Casio. Bellas crecen
Sin la lumbre del sol diversas plantas;
Pero los frutos que florecen ántes
Ántes maduran. Calma miéntras tanto.
Amaneciendo viene ya. Las horas
Se amenguan con la accion y con el goce.
Retírate. Á buscar tu alojamiento

Vete; más te diré, pero ahora, anda.
(Vase Rodrigo.)
Dos cosas se han de hacer: con su señora
Mi esposa debe interceder por Casio.
Á ello debo inducirla.
Miéntras tanto, llàmando aparte al moro,
Haré que de improviso llegue y vēa
Cómo en coloquio están su esposa y Casio.
Esa la sendā es. Mi ingenio āhora
No emboten la inaccion ni la demora. (Vase.)

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Chipre. Ante el castillo.

Entran CASIO y algunos MÚSICOS.

CASIO. Tañed aquí, señores; premiaré vuestros esfuerzos. Algo corto, y despues, «Salud al general.» (Música.)

Entra el BUFON.

BUFON. Vaya, señores, ¿han estado en Nápoles esos instrumentos, que así hablan por las narices?

1.er MÚS. ¿Cómo, señor, cómo es eso?

BUFON. Con permiso; ¿son instrumentos de viento?

1.er MÚS. Sí, señor. Por supuesto que lo son.

BUFON. ¡Ya! pues eso träe cola.

1.er MÚS. ¿Cómo que träe cola?

BUFON. Sí, señor, muchos instrumentos de viento que yo me sé, träen cola. Pero, señores, aquí teneis dinero; y el general de tal manera esti-

ma vuestra música, que os ruega encarecidamente que no hagais más rüido con ella.

1.er MÚS. Pues, señor, no haremos más rüido.

BUFON. Si teneis música que no se öiga, á ëllo; pero dicen que al general no le agrada grandemente öir música.

1.er MÚS. No tenemos música de esa clase.

BUFON. Pues entónces, recoged vuestras gaitas, que yo me voy. Idos; desvaneceos en el aire; largo de aquí. (Vanse los músicos.)

CASIO. ¿Quieres öirme, buen hombre?

BUFON. No quiero öiros, buen hombre; perö oigo.

CASIO. Déjate, por Dios, de equívocos. Toma esta monedilla dë oro. Si la dama que acompaña á la mujer del general está levantada, dile que un tal Casio suplica que le conceda un rato de conversacion. ¿Lo harás?

BUFON. Ya se ha rebullido, y si quiere rebullirse hácia aquí, se lo notificaré.

CASIO. Hazlo, amigo. (Vase el Bufon.)

Entra YAGO.

Felices dïas, Yago.

YAGO. ¿Al lecho no habeis ido, por lo visto?

CASIO. No; pues al separarnos ya era dïa.
Llamar me he permitido á vuestra esposa,
Yago, por ver si proporcion procura
Para que á Desdemona hablar yo pueda.

YAGO. Ahora á veros vendrá. Yo, miéntras tanto,
Me ingeniaré para llevarme al moro,
Y así podreis hablar con más franqueza.

CASIO. Mis gracias aceptad. No he visto nunca
(Vase Yago.)
Mejor ni mas honrado Florentino.

Entra EMILIA.

EMILIA. Buenos dïas, teniente; mucho siento

La desazon, que es de esperar termine.
Del caso el general habla á su esposa,
Que intercede por vos: responde el moro
Que el herido gran fama y relaciones
En Chipre tiene, y la razon le impulsa
Á rechazaros: su amistad, no obstante,
De mas intercesor no necesita;
Y que intenta coger, en cuanto pueda,
La primera ocasion por los cabellos,
Para haceros tornar.

CASIO. . Pero suplico,
Si os parece oportuno y es factible,
Que hagais por que converse breve rato
Con Desdemona.

EMILIA. Pues entrad si os place.
Yo os llevaré donde podais tranquilo
De vuestra cuita hablar.

CASIO. Os doy las gracias.

(Vanse.)

ESCEÑA II.

Habitacion en el castillo.

Entran OTELO, YAGO y CABALLEROS.

OTELO. Yago, entrega estas cartas al piloto:
Que mis respetos al Senado ofrezca.
Venme á buscar despues al parapeto,
En donde pasearé.

YAGO. Sereis servido.

OTELO. ¿Quereis estas defensas ver, señores?

CAB. Guïad, señor, si os place.

ESCENA III.

El jardin del castillo.

Entran **DESDEMONA, CASIO y EMILIA.**

DESDEM. Descuidad, Casio amigo; en vuestra causa
Todas mis artes emplëar pretendo.
EMILIA. Hacedlo, sí, señora: os aseguro
Que este suceso á mi marido aflige
Como si suyo fuera.
DESDEM. Es un hombre de bien. Creëdme, Casio;
Haré que vos y que mi dueño amigos
Sëais cual ántes.
CASIO. Bondadosa dama,
Ocurra lo que ocurra á Miguel Casio,
Siempre será vuestro rendido siervo.
DESDEM. Gracias; lo sé. Gran amistad os une
Á mi señor; por tanto, estad seguro
De que razon política tan sólo
Vuestra actüal distancia determina.
CASIO. Sí; mas esa razon, señora, puede
Tanto tiempo durar y alimentarse
De tan sutil é insustancial materia,
Ó renovarse por tan fútil causa,
Que, ausente y reemplazado, mi cariño
Y mi valer el general olvide.
DESDEM. No temais: ante Emilia, os aseguro
Que obtendreïs vuestro puesto, y confïanza
Tened en mí, que, si un favor prometo,
Á la letra lo cumplo. Ni descanso
Logrará mi señor: cuando tranquilo,
No cesará mi voz de importunarle.

Su lecho será cátedra; su mesa
Confesonario; á cuanto hacer intente
Ingeriré la pretension de Casio.
Casio, alegráos, pues, la muerte sólo
Anulará la proteccion que os brindo.

EMILIA. Señora, ahí viene el amo.

CASIO. Dios os guarde.

DESDEM. Esperáos, y óidme.

CASIO. No, señora;
Ahora nó, que me hallo mal dispuesto
Para hablar de mí mismo.

DESDEM. Como os plazca.

(Vase Casio.)

Entran OTELO y YAGO.

YAGO. ¡Ah! No me agrada esto.

OTELO. ¿Qué digiste?

YAGO. Nada, señor, ni yo lo sé siquiera.

OTELO. ¿No es Casio quien hablaba con mi esposa?

YAGO. ¿Casio, señor? no tal: no me parece
Que á hurtadillas se hubiera retirado
Cuando llegásteis.

OTELO. Él, era sin duda.

DESDEM. Bien vengas, dueño mío.
Hablaba con humilde pretendiente,
Que hoy á la sombra está de tus favores.

OTELO. ¿Á quién aludes? dime.

DESDEM. Á Casio, tu teniente, dueño amado.
Si mágia alguna, ó si poder ejerzo
En tu espíritu, acepta sus excusas;
Que, si sinceramente no te ama;
Y si no obró, mas bien por ligereza
Que por maldad, la faz del hombre honrado
Juzgar no sé; perdónalo.

OTELO. ¿Salía
Él ahora?

DESDEM. Sí tal; tan abatido,
Que, partícipe yo de su tristeza,
Sufro tambien. Rehabilitarlo debes,
Amor mio.

OTELO. Mi dulce Desdemona,
Hoy nó; más adelante.

DESDEM. ¿Será pronto?

OTELO. Pronto, por ti, será.

DESDEM. ¿Cuando cenemos?

OTELO. Nó, en esta noche nó.

DESDEM. ¿Mañana entónces,
Á la hora de comer?

OTELO. No cómo en casa;
Junta en la ciudadela habrá de jefes.

DESDEM. Pues al anochecer, ó bien el mártes
Temprano, al medio dia, ó por la noche,
Ó al despuntar el miércoles: te ruego
Que el plazo fijes tú, pero que sēa
Dentro de los tres dias; te aseguro
Que se halla arrepentido; y, bien mirado,
Su falta (salvo que en la guerra dicen
Que escarmiento han de ser áun los mejores)
No es falta que merece la censura
Dē hombre á hombre. ¿Cuándo lo perdonas,
Otelo, dí? Mi mente no concibe
Qué me pidieras tú que te negara,
Ni qué así, vacilante, concediera.
¡Vaya! ¡Con Miguel Casio! ¡Quien su ayuda
Te prestó en tus amores! ¡Que tu parte
Tantas veces tomó cuando yo misma
Te censuré! ¡Costarme tal trabajo
Su perdon! Pues te digo que hago mucho...

OTELO. ¡Por Dios, no más! Que vuelva cuando guste;
Nada te he de negar.

DESDEM. Favor no es esto.

Es cual rogar que te pusieras guantes,
Comer de un plato, usar de más abrigo,
Ó una súplica hacerte provechosa
Á ti no más. ¡Ah! Si un favor reclamo,
Con que tu amor aquilatar pretenda,
Será difícil, árduo, peligroso
Poderlo hacer.

OTELO. No he de negarte nada;
Y, en cambio, yo te pido solamente
Que aquí, solo, me dejes un instante.

DESDEM. ¿Cómo negarme? Adiós, dueño querido.

OTELO. Adiós, mi Desdemona; poco tardo.

DESDEM. Emilia, ven. Tú, tus caprichos sigue;
Á mí solo me toca obedecerte.

(Vase Desdemona con Emilia.)

OTELO. ¡Criatura celestial! ¡Dios me maldiga!
Y ¡cómo te amo yo! ¡Retorne el cäos
Cuando deje de amarte!

YAGO. Noble jefe.

OTELO. ¿Qué dices, Yago?

YAGO. ¿Al pretender al ama,
Vuestro amor Miguel Casio conocía?

OTELO. Desde el principio al fin. ¿Por qué lo dices?

YAGO. Para satisfaccion de mi conciencia;
Por nada más.

OTELO. ¿De tu conciencia, Yago?

YAGO. Que eran ya conocidos ignoraba.

OTELO. Y medió con frecuencia entre nosotros.

YAGO. ¿De veras?

OTELO. ¡De veras! Sí, de veras. ¿Qué hay en ello?
¿No es honrado?

YAGO. ¡Señor, honrado!

OTELO. ¡Honrado!
Honrado, sí.

YAGO. No dudo que lo sëa.

OTELO. Dime tus pensamientos.
YAGO. ¡Pensamientos!
OTELO. ¡Pensamientos! ¡Dios justo! Me repite,
Cual si un monstruo en su mente se escondiera
Horrendo, por demás, para mostrarse.
Algo das á entender. Hace un momento
Te öí decir, que «á tí no te agradaba,»
Al despedirse Casio de mi esposa.
Y ¿qué no te agradaba? Y al decirte
Que fué mi confidente en mis amores,
«¿De veras?» exclamaste; y tu entrecejo
Contragiste y frunciste, cual si imágen
Feroz en tu cerebro comprimieses.
Dime tus pensamientos si me aprecias.
YAGO. Señor, sabeis que os quiero.
OTELO. No lo dudo.
Porque sé que eres noble y que me estimas;
Y porque sé que tus palabras mides,
Me estremecen así tus reticencias.
Son artificios esos, usüales
Entre la gente deslēal y falsa;
Pero en el justo son revelaciones
De recto corazon, que se denuncia
Sin poderlo evitar el albedrío.
YAGO. En cuanto á Miguel Casio, juraría
Que es un hombre de bien.
OTELO. Así lo crēo.
YAGO. Los hombres deben ser lo que parecen,
Ó nos valiera más que hombres no fueran.
OTELO. Es verdad; deben ser lo que parecen.
YAGO. Pues cual hombre de bien estimo á Casio.
OTELO. Hay algo más en esto: te suplico
Que digas lo que piensas, lo que rumias;
Y tus más negros pensamientos viste
Con las frases más negras.

YAGO. Perdonadme,
Señor; aunque lealtad sin fin os debo,
No debo yo lo que ni el siervo debe.
¡Mis pensamientos publicar! ¡Indignos
Decid que son y falsos! ¿Cuál el alma
Que jamás la impureza ha mancillado?
¿Dónde pecho tan puro, que no sëa
Á veces tribunal donde debaten
El recto juicio y la procaz astucia?

OTELO. Contra tu amigo tú, Yago, conspiras,
Si juzgas que lo engañan, y á su öido
Dejaras ignorar tu pensamiento.

YAGO. Öid: como quizás aventurados
Mis juicios sëan—sé que mi carácter
Me induce á escudriñar imperfecciones;
Y que mi mismo celo muchas veces
Faltas fraguar më hace que no existen —
De vuestra clara inteligencia espero
Que del que así sus juicios aventura,
Ni caso hagais, ni consintais que os turbe
Con cálculos dudosos y sin tino.
Ni á vuestro bien ni á vuestra paz conviene,
Ni á mi carácter varonil se amolda,
Ni á mi honradez ni inteligencia cuadra
Decir mis pensamientos.

OTELO. ¿Qué insinúas?

YAGO. La fama en la mujer como en el hombre,
Es la joya, señor, de más valía.
Despojos roba quien mi bolsa roba;
Es algo; es nada; porque, siendo mía,
Hoy es suyă, y esclava fué de miles.
Pero aquel que me roba mi buen nombre,
Me roba lo que en nada le enriquece,
Y pobre á mí me deja.

OTELO. ¡Vive Dios! Yo sabré tus pensamientos.

YAGO. Jamás; aunque èstuviese en vuestra mano
Mi corazon, ni miéntras yo los guarde.
OTELO. ¡Ah!
YAGO. De los celos defended el alma,
De ese monstruo, señor, de turbios ojos
Que engendra el alimento que devora.
Feliz el deshonrado, que, seguro
De su desdicha, á su rival detesta.
Más ¡ay! malditos los instantes corren
Del que adora, y sospecha, y dudă y ama.
OTELO. ¡Ay, triste!
YAGO. Es rico asaz el pobre satisfecho;
Es invernal penuria la riqueza
Para quien teme sin cesar ser pobre.
Dios libre al alma del amigo mĭo
De los celos.
OTELO. ¿Por quién? ¿Por quién lo dices?
¿Piensas tú que, celoso, correrĭa
Á la par de las fases de la luna,
Con sospechas dĭarias mi existencia?
No: dudar una vez es decidirse
De una vez. Fuera yo manso cordero
Si, á compás de tus juicios temerarios,
Mi espíritu nutriera en absoluto
Con tus vanas é indignas conjeturas.
Oir no me da celos que mi esposa
Es bella, gasta lujo y busca el trato:
Que es decidora, y canta, y tañe y baila:
Á la virtud rēalzan estas dotes.
Ni en mis escasos méritos motivo
Veré jamás para temor ni duda,
Pues ojos tuvo y me escogió. Nó, Yago;
Ántes ver que dudar: dudando, pruebas:
Con pruebas á la vista, resta sólo
Del amor despojarse ó de los celos.

YAGO. Me place. De ese modo me es posible
Mi cariño y lealtad patentizaros
Con más franqueza. Mi deber me impone
Esto decir—no hablamos aún de pruebas—
Á Casio vigilad y á vuestra esposa:
Ojo avizor; ni incauto ni celoso.
De la bondad no dejaré que abusen
De vuestro noble y cándido carácter.
Observad; yo conozco á mis paisanos.
En Venecia se deja que los cielos
Contemplen travesuras que se esconden
De los maridos. Sirve la conciencia
Para no hacerlo, no: para ocultarlo.
OTELO. ¿Eso dices?
YAGO. Casándose con vos burló á su padre:
Temblaba, al veros, con pavor fingido
Cuando os amaba más.
OTELO. Verdad es eso.
YAGO. ¡Pues vamos! Quien tan jóven ya sabía
Así fingir, que los paternos ojos
Selló como con cera... ¡Y él pensaba
Que eran hechizos! Pero ¡qué imprudencia!
Mi cariño excesivo perdonadme.
OTELO. Agradecido te estaré por siempre.
YAGO. Observo que os conturba lo que digo.
OTELO. No tal; no tal.
YAGO. Á fe que lo recelo.
Pensad que lo que hablé mana tan sólo
De mi cariño. Más ¡estais turbado!
No torzais el sentir de mis palabras,
Cuyo alcance no llega mas que á dudas.
OTELO. No lo haré.
YAGO. Si lo hiciérais, mi discurso
Á un extremo, quizás, conduciría,
Que ni pude pensar. Amigo mío

El noble Casio es: pero turbado
Estais, señor.

OTELO. Mi turbacion no es cosa:
Honrada á Desdemona considero.

YAGO. Que por siempre lo sea, y que por siempre
Como tal la estimeis.

OTELO. Y, sin embargo,
Si el sendero perdió naturaleza...

YAGO. Ese es el caso: porque, francamente,
No aceptar tanto enlace convenido
Con gente de su patria, raza y rango,
Como era natural á todas luces...
¡Bah! semejante voluntad viciada
Indica desarreglo y alma enferma;
Más, perdonadme. Al asentar mi tésis,
Á este caso especial no me refiero.
Más temo yo, que si á su recto juicio
En un momento su capricho cede,
Os vaya á comparar con sus paisanos
Y se arrepienta.

OTELO. Adiós, adiós. Si sabes
Alguna cosa más, que me lo digas.
Que observe tu mujer. Déjame, Yago.

YAGO. Quedad, señor, con Dios. (Yéndose.)

OTELO. Y ¿por qué me casé? Sin duda sabe,
Y ve más, mucho más de lo que dice,
Esta honrada criatura.

YAGO. (Volviendo.) Desearía
Suplicaros, señor, que no os ocupe
Este asunto ya más. Dejadlo al tiempo.
Aunque debeis rehabilitar á Casio,
Pues cumple con su encargo dignamente,
No lo hagais, si os parece, por ahora:
Así vereis quién es y con quién cuenta.
Notad si vuestra esposa esfuerzos hace,

Con vehemencia excesiva por que torne :
Esto dará gran luz. Inoportunos
Considerad, en tanto, mis temores;
Pues con razon me temo que lo han sido,
Y que no la culpeis, señor, os ruego.

OTELO. Nada temas.

YAGO. De nuevo, Dios os guarde. (Vase.)

OTELO. Este es hombre honradísimo y conoce,
Cual discreto, los móviles humanos.
Si es que indómito halcon juzgarla debo,
Así los grillos que la amarran fueran
Del corazon las mas preciadas fibras,
Á merced de los vientos la lanzara,
Y libre cazaría. Por ser negro,
Por no ser cortesanas mis costumbres,
Ó, acaso, por haber ya descendido
Al valle de la edad. ¡Importa poco!
Me abandona, me engaña, y mi consuelo
Odiarla debe ser. ¡Maldito lazo!
¡Nuestras ser estas frágiles criaturas
Y nó sus apetitos! Del ambiente
De oscura cárcel, como sapo inmundo,
Ántes quiero vivir, que parä otro
Un rincon conservar en mis amores.
Más es la plaga del soberbio; tiene
Aun ménos privilegios que el humilde.
Fatal es cual la muerte su destino:
Plaga oprobiosa que, al nacer, el hado
Nos decretó. Se acerca Desdemona.
¡Si falsä es, de sí se burla el cielo!
No lo puedo crëer.

Vuelven á entrar DESDEMONA y EMILIA.

DESDEM. Otelo mío,
¿Qué te pasa? Te espera la comida
Y los nobles isleños que invitaste.

OTELO. Mi culpa es.

DESDEM. ¿Por qué tan quedo hablas?
¿No estás bueno?

OTELO. Dolor siento en la frente.

DESDEM. Eso es de velar; pronto se cura.
Te ataré mi pañuelo. En una hora
Pasará.

OTELO. Tu pañuelo es muy pequeño.
(Separándose el pañuelo, que cae al suelo.)
Déjalo estar. Iré contigo: Vamos.

DESDEM. Que no te encuentres bien me desconsuela.
(Vanse Otelo y Desdemona.)

EMILIA. Me alegra haber hallado este pañuelo,
Que el regalo primero fué del moro.
Cien veces mi tiránico marido
Robarlo me mandó. Mas en estima
Ella lo tiene, que él la instó que siempre,
Para hablarle y besarlo, lo tuviera
Cerca de sí. Copiar quiero el bordado,
Y á Yago lo daré. Para qué objeto
Lo querrá, sabe Dios; no yo, que sólo
Satisfacer pretendo su capricho.

Vuelve á entrar YAGO.

YAGO. Vamos á ver, ¿tan sola qué te haces?

EMILIA. No riñas; para ti tengo una cosa.

YAGO. ¡Una cosa! Será cosa cualquiera.

EMILIA. ¿De veras?

YAGO. Una esposa casquivana.

EMILIA. ¿Y nada más? ¿Dí, cuánto me darías
Por el pañuelo aquel?

YAGO. ¿Por qué pañuelo?

EMILIA. ¿Por qué pañuelo? Por aquél que el moro
Dió en prenda de su amor á Desdemona,
Y, tenaz, me pediste que robara.

YAGO. ¿Lo robaste?

EMILIA. No tal: se le ha caido.
Lo cogí, la ocasion aprovechando;
Y aquí está.

YAGO. Venga, pues, gentil criatura.

EMILIA. ¿Qué vas á hacer con él, que tanto empeño
En lograrlo tuviste?

YAGO. (Arrebatándoselo.) No te importa.

EMILIA. Si no es para asunto de importancia,
Devuélvemelo ya. Pobre ama mia,
Loca se va á volver si no lo encuentra.

YAGO. Aparenta ignorar. Falta me hace.
Ahora, vete. (Vase Emilia.)
En la mansion de Casio
Pierdo el pañuelo para que él lo encuentre.
Vanas trivialidades el celoso
Cual dogmas evangélicos admite.
Podrá ayudar. El moro transformado
Está con mi ponzoña. Son veneno
Los juicios temerarios en esencia:
Al paladar no ofenden al principio,
Pero despues sobre la sangre obran,
Que cual mina de azufre se enardece.
¡No lo dije! Allí viene. No hay beleño,
Mandrágora, narcótico ninguno
Que el dulce sueño propinarte pueda
Que gozabas ayer.

Vuelve á entrar OTELO.

OTELO. ¡Á mí engañarme!

YAGO. ¡Ea! Vamos, general, no hableis más de eso.

OTELO. ¡Atrás! ¡Huye! Por tí yazgo en el potro.
¡Juro á Dios! Vale más ser engañado
Que sospechar.

YAGO. ¡Ea, vamos, jefe mio!

OTELO. De sus ocultas horas de impureza
¿Qué supe yo? Ni vistas, ni pensadas,

No me hirieron jamás: tranquilamente
Feliz y satisfecho me dormía,
Y en sus labios no ví besos de Casio.
Al que tiene un tesoro y se lo roban,
No le roban si el hurto no descubre.

YAGO. Me apesadumbra oiros.

OTELO. Fuera feliz si al campamento en masa
Brindara su beldad, áun á las turbas,
Ignorándolo yo. Mas, ¡ah! por siempre
Adiós, tranquilidad; adiós, contento;
Adiós, brillo marcial, y vastas guerras
Que trocais ambiciones en virtudes;
¡Adiós! Adiós, relinchador caballo,
Clarin sonoro, excitador redoble
Del bélico tambor, pífano agudo,
Estandarte rëal, noble cortejo
De pompas, vanidades y esplendores,
Inseparables de la lid gloriosa.
Y, vosotras, ¡oh máquinas de muerte!
Cuyas rudas gargantas reproducen
La voz terrible del potente Jove,
¡Adiós! Cesó la ocupacion de Otelo.

YAGO. ¿Es posible, señor?

OTELO. Infame, pruebas.
Prueba tú que es adúltera mi esposa;
Dame prueba ocular; ó, te lo juro
Por la eterna salud del alma humana,
Más te valiera can haber nacido
Que responder á mi iniciada furia.

YAGO. ¿Á esto vino á parar?

OTELO. Haz que lo vëa,
Ó pruébalo, á lo ménos, de tal modo,
Que no quede salida ni resquicio
Por donde pueda deslizar la duda,
Ó pagas con tu vida.

YAGO. Noble amo....
OTELO. Si la infamaste, dándome tormento,
No reces más: renuncia á tu conciencia;
Horrores sobre horrores acumula;
Haz por que el cielo lágrimas derrame,
Y espanta al universo: no es posible
Que tu eternal condenacion acrezcas.
YAGO. ¡Dios y el cielo me amparen! ¿Y sois hombre?
¿Teneis alma y sentido? ¡Dios os guíe!
Arrojadme de vos. ¡Necia criatura!
¡Vivir y ver que su virtud es vicio!
¡Mundo crüel! Aprende, aprende, ¡oh mundo!
Ser honrado y veraz es peligroso.
Gracias por la leccion; ni más amigos
He de tener, pues la amistad ofende.
OTELO. No, quédate. Por fuerza, eres honrado.
YAGO. Discreto debo ser: de sus afanes
Arroja el fruto la honradez imbécil.
OTELO. ¡Vive Dios! Pura á mi mujer estimo,
Y, al par, que nŏ lo es; que tú eres bueno,
Y que bueno nŏ eres: quiero pruebas.
Su nombre, puro, cual la casta luna,
Ahora se ve manchado y denegrido
Como mi faz. Si hay cuerdas ó puñales,
Ponzoña, ó fuego, ó ríos procelosos,
No lo soportaré. ¡Pruebas, Dios mío!
YAGO. Observo que el dolor el alma os rŏe,
Y de haberlo excitado me arrepiento.
¿Pruebas quisierais vos?
OTELO. ¿Que las quisiera?
Las exijo.
YAGO. Si tal. ¿Más de qué modo?
¿Cuáles pruebas, señor? Groseramente
Expectador de vuestro propio agravio,
Quisierais vos...

OTELO. ¡Oh maldicion eterna!
YAGO. Difícil me parece que sería
Ver nunca ese espectáculo. ¡Malhaya
Si otros humanos ojos que los suyos
Los pueden contemplar: esto sentado,
¿Qué he de decir, ni cuáles son las pruebas?
Que vos lo presencies, es imposible;
Ni que fueran ardientes como cabras,
Lujuriosos cual monos; ó salaces
Como lobos en celo, ó tan estultos
Cual puede serlo la ignorancia ébria.
Pero, debo añadir: si presunciones,
Si vehementes indicios, que tenaces
De la verdad al pórtico conducen,
Aceptais como pruebas, tendreis pruebas.
OTELO. Dame de su traicion un testimonio.
YAGO. El cargo no me place.
Mas ya que en esta empresa me he metido,
Por mi obtusa honradez y amor guïado,
Continuaré. Con Casio descansaba
Há poco; y un dolor crüel de muelas
Que conciliara el sueño me impedía.
Hay personas de espíritu tan libre,
Que sus negocios al soñar descubren;
Y Casio de estas es. Miéntras soñaba
Le öí decir: «¡Mi dulce Desdemona,
Nuestro amor, cautelosos, ocultemos!»
Despues mi mano con afan oprime,
Y exclama: «Dulce prenda» y besa ansioso,
Cual si arrancara de räiz los besos
Que juzgaba crecer sobre sus labios.
Despues suspira y besa, y, luego, añade:
«Suerte maldita que te entrega al moro.»
OTELO. ¡Horror! ¡Horror!
YAGO. Mas son tan sólo sueños.

OTELO. Pero hechos consumados patentizan;
Y dan luz, aunque sólo sueños sean.
YAGO. Y otras pruebas, tal vez, así se espesen,
Sutiles por demás.
OTELO. La haré pedazos.
YAGO. No señor. Discrecion. Nada hemos visto;
Aún puede ser honrada. Mas, decidme:
¿Habeis visto en poder de vuestra esposa
Un pañuelo de fresas moteado?
OTELO. Tal le dí yo. Fué mi primer presente.
YAGO. No sé. Mas hoy con uno semejante,
(Que era el de vuestra esposa juraría),
Casio limpió su barba.
OTELO. ¡Si ese fuera!
YAGO. Si ese fuera, ó cualquier otro pañuelo,
Contra ella hablara á lo restante unido.
OTELO. ¡Ah! ¡Tuviera ese esclavo diez mil vidas!...
¡Para vengarme es pobre y débil una!
Me convencí por fin. Escucha, Yago:
Así todo mi amor lanzo á los aires:
Se fué.
¡De tu antro oscuro sal, negra venganza!
Cede ¡amor! tu corona, cede el trono
Fijo en mi corazon, á odio tirano.
Hínchate, pecho, con tu horrible empresa;
Con las lenguas de áspides que anidas.
YAGO. Tranquilizãos.
OTELO. ¡Sangre! ¡Sangre! ¡Sangre!
YAGO. Calma, señor. Podeis arrepentiros.
OTELO. Yago, jamás. Cual del Euxino Ponto
Corriente helada avanza irresistible,
Sin reflujo, con ímpetu constante,
Y al Propóntide va y al Helesponto;
Así mis pensamientos, sanguinarios
Fluyen veloces sin cejar un punto,

Sin refluir á plácidos afectos,
Hasta que atroz venganza los engolfe.
Ahora, por ese cielo tachonado,
Con la veneracion anexa á un voto,
Mi palabra á cumplir aquí me obligo.
(Se arrodilla.)

YAGO. No os levanteis. (Se arrodilla.)
Lumbreras eternales,
Escuchad; elementos que nos ciñen,
Escuchad. Aquí Yago inteligencia,
Manos y corazon cede en ventaja
Del injuriado Otelo. Que él disponga:
Por sanguinaria empresa que ordenare,
No cumplir su mandato será crímen.

OTELO. Y yo saludo á tu amistad, que acepto,
Y no con huecas gracias reconozco.
En este instante he de ponerla á prueba:
Ven dentro de tres días á decirme:
«Casio no vive ya.»

YAGO. Murió mi amigo:
Fué vuestra voluntad, mas ella viva.

OTELO. ¡Vil mozuela! ¡Malhaya, sí, malhaya!
Vamos, vente conmigo. Medios busco
Con los que pueda dar rápida muerte
Al bello Lucifer. Tú desde ahora
Mi teniente serás.

YAGO. Y siempre vuestro. (Vanse.)

ESCENA IV.

Ante el castillo.

Entran DESDEMONA, EMILIA y BUFON.

DESDEM. Oye, tú. ¿En dónde pára el teniente Casio?
BUFON. No me atrevo á decir que pára en parte alguna.
DESDEM. Hombre, ¿porqué?
BUFON. Es militar, y considerar parado á un militar cuesta la vida.
DESDEM. Vaya en gracia. ¿En dónde habita?
BUFON. Eso es lo que me pára.
DESDEM. ¿Qué se puede sacar en limpio de esto?
BUFON. Como no sé donde habita, inventar alojamiento y decir que pára aquí ó que pára allí, fuera dis—para—tar.
DESDEM. ¿Quieres averiguarlo preguntando?
BUFON. Catequizaré al mundo entero, es decir, preguntaré y responderé de conformidad.
DESDEM. Búscalo, y dile que aquí venga; que he intercedido por él con mi esposo, y que confío en que todo se arreglará.
BUFON. Cabe esta empresa dentro del círculo de la inteligencia humana, y, por lo tanto, la emprenderé. (Vase.)
DESDEM. ¿Dónde he perdido, Emilia, mi pañuelo?
EMILIA. Señora no lo sé.
DESDEM. Pues te aseguro que mejor quisiera
Perder mi bolsa llena de cruzados.
Si no fuese porque es mi noble moro
De alma tan leal, y tan exento

De esas bajezas que al celoso turban,
Para hacerle dudar esto bastara.

EMILIA. ¿No es celoso?

DESDEM. ¿Quién, él? Su sol nativo
Pienso que en él, secó tales manías.

EMILIA. Ahí llega, ved.

DESDÉM. Hasta que Casio torne
No cejaré.

Entra OTELO.

¿Cómo, señor, te encuentras?

OTELO. Muy bien, prenda querida. (Aparte.) El disimulo
¡Oh cuánto cuesta! ¿Y tú, mi Desdemona?

DESDEM. Mi dulce dueño, bien.

OTELO. Dame tu mano.
Húmeda está, señora.

DESDEM. No conoce
Ni la edad ni las penas todavía.

OTELO. Fecundidad arguye y franco pecho;
Ardiente, ardiente y húmeda: requiere
Perder su libertad, rezos y ayunos;
Gran penitencia, pláticas piadosas;
Que el sudante diablillo que aquí vëo
Se suele rebelar: mano excelente,
Mano franca.

DESDEM. Verdad: puedes decirlo;
Pues dí mi corazon con esa mano.

OTELO. Es mano liberal. En otros tiempos
Las manos regalaban corazones:
Hoy la moderna herãldica no pide
Corazones, con manos se contenta.

DESDEM. No entiendo. Vamos, tu promesa cumple.

OTELO. ¡Qué promesa, paloma!

DESDEM. Para hablarte
Ahora Casio vendrá.

OTELO. Catarro fuerte

Hoy me atormenta. Dame tu pañuelo.

DESDEM. Aquí está.

OTELO. Dame aquel que yo te he dado.

DESDEM. No lo tengo.

OTELO. ¿Qué no?

DESDEM. No, dueño mío.

OTELO. Desgracia grande es. Ese pañuelo
Don á mi madre fué de una gitana:
Era hechicera, y descifrar sabía
Pensamientos ajenos. Miéntras fuese
Suyo, le dijo, sin cesar mi padre
La amara, bella siempre ante sus ojos.
Perdido ó regalado, despreciada
Por él eternamente se vería,
Su espíritu cazando nuevos goces.
Legómelo al morir; y, si la suerte
Me destinaba, acaso, para esposo,
Me encargó que á mi esposa lo entregara.
Tal hice yo. Pues bien, medita en ello;
Vale más que las niñas de tus ojos;
Perderlo ó regalarlo causaría
Perdicion á ninguna semejante.

DESDEM. ¿Es posible?

OTELO. Es verdad. En su tejido
Hay magia. Una Sibila, que completos
Del sol doscientos círculos contaba
En este mundo, terminó la obra
En su furor profético. Benditos
Los gusanos creadores de esa seda
Estaban; y en un bálsamo, sacado
Con ciencia magistral de corazones
De Vírgenes, la tela fué teñida.

DESDEM. Pero, ¿cómo, es verdad?

OTELO. Sin duda alguna;
Y, por tanto, de él cuida.

DESDEM. ¡A Dios pluguiera,
Entónces, que jamás lo hubiera visto!
OTELO. ¡Ah! ¿Porqué?
DESDEM. ¿Porqué tan excitado é iracundo?
OTELO. ¿Perdido está? ¿Despareció? Responde.
No lo tienes.
DESDEM. ¡Los cielos nos amparen!
OTELO. ¿Qué dices?
DESDEM. Perdido nó. Mas ¿qué, si lo estuviese?
OTELO. ¿Cómo?
DESDEM. No lo he perdido, te repito.
OTELO. Vé por el; que lo vea.
DESDEM. Bien podría
Traerlo, mas ahora no lo hago.
Mi súplica eludir así pretendes,
Oye. Quiero que á Casio rehabilites.
OTELO. Dame el pañuelo; mi alma ya recela.
DESDEM. Calla, calla,
Hombre nunca hallarás de más pericia.
OTELO. El pañuelo.
DESDEM. Por Dios, habla de Casio.
OTELO. El pañuelo.
DESDEM. Quien siempre en tu cariño
La base estableció de su fortuna,
De tus riesgos partícipe...
OTELO. El pañuelo.
DESDEM. Pues, en verdad, la culpa es tuya.
OTELO. ¡Vete!
(Vase.)
EMILIA. ¿Este hombre, decid, no está celoso?
DESDEM. Jamás así lo he visto. De seguro
Que ese pañuelo encierra algun hechizo;
Y es gran desgracia para mí perderlo.
EMILIA. Un año ó dos la condicion del hombre
No revelan. Estómagos tan sólo,

Con ansia nos devoran; mas, saciados,
Nos arrojan. Ved: Casio y mi marido.

Entran CASIO y YAGO.

YAGO. No hay otro medio. Debe hacerlo ella.
Y, ¡qué casualidad! Id á rogarle.

DESDEM. Y bien, amigo Casio, ¿qué noticias?

CASIO. Mi pretension, señora. Yo os suplico
Que vuestra santa intercesion alcance
Que la amistad yo logre del que aprecio
Con toda el alma. Sepa el resultado:
Si es mi delito de tan negra especie,
Que, ni pasados méritos, ni angustias
Presentes, ni propósitos de enmienda
Logran ya su cariño rescatarme,
Saberlo me conviene; porque, al ménos,
Me vestiré satisfaccion forzada,
Obligado á tomar otro camino,
El óbolo buscando de la suerte.

DESDEM. Gentilísimo Casio, desentona
Hoy la plegaria mïa. Mi marido,
Mi marido nö es; y, si de aspecto
Hubiera cual de espíritu mudado,
No lo conocerïa. ¡Así me amparen
Todos los santos! hice cuanto pude;
Y á punto estuve de sufrir su enojo
Por mi audacia. Debeis tener paciencia:
Que cuanto pueda haré; ni tanto osara
Para mí misma hacer, y que esto os baste.

YAGO. ¿Enojado mi jefe?

EMILIA. Há poco rato
Excitado salió sobre manera.

YAGO. ¿Él enojado? Por el aire he visto
Volar sus filas del cañon á impulsos,
Y arrebatarle, cual si diablo fuera,
De sus amantes brazos á su hermano.

¿Y él enojado? Caso de importancia
Debe sin duda ser. Iré á buscarle.
¡Serio, si está enojado, es el asunto!
(Vase Yago.)

DESDEM. Hácedlo, sí. Los públicos negocios
Sin duda — de Venecia, ó bien oculta
Traicion que en Chipre descubierta ha sido—
Eso turba su espíritu; y ocurre
En semejantes casos que batalla
La humana condicion con pequeñeces,
Aunque nobles propósitos la impulsen.
Tan es así, que basta que nos duela
Un dedo sólo, y los restantes miembros
Del dolor, aunque sanos, participan.
Pero, además, los hombres no son dioses,
Ni hay que exigir, tampoco, que nos traten
Como á una novia cuadra. Reconozco
Mi culpa, Emilia: con el alma toda
Poco lëal guerrera, le inculpaba
Por su rigor; más hallo que el testigo
Que soborné declara con falsía.

EMILIA. ¡Plegue al cielo que públicos asuntos,
Le ocupen, cual pensais; y no quimeras
Que á vos atañen y á triviales celos!

DESDEM. ¡Válgame Dios! Jamás le dí motivo.

EMILIA. Mas al celoso así no se responde,
Pues celoso no está por causa alguna.
Está celoso porque está celoso.
Monstruo que á sí se engendra y de sí nace.

DESDEM. Dios de Otelo el espíritu proteja
De semejante monstruo.

EMILIA. Amén, señora.

DESDEM. Iré en su busca. Paseäos, Casio,
Que vuestra pretension, si está propicio,
Procuraré que á realizarse llegue.

CASIO. Humildes gracias aceptad, señora.

(Vanse Desdemona y Emilia.)

Entra BLANCA.

BLANCA. Salud, amigo Casio.

CASIO. ¿Qué te hace
Salir de casa, mi preciosa Blanca?
¿Cómo estás, dulce amor? Iba en tu busca.

BLANCA. Yo, Casio, á tu mansion me dirigía.
¡Una semana ausente; siete noches
Y siete días; veinte veces ocho,
Y ocho horas más! Y si el amor las cuenta
Más lentas corren que el reloj cien veces.
¡Oh triste calcular!

CASIO. Blanca, perdona.
Pensamientos de plomo me oprimían,
Pero, en tiempo propicio, resarcirte
De esta suma de ausencia te prometo.
Este pañuelo imita, dulce Blanca.

(Dándole el pañuelo de Desdemona.)

BLANCA. ¡Oh, Casio! ¿Dónde, dime, lo has hallado?
Prenda de nuevo amor sin duda es esta;
La causa de tu ausencia ya me explico.
¿Este el fin vino á ser? ¡Válgame el cielo!

CASIO. Anda, mujer; sospecha tan villana
Contra los dientes de Satan fulmina
De quien la hubiste. ¿Celos ahora tienes?
¿Y que este es don de una querida juzgas?
Pues, Blanca, no es verdad.

BLANCA. ¿De quién es, dime?

CASIO. Amor mío, no sé. Lo hallé en mi cuarto.
Me agrada, y, por si acaso lo reclaman,
Como es fácil, quisiera tener copia.
Toma, imítalo, y déjame aquí solo.

BLANCA. ¿Dejarte? ¿Mas, porqué?

CASIO. Porque ahora aguardo

Al general; y en mi favor no arguye,
Ni quiero yo que con mujer me vea.

BLANCA. ¿Mas, porqué?

CASIO. No dirás que no te amo.

BLANCA. Mas sí, que no me amas. Ven conmigo
Un corto trecho, y dime si esta noche
Te debo ver.

CASIO. No más que un trecho corto
Puedo contigo ir, pues en espera
Me toca estar; mas te veré en seguida.

BLANCA. Cómo ha de ser. Tendré que conformarme.
(Vase.)

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

Chipre: ante el castillo.

Entran OTELO y YAGO.

YAGO. ¿Qué os parece?
OTELO. ¿Parece, Yago?
YAGO. ¡Vaya!
Besar á ocultas.
OTELO. ¡Clandestinos besos!
YAGO. ¿Ó yacer en el lecho con su amigo
Una ó dos horas sin malicia alguna?
OTELO. ¿Yago, en el lecho y sin malicia alguna?
Hipocresía contra el diablo es esa.
De los que, amando la virtud, tal hacen,
El diablo tienta la virtud, mas ellos
Al cielo tientan.
YAGO. Pues si mal no hicieren
Falta es esa venial. Mas si regalo
Á mi esposa un pañuelo.

OTELO. Continúa.

YAGO. Nada. Es suyo, señor; y, siendo suyo,
Puede esa prenda dar á quien le plazca.

OTELO. De sú honra tambien ella es custodio;
Y ¿puede darla acaso?

YAGO. La esencia de la honra es invisible,
Y la suele tener quien no la tiene;
Pero en cuanto al pañuelo...

OTELO. ¡Á fe que con placer lo olvidaría!
Tú me dijiste—¡ay Dios! á mi memoria
Revoleando llega como cuervo
Que augura males á la infecta casa—
Que él tiene mi pañuelo.

YAGO. Mas ¡qué importa!

OTELO. ¿Te parece eso bien?

YAGO. ¿Qué, si os dijera
Que yo le ví faltaros, ó decirlo?
Hay en el mundo infames, que por causa
De asiduo cortejar, ó por la fuerza
Del espontáneo amor de sus queridas,
Las vencen ó secundan. ¡Y hablan luégo!

OTELO. ¿Ha dicho algo?

YAGO. Sí, señor, ha dicho.
Pero se desdirá; yo os lo aseguro.

OTELO. ¿Qué dijo?

YAGO. Á fe, que conseguido había.
No sé qué ha conseguido.

OTELO. ¿Qué, qué?

YAGO. De ella.

OTELO. ¿De ella?

YAGO. De ella ó con ella; como os plazca.

OTELO. ¿De ella? ¿Con ella? ¡De ese modo se anuncia cuando nos venden! ¡Oh podredumbre! ¡Que confiese! ¡Que lo ahorquen por tal hazaña! ¡Que lo ahorquen primero y que luégo

confiese! ¡Me estremezco de pensarlo! ¡La humana naturaleza no puede, sin causa, revestirse de tan asombrosa ira! ¡No son palabras las que así me conmueven! ¡Bah! Nariz; oidos; labios. ¿Es posible? ¡Confesion! ¡Pañuelo! ¡Oh Lucifer! (Cae en un vértigo.)

YAGO. Adelante, adelante, medicina.
Así al crédulo imbécil se aprisiona;
Y dignas, puras é inocentes damas
Así tambien se pierden. ¡Hola! ¡Vamos!
¡Señor! ¡Señor! ¡Otelo!

Entra CASIO.

Casio amigo.

CASIO. ¿Qué ocurre?

YAGO. Con el vértigo está el jefe.
Este és repeticion: ayer lo tuvo.

CASIO. Sus sienes restregad.

YAGO. De ningun modo:
El síncope seguir su curso debe;
Ó, echando espumarajos por la boca,
En salvaje demencia se desata.
Mirad. Se mueve. Retiraos un rato.
Pronto se repondrá. Cuando se ausente
Hablaros quiero de importante asunto.
(Vase Casio.)
¿Cómo va, general? ¿Teneis herida
La cabeza tal vez?

OTELO. ¿De mí te burlas?

YAGO. ¿Burlarme? ¡No por Dios! Vuestra desgracia
Ojalá conllevarais vos cual hombre.

OTELO. El hombre deshonrado es fiera y mónstruo.

YAGO. Pues muchas fieras en ciudades viven;
Y muchos mansos mónstruos.

OTELO. ¿Lo confiesa?

YAGO. Señor mio, sed hombre. Ved qué yunta

Pudiera hacer con vos cualquier persona
De pelo en pecho al propio yugo uncida.
Millones hay que al acostarse juzgan
Que es suyo sólo el lecho deshonrado.
Vuestro caso es mejor. ¡Oh! del infierno
Blanco es uno; juguete del demonio,
Si á la impura mujer, juzgando casta,
Besamos en el lecho consagrado.
Que sepa yo; que, así, pues me conozco,
Sabré lo que será.

OTELO. Discreto eres.

YAGO. Ahora allí quieto estad; y, resignado,
Sed simple espectador entre barreras.
Cuando há poco os turbó la pena el juicio,
Pasion que no se amolda con tal hombre,
Casio llegó: roguéle que se fuera,
Por razon del letargo que os turbaba;
Añadiendo que, luégo, aquí conmigo
Viniera á hablar. Ha prometido hacerlo.
Oculto ved sus gestos y sus muecas;
Y la expresion patente de su escarnio
Cuando repita el cuento; y diga, dónde,
Y cómo, y desde cuándo y cuántas veces
Se vieron él y vuestra esposa: digo
Que contempleis con calma su semblante.
Vaya. Tened paciencia, ó caprichoso
Y hombre de escaso temple he de llamaros.

OTELO. Yago, escucha; paciencia y disimulo
Parejas correrán. Sí; mas, escucha,
Será cual mi paciencia mi venganza.

YAGO. Está bien; sed prudente, retiráos.
(Otelo se retira.)
Hablo á Casio de Blanca, mujerzuela
Que, vendiendo favores, come y viste.
Apasionada está de Casio: suelen

Cautivar á infinitos estas mozas;
Y cautivarlas uno. Cuando escuche
Hablar de esa mujer, reirá de fijo.
Ahí viene: contemplando sus sonrisas
Loco Otelo se vuelve de seguro;
Y, en sus celos estúpidos, achaca
A falso orígen las sonrisas, gestos
Y ademanes sardónicos de Casio.

Vuelve á entrar CASIO.

¿Teniente, cómo os va?

CASIO. Peor que nunca,
Pues título me dais, cuya carencia
Me mata.

YAGO. Suplicad á Desdemona
Y lo obtendreis. ¡Si Blanca sentenciara
(Hablando quedo.)
Qué pronto vuestro pleito concluiría!

CASIO. ¡Pobrecilla criatura!

OTELO. (Aparte.) Ya se ríe.

YAGO. Nunca he visto á mujer que quiera tanto.

CASIO. ¡Ah pobre chica! La infeliz me quiere.

OTELO. (Aparte.) Débilmente lo niega y se sonríe.

YAGO. Casio, escuchad.

OTELO. (Aparte.) Le ruega en este instante
Que lo repita. Sigue; bien: bien dicho.

YAGO. Se ha dejado decir que vos con ella
Os casareis al fin. ¿Es eso cierto?

CASIO. Ja, ja.

OTELO. (Aparte.) ¿Triunfas, Romano, dime, triunfas?

CASIO. ¡Casarme yo con ella! ¡Vaya una parroquiana! Os ruego que tengais más caridad para con mi entendimiento y no lo juzgueis tan enfermizo. ¡Ja, ja, ja!

OTELO. (Aparte.) ¡Bien, bien, bien! Quienes ganan rien.

YAGO. Pues la voz pública afirma que, en verdad, os casais.

CASIO. ¡Por favor! ¿De veras?

YAGO. Crēedme amigo deslēal si nó.

OTELO. (Aparte.) ¿Me resellaste tú? Bueno.

CASIO. Eso es lo que dice esa chicuela. Crēe que con ella me voy á casar por razon de su propio cariño y vanidad, mas no porque yo le hayā hecho promesa alguna.

OTELO. (Aparte.) Yago me llama. Ahora principia el cuento.

CASIO. Aquí estaba hace poco. Me acosa en todas partes. El otro dïa me hallaba en la playa conversando con unos venecianos, y la muy muñeca se abalanzó á mi cuello, así...

OTELO. (Aparte.) Exclamando, ¡Oh querido Casio! como si dijéramos. Así lo implica su gesto.

CASIO. Y apoyándose en mí y colgándose de mí, llora y tira y hala de mí. ¡Ja, ja, ja!

OTELO. (Aparte.) Ahora le cuenta como que le invita á mi alcoba. ¡Oh, vēo tu nariz, pero no al perro á quien la he de arrojar!

CASIO. No hay más remedio que separarme de ella.

YAGO. ¡Ántes que de mí! Mirad, ahí viene.

CASIO. Vaya un gato montés, y aún perfumado.

Entra BLANCA.

¿Por qué me acosas de este modo?

BLANCA. Acósente el diablo y su abuela. ¿Cuál era tu intencion al darme hace poco aquel pañuelo? ¡Valiente necia fuí en recibirlo! ¿Y que lo imite? ¡Fácil es que tē hayas encontrado semejante prenda en tu cuarto sin saber quién te la dejó! Es don de alguna querida tuya. ¿Y yo he de imitarlo? Toma; dáselo á tu tarasca. Venga de donde venga no lo imito.

CASIO. Vamos, querida Blanca; vamos, vamos.
OTELO. (Aparte.) ¡Vive Dios, parece mi pañuelo!
BLANCA. Si quieres ven á cenar conmigo esta noche; si nó, ven cuándo te dé la gana. (Vase Blanca.)
YAGO. Seguidla; seguidla.
CASIO. Á fe que tengo de hacerlo ó alborotará la calle.
YAGO. ¿Cenais con ella?
CASIO. Tal pienso.
YAGO. Pues bien: quizás yo os vea; porque deseo hablaros.
CASIO. Os ruego que vengais. ¿Vendreis?
YAGO. Basta. No hablemos más. (Vase Casio.)
OTELO. (Adelantándose.) ¿Cómo lo asesino, Yago?
YAGO. ¿Vísteis como se reia de su delito?
OTELO. ¡Oh Yago!
YAGO. ¿Y vísteis el pañuelo?
OTELO. ¿Era el mio?
YAGO. El vuestro; os lo juro. ¡Y ver el aprecio que hace de esa necia de vuestra esposa! ¡Ella se lo regala, y él lo regala á su querida!
OTELO. Nueve años lo estaria matando. ¡Bella mujer! ¡Cándida mujer! ¡Dulcísima mujer!
YAGO. Nada; olvidadlo.
OTELO. Sí; que se pudra; que perezca y que se condene esta noche, porque no vivirá. No; trocóse mi corazon en piedra. Le golpeo y me hiere la mano. ¡Oh! no existe criatura más gentil en este mundo. Yacer pudiera junto á un emperador y ordenarle empresas.
YAGO. ¡Vaya! No sois el mismo.
OTELO. ¡Maldita sea! Digo sólo lo que es. ¡Con la aguja tan hábil! ¡Tan entendida en la música! ¡Oh, su voz amansaria á una fiera! ¡De tan elevado y exquisito ingenio! ¡De tanta inventiva!

YAGO. Peor, por esó mismo.

OTELO. ¡Oh, sí! ¡Mil veces! ¡Mil veces! ¡Y de tan blanda condicion!

YAGO. Sí; demasiado blanda.

OTELO. ¡Sí, es verdad! Pero, sin embargo, ¡Qué lástima, Yago! ¡Oh, Yago! ¡Qué lástima, Yago!

YAGO. Si así os condoleis de su iniquidad, dadle patente para faltar. Como no os ofenda á vos, nadie tiene que ver con eso.

OTELO. La haré trizas. ¡Deshonrarme!

YAGO. ¡Oh, es una infamia!

OTELO. ¡Con un subordinado!

YAGO. Mayor infamia aún.

OTELO. Procúrame un veneno, Yago, esta noche. No discutiré con ella; no sea que su aspecto y su belleza trastornen otra vez mi mente. Esta noche, Yago.

YAGO. No la envenenéis; ahogadla en el lecho. En el mismo lecho que ha deshonrado.

OTELO. Bien, bien; esa justicia me agrada; muy bien.

YAGO. Y en cuanto á Casio, yo seré su enterrador. Sabreis más á media noche.

OTELO. Perfectamente. ¿Qué clarin es ese?

(Clarines dentro.)

YAGO. Noticias de Venecia, de seguro.
Es Ludovico, á quien el Dux envía;
¡Y ved! Con él se acerca vuestra esposa.

Entran LUDOVICO, DESDEMONA y acompañamiento.

LUDOV. Guárdeos Dios, general.

OTELO. Señor, por siempre.

LUDOV. Por mí el Dux y el Senado de Venecia
Os saludan. (Le da un pliego.)

OTELO. Yo beso su mandato.

(Abre el pliego y lée.)

DESDEM. Pariente Ludovico, ¿qué noticias?
YAGO. Á Chipre bien venido. Gozo en veros.
LUDOV. Mil gracias, ¿y el teniente Casio?
YAGO. Vive.
DESDEM. De mi señor crüel desavenencia
Lo aparta, mas podreis vos arreglarla.
OTELO. ¿Y tan seguro es eso?
DESDEM. Dueño mío.
OTELO. «Y cuidad de cumplir lo que se os dice.» (Leyendo.)
LUDOV. No os llamaba. Se ocupa en la lectura
Del papel. ¿Mas riñeron él y Casio?
DESDEM. Sí, por desgracia; y yo para avenirlos,
Por el amor de Casio, mucho hiciera.
OTELO. ¡Ira de Dios!
DESDEM. Señor.
OTELO. ¿Eres discreta?
DESDEM. ¿Está enojado?
LUDOV. Puede que la carta
Le irrite, pues me pienso que le dicen
Que torne, y Casio su lugar ocupe.
DESDEM. ¡Pues á fe que me alegro yo!
OTELO. ¿De veras?
DESDEM. Señor.
OTELO. Celebro el encontrarte loca.
DESDEM. Mi dulce Otelo.
OTELO. ¡Lucifer! (Golpeándola.)
DESDEM. Tal trato
No merecí jamas.
LUDOV. Este suceso
No es fácil que en Venecia se creyera,
Señor, aunque jurara haberlo visto.
Es por demás. Satifacedla. Llora.
OTELO. ¡Oh Lucifer! ¡Oh Lucifer! ¡Regado
De llanto femenil el universo

Un caimán cada lágrima sería.
Apártate.

DESDEM. Me iré por no ofenderte. (Yéndose.)

LUDOV. Dama humilde en verdad. Señor suplico
Que la llameis.

OTELO. Mujer.

DESDEM. Señor.

OTELO. ¿Cón ella
Qué quereis?

LUDOV. ¿Yo, señor?

OTELO. Sí, ¿no dijísteis
Que la hiciera tornar? Torna, bien pronto:
Torna, señor; y al proseguir, retorna:
Y llora, si señor: llora; y es cierto
Que es sumisa, sumisa, muy sumisa.
Sigue llorando tú. Tocante al caso —
¡Oh! bien fingida pena! — que retornen
Me ordenan. — Vete: te veré más tarde. —
La órden, señor, acato, y á Venecia
Me apresuro á partir. — Aparta, vete. —
(Vase Desdemona.)
Casio ocupe mi puesto; y esta noche
Espero que cenemos en compaña:
Muy bien venido á Chipre.—¡Cabras! ¡Jimios!
(Vase.)

LUDOV. ¿Es este el noble moro que el Senado
Llama la perfeccion? ¡El sér tan noble
A quien jamás la cólera perturba?
¿Aquél en cuyo espíritu nŏ hiere
El fiero proyectil de la desgracia
Y de la suerte el dardo no penetra?

YAGO. ¡Es mucha su mudanza!

LUDOV. ¿Pero sano
Su juicio está? Decid: ¿no está demente?

YAGO. Él es quien es. Ni áun exhalar censuras

Me toca; mas que sêa ¡plegue al cielo!
Lo que debe de ser; si tal no fuere.

LUDOV. ¡Maltratar á su esposa!

YAGO. ¡Por mi vida!
Eso no estuvo bien, pero ¡Dios haga
Que ese golpe el péor de todos sêa!

LUDOV. ¿Acostumbra á tratarla de ese modo,
O es falta que nació de la lectura
De aquella carta y que excitó su sangre?

YAGO. ¡Válgame Dios! Ni debo hablar siquiera
De lo que he visto y sé. Más observadlo,
Y ya vereis quién es por su conducta
Ahorrándome de hablar: ahora seguidle,
Y observad lo quē haga.

LUDOV. Dolor me causa contemplar mi yerro.

ESCENA II.

Habitacion en el castillo.

Entran OTELO y EMILIA.

OTELO. ¿Tú nada viste, pues?

EMILIA. Ni nada öido;
Ni sospeché jamás.

OTELO. Sí, pues qué viste
A ella y Casio reunidos.

EMILIA. Pero nunca
Vi en ello mal, pues las palabras todas
Öí de sus recíprocos alientos.

OTELO. ¿Qué, nunca hablaban en secreto?

EMILIA. Nunca.

OTELO. ¿Ni te mandaban retirar?

EMILIA. No, nunca.
OTELO. ¿Para träer sus guantes, su abanico
Ó acaso su antifaz ó cualquier cosa?
EMILIA. Nunca, señor.
OTELO. ¡Extraordinario es eso!
EMILIA. Es honrada, señor: apuesto el alma.
Si otra cosa pensais, esas idëas,
Que vuestra mente ofuscan, arrancäos.
La maldicion de Dios á la serpiente
Alcance al vil que os infundió tal duda.
Si honrada, casta y fiel ella no fuera
No existe hombre feliz: es más infame
Que la calumnia la mejor esposa.
(Vase Emilia.)
OTELO. Dile que venga. Vete. Poco dice;
Y eso debe decir cualquier tercera.
Prostituta sutil; arca cerrada,
Que guarda los secretos más infames.
Y se arrodilla y reza. Yo lo he visto.
Vuelve á entrar EMILIA con DESDEMONA.
DESDEM. Señor, ¿qué ordenas?
OTELO. Ven aquí, querida.
DESDEM. ¿Cuál es tu voluntad?
OTELO. Verte los ojos:
Mírame cara á cara.
DESDEM. ¿Qué terrible
Capricho?
OTELO. Tú, mujer, á tus quehaceres.
Deja á los novios solos. Vete y cierra;
(A Emilia.)
Y avisa ó tose si se acerca alguno.
Tu obligacion: tu obligacion; y pronto.
(Vase Emilia.)
DESDEM. De rodillas lo pido. ¿Tus acciones
Que implican? El furor de tus palabras

Comprendo; tus palabras no comprendo.

OTELO. Dime, ¿quién eres tú?

DESDEM. Señor, tu esposa,
Tu esposa amante y fiel.

OTELO. Pues á jurarlo.
Condénate: no sea que el demonio,
Tan igual á los ángeles al verte,
Arrebatarte tema. Por lo tanto
Dos veces vas á condenarte. Jura,
Que eres honrada.

DESDEM. ¡Bien lo sabe el cielo!

OTELO. ¡Qué eres más falsa que el infierno sabe!

DESDEM. ¡Falsa, señor! ¿A quién, con quién, y cómo?

OTELO. ¡Ay Desdemona! Vete, vete, vete.

DESDEM. ¡Ay Dios! ¡Hora funesta! ¿Por qué lloras?
¿Y soy yo de esas lágrimas la causa?
Si sospechas que culpa de mi padre
Es que volver te ordenen, no me inculpes:
Si lo perdiste tú, yo lo he perdido.

OTELO. Si con desgracias le pluguiera al cielo
Probarme á mí; y á mi desnuda frente
Arrojara catástrofes y oprobios;
Si en profunda pobreza me sumiera;
Si mi cuerpo y mis dulces esperanzas
Cautivas viese; siempre algun consuelo
Del alma en un rincon encontraría.
Mas ¡ay! ¡ser blanco vil adonde apunte
El dedo del escarnio torpe y fijo!
¡Oh! ¡Oh!
Aun eso sin quejarme soportara.
Mas de allí, donde tengo acumulado
Todo mi corazon, donde por fuerza
He de vivir, ó no vivir, la fuente
De donde mana la existencia mía,
Ó seca está, de allí ser arrojado,

Ó conservarla cual cisterna impura,
Donde sapos inmundos se propaguen.
¡Paciencia! aquí dirige tu mirada
Oh jóven querubin, de rojos labios;
Y expresion infernal tendrá tu rostro.

DESDEM. Sin duda honrada mi señor me juzga.

OTELO. ¡Oh sí! Cual esas moscas que en estío
Al matadero acuden y que ahijan
El hálito del viento. Mala yerba
De beldad exquisita, cuyo aroma
Embarga la razon, ¿por qué naciste?

DESDEM. ¡Ah! ¿Qué falta, ignorante, he cometido?

OTELO. ¡En tal papel, en libro tan hermoso
Que la palabra adúltera se lea!
¿Qué has cometido tú? ¿Qué has cometido,
Mujerzuela infeliz? ¡Oh! Mis mejillas
Fraguas son; y al hablar de tus acciones
Reducen á cenizas mi modestia.
¿Qué has cometido? Con disgusto el cielo
Su rostro aparta. Ni lo ve la luna;
Y el impúdico viento que acaricia
Cuanto á su paso encuentra, en las entrañas
De la tierra se oculta por no oirlo.
¿Qué has cometido tú, procaz ramera?

DESDEM. Me injurias.

OTELO. Pero, dime, ¿no lo eres?

DESDEM. No; te lo juro por mi fe cristiana;
Si este vaso guardar para mi dueño,
Libre del tacto de otra mano impura,
Es no serlo jamás, jamás lo he sido.

OTELO. ¡Cortesana no eres!

DESDEM. No; lo juro.

OTELO. ¡Es posible!

DESDEM. ¡Que el cielo nos perdone!

OTELO. Siendo así, disimula. Te creía

La astuta cortesana de Venecia
Que casó con Otelo. Tú, criatura,

Vuelve á entrar EMILIA.

Cuyo oficio es contrario al de San Pedro,
Y que las puertas del infierno guardas,
Tú, tú, sí, tú. Ya todo ha concluido.
Toma, toma dinero por tu cargo.
Ahora cerrad las puertas y silencio. (Vase.)

EMILIA. ¿Pero qué piensa este señor, señora?
¿Cómo estais, como estais, mi dulce ama?

DESDEM. Medio dormida á fe.

EMILIA. ¿Mas que ha ocurrido,
Señora, á mi señor?

DESDEM. ¿A quién?

EMILIA. Es claro:
¿A mi señor, señora?

DESDEM. ¿Quién es ése?

EMILIA. Quien es vuestro señor, dulce ama mía.

DESDEM. Señor no tengo, Emilia; no me hables:
Llorar no puedo; y lágrimas tan solo
Deben ser mi respuesta. Te suplico
Que extiendas esta noche sobre el lecho
Mis sábanas nupciales: no lo olvides;
Y á tu marido llama.

EMILIA. ¡Vaya un cambio!
(Vase.)

DESDEM. ¡Justo será que así me trate! ¡Justo!
¿Qué puedo yo haber hecho que mi falta
Pueda haber dado orígen á sus dudas?

Vuelve á entrar EMILIA con YAGO.

YAGO. ¿Qué me quereis y como os va, señora?

DESDEM. No lo sé. Dulcemente al tierno niño
Se le enseñan las fáciles tareas;
Pudo así reprocharme. Tierno niño
Para el reproche soy.

YAGO. ¡Pero qué ocurre!
EMILIA. Ramera su señor la llama, Yago.
¡Ay Dios! y tanta hiel y tanta ofensa
Sobre ella acumuló, que no es posible
Que lo soporte la honradez.
DESDEM. ¿Merezco
Esa palabra, Yago?
YAGO. ¿Qué palabra?
DESDEM. La que ella dice que mi dueño ha usado.
EMILIA. Ramera la llamó; no aplicaría
Un mendigo bëodo á su manceba
Esa frase jamás.
YAGO. ¿Por qué tal hizo?
DESDEM. No sé; mas nunca merecí tal nombre.
YAGO. No lloreis, no lloreis. ¡Triste suceso!
EMILIA. ¿Sacrificó para que así la insulten
Tanto noble partido, padre, patria
Y amistades? ¿Y no quieres que llore?
DESDEM. ¡Es mi suerte crüel!
YAGO. ¿Pero, Dios mïo,
Cómo pudo pensar tamaño absurdo?
DESDEM. ¡Sábelo Dios!
EMILIA. Me ähorquen si no crëo
Que un vil sin par, astuto, artero, infame,
Embaucador, é insinüante esclavo,
Por lograr una plaza, tal calumnia
No inventó; que me ähorquen si no es eso.
YAGO. ¡Bah! que exista tal hombre no es posible.
DESDEM. El cielo lo perdone si existiere.
EMILIA. Perdónelo lä horca; y el infierno
Sus huesos röa. ¡Meretriz llamarla!
Con quién? En dónde? Cuándo? De qué modo?
¿Es verosímil eso? El más villano,
El más egregio y miserable pillo
Al moro engaña. ¡Ay Dios! cuán bueno fuera

La máscara quitar á esos canallas;
Y armar de fustas á la honrada gente
Para correr desnudos á esos viles
Desde oriente á occidente á latigazos.

YAGO. Habla con más mesura.

EMILIA. ¡Maldecidos!
Sin duda un caballero semejante
Volvió hácia afuera de tu juicio el forro
Con el moro infundiéndote sospechas.

YAGO. ¡Necia, calla!

DESDEM. Mas, Yago ¿qué me toca
Hacer por recobrar al dueño mío?
Habladle vos: pues, ¡por la luz del cielo!
Que de perderlo la razon ignoro.
Vedme postrada aquí. Si vez alguna
Faltó mi voluntad á su cariño
En actos, pensamientos ó palabras;
Si jamás mis öidos ó mis ojos,
Ó mis demás sentidos se gozaron
En otro sér; ó, si constante siempre,
Aunque de sí me arroje y me repudie,
No lo amo yo, ni resignarme pueda.
La aspereza, sin duda puede mucho,
Y acasö hiera su rigor mi vida,
Pero á mi amor no alcanzará. Detesto
Aun pronunciar de meretriz el nombre.
Para no merecer ese dictado
El auge mundanal despreciaría.

YAGO. Tranquilizäos: su furor provocan
Los públicos negocios; y su saña
Con vos patentizó.

DESDEM. ¡Fuera eso sólo!

YAGO. No lo dudeis; öid: ya los clarines
La cena anuncian; la comida esperan
Los mensajeros que Venecia envía.

Id, no lloreis: remediaráse todo.

(Vanse Desdemona y Emilia.)

Entra RODRIGO.

¡Hola Rodrigo!

RODR. No vēo que me trates bien.

YAGO. ¿Qué ves en contrario?

RODR. Me entretienes cada dīa con nuevos proyectos, Yago; y, segun ahora estoy viendo, más bien me apartas de lo que me conviene, que me das la más mínima esperanza de éxito. Ya no lo aguanto más; y ni tampoco estoy seguro de que toleraré lo que hasta hoy tan neciamente he soportado.

YAGO. ¿Quieres ōirme, Rodrigo?

RODR. A fe que te he ōido demasiado; pues tus palabras y tus actos no tienen parentesco.

YAGO. Me inculpas injustamente.

RODR. Te digo la verdad á secas. He gastado más de lo que podīa. Las alhajas que te dí para Desdemona bastaban para corromper á una sacerdotisa. Me has dicho que las ha recibido, y que me da esperanzas de pronta atencion, y que promete correspondencia, pero no lo vēo.

YAGO. Bien, vete; está bien.

RODR. Está bien, vete. No puedō irme, hombre; y, además, no está bien: crēo que está muy mal, y comienzo á ver que he sido juguete tuyo.

YAGO. Está bien.

RODR. Te digo que no está bien. Veré á Desdemona: si me devuelve mis alhajas cesaré en mis galantēos y me arrepentiré de mis ilegales asechanzas; si nó, ten por seguro que te pediré satisfaccion.

YAGO. ¿Acabaste?

RODR. Sí, y nada he dicho que no tenga intencion de llevar á cabo.

YAGO. Vaya, ya vēo que tienes brīo, y desde ahora te tendré en más aprecio que hasta aquí. Dame la mano, Rodrigo. Me inculpas injustamente, pues te aseguro que he obrado para contigo con la mejor buena fe en este asunto.

RODR. No ha aparecido.

YAGO. Concedo que no ha aparecido, y que tus sospechas no dejan de tener fundamento, y de patentizar tu agudeza. Si hay en ti eso, que āhora más que nunca tengo motivos para crēer que tienes, es decir, intencion, pujanza y valor, muéstralo esta noche: si á la siguiente no logras á Desdemona, échame de este mundo á traicion, é inventa máquinas para destrüir mi vida.

RODR. Vēamos ¿qué es ello? ¿Es razonable y hacedero?

YAGO. Se han recibido órdenes especiales de Venecia para que Cásio ocupe el puesto de Otelo.

RODR. ¡De veras! Pues entónces Otelo y Desdemona tendrán que volver á Venecia.

YAGO. ¡Oh, nó! El se va á Mauritania y se lleva á la hermosa Desdemona, á menos que su permanencia aquí no se prolongue por causa de algun accidente; y nada puede contribüir para este fin tanto como la desaparicion de Casio.

RODR. ¿Qué das á entender con su desaparicion?

YAGO. ¡Vaya! incapacitarlo para que pueda ocupar el puesto de Otelo. Echarle fuera los sesos.

RODR. ¿Y esŏ es lo que quieres que yŏ haga?

YAGO. Sí tal, si quieres servirte y vengarte. Esta

noche cena con una mujerzuela, y allí iré á verle. Aun no conoce su buena fortuna. Si te pones en acecho para cuando vaya á la casa (yo haré que sëa entre doce y una) puedes hacerlo á tu gusto. Yo me hallaré cerca para ayudarte, y entre los dos caerá. Vamos, no pongas esa cara de asombro. Sígueme y te demostraré lo necesario de su muerte, de modo tal, que te verás obligado á dársela. Ya es hora de cenar y la noche avanza.

RODR. Es necesario ōir más razones para esto.

YAGO. Y te satisfarán. (Vanse.)

ESCENA III.

Entran OTELO, LUDOVICO, DESDEMONA, EMILIA y acompañamiento.

LUDOV. Que más no os molesteis, señor, os ruego.
OTELO. Perdonad. Pasëarme me conviene.
LUDOV. Señora, buenas noches y mil gracias.
DESDEM. Bien venido.
OTELO. ¿Estais pronto?—¡Oh, Desdemona!
DESDEM. Señor.
OTELO. Márchate al lecho de seguida:
Vuelvo al punto. Despide á tu doncella:
Que lō hagas.
DESDEM. Lo haré.
(Vanse Otelo, Ludovico y acompañamiento.)
EMILIA. ¿Qué tal? Parece
Hallarse más tranquilo.
DESDEM. Incontinenti
Dice que ha de volver, y me ha mandado

Al lecho y despedirte.

EMILIA. ¡Despedirme!

DESDEM. Eso dijo. Por tanto Emilia mía,
Adios, y dame mi nocturno traje;
Hoy nada se ha de hacer que lo disguste.

EMILIA. ¡Ojalá que jamás lo hubierais visto!

DESDEM. No diré tal. Mi amor lo ve perfecto.
Su misma terquedad, ceño y enojo—
Descíñeme—virtud y amor implican.

EMILIA. Sobre el lecho las sábanas se hallan.

DESDEM. Es igual. ¡Dios me valga! Qué caprichos
Tan necios tiene una. Si muriese
Yo, por acaso, ántes que tú, te ruego
Que en una de esas sábanas me envuelvas.

EMILIA. Callad, callad.

DESDEM. Doncella de mi madre
Era una jóven, Bárbara llamada:
Tuvo amores; perdió su novio el juicio
Y la dejó. Cantaba «El sauce», copla
Ya vieja; pero acorde con su cuita.
Cantándola murió; pues esta noche
No la puedo olvidar. Me es imposible
No inclinar la cabeza, y no cantarla
Como la pobre Bárbara solía—
Hazme el favor de despachar.

EMILIA. ¿Os traigo,
Vuestra bata?

DESDEM. No tal. Esto desciñe—
Ludovico es discreto.

EMILIA. Muy buen mozo.

DESDEM. Habla bien.

EMILIA. Una dama de Venecia,
Conozco que, descalza, á Palestina
Por solo un beso de sus labios fuera.

DESDEM. Sentada á la sombra del gran sicomoro,

Cantad, verde sauce;
Esconde en su falda su frente y su lloro.
Cantad, sauce, sauce;
La fresca corriente sus ayes murmura,
Cantad, sauce, sauce;
Ablanda su llanto la roca más dura.—
Guardă esto.—
Cantad, sauce, sauce—
Despáchate, te ruego. Pronto vendrá.—
Cantad, verde sauce, sereis mi corona...
No sigue eso, no.—¡Escucha! ¿Quién llama?

EMILIA. Es el viento.

DESDEM. Que nadie lo inculpe: mi amor lo perdona.
Cantad, sauce, sauce;
De falso lo acuso; respóndeme fiero,
Cantad, sauce, sauce;
Que muchas te quieran si á muchos yo quiero.
Vete, pues. Buenas noches. Cual me escuecen
Los ojos. ¿Eso lágrimas augura?

EMILIA. No; nada implica.

DESDEM. Pues que «Sí» se dice:
Ay quĕ hombres, quĕ hombres! Dime Emilia,
En conciencia, ¿tú piensas que hay mujeres
Que vendan de ese modo á sus maridos?

EMILIA. Algunas hay sin duda.

DESDEM. ¿El mundo entero
A una accion semejante te indujera?

EMILIA. ¿No os indujera á vos?

DESDEM. No; te lo juro
Ante la faz de esa celeste antorcha.

EMILIA. Ni ante la faz tampoco yo lo haria
De esa celeste antorcha; mas á oscuras...

DESDEM. ¿Pero tú hicieras por el mundo entero
Tal accion?

EMILIA. ¡Es el mundo cosa grande!

Es gran beneficio
Por tan leve vicio.

DESDEM. Á fe que crëo que tal no harías.

EMILIA. Á fe que crëo que lo haría, y lo desharía despues dë hecho. Vaya, no lo haría por una sortija, ni por una vara de lienzo, ni por vestidos, enaguas ó tocas ú otras frioleras. Pero por el mundo entero. ¡Vaya! quién no adorna á su esposo para hacerlo Rey. Corriera el riesgo dë ir al purgatorio por eso.

DESDEM. El cielo me maldiga si por el mundo entero cometiera yo tal falta.

EMILIA. Vaya. La falta es una falta en el mundo; y, teniendo una al mundo por suyo, es una falta en el mundo dë una, y puede pronto arreglarse.

DESDEM. No crëo que exista semejante mujer.

EMILIA. Si tal, una docena; y si me apuran,
Bastantes hay para llenar el mundo.
Mas pienso yo que es culpa del marido
Si peca la mujer; ya porque falten
Á sus deberes ellos; porque arrojen
Nuestros tesoros en ajenas faldas;
Ó, porque ardiendo en miserables celos
Nos opriman; ó acaso nos golpëen;
Ó inquieran sin piedad nuestro pasado.
¡Vaya! tenemos hiel, y aunque piadosas
Un poco de venganza nos agrada.
Que sepan los maridos que, cual ellos,
Inteligencia tienen sus mujeres:
Que ven, quë huelen, que lo dulce y ágrio
Como cualquier marido saborëan.
¿Porqué por otras olvidarnos suelen?
¿Es diversion? Tal vez. Ó ¿por ventura
De la pasion estímulo violento?

Tal vez. ¿Quizás, fragilidad tan sólo?
Tal vez tambien. Y ¿acaso, divertidas
No somos y tambien apasionadas
Y frágiles cual hombres las mujeres?
Prudentes obran, pues, si nos complacen,
Que nuestras faltas de sus faltas nacen.

DESDEM. Buenas noches, Emilia. Buenas noches.
Nunca en sacar del mal el mal me empeñe;
Dios con el mal á ser mejor me enseñe.
(Vanse.)

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

Chipre: una calle.

Entran YAGO y RODRIGO.

YAGO. Ocúltate detrás de aquella esquina.
Pronto vendrá. Tu acero desenvaina;
Y, al corazon: no temas. Estoy cerca.
Esto nos salva ó pierde; por lo tanto
Resolucion enérgica te anime.
RODR. Hállate cerca por si marro el golpe.
YAGO. Junto á ti. Ten valor. Tu puesto ocupa.
(Se retira.)
RODR. No tengo devocion hácia esta hazaña,
Á pesar de tan sólidas razones...
¡Un hombre ménos es! Desenvainemos.
Debe morir. (Se retira á su puesto.)
YAGO. Este infeliz postema
Á fuerza de frotar por fin se irrita.
Que á Casio mate, ó que lo mate Casio,

Ó reciprocamente que se maten,
Yo gano siempre. Si Rodrigo vive
Me hace restitüir dinero y joyas
Hurtadas, so pretexto de entregarlas
Á Desdemona, cual presentes suyos.
No debe ser. Si Casio prevalece,
La constante belleza de su vida
Á mí me afēa; y, además, el moro
De mí le puede hablar. ¡Es grave riesgo!
Debe morir. Sí tal. Aquí se acerca.

Entra CASIO.

RODR. Sus pasos oigo. Él es. Villano, muere.
(Sale y ataca á Casio.)

CASIO. Mi enemigo mortal fuera ese golpe
Si mas fuerte gaban del que imaginas
No gastara. Probemos, pues, el tuyo.
(Desenvainä y hiere á Rodrigo.)

RODR. ¡Ay; muerto soy!
(Yago cauteloeamente hiere á Casio, y vase.)

CASIO. ¡Lisiado y para siempre!
¡Eh favor! ¡Asesinos! ¡Asesinos! (Cäe.)

Entra OTELO á distancia.

OTELO. Es Casio: Yago su palabra cumple.

RODR. ¡Oh cuán infame soy!

OTELO. ¡Verdad es eso!

CASIO. ¡Eh, favor! ¡Hola! ¡Luz! ¡Un cirujano!

OTELO. ¡El és! Yago, valiente, honrado y justo,
Que así del mal te cuidas de tu amigo,
Tú me enseñas. Mozuela, muerto yace
Ahí tu querido; y tu funesta suerte
Gritando «Meretriz» á ti se acerca.
De mi pecho la magia de tus ojos
Despareció. Tu lecho mancillado
Con sangre impura quedará regado.
(Vase Otelo.)

(Entran LUDOVICO y GRACIANO á distancia.)

CASIO. ¿Y la ronda? ¡No hay nadie que me ampare!
¡Asesinos! ¡Favor!

GRAC. El caso es serio.
Y es angustioso por demás el grito.

CASIO. ¡Favor!

LUDOV. ¿Öis?

RODR. ¡Villano miserable!.

LUDOV. Dos ó tres gritan. Noche oscura es esta;
Y acudir á esos gritos no es prudente
Sin otro auxilio.

RODR. ¿Nadie me socorre?
Me voy á desangrar.

(Entra Yago con una luz.)

LUDOV. ¿Öis?

GRAC. Se acerca
Uno con luz allí medio vestido.

YAGO. ¿Quién es? ¿Quién vocifera que lo matan?

LUDOV. No lo sabemos.

YAGO. ¿Mas gritar no öisteis?

CASIO. Llegad. Llegad, por Dios, y socorredme.

YAGO. ¿Qué pasa?

GRAC. Me parece que de Otelo
Es el teniente.

LUDOV. El mismo bravo mozo.

YAGO. ¿Quién sois que así gritais tan angustiado?

CASIO. Yago, herido me ves por gente infame:
Auxilïame tú.

YAGO. ¡Jesús! Teniente,
¿Donde están los malvados que esto hicieron?

CASIO. Uno debe de andar por aquí cerca,
Porque no puede hüir.

YAGO. ¡Viles traidores!
¿Estais aquí? — Llegad y dadme auxilio.

RODR. ¡Ay! ¡Socorredme!

CASIO. Aquel debe ser uno.
YAGO. ¡Asesino! ¡Villano! (Yago hiere á Rodrigo.)
RODR. Yago infame.
¡Oh, perro vil!
YAGO. ¿Asesinar á oscuras?—
¿Adónde se han metido estos ladrones?
¡Que silenciosa la ciudad se halla!
¡Eh, favor! ¡Asesinos!—¿Quién se acerca?
¿Es para bien ó para mal?
LUDOV. Juzgadnos
Despues de conocernos.
YAGO. ¿Ludovico?
LUDOV. El mismo.
YAGO. Perdonadme. Casio es ese,
A quien malvados han herido.
GRAC. ¡Casio!
YAGO. ¿Cómo va, compañero?
CASIO. Dividida
Mi pierna está.
YAGO. ¡No lo permita el cielo!
Señores, luz. Con mi camisa venda
Os haré.

Entra BLANCA.

BLANCA. ¿Qué ha ocurrido? ¿Quién gritaba?
YAGO. ¿Que quién gritaba?
BLANCA. ¡Mi querido Casio!
¡Mi dulce Casio! ¡Oh, Casio, Casio, Casio.
YAGO. Notoria meretriz. ¿Teneis sospechas
Casio, de quiénes son los que os hirieron?
CASIO. No.
GRAC. Mucho siento hallaros cual os hallo.
En vuestra busca fuí.
YAGO. ¡Dadme una venda!
Así: venga un sillon y á conducirlo
Con cuidado.

BLANCA. ¡Dios mío! ¡Se desmaya!
¡Ay, Casio, Casio, Casio!
YAGO. Caballeros,
Sospecho que esta moza tiene parte
En el caso. Tened paciencia, Casio.
Vamos, venga una luz. Pero ¿esta cara
Es conocida ó no? ¡Jesús! ¡Mi amigo:
Rodrigo, mi paisano. Nó: ¡seguro!
¡Rodrigo, cielos, es!
GRAC. ¿El de Venecia?
YAGO. El mismo, sí señor. ¿Le conocíais?
GRAC. ¿Conocerlo? Sí tal.
YAGO. Señor Graciano,
Perdon os ruego. Tan sangrientos lances
De no haberos aún visto que me excusen.
GRAC. Me alegra mucho el veros.
YAGO. ¿Qué tal, Casio?
Una silla traed, ¡silla!
GRAC. ¡Rodrigo!
YAGO. ¡Él! ¡Él! ¡Él es!—Bien dicho; sí, la silla.
(Traen una silla.)
Que con cuidado alguna buena gente
Lo conduzca de aquí: yo al cirujáno
Veré del general. Tú, señorita, (Á Blanca.)
Ese trabajo ahorra. Casio, el muerto
Que ahí yace era mi amigo. ¿Entre vosotros
Qué motivos de quejas existían?
CASIO. Ninguno; ni conozco á ese sujeto.
YAGO. (Á Blanca.) ¿Qué es eso, palideces?—Dadle aire.
(Se llevan á Casio y á Rodrigo.)
Deteneos, señores. Señorita,
¿Palideces? Mirad cuál se retrata
El espanto en sus ojos: si así miras,
Sabremos más despues: vedla despacio;
Miradla por favor: la veis, señores,

El crímen habla sin usar la lengua.

Entra EMILIA.

EMILIA. Ay Dios! ¿Qué ocurre, esposo, dí qué ocurre?
YAGO. Entre tinieblas atacado Casio
Fué por Rodrigo y otros que se huyeron.
Malherido él está: muerto Rodrigo.
EMILIA. ¡Ay, pobre caballero! ¡Pobre Casio!
YAGO. Y todo es por mocear. Pregunta
Dónde, Emilia, cenó Casio esta noche.
¿Tiemblas de oirlo, dí? (Á Blanca.)
BLANCA. Cenó conmigo:
Mas no por eso tiemblo.
YAGO. ¿Con qué es cierto?
Te ordeno que me sigas.
EMILIA. ¡Norámala
La mozuela!
BLANCA. Mozuela no me llamen;
Honrada soy cual la que así me insulta.
EMILIA. ¡Cual yo! ¡Sí! ¡Noramala!
YAGO. Caballeros
Vamos á ver curar al pobre Casio. —
Cuéntanos otro cuento, señorita. —
Tú ve á la ciudadela, Emilia, al punto,
Y á los amos dirás lo que ha ocurrido.
¿Quereis guiar? (Aparte.) Mi triunfo asegurado
Miro esta noche ó me veré arruinado.
(Vanse.)

ESCENA II.

Una alcoba en el castillo. — Desdemona en el lecho dormida. — Una lámpara encendida.

Entra OTELO.

OTELO. Lo exige el caso, corazon: el caso.
Jamás os lo diré, castas estrellas:
Lo exige el caso. Mas verter no quiero
Su sangre yo ni lacerar su cútis,
Mas blanco que la nieve y mas sŭave
Que cincelada efigie de alabastro.
Pero debe morir, no engañe á otros.
Apagaré la luz, y de seguida,
Tu luz apagaré. Si á ti te apago,
Flamígero ministro, restaurarte
Puedo la antigua luz, arrepentido.
Mas si te apago á ti, noble dechado,
Tú, de trascendental naturaleza,
¿En dónde el fuego hallar de Prometĕo
Que aquella luz espléndida reanime?
Arrancada esa rosa, no me es dado
Nuevo aliento vital comunicarle;
Marchita la veré. Su aroma ansío
En la planta aspirar. ¡Oh dulce aliento!
(Besándola.)
Á que rompa su espada la justicia
Tratas de persuadir. ¡Aún otro! ¡Aún otro!
Difunta yaz así, que he de matarte,
Y te amaré despues. ¡Aún otro! — ¡Basta!
Nada fué tan funesto ni tan dulce.
Fuerza es llorar. ¡Oh lágrimas feroces!

¡Como el del cielo mi dolor, que hiere
Allí donde más ama! — Se despierta.

DESDEM. ¿Quién? Otelo ¿eres tú?
OTELO. Sí, Desdemona.
DESDEM. ¿Vienes, señor, al lecho?
OTELO. ¿Has rezado esta noche, Desdemona?
DESDEM. Sí, señor.
OTELO. Si recuerdas algun crímen
Que el cielo no te tenga perdonado,
Solicita su gracia en este instante.
DESDEM. ¿Qué implican tus palabras, dueño mío?
OTELO. Nada: reza y acaba: mientras tanto
Yo pasearé. Sin preparar no quiero
Tu espíritu matar, no, ¡Dios me libre!
No te quisiera yo matar el alma!
DESDEM. ¿Hablas tú de matar!
OTELO. Sí.
DESDEM. Pues entónces.
De mí tened misericordia, cielos.
OTELO. Con todo el corazon Amén te digo.
DESDEM. Si eso dices, acaso no me mates.
OTELO. ¡Hum!
DESDEM. Pero me haces temblar. Cuando tus ojos
Así giran, fatal es su mirada.
Porqué tiemblo no sé: culpa ninguna
Me reconozco, mas temblar me siento.
OTELO. En tus pecados piensa.
DESDEM. Son amores
Que á tí me atraen.
OTELO. ¡Sí! ¡Por eso mueres!
DESDEM. Es muerte atroz que por amor se mate.
¡Ay Dios! ¿Por qué te muerdes así el labio?
Saña feroz tu entero sér agita,
Tristes presagios... mas espero, espero
Que no son contra mí.

OTELO. Silencio y oye.
DESDEM. Sí, sí, ¿qué pasa?
OTELO. Regalaste á Casio
Aquel pañuelo predilecto mio
Que yo te dí.
DESDEM. Lo juro por mi alma:
No es verdad: que aquí venga y atestigüe.
OTELO. En tu lecho de muerte estás, ¡cuidado
Alma gentil, cuidado! ¡No perjures!
DESDEM. ¿Y en éste instante he de morir?
OTELO. Sí, pronto.
Francamente confiesa, pues, tu culpa,
Denegar lo que sé con juramentos
La conviccion ni mata ni sofoca
Que me obliga á lanzar hondos gemidos.
Es preciso que mueras.
DESDEM. Pues entónces
De mí tened, ¡oh Dios! misericordia.
OTELO. Amén te digo yo.
DESDEM. ¡Tú tambien tenla!
No te ofendí jamás en esta vida.
Á Casio nunca amé: sólo el cariño
Le tuve yo que el cielo nos permite:
Jamás prenda le dí.
OTELO. ¡Viven los cielos!
Mi pañuelo yo he visto entre sus manos.
¡Oh perjura! Mi pecho petrificas,
Y lograrás que asesinato llame
Lo que quise que fuera sacrificio.
El pañuelo ví yo.
DESDEM. Lo halló sin duda,
Jamás lo regalé. Que venga al punto
Y la verdad confiese.
OTELO. Ha confesado.
DESDEM. ¿Qué, señor?

OTELO. Que pagaste sus favores.
DESDEM. ¿Indignamente?
OTELO. Sí.
DESDEM. Que lo repita.
OTELO. El noble Yago ya selló su boca.
DESDEM. ¡Oh, mis temores hablan! ¿Dime, ha muerto?
OTELO. Si vidas todos sus cabellos fueran,
Mi venganza feroz las devorara.
DESDEM. ¡Vendido fué, gran Dios, y yo perdida!
OTELO. Aparta, infame; ¿y ante mí lo lloras?
DESDEM. Sepárame de ti, mas no me mates.
OTELO. ¡Infame, quita!
DESDEM. Mátame mañana,
Pero esta noche no.
OTELO. Si forcejēas...
DESDEM. Mediā hora no más.
OTELO. Ya no es posible.
DESDEM. Deja que rece una oracion.
OTELO. Es tarde.
(La ahoga.)
EMILIA. (Dentro.) ¡Señor, señor, señor!
OTELO. ¿Qué ruido es ese?
¿No está muerta? ¿No está del todo muerta?
Yo, tan crüel, misericordia tengo.
No quiero que prolongues tu agonía.
Chito, chito.
EMILIA. (Dentro.) ¡Señor, señor!
OTELO. ¿Quién llega?
EMILIA. (Dentro.) ¡Oh buen señor, decir cuatro palabras!
OTELO. Emilia, sí. Despues. — Está difunta —
La muerte á referir vendrá de Casio.
Mucho gritaron. — ¡Ah, ya no se mueve!
¡Como la tumba! — ¿Dejaré que pase?
¿Es conveniente? — Que se mueve crēo.
Nó. — ¿Qué debo de hacer? Si aquí penetra

Hablará á mi mujer sin duda alguna.
¡Mi mujer! ¡Mi mujer! ¡Mujer no tengo:
No tengo ya mujer! ¡Oh, insoportable
Hora crüel! Acaso inmenso eclipse
De sol y luna impera; y, asombrada,
La tierra de pavor se desmorona.

EMILIA. (Dentro.) Mi buen señor, hablar con vos deséo.

OTELO. Me olvidaba de ti; mas entra, Emilia.
Silencio. Luego. Las cortinas corro.
¡Dónde të hallas, dí? (Abre la puerta.)
¿Qué se te ofrece?

EMILIA. ¡Ah señor, un horrible asesinato
Se ha cometido!

OTELO. ¿En este mismo instante?

EMILIA. En este instante.

OTELO. Es error de la luna, que á la tierra
Más de lo de costumbre se aproxima,
Y enloquece á los hombres.

EMILIA. Casio ha muerto.
A un jóven veneciano, á un tal Rodrigo.

OTELO. Rodrigo muerto y muerto Casio!

EMILIA. Casio,
Muerto no está.

OTELO. ¿Qué no está muerto Casio?
Si es eso, asesinato, desentonas
Y ronca estás, dulcísima venganza.

DESDEM. ¡Oh, vilmente, vilmente asesinado!

EMILIA. ¡Ay Dios! ¿Qué grito es ese?

OTELO. ¿Cömö? ¿ésę?

EMILIA. ¡Ay Dios! la voz de mi señora es esa.
¡Favor! ¡Favor! ¡Favor! Hablad señora.
¡Ay dulce Desdemona! ¡Dulcë ama!
Hablad.

DESDEM. Muero inocente.

EMILIA. ¿Quién tal hizo?

DESDEM. Nadie; yo misma, adios; que me recuerdes
A mi señor; adios.

OTELO. ¿De qué manera,
Asesinada fué?

EMILIA. ¡Qué horror! ¡Quién sabe!

OTELO. ¿Le escuchaste decir que yo no he sido?

EMILIA. Eso dijo, y decir verdad me toca.

OTELO. Al descender á los infiernos miente:
Yo fuí quien la mató.

EMILIA. Por eso mismo;
Tanto más ángel ella. Vos más negro
Luzbel por eso mismo.

OTELO. Su decoro
Manchó, vil meretriz.

EMILIA. Calumnia es esa
De vos, Luzbel.

OTELO. Fué falsa cual el agua.

EMILIA. Violento, cual el fuego, vos pensando
Que falsa fué. Fué como el cielo pura.

OTELO. Era Casio su amante: que lo diga
Tu marido si nó. De los infiernos
En lo más insondable mereciera
Mi condena sufrir, si justa causa
No me hubiese á este término inducido:
Tu esposo toda la ocurrencia sabe.

EMILIA. Mi esposo!

OTELO. Sí; tu esposo.

EMILIA. ¿Que ha faltado?

OTELO. Con Casio, sí. ¡Que fiel permaneciera,
Y aunque el cielo otro mundo me brindara
De crisólito límpido y perfecto,
No la trocara yo por él!

EMILIA. ¡Mi esposo!

OTELO. Fué tu esposo el primero en descubrirlo:
Hombre de bien, á quien repugna el barro

Que á las inmundas prácticas se adhiere.

EMILIA. ¡Mi esposo!

OTELO. Pero, dí; ¿porqué repites
Mis palabras, mujer?

EMILIA. Ama querida,
Del amor la vileza se ha burlado.
¡Qué no era honrada asegurar mi esposo!

OTELO. El, sí, mujer: tu esposo, sí: mi amigo,
Y tu esposo. El honrado, honrado Yago.

EMILIA. Si eso afirmó, que su alma perniciosa
Se pudra medio adarme cada día.
Mintió su corazon. Exageraba
Ella el valor de su asqueroso pacto.

OTELO. ¡Ah!

EMILIA. Arrostro vuestra furia.
Tan indigna del cielo es vuestra hazaña
Cual de ella indigno vos.

OTELO. Mejor que calles.

EMILIA. El poder de dañarme que os anima
No iguala á mi poder de sufrimiento.
¡Necio! ¡Imbécil! Menguado más que fango.
Lo que hicisteis... ¿Qué importa vuestra espada?
Diré quien sois ¡perdiera veinte vidas!
¡Favor! ¡Favor! ¡Favor! Á mi señora
Ha dado muerte el moro. ¡Al asesino!

Entran MONTANO, GRACIANO y YAGO.

MONT. ¿Qué ocurre, general?

EMILIA. Yago, celebro
Que vengas. ¿Qué haces tú que hay quienes [quieren
Sus crímenes echar sobre tus hombros?

GRAC. ¿Qué ocurre?

EMILIA. Si eres hombre, á ese villano
Desmiente ya, pues dice que dijiste
Que le era infiel su esposa. Que no es cierto

Lo sé yo. No eres tú sér tan infame.
Habla: mi corazon de angustia estalla.

YAGO. Lo que pensaba dije, y dije sólo
Lo que él halló verdad y vió patente.

EMILIA. ¿Mas que era deslëal tú le dijiste?

YAGO. Sí tal.

EMILIA. ¡Mentira fué! ¡Mentira odiosa!
¡Mentira infame! ¡Vive Dios! ¡Mentira!
¡Mentira vil! ¿Con Casio, dí? ¿Con Casio?

YAGO. Con Casio, sí señora. Ten la lengua.

EMILIA. No callaré. Precisa que yö hable.
Allí, sobre su lecho, asesinada
Á mi señora ved.

TODOS. ¡Dios nos asista!

EMILIA. Asesinada fué por causa tuya.

OTELO. Es la verdad; no os asombreis, señores.

GRAC. ¡Rara verdad!

MONT. ¡Hazaña monstrüosa!

EMILIA. ¡Infamia, infamia, infamia! — Lo recuerdo.
Llegué á pensar... á barruntar. — ¡Infamia!
Entónces lo pensé; morir de pena
Es fuerza. ¡Infamia!

YAGO. Dí ¿te has vuelto loca?
Irte á casa te mando.

EMILIA. Caballeros,
Dejadme hablar. Obedecerle es justo,
Pero no en este instante. Ser pudiera
Que no tornase más á casa, Yago.

OTELO. (Cayendo sobre el lecho.) ¡Öh, öh, oh!

EMILIA. Sí, sí tal, á tierra y ruge.
La más dulce criatura asesinaste
Que al cielo alzó los ojos.

OTELO. Era impura.
(Á Graciano.)
No os he visto, señor. Vuestra sobrina,

Cuyo aliento estas manos ahora mismo
Acaban de apagar, allí se encuentra.
¡Sé que horrible y feroz juzgais mi hazaña!

GRAC. ¡Ay pobre Desdemona! Que tu padre
Falleciera es un bien. Tu casamiento
Causó su muerte, y su letal angustia
El hilo al fin cortó de su existencia.
Viviendo, este espectáculo le haría
Un acto cometer desesperado,
Y maldecir al ángel de su guarda
En la impiedad sumido.

OTELO. ¡Trance crüel! Mas bien á Yago consta
Que ella con Casio me faltó mil veces.
Casio lo declaró. Su amante empeño
Recompensó con la primer ofrenda
Que le entregué, cual prueba y testimonio
De mi amor. En sus manos yo lo he visto.
Era un pañuelo, antiguo don, regalo
De mi padre á mi madre.

EMILIA. ¡Santos cielos!
¡Oh santísimos cielos!

YAGO. ¡Vamos! ¡Calla!

EMILIA. No tal: no tal. ¿Callar? Nó. Libremente
Hablaré como el Bóreas. Aunque el cielo,
Los hombres, y los genios infernales,
Y todos, todos, atajarme quieran,
He de hablar.

YAGO. Sé discreta y vete á casa.

EMILIA. No me iré.

(Yago trata de herir á Emilia.)

GRAC. Qué vergüenza, vuestro acero
Volver á una mujer.

EMILIA. ¡Oh torpe moro!
Hallé vuestro pañuelo casualmente,
Y lo entregué á mi esposo, que, á menudo,

Con más afan que el caso requería,
Rogó que lo robara.

YAGO. ¡Vil ramera!

EMILIA. ¡Regalo de ella á Casio! ¡No por cierto!
Entregado por mí fué á mi marido.

YAGO. Mientes, mujer inmunda.

EMILIA. ¡Dios me ampare!
No miento, no, señores. Mentecato,
Asesino. ¿Qué aprecio hacer podía
Tal necio de mujer tan excelente?
(Yago hiere á Emilia y huye.)

OTELO. ¿No hay piedras en el cielo mas que aquellas
Que con los truenos cäen? ¡Vil canalla!

GRAC. ¡Postrada la mujer! ¡Mató á su esposa!

EMILIA. ¡Ay Dios! Junto á mi ama colocadme.

GRAC. ¡Huyó, mas á su esposa ha asesinado!

MONT. Es un infame atroz. Tomad la espada
Que le he quitado al moro. Que se guarden
Las salidas del fuerte, y que primero
Muerte le den que consentir se fugue.
De ese infame yo mismo vöy en busca,
Que es un maldito esclavo. (Vase Montano.)

OTELO. Yo tampoco
Valiente soy. Cualquier triste pigmëo
Mi espada usurpa. ¿Mas porqué lă honra
Á la honradez sobrevivir pretende?
Váyase todo junto.

EMILIA. ¿Qué auguraba
Señora tu cancion? ¿Me oyes acaso?
Cantando moriré cual muere el cisne.
¡Oh, sauce, sauce! — Moro, pură eră.
Ella, moro crüel, te idolatraba.
Es verdad; así Dios de mí se apiade.
Habla mi corazon, y muero... muero. (Muere.)

OTELO. Aún arma puedo hallar en este sitio.

Una espada española que templada
Fué del helado arroyo en la corriente:
Vedla aquí. Me es forzoso salir, deudo.

GRAC. (Dentro.) Caro si lo intentais podrá costaros.
Sin arma, como estais, sereis vencido.

OTELO. Venid á verme, pues, venid á öirme;
Ó iré hácia vos, como me encuentro, inerme.

Vuelve á entrar GRACIANO.

GRAC. ¿Qué ocurre?

OTELO. Contemplad: un arma tengo:
Mejor, no la ciñó soldado alguno.
En ocasiones este débil brazo
Y esta excelente espada, mi camino
Me abrieron á través de más estorbos
Que veinte veces el estorbo vuestro.
Mas, ¡vano alarde! ¿Al sino quien resiste?
Pasó ya: no temais al verme armado.
Mi jornada acabó. Mi fin es este
Y el límite del mar de mi existencia.
¿Os apartais de mí? ¡Vanos temores!
Contra el pecho de Otelo, débil junco
Esgrimid, y vereis cual se retira!
¿Adónde Otelo irá? — ¿Cuál, cuál ähora
Es tu expresion? ¡Criatura desgraciada!
¡Pálida cual tu veste! Al encontrarte
En la otra vida, esa mirada tuya
Arrojará del cielo al alma mïa,
Y las furias vendrán á arrebatarla.
¡Yerta, yerta, mi bien; cual tu pureza! —
¡Oh maldecido, maldecido esclavo!—
¡Oh genios infernales! expulsadme
Del celeste espectáculo que gozo.
Lanzadme al huracan: haced quē arda
En derretido azufre: sumergidme
En golfos profundísimos de fuego.—

¡Oh Desdemona! ¡Desdemona! ¡Muerta!

Entran LUDOVICO, MONTANO, CASIO conducido en una silla, guardias y YAGO prisionero.

LUDOV. ¿Ese sér iracundo y desgraciado
En dónde está?
OTELO. ¿Quién era Otelo? Vedle.
LUDOV. ¿Y esa víbora? Traigan al infame.
OTELO. Dejadme ver sus piés; fábula es esa:
Si eres Luzbel, matarte es imposible.
(Hiere á Yago.)
LUDOV. Desarmadle. (Desarman á Otelo.)
YAGO. Me hirió más no me ha muerto.
OTELO. Ni lo lamento yo; mejor que vivas,
Que es para mí felicidad la muerte.
LUDOV. Otelo, vos! Varon tan noble y justo,
Preso en las redes de maldito esclavo!
¿Qué se dirá de vos?
OTELO. Lo que quisieren.
Me llamarán, quizás, noble asesino.
No por rencor obré, por honra solo.
LUDOV. El vil en parte confesó su infamia.
¿Concertasteis los dos matar á Casio?
OTELO. Sí.
CASIO. General, jamás os dí motivo.
OTELO. Os crëo, y el perdon de vos reclamo.
Preguntad á ese engendro del demonio,
Porqué á traicion çazó mi cuerpö y alma.
YAGO. No pregunteis: sabeis lo ya sabido.
Ni una palabra más hablar pretendo.
LUDOV. ¿Ni rezarás?
GRAC. Sus labios quizás abra
El tormento.
OTELO. ¡Vosotros sois los jueces!
LUDOV. Señor, saber debeis lo que ha ocurrido
Que sin duda ignorais. Ved una carta

Que al difunto Rodrigo han encontrado;
Y otra además. En una manifiesta
Cómo Rodrigo se brindó á dar muerte
A Casio.

OTELO. ¡Oh, vil!

CASIO. ¡Infame, descreido!

LUDOV. Ved el otro inconexo documento
Hallado en su poder tambien ahora;
Y que Rodrigo á este maldito infame
Encaminar pensaba por lo visto.
Pero Yago, en el ínterin, astuto,
Lo despachó quizás.

OTELO. ¡Vil miserable!
¿Cómo, Casio, adquiriste aquel pañuelo
Que era de mi mujer?

CASIO. Lo hallé en mi alcoba,
Y él mismo, hace un momento, ha confesado
Que á un propósito suyo convenia
Dejarlo en aquel sitio.

OTELO. ¡Necio! ¡Necio!

CASIO. En su carta, además, Rodrigo acusa
Á Yago de inducirle á molestarme
Cuando de guardia me encontraba; orígen
De perder yo mi puesto; y, ahora mismo,
Ya muerto al parecer, habló diciendo
Que Yago lo mató tras azuzarlo.

LUDOV. Esta alcoba dejad; venid conmigo;
Que ya del mando y del poder os privan;
Y Casio rige á Chipre. Con respecto
A ese vil sér, si la crueldad más fina
Lo puede atormentar, no sólo mucho,
Sino por largo tiempo, será suya.
Prisionero quedais vos mientras tanto
Que conozca el gobierno de Venecia
Lo ocurrido. Llevadle, pues, vosotros.

OTELO. Tened. Öidme os ruego dos palabras.
Presté ciertos servicios al Estado:
Lo saben, basta, pues. — Al relatarse
En vuestras cartas tan terribles hechos
Que hableis de mí como quien soy suplico.
Ni me excuseis, ni me inculpeis tampoco;
Y dē uno hablareis forzosamente,
Que no amó cual discreto, sino mucho:
Dē uno, tardo en recelar, que herido
Por la traicion fué víctima de dudas:
Dē uno que, cual indio miserable,
Tiró, con torpe mano, perla hermosa
De más valïa que su entera tribu:
Dē uno cuyos ojos ya sumisos,
Aunque llanto verter apénas saben,
Lágrimas hoy derraman tan aprisa,
Como su goma el árbol de la Arabia.
Esto escribid: despues podeis decirles,
Que una vez en Alepo, donde un turco
Osó infame ofender á un veneciano
Y al Estado insultar, de la gargahta
Asegurando al perro circunciso,
Lo maté de esta suerte. (Se hiere.)

LUDOV. Triste dïa.

GRAC. Lo dicho nada vale.

OTELO. Al yo matarte te besé; por eso
Ahora, al matarme, muero sobre un beso.
(Muere.)

CASIO. Yo lo temí, más lo juzgaba inerme.
¡Era un gran corazon!

LUDOV. ¡Perro Espartano!
Más crüel que el dolor, la mar y el hambre,
Vé la trágica carga de ese lecho: (A Yago.)
Es obra tuya. Tan terrible escena
Emponzoña los ojos: ocultadla.

Quedad aquí, Graciano, y de los bienes
Del moro apoderäos, pues son vuestros.
A vos, señor Gobernador, os toca
Castigar á este réprobo, ordenando
Cuándo ha de ser, el sitio y la tortura.
¡Ah, sí! ¡Severo sed! Yo marcho á bordo
Mi deber al Gobierno á dar me lleva,
Con triste corazon, la triste nueva.

RICARDO III.

RICARDO III

POR

GUILLERMO SHAKESPEARE

VERSION AL CASTELLANO

DE GUILLERMO MACPHERSON

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1882

PRÓLOGO.

Con la muerte del Rey Ricardo III de Inglaterra terminaron las sangrientas luchas que durante más de veinte años sostuvieron á fines del siglo xv las rivales casas de York y de Lancáster; luchas que tanto desprestigiaron el poder Rëal y que tanto influyeron en atajar, siquiera por el momento el legítimo desarrollo de las libertades patrias, conquistadas por el pueblo inglés en épocas anteriores. Feroz contienda civil fijada en el recuerdo con el eufónico nombre de *Guerra de las Rosas*.

Las sombrïas memorias de aquel aciago período dieron pábulo á la viril pluma de Shakespeare para trazar vigorosísimos cuadros históricos; y en su

Ricardo III, donde el célebre poeta nos pone de manifiesto los últimos ocho años de la vida de ese sangriento tirano, ó sea desde el año 1477 cuando fué preso el Duque de Clarence en la Torre de Lóndres hasta la muerte de su supuesto asesino en los llanos de Bosworth en 22 de Agosto de 1485, cada escena es veraz y animada representacion de algun hecho culminante de este último período de aquella criminal y azarosa existencia.

Poco más de un siglo habïa transcurrido cuando dramatizó Shakespeare aquellos trágicos y terri bles sucesos, latiendo aún viva la memoria de tanto crímen y desastre, y no amortiguadas todavïa las violentas pasiones que los promovieron.

Por eso, acaso, aparecen en esta obra exageraciones y falsedades históricas que más adelante la frïa é imparcial crítica ha corregido y vindicado; exageraciones y falsedades quë eran, sin embargo, aceptadas por la generalidad de las gentes en la época que alcanzó el insigne autor como verdades incontrovertidas.

Para escribir este drama tuvo Shakespeare á la vista la historia que del Rey Ricardo III publicó Sir Thomás More, autor casi contemporáneo de los sucesos que narra; pues More, ó Morus, como es más generalmente conocido el autor á quien

hizo famoso *La Utopia* fué criado en la casa del Cardenal Juan Mórton, Arzobispo de Cantérbury, contemporáneo de Ricardo III, personaje que aparece en el drama como Obispo de Ely; y de cuyos labios oiria seguramente mucho de lo que dejó escrito en su historia de aquel reinado.

Fué reimpresa está obra en Lóndres en el año 1557 conjuntamente con otras de su famoso autor y lleva por título: *The Historie of King Richard the Third (unfinished) written by Walter Thomas More, one of the Under Sheriffs of London about the year of our Lord* 1513, *which work was before this tyme printed in Hardings Cronicle and in Hallys Cronicle but very much corrupt in many places, Sometyme having less and Sometyme having more and altered in words and whole sentences much varying fro the Copie of his hand by which this is printed.* Sirvióse Shakespeare además de las Crónicas de Halle ó Hall, obra impresa por primera vez por Bertelette en 1542 é intitulada: *The Union of the two noble and illustrate families of Lancaster and Yorke*, de la Historia de Inglaterra escrita por Holingshead en union de otros autores, y es seguro que se serviria tambien de lo que la tradicion conservaba aún vivo en el recuerdo de sus contemporáneos.

Segun More, Ricardo, Duque de Glóster, era de escasa estatura, de hombros desiguales, y deforme. Sus contrāidas facciones tenïan tan manifiesta expresion de crueldad y dureza que en ellas á primera vista se lëïa la iniquidad, el fraude y el disimulo. Cuando recapacitaba solïa morderse el labio inferior, y la gente decïa que su feroz espíritu se agitaba constantemente en el interior de su miserable cuerpo. Cuando lëïa echaba con frecuencia mano al puñal que á medias desenvainaba. Era hábil en disimular y fingir, pero de grande ingenio, y al par altivo y valiente; cualidades que le acompañaron hasta el término de su vida, pues, al verse abandonado, prefirió morir violentamente por el hierro enemigo á conservar una vida precaria y sin brillo, apelando á cobarde y vil fuga.

More, como va dicho, se crïó en la casa del Cardenal Mórton, donde permaneció hasta cumplir los veinte años, cuando murió su patrono, enemigo personal del Duque de Glóster; y por tanto, los hechos y el carácter de este Rey, que probablemente serïan duramente juzgados en aquel hogar, se fijarïan con sombrïos colores en la mente juvenil del futuro historiador.

Pero, aunque More y todos los escritores contemporáneos suyos retratan al duque de Glóster

con negrísimas tintas, acaso Shakespeare, más que otro autor alguno, haya contribüido á dar tan siniestro relieve á este terrible personaje, quien, cual si se hallara vivo, se nos aparece en el grandioso panorama histórico que tan magistralmente el célebre dramaturgo desarrolla ante nuestra vista.

Shakespeare, sin embargo, se atiene á lo que se juzgaba entónces la verdad histórica, y, con el criterio de su época, sólo podrá tachársele de haber aceptado como verdades establecidas lo que, acaso, eran sólo acusaciones no probadas, y de haber tal vez exagerado en demasïa los defectos morales y físicos del personaje que se propuso describir. Copiando, pues, los característicos rasgos que de ese gran criminal conservaba la historia, Shakespeare como de costumbre individualiza á sü héroe, penetra en lö íntimo de su conciencia y de manera tan admirable patentiza todos los móviles de la conducta de ese cruel usurpador, todas las sombras de ese carácter sanguinario y feroz, todos los rasgos de su grande ingenio y de su extraordinario disimulo, y, en una palabra, todos los complicados y ocultos resortes de sü íntimo ser, que, á pesar de su monstruosidad, aparecen perfectamente comprensibles, lógicos y naturales. El Ricardo III que nos presenta Shakespeare, *esa encarna-*

cion del egoismo y del despotismo, como lo califica Schiller, sëa ó nó fidedigno retrato del Rey Ricardo III de Inglaterra, es un sër criminal en absoluta concordancia con las eternas leyes de la humana naturaleza. El insigne autor, con su talento penetrante y filosófico, halla en las profundidades del corazon y de la inteligencia esos caracteres absolutamente rëales que, luego, con pluma vigorosa desmenuza y analiza con matemática precision y limpieza, cual hábil cirujano con seguro escalpelo diseca las más delicadas fibras del cuerpo humano.

Exceptüada tan legítima libertad, el pöeta, como ya se ha indicado, procura atemperarse á lo que escrito estaba en las crónicas de su tiempo; y tan escrupulosamente las copia, que conserva, no sólo cuanto hay en ellas de importancia, sino tambien pequeñeces y áun trivialidades que ninguna importancia tienen.

Tomado de ellas está que Eduardo IV recelase de su hermano Clarence por causa de la letra con que comenzaba su nombre. Los lamentos de este Rey al saber que Clarence habïa muerto. El ser interrumpido en su dolor por el Conde Stanley que solicitaba perdon para un crïado suyo que habïa muerto á un caballero de la casa del Duque de Norfolk. El desëo de los nobles de que el Príncipe

de Gáles, hijo de Eduardo IV, viniese á Lóndres á ser coronado después de la muerte de su padre con escaso séquito. La retirada de la Reina Isabel con su hijo York á un monasterio. El sueño profético de Stanley cuando creyó ver al jabalí sin visera (alusion á Glóster, cuyo escudo ostentaba la imágen de ese animal). La demanda de Glóster al Obispo de Ely de procurarle fresas, á fin de retirarlo de la junta. La estratajema de Ricardo al afirmar que se hallaba hechizado á fin de hacer hablar á Hastines, y, con pretexto cualquiera, reñir y deshacerse de él. El disfraz y aparente miedo de Ricardo y de Búckingham ante el Lord Corregidor de Lóndres, á fin de inducirle á creër que habïan estado á punto de ser víctimas de una conjuracion. La aparicion del hipócrita y ambicioso Duque ante los ciudadanos de Lóndres entre dos Obispòs y con un libro de oraciones en la mano para ostentar piedad. El mandato á su paje de ir en busca de Tírrel para que éste se comprometiera á asesinar á sus sobrinos, lòs hijos de Eduardo. El envenenamiento de Ana, su desgraciada esposa. Sus dudas acerca de la lealtad de Stanley. Su deseo de casarse con lä hija de la Reina Isabel. Su sueño en los llanos de Bosworth. Su proclama á las tropas. El plan de la batalla... En resú-

men, apénas hay incidente en el drama, cuyo orígen no se encuentre en las crónicas ó historias de aquellos tiempos.

Justificada está también por ellas la violenta escena de Ricardo con la Condesä Ana; pero Shakespeare, prescindiendo del elemento tiempo, se rodëa gratuitamente de inmensas dificultades, y logra, no obstante, hacer verosímil que en breves instantes se doblegue la doliente viuda á la férrea voluntad, al claro talento y al profundísimo disimulo del asesino de su esposo y de su suegro, hácia quien tan viva aversion manifestaba pocos momentos ántes.

Igualmente lo está la no ménos atrevida escena en que solicita el auxilio de la Reina Isabel para casarse con su sobrina, escena esencialmente semejante á la anteriormente descrita con la diferencia de que Glóster en la una hiere las sensibles cuerdas de la vanidad femenil, y en la otra las no ménos vibrantes del cariño maternal.

Estas dos escenas, que tan inverosímiles y absurdas serïan, tan paradójicas, si se quiere, si no estuviesen tan admirablemente concebidas y escritas, bastarïan por sí solas para establecer sobre ancha base la reputacion imperecedera del insigne dramático.

En esta tragedia, como en la generalidad de las de Shakespeare, escaso es el artificio dramático. Lo fundamental de estas obras es el desarrollo dë uno ó más caracteres; y, mientras más complicados son, mientras más escondidas y anómalas las fuerzas que los informan é impulsan, tanto más agradable parece ser para este profundo analizador del corazon humano la tarëa de desenvolverlos y desenmascararlos.

La dificultad que este drama me ofrecïa en un principio para su version al español era ese sinnúmero de nombres propios imposibles de ser pronunciados ni áun aproximadamente bien por lengua meridional, ni ménos conseguir carta de naturaleza en el sonoro endecasílabo de la lengua castellana.

He obviado la dificultad ateniéndome al criterio de conservar sin alteracion los nombres que la fama histórica tiene ya vulgarizados y de españolizar todos los demás. Distinguidos literatos á quienes consulté sobre este asunto, así me lo aconsejaron, y debo no pocos de los nombres propios que hoy visten traje español en esta version á sus discretas y amistosas indicaciones.

RICARDO III.

PERSONAJES.

Eduardo IV, Rey de Inglaterra.

Eduardo, Príncipe de Gáles, después Eduardo V. } Hijos del Rey.
Ricardo, Duque de York }

Jorge, Duque de Clárens. } Hermanos del Rey.
Ricardo, Duque de Glóster, después Ricardo III }

Un hijo de Clárens.

Enrique, Duque de Ríchmond, después Enrique VII.

El Cardenal Burquiero, Arzobispo de Canterbúria.

Tomás Roterámio, Arzobispo de York.

Juan Mórton, Obispo de Élia.

El Duque de Bóckingham.

El Duque de Norfóquia.

El Conde Súria, su hijo.

El Conde Ríyers, hermano de la esposa del Rey Eduardo IV.

El Marqués de Dórset } Hijos de la misma.
El Conde Grey. . . . . }

El Conde de Oxfórdia.

El Conde Hastínes.

El Conde Stánley.

El Conde Lóvel.

Sir Tomás Vógan.

Sir Ricardo Ratclífio.

Sir Jacobo Tírrel.

Sir Jacobo Blunt.

Sir Gualtiero Hérbert

Sir Roberto Braquenbúrio, Gobernador de la Torre de Lóndres.

Cristóbal Ursíquio, sacerdote.

Otro sacerdote.

El alcalde de Lóndres.

El gobernador de Vilsiria.

Trésel. } Servidores de la Condesa Ana.
Bérclio. }

Isabel, esposa de Eduardo IV.

Margarita, viuda de Enrique VI.

La Duquesa de York, madre de Eduardo IV, de Clárens y de Glóster.

La Condesa Ana, viuda de Eduardo, Príncipe de Gáles, hijo de Enrique VI, y después esposa de Ricardo III, Duque de Glóster.

Una hija de Clárens.

Señores, servidores, un persevante, un escribano, ciudadanos, asesinos, mensajeros, soldados, etc.

LA ESCENA PASA EN INGLATERRA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Lóndres.—Una calle.

Entra GLÓSTER.

GLÓSTER. Trocó el invierno ya de nuestras cuitas
El sol de York en esplendente estío;
Y las nubes, terror de nuestra casa,
El hondo seno de la mar sepulta.
Gloriosos lauros nuestras frentes ciñen,
Melladas armas penden cual troféos,
Plácemes son nuestros alertas rudos,
Dulces acordes las siniestras marchas.
La torva guerra el ceño desarruga;
Y, en vez de cabalgar corcel bardado,
Asombro de feroces enemigos,
En los estrados femeniles trisca
Al lascivo compás de la vihuela.
Mas yo, que no nací para el retozo,
Ni hago la corte al amoroso espejo;
Yo mal fraguado, que de amor no luzco
La majestad antė donosa ninfa,

Yo, de tales ventajas exclüido,
Privado por falaz naturaleza
De distincion, deforme, de repente
A medio hacer encaminado al mundo,
Y eso tan mal y de tan torpe modo
Que el can me ladra al divisar mi garbo;
En este tiempo yo de paz y fiesta,
Para matar el tiempo no hallo goce,
A no ser que, mirando al sol mi sombra,
Sobre mi propia imperfeccion discurra.
Y, así, pues ser amado no es posible,
Ni entretener tan agradables dïäs,
Determinado tengo ser infame
Y odiar los vanos goces de estos dïas.
Asechanzas tendí, planes arteros,
Por torpes profecïas secundados,
Por libelos y sueños, porque lleguen
Clárens mi hermano y el monarca á odiarse;
Y, aun siendo Eduardo tan lëal y justo
Cual falso yo, sutil y traicionero,
Hoy debe ser encarcelado Clárens;
Porque jota será, segun ruin sino,
De los hijos de Eduardo el asesino.
¡Del alma á lo profundo, Pensamientos!
Clárens llega.

Entran CLÁRENS, custodiado y BRAQUENBÚRIO.

¡Que Dios te guarde, hermano!
¿Esta tropa que, armada, te acompaña
Qué viene á ser?

CLÁRENS. Su Majestad, que cuida
De mi seguridad, manda á esta gente
Que me lleve á la Torre.

GLÓSTER. ¿Por qué causa?

CLÁRENS. Porque Jorge me llamo.

GLÓSTER. Culpa tuya

¡Válgame Dios! no es esa: tus padrinos
De eso responderán. Rebautizarte
Su majestad, quizá, quiera en la Torre.
Pero ¿puedo saber, Clárens, qué ocurre?

CLÁRENS. Sí tal, Ricardo, cuando yo lo sepa;
Pues juro que aun lo ignoro. Mas presumo
Que en ensueños se ocupa y profecías;
Y, en el Cristus al ver la jota, dice
Que un brujo afirma que su prole amada
Por la jota será desheredada;
Y, como que con jota Jorge empieza,
Conmigo juzga que el presagio reza.
Estas y semejantes fruslerías
Han inducido al Rey á encarcelarme.

GLÓSTER. Pues esto ocurre si mujeres mandan.
No te lleva á la Torre el Rey; nó, Clárens.
Su esposa, mi señora Grey, tan sólo
A este extremo lo puede haber llevado.
¿Ella y ese excelente sacerdote,
Su hermano Antonio Udvilla, no le hicieron
Retener en la Torre al Conde Hastines,
Que hoy por fin sale de su encierro?—Clárens,
No vivimos seguros; no por cierto.

CLÁRENS. Seguros ¡vive Dios! respiran solo
Los deudos de la Reina y los heraldos
Que entre Sora y el Rey de noche tercian.
¿No sabes cuán humilde le rogara
Para obtener su libertad Hastines?

GLÓSTER. Mi señor Chambelán ante esa diosa
Si se humilló, su libertad obtuvo.
Pues dígote que es cosa conveniente,
Si en el favor del Rey vivir queremos,
Servirla y su librea revestirnos.
La celosa y ajada viudă y ella,
Pues nobles nuestro hermano las bautiza,

Grandes comadres son en este reino.

BRAQUENB. A Vuecencias perdon, humilde, pido:
Su majestad expresamente ordena
Que nadie—ni el más alto personaje—
Hable privadamente con su hermano.

GLÓSTER. Está muy bien.—Más, noble Braquenbúrio,
Si es que os place, escuchad cuanto decimos.
Traicion, hombre, no hablamos.—Justo y sabio
Decimos que es el Rey, su noble Reina
De edad madura, bella y no celosa;
Que es de la Sora lindo el pié decimos;
Que de coral sús labios son; sus ojos
Vivos asaz, su voz dulce en extremo;
Y que ya de la Reina los parientes
Nobles son.—¿Qué decís?—¿Podeis negarlo?

BRAQUENB. Nada tengo que ver, señor, con eso.

GLÓSTER. ¿Nada teneis que ver vos con la Sora?
Si alguien tiene que ver, á no ser uno,
Conviene que en secreto á solas sĕa.

BRAQUENB. ¿Y quien es esĕ uno?

GLÓSTER. Su marido, trŭhán, ¿quereis perderme?

BRAQUENB. Perdon pido á Vuecencia; y que el coloquio
Cese, os suplico, con el noble Duque.

CLÁRENS. Obedezco lă orden, Braquenbúrio.

GLÓSTER. Esclavos de la Reina, obedecemos.
Adiós, hermano.—Al Rey veré.—Si quieres
Me ocuparé en tu obsequio. Aunque me pidas
Llamar hermana á la rĕal vĭuda
De Eduardo, yo lo haré para servirte.
En tanto, estas querellas fraternales
Mayor pena me causan que imaginas.

CLÁRENS. Sé que ni á tí ni á mí placer nos causan.

GLÓSTER. ¡Vaya! Preso estarás por corto tiempo,
O yo me haré encerrar, si no te libro.
Paciencia en tanto.

CLÁRENS. Adiós. Falta me hace.

Vánse CLÁRENS, BRAQUENBÚRIO y GUARDIA.

GLÓSTER. Pisa el camino para tí sin vuelta,
Necio y sencillo Clárens.—Te amo tanto
Que tu alma al cielo mandaré muy pronto,
Si ese don de mi mano acepta el cielo.
Pero ¿quién es?—¡Hastines ya en la calle!

Entra HASTINES.

HASTINES. Salud á mi señor.
GLÓSTER. Lo mismo digo
Al Señor Chambelán.—La bienvenida
Al aire libre os doy.—¿Vuestra clausura
Como sobrellevasteis?
HASTINES. Como deben,
Señor, los prisioneros: con paciencia.
Pero pienso vivir para dar gracias
A quienes causa de mi encierro han sido.
GLÓSTER. Sí tal: sí tal: y Clárens igualmente,
Pues vuestros enemigos son los suyos;
Y hacen con él lo que con vos hicieron.
HASTINES. ¡Es triste que á las águilas se enjaule
Y libres cacen buitres y milanos!
GLÓSTER. ¿Qué noticias sabeis de extrañas tierras?
HASTINES. Es de esta tierra la peor noticia.
Débil, triste y enfermo el Rey se halla;
Y los médicos dudan de que sane.
GLÓSTER. Pues mala es la noticia ¡por San Pablo!
Hace ya tiempo que se cuida poco,
Y va gastando sus reales fuerzas.
Me angustia el alma. ¿Pero está en el lecho?
HASTINES. Sí.
GLÓSTER. Preceded. En el instante os sigo.

(Váse Hastines.)

¡Aunque vivir no puede, que no muera
Hasta que en posta Jorge al cielo vaya!

Iré á aumentar sus odios contra Clárens
Con sutiles mentiras y argumentos;
Y, si no falla mi profunda astucia,
Clárens no vivirá ni solo un dia.
Después llame á su gracia Dios á Eduardo,
Y á mí, para bullir, déjeme el mundo.
Me casaré de Várvic con la hija.
¡Qué he matado á su esposo y á su padre!
Haciéndome su esposo y padre puedo
Subsanar mis ofensas á esa jóven.
Lo haré, no por amor únicamente:
Mi segunda intencion, que guardo oculta,
Realizaré casándome con ella.
Mas cuento sin la huéspeda. Respira
Clárens aún; y vive y reina Eduardo.
Su fin para contar mi lucro aguardo. (Váse.)

ESCENA II.

Lóndres. Otra calle.

Entra el cadáver del rey Enrique VI conducido en un atäud descubierto. Caballeros con alabardas lo custodian. Entre ellos TRÉSEL y BÉRCLIO. La CONDESA ANA de doliente.

ANA. Á tierra, á tierra vuestra carga honrosa,
Si es que al honor un féretro cobija;
Que aquí del buen Lancáster, prosternada,
Lamentaré la prematura muerte.
¡Helada forma tú de un rey bendito!
¡Cenizas de la casa de Lancáster!
¡Sangrientos restos de esa sangre régia,

Si dado fuere que tu sombra evoque,
Oye los ayes de la triste Ana!
¡La esposa de tu Eduardo; de tu hijo,
Muerto vilmente por la propia mano
Que te ha inferido las heridas estas!
¡Ah! Las ventanas por do huyó tu vida
Bañe el bálsamo inútil de mis ojos!
¡Oh maldita la mano que tal hizo!
¡Y malditas entrañas sin entrañas!
Más triste fin al miserable alcance,
Por la miseria que al matarte siembra,
Que si alacrán, araña ó sapo fuese,
Ó el ser más venenoso y más rastrero.
Si hijo llega á tener, aborto sea,
Ser prodigioso y sin sazon nacido,
Cuya fealdad y repugnante aspecto
Infunda espanto á su amorosa madre;
Y éso llegue á heredar sus desventuras.
¡Si tiene esposa, por su muerte llore
Con más dolor, que por la muerte lloro
Yo de mi jóven dueño y por la tuya!
Á Chérsia, pues, con vuestra noble carga,
Que va desde San Pablo allí á enterrarse;
Más, pues sin fuerzas aun estais, de Enrique
Sobre el cadáver lloraré yo en tanto.

Los conductores levantan el cadáver y avanzan.
Entra GLÓSTER.

GLÓSTER. En tierra colocad ese cadáver.
ANA. ¿Qué negra magia á este Luzbel conjura
Que actos humanos y piadosos veda?
GLÓSTER. Dejad ese cadáver, ó cadáver
Será ¡voto á San Pablo! quien lo impida.
CABAL. 1.º Señor, atrás y al féretro abra paso.
GLÓSTER. Can descortés, inmóvil cuando ordeno.—
Más alta que mi pecho tu alabarda;

Ó caerás á mis piés, ¡voto á San Pablo!
Y por audaz te estrujaré, mendigo.
(Los conductores colocan el féretro en tierra.)

ANA. ¿Y qué? ¿Todos temblais? ¿El miedo os turba?—
¡Ah! No debo culparos. Sois mortales
Y huyen de Satanás mortales ojos.
¡Atrás! feroz ministro del infierno,
Sólo poder sobre su cuerpo tienes,
No sobre el alma, por lo tantō ¡huye!

GLÓSTER. ¡Santa! por caridad, templa tu furia.

ANA. Fiero Luzbel ¡por Dios! déjanos: véte.
Infierno de esta hermosa tierra hiciste;
De ayes y maldiciones la llenaste;
Si gozas en hazañas tan inicuas,
Mira la muestra aquí de tus matanzas.—
Ved, caballeros, ved: abren sus bocas
Y sangre dan de Enrique las heridas:
Sonrójate tú, sí, masa deforme.
Brotar hace esa sangre tu presencia
De secas venas frías y sin sangre.
Es tu hazaña crüel contra natura
Que impele ese raudal contra natura.
¡Dios que esta sangre dais, vengad su muerte!
¡Tierra que la sorbeis, vengad su muerte!
¡Que el cielo lo confunda con su rayo,
Ó que la tierra abriéndose lo trague,
Cual traga sangre de este Rey bendito
Que hirió tu brazo que Satán regía!

GLÓSTER. La ley, señora, desdeñais que ordena
Recompensar el daño con mercedes.

ANA. Villano, ni divina ley ni humana
Conoces; y la fiera más salvaje
Algun destello de piedad conoce.

GLÓSTER. Pero yo nó; por tanto no soy fiera.

ANA. ¡Oh, asombro que Satán verdades diga!

GLÓSTER. Mayor asombro que se enoje un ángel.
De humana perfeccion almo trasunto,
Permíteme que en hechos apoyado
Me sincere de crímenes supuestos.

ANA. De humano ser empozoñadas heces,
Permíteme que en hechos apoyada,
Por tanto mal, maldito, te maldiga.

GLÓSTER. Beldad que enmudecer hace á la lengua,
Oye un rato tranquila mis excusas.

ANA. Monstruo mayor que imaginar se puede,
Fuera tu sola excusa que te ahorcaras.

GLÓSTER. Desesperando así, me acusaría.

ANA. Te excusaras, si así desesperases,
En tí propio al tomar digna venganza
Por las indignas muertes que á otros diste.

GLÓSTER. ¡Que los maté no me dirás!

ANA. Entonces,
Dime que nadie los mató.—Mas muertos,
Fiero Luzbel, están; ¡y por tu mano!

GLÓSTER. Yo no maté á tu esposo.

ANA. Luego vive.

GLÓSTER. Nó: muerto está.—Fué Eduardo el asesino.

ANA. Miente tu inmunda boca.—Margarita
Tu vil hierro humëar vió con su sangre.
Tambien contra su pecho lo esgrimiste,
Mas pararon el golpe tus hermanos.

GLÓSTER. Me provocó su calumniosa lengua,
Que ajena culpa echó sobre mis hombros.

ANA. Te provocó tu espíritu sangriento,
Que sueña solamente con matanzas.
¿Al Rey, dí, no mataste?

GLÓSTER. Concedido.

ANA. ¿Me lo concedes, vil erizo? entonces
Que me conceda Dios que te condenes
Por tan nefanda accion. Era modelo

De virtud, de bondad y de templanza.
GLÓSTER. ¡Para gozar de Dios cuán adecuado!
ANA. Está en el cielo donde entrar te vedan.
GLÓSTER. Pues por mi auxilio que me dé las gracias.
Le era adecuado ese lugar, no el mundo.
ANA. Y es adecuado á tí solo el infierno.
GLÓSTER. Otro, sitio, además, si me permites.
ANA. Una cárcel.
GLÓSTER. Tu alcoba.
ANA. Mal reposo
Hallarás en la alcoba en que yacieres.
GLÓSTER. Verdad, señora: hasta yacer contigo.
ANA. ¡Fuera así!
GLÓSTER. Ya lo sé.—Pero, señora,
Dulce Ana, dejemos esta lucha
De mutuas agudezas; y, tranquila,
Dime ¿no tiene culpa igual la causa
Que á Enrique dió y á Eduardo cruda muerte
Cual la culpa que tiene su verdugo?
ANA. Causa y efecto, maldecido, fuiste.
GLÓSTER. Fué de ese efecto causa tu hermosura:
Tu hermosura que en sueños me impulsaba
La muerte al mundo á dar, por una hora
De vida en tu dulcísimo regazo.
ANA. Homicida! á ser cierto, de mi rostro
Su beldad estas uñas arrancaran.
GLÓSTER. El naufragio de tantas perfecciones
Mis ojos resistir jamás podrían;
Y lo evitara si me hallase cerca.
Que es el sol para mí que alumbra al mundo,
Es mi vida, mi luz.
ANA. Nocturnas sombras
Oscurezcan tu luz, muerte tu vida.
GLÓSTER. No maldigas, hermosa, que ambas eres.
ANA. ¡Así lo fuera para en tí vengarme!

GLÓSTER. No es natural vengarse de quien ama.
ANA. Es justo y razonable que me vengue
En el crüel que asesinó á mi esposo.
GLÓSTER. Quien te privó, señora, de ese esposo
Te ayuda á conseguir mejor esposo.
ANA. No existe otro mejor en este mundo.
GLÓSTER. Quien te ama más que él pudo amar existe.
ANA. ¿Quién es?
GLÓSTER. Plantagenet.
ANA. Era su nombre.
GLÓSTER. Vale más, aunque el mismo nombre lleva.
ANA. ¿Donde se encuentra?
GLÓSTER. Aquí. (Ana le escupe al rostro.)
¿Porqué me escupes?
ANA. ¡Ojalá que mortal veneno fuese!
GLÓSTER. ¡Nunca veneno dió lugar tan dulce!
ANA. ¡Ni lo ostentara sapo más inmundo!
Huye de mí, mis ojos inficionas.
GLÓSTER. Ya los tuyos á mí me inficionaron.
ANA. ¡Fueran para matarte basiliscos!
GLÓSTER. ¡Ojalá! De una vez así muriera,
Pues hoy con viva muerte me asesinas.
Tus ojos á mis ojos arrancaron
Amarguísimas lágrimas: humildes,
Llanto pueril atesorar supieron;
Ojos que ni una lágrima siquiera
Derramaron jamás enternecidos.
Nó: ni al llorar mi padre York y Eduardo
Oyendo el grito lúgubre de Rútland
Cuando Clífford ante él blandió su espada:
Ni al referir la muerte lastimosa
Del padre mïo tu animoso padre,
Quien, cual niño, cortando su relato
Veinte veces, lloraba y sollozaba,
Á la par que sus mudos circunstantes,

Con húmedas mejillas parecían
Árboles azotados por la lluvia.
Entonces estos ojos varoniles
Ni una lágrima sola derramaron;
Mas lo que penas no pudieron, puede
Hoy tu beldad, y lágrimas los ciegan.
No he suplicado á amigo ni á enemigo:
Jamás articular mi lengua supo
Placenteras palabras seductoras;
Mas es mi galardon hoy tu hermosura;
Y mi orgulloso corazon suplica,
Y se agolpan palabras á mi lengua.
(Ana lo mira con desprecio.)
El desprecio no muestres en tus labios:
Besos, señora, no el desdén les cuadra.—
Ya que tu duro corazon no cede,
Mi espada ten; si su acerada punta
(Dándole su espada.)
En mi pecho leal clavar deseas,
Y dar salida al alma que te adora,
La estocada mortal desnudo aguarda;
Que de hinojos la muerte humilde pido.
(Se arrodilla y descubre el pecho. Ana le amenaza con la espada.)
Nó: no te pares. Yo he matado á Enrique;
Pero me indujo tu beldad á ello.
Termina ya.—Yo asesiné á tu Eduardo.—
(Ana le amenaza otra vez.)
Tu celestial semblante me impelía.
(Ana deja caer la espada.)
Alza esa espada ó álzame del suelo.

ANA. Hipócrita, levanta. Tu verdugo
No quiero ser, aunque tu muerte ansíe.

GLOSTER. Pues dime que me mate y hecho queda.

ANA. Lo dije ya.

GLÓSTER. Mas fué ciega de furia.
Dilo otra vez y, oyéndolo, mi mano
Que á tu amor muerte por tu amor dió, mata
Hoy por tu amor amor más verdadero,
Siendo cómplice tú de entrambas muertes.
ANA. ¡Tu corazon quien viera!
GLÓSTER. Ahora en mi lengua está.
ANA. Ambos temo que engañan.
GLÓSTER. Pues nadie habló verdad.
ANA. Bien, bien, tu espada ciñe.
GLÓSTER. Dí que estamos en paz.
ANA. Ya lo sabrás más tarde.
GLÓSTER. Pero ¿puedo esperar?
ANA. Me pienso que esperando
Vive todo mortal.
GLÓSTER. Que uses ruego este anillo.
ANA. No es conceder tomar. (Se coloca el anillo.)
GLÓSTER. Cual tu dedo este anillo circunscribe,
Tu pecho así mi corazon circunde:
Úsalos ambos, que los dos son tuyos.
Y, si pedir tu pobre siervo puede
Sólo un favor de tu graciosa mano,
Eternamente se creerá dichoso.
ANA. ¿Y qué favor es ese?
GLÓSTER. Si quieres confiar tu triste empresa
Á quien se juzga el principal doliente,
Y al palacio de Crósbia encaminarte,
Donde, despues que al noble rey sepulte
En la Iglesia de Chérsia con gran pompa,
Y humedezcan mis lágrimas su tumba,
Iré con toda diligencia á verte.
Por razones que callo desearía
Obtener esta gracia.
ANA. De todo corazon; y me complace
Verte de modo tal arrepentido.

Trésel y Bérclio, acompañadme os ruego.

Glóster. Despídete de mí.

Ana. No lo mereces;
Pero, ya que me enseñas á adularte,
Puedes imaginar que adiós te dije.
(Vanse Ana, Trésel y Bérclio.)

Glóster. Alzad el cuerpo.

Caballer. ¿Y bien, señor, á Chérsia?

Glóster. No tal: al Cármen y esperad mi orden.
(Vanse todos ménos Glóster.)
¿Qué dama en temple tal fué cortejada?
¿Qué dama en temple tal jamás vencida?
La obtendré, mas por tiempo limitado.
¡Cómo! ¿Asesino de su esposo y suegro,
Salirle al paso al culminar su furia,
Al maldecir su voz, ahogada en llanto,
De su dolor ante el sangriento emblema,
Contra Dios, su conciencia y tanta traba,
Y sin amigos que mi causa amparen,
Á no ser Satanás y el disimulo,
¡Y así vencerla contra el mundo entero!
¡Ah!
¿Ya se olvidó del príncipe bizarro,
De Eduardo, su señor, que hará tres meses
En Tuxbúria maté ciego de saña?
Más afable y gallardo caballero
(Fué pródiga con él naturaleza:
Jóven, bravo, discreto, de alta alcurnia)
No volverá á ostentar el ancho mundo.
¡Y á mí me mira ya, cuando he tronchado
Á príncipe tan noble en sus primicias
Y en triste lecho la arrojé viuda!
¡Á mí que á Eduardo en nada me aproximo!
¡Á mí cojo y deforme!—Mi ducado
Contra ochavo rüin apostaría

Á que ignoro el valor de mi persona.
¡Por mi vida! Verá lo que no vëo:
¡Que soy maravillosamente hermoso!
Un espejo busquemos; y las modas,
Para realzar á mi persona, estudien
Veinte ó cuarenta sastres por mi cuenta.
Ya que pude alcanzar favor conmigo
Rumboso debo ser para afianzarlo.—
Pero primero á sepultar á ëse;
Y despues á llorarle á mi adorada.
Para observar mi sombra en tu reflejo
Alumbra, sol, hasta tener espejo. (Vase.)

ESCENA III.

Lóndres.—Una sala en el palacio.

Entran la REINA ISABEL, RÍVERS y GREY.

RÍVERS. Calma tened, que su salud, no hay duda,
Recobrará su majestad, señora.
GREY. Al veros afligida, desfallece;
Y asi, por Dios, aparentad contento,
Y con alegre plática animadlo.
ISABEL. ¿Qué serïa de mí si me faltara?
RÍVERS. Perder tal dueño vuestro mal serïa.
ISABEL. Iguala á todo mal perder tal dueño.
GREY. Os dotaron los cielos con un hijo,
Que, cuando falte, consolaros puede.
ISABEL. Ah! jóven es äún; y ha de ampararle
En su menor edad Ricardo Glóster,
Quien ni á mí ni á vosotros quiso nunca.

RÍVERS. ¿Que ha de ser su tutor quedó pactado?
ISABEL. Pactado nó, mas decidido queda,
Y así tendrá que ser, si el Rey sucumbe.

Entran BÚCKINGHAM y STÁNLEY.

GREY. Aquí se acercan Búckingham y Stánley.
BÚCKINGH. Buenos días, señora.
STÁNLEY. Eternamente
A vuestra majestad feliz Dios haga.
ISABEL. La Condesa de Ríchmond, Conde Stánley,
Quizás no diga «Amén» á vuestro ruego.
Mas, aunque amor, Stánley, vuestra esposa
A mí no me profese, os aseguro
Que odio no os tengo y su altivez olvido.
STÁNLEY. Ruego que rechaceis esas calumnias
De acusadores falsos; mas, si fuese
Con razon acusada, perdonadle
Esa flaqueza; que procede, acaso,
De febril ilusion, no de malicia.
ISABEL. ¿Habeis hoy visto al Rey, Conde de Stánley?
STÁNLEY. Ahora á su majestad una visita
Hizo el Duque de Búckingham conmigo.
ISABEL. ¿Notais de alivio síntomas, señores?
BÚCKINGH. Señora sí: más animado hablaba.
ISABEL. Dios le devuelva la salud.—¿Le hablasteis?
BÚCKINCH. Sí, señora. La paz vuestros hermanos
Con el Duque de Glóster que hagan quiere,
Y el señor Chambelán con todos ellos;
Y los manda venir á su presencia.
ISABEL. ¡Que sēa para bien! Pero lo dudo,
Pues ha llegado á su cenit mi dicha.

Entran GLÓSTER, HASTINES y DÓRSET.

GLÓSTER. ¡Me ofenden y he resuelto no aguantarlo!
¿Quienes al Rey se quejan y me acusan
De aspereza, ¡pardiez! de no quererlos?
¡Por san Pablo! ama poco al Rey quien filtra

Tan indignos rumores en su öido.
¿Porque adular no puedo y hablo claro,
Ni puedo sonrëir ante las gentes,
Ni engaño, ni palïo, ni seduzco
Con corteses francesas monerïas
Me juzgan enemigo rencoroso?
¿Vivir un hombre llano y sin recelos
No es ya posible, sin que así lo injurien
Suaves, sutiles, insinuantes trastos?

RÍVERS. ¿A quién os dirigís de entre nosotros?

GLÓSTER. A vos, que ni sois bueno ni discreto.
¿Cuándo os pude ofender? ¿qué daño os hice?
Ó á vos—ó á vos—ó á todo vuestro bando.
¡Mala peste en vosotros! El monarca,
Que guarde Dios mejor que ansiais, ¿no puede
Ni respirar siquiera, sin que, osados,
Lo perturbeis con indecentes quejas?

ISABEL. Hermano Glóster, te equivocas: obra
La voluntad rëal del soberano,
En quien nadie inflüir ha pretendido.
Quizás tu enemistad reconcentrada,
Que en tu vida exterior se manifiesta
Contra mí, mis hermanos y mis hijos,
Le hagan llamarte, y ver si el fundamento
Halla de tu rencor y lo remueve.

GLÓSTER. No sé: pero tan mal el mundö anda
Que ya á cazar se atreven gorrïones
Donde ni osaran águilas posarse.
¡Como ya son los trastos caballeros,
Algunos caballeros son ya trastos!

ISABEL. ¡Vamos! ¡Vamos! te entiendo, hermano Glóster;
Mi suerte envidias y que tenga amigos.
¡Quiera Dios que jamás te necesite!

GLÓSTER. Que yo te necesite Dios hoy quiere.

Preso mi hermano está por causa tuya:
Yo, sin favor; los nobles, despreciados;
Y, en tanto, se conceden cada instante
Altos puestos y honores á personas
Que apenas un ducado ayer valían.

ISABEL. Por quien me hizo subir á tanta altura
De la region feliz en que me hallaba,
Juro que contra Clárens nunca dije
Nada á su Majestad: que siempre he sido,
Para pedir por él, intercesora.
Torpe es, señor, tu injuria, al envolverme
En sospecha tan falsa y tan indigna.

GLÓSTER. ¡Que obra tuya no fué puedes negarme
La reciente prision del Conde Hastines?

RÍVERS. Puede, señor; pues ella...

GLÓSTER. Puede, Conde de Rívers, ¡quien lo duda!
Hacer puede, señor, más de negarlo.
Puede ayudar á daros altos puestos,
Y negarme que mano en ello tuvo,
Porque todo ese honor os corresponde.
¿Qué no puede?—Si puede ¡vaya! puede.....

RÍVERS. ¿Qué ¡vaya! puede?

GLÓSTER. ¿Qué qué vaya puede?
Saltar la valla, si con Rey se casa
Soltero y además gallardo mozo.
Hizo pēor casorio vuestra abuela.

ISABEL. Duque Glóster, soporto há largo tiempo
Tus insultos y amargas ironías:
Su majestad por mí sabrá, te juro,
Los groseros ultrajes que he sufrido.
Más me valiera ser pobre villana
Que excelsa reina, si á aguantar me obligan
Tus ataques, escarnios é insolencias.

Entra la REINA MARGARITA, que permanece en el foro.

¡Poco en ser reina de Inglaterra gozo!

MARGARIT. (Aparte) ¡Quiera Dios que ese poco disminuya!
¡Son ese honor y sitio y pompa míos!

GLÓSTER. ¡Qué! ¿con hablar al Rey tú me amenazas?
Vé, cuéntaselo todo: lo que dije
Ante el Rey sostendré; quiero arriesgarme
Á que preso me lleven á la Torre.
Precisa hablar. Se olvidan mis servicios.

MARGARIT. (Aparte) ¡Bien los recuerdo, Satanás! A Enrique,
Mi esposo, tú en la Torre asesinaste;
Y á Eduardo, mi hijo mísero, en Tuxbúria.

GLÓSTER. Antes que reina tú, que Rey tu esposo
Bestia de carga fuí de sus empresas,
Escardador crüel de sus contrarios,
Sin tasa premiador de sus amigos:
Sangre rēal le dí yo con la mīa.

MARGARIT. (Aparte.) Y mejor que la tuya y que la suya.

GLÓSTER. Tú con tu esposo Grey fuisteis entonces
Facciosos á la casa de Lancáster;
Y tú, Rívers, también.—¿No fué tu esposo
De San Albano en la batalla muerto?
Os debo recordar, ya que olvidasteis
Lo que antes fuisteis, lo que sois āhora,
Lo que fuí, lo que yo soy todavīa.

MARGARIT. (Aparte.) !Ahora, cual antes, pérfido asesino!

GLÓSTER. El pobre Clárens á su suegro Várvic
Traidor abandonó. ¡Dios lo perdone!

MARGARIT. (Aparte.) ¡Dios lo maldiga!

GLÓSTER. Por luchar por Eduardo y por su causa.
Por eso ¡pobre Príncipe! lo prenden.
Pluguiera á Dios que el corazon, de piedra
Tuviese como Eduardo; ó que el de Eduardo
Blando y clemente fuese como el mīo.
¡Niño y necio soy yo para este mundo!

MARGARIT. (Aparte.) Huye al infierno, pues, y deja al mundo.

Espíritu infernal, tu reino es ese.
RÍVERS. Duque Glóster, en días que se evocan
Para probar que somos adversarios
A nuestro Rey legítimo seguimos:
Os siguiéramos hoy si Rey vos fueseis.
GLÓSTER. ¡Si fuera Rey!—Mas vale ser buhonero.—
Lejos del alma semejante idëa.
ISABEL. Tan escasa, cual juzgas la ventura
Que de esta tierra ser el Rey te ofrece,
Tan escasa supon la dicha mía
Por ser su reina yo.
MARGARIT. (Aparte.) Cual es escasa
La dicha de su reina.—Ya no puedo
Más tiempo contenerme. (Adelantándose.)
Paz, díscolos piratas, desunidos
Al repartir lo que me habeis robado,
¿Al verme no temblais? Si ante la reina
No os humillais cual súbditos, rebeldes,
Al verme destronada, estremecëos.
¡Ah! Nö huyas villano bien nacido.
GLÓSTER. ¿Qué pretendes, vil bruja maldecida?
MARGARIT. Tan solo repetirte tus maldades;
Y antes dë irte, es fuerza que me escuches.
GLÓSTER. ¿Mas no es destierro ó muerte tu sentencia?
MARGARIT. Sí, pero juzgo ya mayor castigo
El destierro, que, estando aquí, la muerte.—
Un hijo tú me debes y un esposo—
Un reino, tú—vosotros homenaje.
Es de derecho, mi desgracia, vuestra;
Y la ventura que usurpasteis mía.
GLÓSTER. Las maldiciones de mi noble padre
Cuando á su frente bélica ceñiste
Corona de papel, y de sus ojos
Raudal de llanto provocó tu ofensa,
Y un paño le ofreciste en que enjugarlo

Tinto en la sangre del precioso Rútland,
Sus maldiciones de amargura henchidas
A tí lanzadas, sobre tí cayeron:
Dios castiga tu culpa, nó nosotros.

ISABEL. Dios justiciero al inocente venga.
HASTINES. ¡Oh, matar á ese niño, cuán horrible
Empresa fué, cuán inaudita hazaña!
RIVERS. ¡Aun déspotas lloraron al saberlo!
DÓRSET. ¡Cruda venganza presagiaron todos!
BÚCKINGH. Lloró Norzúmbria al presenciar su muerte.
MARGARIT. Mas... ¿os mostrais los dientes en mi ausencia,
Ávido el uno á asir del cuello al otro,
Y ahora hácia mí vuestro furor se vuelve?
¿Tanto influyó la maldicion tremenda
De York, allá en el cielo, que no basta
Que muera Enrique y mi querido Eduardo,
Perder su reino y mi destierro triste
Por ese ruin rapaz? ¿Las maldiciones
Las nubes rasgan y hasta el cielo suben?
Dad paso, entónces, nubes, á las mías.
No la lid mate á vuestro rey, la gula,
Como al nuestro mató hierro homicida.
Tu hijo Eduardo, ya príncipe de Gáles,
Cual mi hijo Eduardo, príncipe de Gáles,
Muera en su juventud asesinado.
Reina ahora tú, cual yo que fuí la reina,
Vive, infeliz cual yo, más que tu gloria:
Vive y llora la muerte de tus hijos.
Á otra en ese lugar vé, cual te veo,
Usurpar los derechos que usurpaste.
Antes que mueras tú, muera tu dicha;
Y, tras penas sin fin, ni siendo esposa,
Madre, ni reina de Inglaterra, muere.
Rívers y Dórset, vos tambien, Hastines,
Presenciasteis que hería al hijo mío

Homicida puñal. ¡Dios poderoso!
¡De muerte natural ninguno muera:
Aciago fin abrevie vuestras vidas!

GLÓSTER. Cese tu encanto, odiosa y vieja bruja.

MARGARIT. ¿Y á tí dejarte? Perro vil. Detente.
Si el cielo guarda un mal que sobrepuje
Al cúmulo de males que te ansío,
Cuando ya estén tus crímenes maduros,
Lo arroje sobre tí con fiera saña,
Perturbador de un mundo desgraciado.
El gusano roedor de la conciencia
Te muerda el alma: que al amigo juzgues
Siempre traidor, y á quien traidor, amigo:
Ni cierre el sueño tus malvados ojos,
A menos que terrible pesadilla
Con cohorte infernal no te espantare.
Tú, quimérico aborto, cerdo inmundo,
Tú, sellado al nacer cual vil esclavo
De la tierra, cual hijo del infierno,
Tú, calumnia de entrañas maternales,
Tú, de tu padre engendro aborrecido,
Tú, del honor andrajo, sér odioso...

GLÓSTER. ¡Margarita!

MARGARIT. ¡Ricardo!

GLÓSTER. ¿Eh?

MARGARIT. No te llamo.

GLÓSTER. Perdon te pido entonces. Yo creía
Que iban comigo tan odiosas frases.

MARGARIT. Es cierto, mas respuesta no esperaba.
Mi maldicion finalizar es fuerza.

GLÓSTER. ¡Ya lo hice yo, y acaba en Margarita!

ISABEL. Tus maldiciones contra tí se vuelven.

MARGARIT. Atribulada imágen de una reina,
De mi esplendor efímero reflejo,
¿Por qué miel á esa araña monstrüosa,

Que te aprisiona en red mortal, ofreces?
Necia mujer, afilas el cuchillo
Que ha de matarte. Llegará el momento
En que querrás, que, unida á tí, maldiga
A ese deforme y ponzoñoso sapo.

HASTINES. De maldecir cesad, sér ominoso,
No se agote por fin nuestra paciencia.

MARGARIT. Menguados, agotasteis ya la mïa.

RÍVERS. Vuestros deberes recordar es justo.

MARGARIT. Cumplir vuestro deber conmigo es justo.
Recordad que sois súbditos, yo reina;
Y recordar vuestro deber es justo.

DÓRSET. No la contradigais; está demente:

MARGARIT. Petulante marqués, callad; que el cuño
Del honor que ostentais es tan flamante
Que aun corre apenas. Los recientes nobles
Lo que es perderlo conocer debïan.
Combate el huracan á los más altos;
Y, si cäen, pedazos quedan hechos.

GLÓSTER. Buen consejo, marqués; tomadlo en cuenta.

DÓRSET. Tanto os cuadra, señor, como me cuadra.

GLÓSTER. O mejor: mas nací tan encumbrado
Que en la copa del cedro está mi crïa,
Y al sol desprecia y de los vientos mofa.

MARGARIT. Y sombra le hace al sol. ¡Ay triste! ¡Ay triste!
¡Mi hijo yace en la sombra de la muerte!
¡Su irradiante esplendor, tu negra furia
Ha envuelto con tinieblas eternales!
¡En mi nido pusiste tú tu crïa!
¡Dios justo, que esto vés, no lo toleres!
¡Con sangre se alcanzó, que así se pierda!

BÚCKINGH. O por vergüenza ó por piedad, calläos.

MARGARIT. Ni á la piedad ni á la vergüenza escucho.
Sin piedad me ofendisteis. Destrozasteis
Verdugos, sin vergüenza mi esperanza.

Mi piedad es furor; la vida mia
Vergüenza es; y en mi vergüenza vive
De mi dolor la ira.

BÚCKINGH. Basta, basta.

MARGARIT. La mano os beso, Búckingham hidalgo,
En testimonio del afecto mio.
Bien hayais vos y vuestra noble casa:
No mancha vuestras ropas nuestra sangre,
Ni os pueden alcanzar mis maldiciones.

BÚCKINGH. Ni á nadie aquí. Las maldiciones quedan
En los labios de aquellos que las lanzan.

MARGARIT. Nó: sostengo que suben á los cielos
Y la dormida paz de Dios despiertan.
¡Oh, de ese perro, Búckingham, guardãos!
Cuando acaricia, muerde; y cuando muerde,
Su diente ponzoñoso ulcera y mata.
No os concerteis con él. El hierro ostenta
Del crímen, de la muerte y del infierno;
Y los demonios son sus familiares.

GLÓSTER. ¿Qué dice, señor duque?

BÚCKINGH. Cuanto dice
En mi juicio, señor, valor no tiene.

MARGARIT. Despreciais mis consejos amistosos,
Y aplacais al demonio que os denuncio?
¡Ah! ¡Ya os acordareis, cuando á pesares
Os hienda el corazon! Llamad entónces
Profetisa á la pobre Margarita.
Quedad á su rencor esclavizados;
Él al vuestro; al de Dios él y vosotros. (Vase.)

HASTINES. Sus maldiciones mi cabello erizan.

RÍVERS. Y á mí también. ¿Por qué libre la dejan?

GLÓSTER. Pues ¡válgame la Vírgen! No la culpo.
Hartas ofensas soportó. Lamento
La parte que en causarlas he tenido.

ISABEL. Jamás daño le hice, que yo sepa.

GLÓSTER. Mas gozas tú ventajas de su daño.
Harto ardor he mostrado yo por uno
Que harta frialdad en recordarlo muestra.
En cuanto á Clárens ¡vaya! bien le pagan:
Ya entró para engordar en la zähurda.
¡Perdone Dios á quien la culpa tenga!

RÍVERS. Es sentencia cristiana y virtüosa
Rogar por los que causan nuestro daño.

GLÓSTER. (Aparte.) Eso suelo hacer yo con buen acuerdo;
Que al maldecir, me hubiera maldecido.

Entra CATÉSBIO.

CATÉSBIO. Su Majestad, señora, os ha llamado.
Alteza, á vos, y á vos, nobles señores.

ISABEL. Catésbio, al punto iré. Vendreis conmigo.

RÍVERS. Os seguimos, señora.

(Vánse todos menos GLÓSTER.)

GLÓSTER. Hago el mal y lo anuncio yo el primero.
Los crímenes ocultos que origino
Cargo en ajenos hombros. A la sombra,
Clárens está por mí; pero lo lloro
Ante crédulos necios: ante Hastines
Y Búckingham y Stánley á quienes digo
Que la reina y su bando concitaron
La ira del rey contra mi hermano el duque.
Y ellos lo crëen; y, sin más, me excitan
A vengarme de Grey, Rívers y Vógan.
Mas suspiro; y, citándoles un texto
Del Evangelio, digo que Dios manda
Dar bien por mal; y así mi infamia cubro
Con trozos viejos que á la Biblia robo;
Y, mientras más Luzbel, me ven más santo.
Pero basta. Se acercan mis bandidos.

(Entran dos asesinos.)

Varoniles y audaces compañeros,
¿Vais pronto á despachar ese negocio?

ASESINO 1.° Sí tal, señor; venimos por la órden
Para poder entrar donde se hallare.

GLÓSTER. Habeis pensado bien. Aquí la traigo.
(Les da la órden.)
Cuando se acabe volvereis á Crósbia.
Pero obrareis con rapidez, señores:
Sed firmes, y á sus súplicas sed sordos;
Que Clárens habla bien; y acaso alcance,
Si se le deja, lástima infundiros.

ASESINO 1.° ¡Callad, callad, señor; no charlarémos!
Hace poco quien habla: os aseguro
Que usaremos las manos, no la lengua.

GLÓSTER. Piedras de vuestros ojos se desprenden,
Cual de imbéciles párpados el llanto.
Muchachos, me agradais. A vuestro asunto.
Id pronto y terminad.

ASESINO 1.° Sereis servido. (Vánse.)

ESCENA IV.

Lóndres. Un aposento en la Torre.

Entran CLARENS y BRAQUENBÚRIO.

BRAQUENB. ¿Por qué tan abatido vuestra alteza?

CLÁRENS. ¡Ah, qué noche de angustias he pasado!
Llena de hórridos sueños y visiones:
A fe de buen cristiano, no quisiera,
Ni por un mundo entero de venturas,
Despertar de una noche semejante,
Tan repleta de lúgubres terrores.

BRAQUENB. ¿Qué soñasteis, señor? Hablad os ruego.

CLÁRENS. Pensé que, huyendo de la Torre, á bordo

De un buque me embarqué para Borgoña
En compañía de mi hermano Glóster,
Quien á dejar la cámara me invita
Y á pasëar sobre cubierta. Viendo
De Inglaterra las costas, recordamos
Los mil tristes sucesos acaecidos
En las guerras de York y de Lancáster.
Pensé que Glóster tropezó, la inquieta
Cubierta al recorrer; y, al sujetarlo,
Para que no cayese, entre las olas
Él me arrojó del piélago espumoso.
¡Ay Dios, cuánto sufrí creyendo ahogarme!
¡Cómo zumbaba el agua en mis öidos!
¡Qué visiones de muerte ante mis ojos!
Ver pensé mil naufragios: mil ahogados
Röidos ya de peces. Grandes anclas,
Barras dē oro, amontonadas perlas,
Piedras preciosas, joyas esplendentes,
En el fondo del mar desparramadas:
Algunas en los cráneos de los muertos;
Y, entre las huecas órbitas, cual befa
De ausentes ojos, piedras fulgurantes
Que al cenagoso fondo cortejaban,
Y de los sueltos huesos se rëīan.

BRAQUENB. ¿Y próximo á morir tiempo tuvisteis
Para ver de la mar esos misterios?

CLÁRENS. Sí: lo pensé. Mi espíritu yo ansiaba
Exhalar; mas las ondas rencorosas,
Oprimiendo mī alma, le impedīan
Buscar el aire libre, extenso y vago,
Ahogándola en el pecho palpitante,
Pronto á estallar ansioso de arrojarla.

BRAQUENB. ¿No os despertó tan espantosa angustia?

CLÁRENS. Nó: mi sueño duró más que mi vida,
Y comenzó del alma la tormenta.

Con el barquero que el poeta nombra
Pensé pasar el ominoso río,
Y entrar en la region de eterna muerte:
Allí el primero que encontró mi alma
Mi excelso suegro fué, Várvic famoso,
Quien gritó: «¿Qué castigo por perjuro
Este reino fatal prepara á Clárens?»
Desvanecióse.—Cual vision se acerca
A mí un ángel despues de áureos cabellos
Con sangre apelmazados vocëando:
«Es Clárens: el traidor, falso y perjuro
Clárens es, que me dió muerte en Tuxbúria:
Furias, id conträ él y atormentadle.»
Pensé que una legion de inmundos trasgos
Me cercaban, ahullando en mis öidos
Gritos tan espantosos, que, á su estruendo,
Temblando desperté; pero creïa,
Despierto äún, que en el infierno estaba:
¡Tal impresion en mí causó mi sueño!

Braquenb. No es extraño, señor, que os espantase,
Pues me causa terror sólo escucharos.

Clárens. ¡Oh, Braquenbúrio! Por Eduardö hice
Lo que depone contra el alma mïa
En este instante, y ¡ved cómo él me paga!
¡Oh, Dios! Si en tí no influye mi hondo ruego
Y castigar mis crímenes pretendes,
Caiga en mí sólo tu furor: perdona
A mi esposa infeliz y tristes hijos.
Señor, os ruego que me hagais compaña;
Me faltan fuerzas y dormir quisiera.
(Se duerme en una silla.)

Braquenb. Lo haré, señor. Reposo Dios os brinde.
La pena al ocio y al descanso anula:
Hace dïa la noche, noche al dïa.
Sólo el título á un príncipe esclarece,

¡Honor externo por interna lucha!
Y en cambio, de ilusiones impalpables
Un mundo halla de angustiosas cuitas.
Lleve un título, pues, ó humilde nombre,
Gloria externa no más distingue al hombre.

(Entran los dos asesinos.)

.° ¡Hola! ¿Quién es?
B. ¿Qué quieres? ¿Cómo entraste?
.° Ver á Clárens. Entré sobre mis piernas.
B. Eres breve.
1.° Mejor que ser cansado.
La órden puedes mostrar y ahorrar palabras.

(El asesino da un papel á Braquenbúrio, quien lo lëe.)

B. Al noble duque Clárens se me ordena
Aquí entregar. Lo que esto signifique
No pienso discutir. Quiero ignorarlo.
El duque duerme allí. Tomad las llaves,
Que á ver al rey yo parto; porque sepa
Que en vosotros mi cargo he dimitido.
.° Sí tal; muy bien pensado. Dios os guarde.

(Váse Braquenbúrio.)

2.° ¿Le damos de puñaladas miéntras duerme?
1.° Nó; porque nos llamará cobardes al despertar.
2.° ¡Al despertar! Necio: despertará el dïa del juicio.
1.° Pues dirá entónces que le herimos dormido.
2.° Eso del dïa del juicio ha hecho nacer en mí una especie de remordimiento.
1.° ¡Qué! ¿tienes miedo?
2.° De matarlo, nó; pues träemos lä órden; pero sí de ser eternamente condenado por matarlo; pues parä eso no nos vale lä órden.
1.° Te juzgaba resuelto.
2.° Sí: á dejarlo vivir.

ASESINO 1.° Volveré á ver al duque de Glóster para decírselo.

ASESINO 2.° Espera un momento. Confío en que cambiará mi místico humor. Solía durar miéntras contaba veinte.

ASESINO 1.° Y ahora, ¿cómo te sientes?

ASESINO 2.° A fe mía, conservo aún algunas heces de conciencia.

ASESINO 1.° Acuérdate de nuestra recompensa al cumplir el mandato.

ASESINO 2.° ¡Voto vá! ¡Muera! Se me había olvidado la recompensa.

ASESINO 1.° Y ahora tu conciencia, ¿dónde está?

ASESINO 2.° En la bolsa del duque de Glóster.

ASESINO 1.° De manera, que cuando él abre la bolsa y nos paga ¿se escapa tu conciencia?

ASESINO 2.° ¿Qué importa? ¡Que se vaya! Nadie la ha de detener.

ASESINO 1.° ¿Y si vuelve otra vez?

ASESINO 2.° Nada quiero tener que ver con ella.—Acobarda al hombre. Si roba, lo acusa. Si jura le tapa la boca; y, si yace con la mujer del vecino, lo publica. Es espíritu tímido y vergonzante que se rebela en el pecho del hombre. Lo llena todo de obstáculos. Una vez me hizo restitüir una bolsa llena de oro que me encontré por casualidad. Se la debiera desterrar de toda villa y ciudad, como á cosa peligrosa; que quien quiera vivir bien debe confiar en sí propio y vivir sin ella.

ASESINO 1.° ¡Voto vá! ahora mismo me habla al öido persuadiéndome á no matar al Duque.

ASESINO 2.° Aconséjate con el demonio y no le hagas caso. Se insinúa contigo sólo para hacerte suspirar.

ASESINO 1.° Hombre fuerte soy yo. A mí no me convence.

ASESINO 2.° Hablas como hombre de pró, que guarda respetos á su carácter.

ASESINO 1.° Dale en la cabeza con el puño de la espada, y luego lo arrojaremos en el tonel de vino de Malvasía que se halla en la habitacion inmediata.

ASESINO 2.° Oh excelente idëa. Convertirlo en sopon.

ASESINO 1.° Calla.—Se despierta.

ASESINO 2.° Dale.

ASESINO 1.° Nó: discutamos con él.

CLÁRENS. (Despertándose.) Una copa de vino, carcelero.
¿Donde estais?

ASESINO 1.° Ya tendreis bastante vino.

CLÁRENS. ¿Quién eres tú?

ASESINO 1.° Soy, como vos, un hombre.

CLÁRENS. No de estirpe rëal.

ASESINO 1.° Somos lëales.

CLÁRENS. Trueno es tu voz, aunque tu aspecto humilde.

ASESINO 1.° Es mi voz la del Rey; mi aspecto mïo.

CLÁRENS. Cuán siniestro y mortal es tu lenguaje.
Tus ojos me amenazan. ¿Palideces?
¿Quien os mandó venir? ¿Para qué objeto?

AMBOS AS.os Para... para...

CLÁRENS Matarme.

AMBOS AS.os Sí, si.

CLÁRENS. Casi
Os falta corazon para anunciarlo,
¿Qué corazon tendreis para cumplirlo?
¿Cuándo pude yo, amigos, ofenderos?

ASESINO 1.° Al monarca ofendisteis, nó á nosotros.

CLÁRENS. Con él pronto estaré reconciliado.

ASESINO 2.° Jamás, señor; y, así, morir es fuerza.

CLÁRENS. ¿En un mundo de gentes, escogidos

Para matar á un inocente fuisteis ?
¿En qué ofendí? ¿Por qué razon me acusan?
¿Qué trámites legales me conducen
Ante el ceñudo juez? ¿Quién ha dictado
Mortal sentencia contra el pobre Clárens?
Antes de verme por la ley convicto,
No es justo con la muerte amenazarme.
Por esa ansiada redencion, que os brinda
Jesús al dar su sangre por nosotros,
Idos; y no pongais en mí las manos,
Que Dios maldice vuestra inicua hazaña.

ASESINO 1.° Hacer nos ordenaron lo que harémos;
Y es el monarca quien hacerlo ordena.

CLÁRENS. El Rey de Reyes, míseros vasallos,
«No matarás» en sus sagradas tablas
Dejó dispuesto.—¿Rechazais su edicto
Y el de un hombre acatais? Tened en cuenta
Que él la venganza entre sus manos tiene
Para lanzarla á quien sus leyes rompe.

ASESINO 2.° Y esa venganza sobre vos arroja
Por perjuro y tambien por asesino.
Fidelidad en la pasada lucha
Jurasteis á la casa de Lancáster.

ASESINO 1.° Y vuestro voto, á Dios traidor, rompisteis,
Hiriendo con espada traicionera
Las entrañas del hijo del monarca.

ASESINO 2.° A quien cariño y proteccion jurasteis.

ASESINO 1.° ¿A qué citais de Dios la ley tremenda
Cuando hasta tal extremo la infrigisteis?

CLÁRENS. ¡Ah! ; ¿Por quién cometí tan fiera hazaña?
Fué por él—por Eduardo—por mi hermano.
No os dice que por eso me deis muerte;
Que en ese crímen culpa igual tuvimos.
Si de mis faltas Dios quiere vengarse
¿No comprendeis que á sí se basta solo?

No el arma hurteis á su potente brazo;
Que ni ruta ilegal ni extraviada
Para hollar al que ofende necesita.

ASESINO 1.° ¿Quién sangriento ministro, pues, os hizo
Cuando al valiente y juvenil Eduardo,
A ese novicio príncipe, matasteis?

CLÁRENS. Fraterno amor, Luzbel y mi despecho.

ASESINO 1.° Fraterno amor, lealtad y vuestra culpa
Nos conducen aquí para mataros.

CLÁRENS. Si es que á mi hermano amais, vuestro odio cese:
Mi hermano es y mi cariño goza.
Mas si con oro os corrompieron, idos.
Mejor os pagará mi hermano Glóster
Por mi vida que Eduardo por mi muerte.

ASESINO 2.° No tal, os odia Glóster vuestro hermano.

CLÁRENS. ¡Ah! no es verdad. Cariño me profesa.
Id de mi parte á verle.

AMBOS AS.os Sí, por cierto.

CLÁRENS. Que al bendecir, decidle, á sus tres hijos
Mi padre York con brazo victorioso
Y recíproco amor al encargarles
Jamás pensara en tales disensiones.
Si esto á Glóster decís, vereis cual llora.

ASESINO 1.° Sí: piedras, como dijo de nosotros.

CLÁRENS. ¡Ah! no lo calumnies. Es compasivo.

ASESINO 1.° Cual nieve al cosechar. Desengañáos
Él para daros muerte aquí nos manda.

CLÁRENS. No puede ser. Lloró mi suerte triste,
Jurando, al abrazarme entre sollozos,
Que darme libertad procuraría.

ASESINO 1.° De terrenal esclavitud os saca
Y celestiales goces os procura.

ASESINO 2.° La paz haced con Dios. Morir es fuerza.

CLÁRENS. ¿En tu alma sientes el sagrado impulso
Que me aconseja á hacer con Dios las paces,

Y ciego, al par, no atiendes á tu alma
Haciendo guerra á Dios al darme muerte?
¡Ah! pensad que el que os mueve á tal extremo
Por esta hazaña os odiará, más tarde.

ASESINO 2.º ¿Qué hacer?

CLÁRENS. Ceder, salvando vuestras almas.

ASESINO 1.º Ceder es de cobardes y mujeres.

CLÁRENS. No ceder es brutal, salvaje, horrendo.
Piedad, amigo, en tus miradas hallo
Si tus ojos no adulan; por mí pide.
Colocáte á mi lado. ¿Qué mendigo
A un príncipe mendigo no socorre?

ASESINO 1.º Sí: de este y este modo; y, si no basta, (Le hiere)
Ahogaos en el tonel de Malvasía.
(Vase llevando el cuerpo de Clárens.)

ASESINO 2.º Sangrienta hazaña y despachada pronto.
Cual Pilatos, mis manos me lavara
De este crüel y bárbaro homicidio.
Vuelve á entrar el primer asesino.

ASESINO 1.º ¿Qué es esto? No me ayudas.—¡Vive el cielo!
Sabrá el Duque lo flojo que anduviste.

ASESINO 2.º Así supiera que salvé á su hermano.
Toma el dinero tú. Dí lo que digo:
De la muerte del Duque me arrepiento.
(Vase.)

ASESINO 1.º Yo nó: cobarde, véte. Conque ähora
En un rincon metamos el cadáver,
Hasta que ordene el Duque que lo entierren.
Y, en cuanto cobre, decision discreta
Es, pues se ha de saber, tomar soleta.
(Vase.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Lóndres.—Una habitacion en el Palacio.

Entran el **REY EDUARDO**, conducido por servidores y enfermo. La **REYNA ISABEL, DÓRSET, RÍVERS, HASTINES, BÚCKINGHAM** y acompañamiento.

REY ED. Sí tal. Bien empleäado ha sido el dïa.—
En esta union continüad, señores;
Que la mision que viene á redimirme
Del Redentor espero á cada instante.
Puse en la tierra en paz á mis amigos:
Ascienda mi alma, pues, en paz al cielo.
Däos las manos sin oculto encono
Rívers y Hastines; y amistad juräos.

RÍVERS. Juro que libre está de odio mĭ alma;
Y mi franca amistad mi mano sella.

HASTINES. Por mi vida, tambien, lo propio juro.

REY ED. No finjais ante el Rey; no falle, viendo
La oculta falsedad el Rey de Reyes
Que por mano dĕ uno el otro muera.

HASTINES. De mi amistad purísima protesto.

RÍVERS. Yo que de corazon á Hastines amo.
REY ED. Ni á tí te quiero exceptüar, esposa.
Ni á tí Dórset; ni á Búckingham tampoco.
Todos enemistados estuvisteis.
Da la mano á besar al Conde, esposa:
Amigos sed y deponed rencores.
ISABEL. Hastines, por la suerte de mis hijos
Juro que olvido los pasados odios.
REY ED. Dadle un abrazo Dórset: vos Hastines
Abrazad al Marqués.
DÓRSET. Será inviolable
Para mí la amistad que nos jüramos.
HASTINES. Y yo tambien lo juro. (Abrazando á Dórset.)
REY ED. Gran Búckingham, sellad esta alïanza
Abrazando á los deudos de mi esposa;
Y promoved en vuestra union mi dicha.
BÚCKINGH. (A la Reina.) Si Búckingham rencor, señora os guarda
Si hácia vos y á los vuestros no evidencia
Su cariño lëal, Dios lo castigue
Con el odio del sér que más amare.
Cuando más necesite de un amigo,
Y más seguro esté de que es amigo,
Artero, infiel, traidor y mentiroso
Lo encuentre por su mal. Dios lo permita
Si á los vuestros ó á vos frialdad mostrare.
REY ED. Grato cordial es, Búkingham excelso,
Para mí enfermo corazon öiros.
No falta más que nuestro hermano Glóster
Para dar fin á tan benditas paces.
BÚCKINGH. Llega á tiempo feliz el noble Duque.

Entra Glóster.

GLÓSTER. Guarde Dios á los Reyes mis señores.
Felices dïas, eminentes Pares.
REY ED. Fancamente feliz ha sido el dia.
Actos piadoscs he cumplido, hermano,

Al convertir entre estos dignos nobles
En paz la saña y en amor el odio.

GLÓSTER. Obras son meritorias, Rey excelso.
Si en tan noble reunion hubiese alguno
Que, por error ó por falaz indicio,
Enemigo me juzgue;
Si á alguno de vosotros hice ofensa,
Ignorante ó colérico, deséo
Vivamente con él reconciliarme:
Es para mí la enemistad la muerte:
Yo la detesto; y el amor ansío
De los hombres de bien.—Con vos, señora,
Quiero en primer lugar, hacer las paces,
Que serán con mis actos conquistadas;
Con vos, mi primo Búckingham, si hubo
Causa de disension entre nosotros;
Con Rívers y con Grey, que sin motivo
Con ceño me miraron.—Duques, Condes,
Señores, Caballeros, hablo á todos.
Cual criatura nacida en este instante,
Ignoro que un inglés siquiera viva
Con quien esté mi espíritu en discordia:
Y doy por mi humildad á Dios las gracias.

ISABEL. De hoy más éste será día de fiesta.
Pluguiera á Dios que terminada fuese
Así toda discordia.—Dueño mío,
Vuelve á tu gracia á nuestro hermano, Clárens.

GLÓSTER. Señora, ¿y para ser así tratado
En presencia Rëal mi amor os brindo?
¿Quién ignora que ha muerto el pobre Duque?
¡No es justo que á un cadáver se escarnezca!

RÍVERS. ¿Quien ignora que ha muerto? ¿Quién lo sabe?

ISABEL. ¡Omnipotente Dios, qué mundo es éste!

BÚCKINGH. ¿Pálido estoy como vosotros, Dórset?

DÓRSET. Sí, señor, y de todas las mejillas

De los presentes el color ha hüido.

REY ED. ¿Ha muerto Clárens? Revoqué lă orden.

GLÓSTER. Pero ¡infeliz! matólo la primera,
Que debió conducir Mercurio alado.
Llevó la contră-orden algun cojo,
Que ni á ocasion llegó de ver su entierro.
¡Quiera Dios que persona menos noble,
Menos lĕal, y por la sangre unida
Menos que por tendencias sanguinarias,
No tenga fin pĕor que el pobre Clárens,
Ni sospechas jamás á nadie infunda!

Entra STÁNLEY.

STÁNLEY. Una gracia, señor, por mis servicios.

REY ED. ¡Por Dios callad! La pena mi alma embarga.

STÁNLEY. Sin que me oigais, señor, no me levanto.

REY ED. Vuestra súplica, pues, decid al punto.

STÁNLEY. De un mi sirviente ¡oh Rey! pido la vida.
Dió muerte á un turbulento caballero
De la casa del Duque de Norfóquia.

REY ED. ¿La lengua que á mi hermano dió la muerte
Será la lengua que perdone á un siervo?
Él no ha matado. Fué pensar su falta,
Y la muerte feroz fué su castigo.
¿Quién me pidió por él? ¿Quien en mi furia
Se arrodilló á mis piés para calmarme?
¿Quién de fratĕrnidad ó amor ha hablado?
¿Ni quién me recordó que al fiero Várvic
El infeliz dejó por causa mía?
¿Ni quién que me salvó, cuando vencido
Me hallaba yo con Óxford en Tuxbúria;
Diciendo «Rey serás, querido hermano?»
¿Ni quién como en el campo de batalla,
Helados ambos, me arropó; y, desnudo,
Soportó la inclemencia de la noche?
Esto de mi memoria, fiera saña

Criminal arrancó; pero nï uno
Por caridad me lo advirtió siquiera!
Mas si un carrero vil, ó humilde siervo,
Harto de vino, mata y aniquila
De nuestro Redentor la hermosa imágen;
Por el pedís perdon: perdon de hinojos,
Que mi justicia concederos debe;
¡Más por mi hermano no pidió nï uno!
¡Ni aún yo, crüel, por ese desgraciado
A mí mismo pedí! Todos favores,
Aún los más encumbrados, le debisteis;
¡Mas nadie suplicó por esa vida!
La cólera de Dios caerá por esto
Sobre mí, sobre vos y nuestros hijos.
A mi cámara Hastines conducidme.
¡Ay desgraciado Clárens!

(Vánse el Rey Eduardo, la Reina Isabel, Hastines, Rívers Dórset y Grey.)

GLÓSTER. ¡La precipitacion da tales frutos!—
¿De Clárens al saber el fin, no visteis
Pálidos á los deudos de la Reina?
Instigadores fueron de su muerte.
¡Dios los castigue!—Pero entrar debemos.
Consolará nuestra presencia á Eduardo.

BÚCKINGH. Vamos con vuestra alteza. (Vánse.)

ESCENA II.

Lóndres.—Otra habitacion del Palacio.

Entran la DUQUESA de York con un HIJO y una HIJA de Clárens.

HIJO. Decid, abuela, ¿ha muerto nuestro padre?

DUQUESA. Nó, niño.

HIJA. Pues, entonces,
¿Por que llorais y os golpëais el pecho;
Y exclamais «pobre Clárens, hijo mío»?

HIJO. ¿Por qué, al vernos, moveis vuestra cabeza;
Y, sin hogar, y huérfanos, y pobres,
Nos llamais, si mi noble padre vive?

DUQUESA. Ambos os engañais, preciosos nietos.
La dolencia del Rey me desazona:
Su mal, nó que haya muerto vuestro padre.
¡Es inútil llorar á quien se pierde!

HIJO. Abuela, me decís así que ha muerto.
Toda la culpä es del Rey, mi tïo.
Mas Dios nos vengará. Constantemente
Le rezaré para alcanzar su ayuda.

HIJA. Yo tambien he de hacerlo.

DUQUESA. Callad, hijos, callad. El Rey os ama,
Infelices y ciegos inocentes.
Ignorais quién dió muerte á vuestro padre.

HIJO. Abuela nó, pues Glóster, mi buen tïo,
Me dijo que, inducido por la Reina,
El Rey cargos fraguó para perderlo.
Al decirlo, de lástima lloraba,
Bondadoso besando mis mejillas;
Y que fïara en él como en mi padre
Pues me amarïa siempre cual á un hijo.

DUQUESA. ¡Que el engaño tan bellas formas tome
Y antifaz de virtud al vicio encubra!
Es hijo mïo—para oprobio mïo—
¡Mas no mamó á mis pechos tanto dolo!

HIJO. ¿Y pensais que mi tïo me engañaba?

DUQUESA. Hijo, sí.

HIJO. No lo crëo. ¿Mas qué ocurre?

Entra la Reina ISABEL acongojada. La siguen RÍVERS y DÓRSET.

ISABEL. ¿Quién me podrá impedir que gima y llore,
Que mi suerte maldiga y me atormente?

Enemiga, cual tú, contra mi alma
Yo, desesperacion, á tí më uno.

DUQUESA. ¿Esta escena crüel qué significa?

ISABEL. Es un acto de trágica violencia.
Eduardo ha muerto, mi señor, tü hijo;
Y nuestro Rey.—¿Por qué, perdido el tronco,
Las ramas crecen, y porqué las hojas
No se marchitan al faltar la sávia?
¿Quereis vivir?—Llorad.—¿Morir?—Sed breves;
Y alcance den al Rey las almas nuestras;
Y, cual vasallos, á su nuevo reino
De eterna paz, sigámoslo lëales.

DUQUESA. ¡Ah! mi interés en tu dolor, pregona
El lazo que á tu esposo me ligaba.
Lloré la muerte de mi digno esposo;
Y viendo sus imágenes vivïa.
Mas dos espejos de su augusta forma
Rotos están por la implacable muerte;
Y un espúreo cristal sólo me resta
Para tormento al reflejar mi oprobio.
Eres vïuda tú, pero eres madre;
Y te queda el consuelo de tus hijos.
De mis brazos la muerte hurtó á mi esposo,
De mis manos dos báculos me usurpa;
Eduardo y Clárens. ¡Ay! razon me sobra,
Siendo tu pena parte de la mïa,
Para ahogar tus sollozos y gemidos.

HIJO. Por la muerte de padre no llorásteis,
¿Cómo puede ayudaros nuestro llanto?

HIJA. Nuestra triste orfandad no fué llorada;
Vuestra viudez tampoco lloraremos.

ISABEL. No me ayudeis en mi dolor, que estéril
No seré para dar á luz mis quejas.
Mil manantiales á mis ojos fluyen;
Y en mí la luna ni influencia ejerce

Para ahogar con mis lágrimas al mundo.
¡Ay por mi esposo, por mi amado Eduardo!

HIJOS. ¡Por nuestro padre idolatrado Clárens!

DUQUESA. ¡Por ambos, por Eduardo y por mi Clárens!

ISABEL. ¿Qué otro vínculo tuve sino Eduardo?

HIJOS. ¿Qué vínculos tuvimos sino Clárens?

DUQUESA. ¡Esos solos dos vínculos tenía!

ISABEL. Pérdida igual ¿qué esposa nunca tuvo?

HIJOS. Pérdida igual ¿qué huérfanos tuvieron?

DUQUESA. Pérdida igual ¿qué madre tuvo nunca?
¡Ay la madre soy yo de estas desdichas
Que llorais parceladas, yo completas!
¡Por Eduardo ella llora y yo lo lloro!
¡Lloro por Clárens y ella no lo llora!
¡Lloran, cual yo, por Clárens estos niños,
Mas no lloran cual lloro por Eduardo!
¡Ay los tres sobre mí, tres veces triste!
Llorad.—Nodriza de la pena vuestra
Yo la alimentaré con mis sollozos.

DÓRSET. Madre querida, calma: Dios se ofende
Si, humildes, sus preceptos no acatamos.
Falta de gratitud estima el mundo
Pagar á un acreedor de mala gana:
Es peor contra el cielo rebelarse
Si exige que paguemos nuestra deuda.

RÍVERS. Cual tierna madre, recordad, señora,
Al hijo vuestro; al príncipe. Llamadle;
Coronémosle. En él tendreis consuelo.
Del muerto Eduardo ahogad en el sepulcro
Vuestro dolor: sembrad la dicha vuestra
Del vivo Eduardo en el naciente trono.

Entran GLÓSTER, BÚCKINGHAM, STÁNLEY, HASTINES, RATCLIFIO y otros.

GLÓSTER. Cálmate hermana. Todos con motivo
De este astro hermoso la extincion lloramos.

Mas nadie con llorar sus penas cura.
Señora madre, perdonadme os ruego.
No os ví. De hinojos pido, humildemente,
Que aquí me bendigais.

DUQUESA. Dios te bendiga.
La humildad, el amor y la obediencia,
La sumision y la piedad te infunda.

GLÓSTER. Amen. (Aparte.) Y muere virtüoso anciano.
Final de toda bendicion materna:
Me extraña que dejara de inclüirlo.

BÚCKINGH. Príncipes tristes y apenados Pares,
Que el grave peso del dolor agobia,
Con cariño recíproco animäos:
De este Rey recogimos la cosecha:
A recoger la que nos brinda el hijo.
De nuestros pechos la deshecha saña,
Recien entablillada y adherida,
Con esmero cuidad y con cariño.
Juzgo oportuno que con poca gente
De Lúdlo al jóven Príncipe traigamos,
Y al punto en Lóndres Rey lo coronemos.

RÍVERS. Mas, Búckingham, ¿por qué con poca gente?

BÚCKINGH. Señor, porque quizás, si fueran muchos,
La herida del rencor, recien curada,
Nuevamente se abriera; riesgo grave
Aun naciente el Estado y sin gobierno.
Cuando cada corcel manda en sus riendas
Y puede caminar á su albedrïo,
No el mal tan sólo precaverse debe;
Hasta el temor del mal debe evitarse.

GLÓSTER. Pienso que el Rey nos puso en paz á todos,
Y pacto es ese para mí sagrado.

RÍVERS. Y para mí, cual para todos, crëo.
Mas, puesto que es reciente, que peligre
No es justo; lo que acaso sucediera

Si muchos ese séquito formasen.
Por lo tanto, cual Búckingham, opíno
Que ir deben por el Príncipe muy pocos.

HASTINES. Es mi opinion la misma.

GLÓSTER. Bien está. Decidamos al instante
Quiénes ir deberán á Lúdlo luego.
¿Quereis señora, y vos ir, madre mía,
A dar vuestra opinion en este asunto?

(Vánse todos menos Glóster y Búckingham.)

BÚCKINGH. Que vaya por el Príncipe quien vaya
Por Dios, señor, que aquí no nos quedemos:
Que yo hallaré ocasion en el camino,
Cual prólogo á la historia de que hablamos,
Para lograr que los altivos deudos
De la Reina, del Príncipe se aparten.

GLÓSTER. ¡Mi otro yo! ¡Mi secreto consistorio!
¡Mi Oráculo y Profeta! ¡Deudo caro!
Vuestro consejo, como niño, sigo:
A Lúdlo, pues, y atrás no nos quedemos.

(Vánse.)

ESCENA III.

Lóndres.—Una calle.

Entran dos CIUDADANOS encontrándose.

CIUD. 1.° ¿Adónde vais, vecino, con tal prisa?

CIUD. 2.° Juro que no lo sé. ¿No habeis óido
Las nuevas hoy?

CIUD. 1.° Sí tal, que el Rey ha muerto.

CIUD. 2.° Pues malas nuevas nunca se mejoran:
Temo que el mundo marche á tropezones.

Entra un tercer CIUDADANO.

CIUD. 3.° Dios os guarde, señores.
CIUD. 1.° Buenos dïas.
CIUD. 3.° ¿Es de nuestro buen Rey cierta la muerte?
CIUD. 2.° Sí, señor, es verdad. ¡Dios nos ampare!
CIUD. 3.° Pues entónces vereis revuelto el mundo.
CIUD. 1.° Nó, no tal. Dios querrá que reine el hijo.
CIUD. 3.° Desgraciado el päis que un niño rige.
CIUD. 2.° Esperanzas en él hay de gobierno:
En su menor edad será guïado;
Y, ya maduro en años, por sí sólo
Gobernará.
CIUD. 1.° Cuando á los nueve meses
Coronado en París fué Enrique sexto
En este estado la nacion se hallaba.
CIUD. 3.° ¿De veras? Nó, señores. Dios me ampare.
Entonces un tesoro posëïa
De sagaces y graves consejeros,
Y amparaban al Rey sus nobles tïos.
CIUD. 1.° Los tiene éste tambien por padre y madre.
CIUD. 3.° Parientes de su padre fueran todos,
O parientes de padre no tuviese.
La emulacion, si Dios no lo remedia,
Por cerca estar, de cerca va á tocarnos.
Es el Duque de Glóster riesgo grave,
Y altivos y ambiciosos son los hijos
Y hermanos de la Reina. Dominados,
No dominando, florecer podrïa,
Quizás, cual ántes la enfermiza patria.
CIUD. 1.° Tememos lo pëor. Bien irá todo.
CIUD. 3.° Coge el sabio la capa si ve nubes;
Es señal el deshoje del invierno;
Traspuesto el sol ¿no llegará la noche?
¿No augura el hambre intempestiva lluvia?
Todo irá bien. Mas si eso Dios permite
Ni merecemos tanto, ni lo espero.

CIUD. 2.° En todo corazon el miedo impera,
Apénas hay quien no contemple males.
CIUD. 3.° Antes que llega el mal así sucede;
Pues, por instinto divinal, el alma
Teme el próximo daño: cual las olas
Que ántes que llega la borrasca rujen.
Pero dejadlo á Dios. ¿Adónde irémos?
CIUD. 2.° Nos ha citado el Juez y á verlo vamos.
CIUD. 3.° Me ha citado también. Iremos juntos.
(Vánse.)

ESCENA IV.

Lóndres.—Habitacion en el Palacio.

Entran el ARZOBISPO de York, el jóven Duque de YORK, la Reina ISABEL y la DUQUESA de York.

ARZOBIS. En Norzámpton anoche pernoctaron:
Deben llegar á Stáford esta noche;
Y mañana ó pasado los veremos.
DUQUESA. Ansïo ver al Príncipe: crecido
Sin duda lo hallaré.
ISABEL. Nó; pues me dicen
Que mi hijo York en talla lo aventaja.
YORK. Sí, madre; mas ŏirlo me disgusta.
DUQUESA. Nieto mïo, crecer es conveniente.
YORK. Una noche al cenar, Rívers, mi tïo,
Dijo, abuela, que yo más alto estaba
Que mi hermano.—«Sí» dice tïo Glóster,
«Virtud la planta diminuta ofrece,
Pero la mala hierba pronto crece.»
Desde entonces crecer tanto no quiero,
Pues lentas crecen las hermosas flores
Y rápida la hierba.

DUQUESA. ¡Vaya! ¡Vaya!
No debe hablar así quien eso dijo.
Era tan diminuto cuando jóven,
Y creció tan despacio, que repleto
De virtud, segun él, estar debía.

ARZOBIS. Ni cabe duda que lo está, señora.

DUQUESA. Así lo espero; mas las madres dudan.

YORK. A fé que, si lo hubiera recordado,
Con creces esa broma de mi tío
Referente á crecer devuelto hubiera.

DUQUESA. ¿Cómo, querido York? Dilo te ruego.

YORK. Pues dicen que mi tío tan de pronto
Creció que á las dos horas pan roía:
Dientes no tuve yo ni á los dos años.
Muerde la broma á mi entender, abuela.

DUQUESA. ¿Y quién eso afirmaba, York querido?

YORK. Abuela, su nodriza.

DUQUESA. ¡Su nodriza!
¡Si muerta estaba cuando tú naciste!

YORK. Entonces quién lo dijo no recuerdo.

ISABEL. Charlatán, por demás eres agudo.

ARZOBIS. No os enojeis, señora, con el niño.

ISABEL. Oir suelen las paredes.

Entra un MENSAJERO.

ARZOBIS. Ahí llega un mensajero. ¿Qué noticias?

MENSAJ. Señor, noticias que diré con pena.

ISABEL. ¿Y el Príncipe?

MENSAJ. Salud, señora, goza.

DUQUESA. ¿Qué noticias son, pues?

MENSAJ. Que van los Condes
Rívers y Grey con Vógan prisioneros.

DUQUESA. ¿Quién los envía?

MENSAJ. Los potentes Duques
De Búckingham y Glóster.

ARZOBIS. ¿Por qué causa?

MENSAJ. Lo que sé, ya os he dicho. Desconozco
La causa que á la cárcel los conduce.

ISABEL. ¡Ay! ¡la rüina de mi casa vëo!
¡Clavó sus garras en la cierva el tigre,
Y la insultante usurpacion se cierne
Sobre un trono indefenso y sin prestigio!
¡Venid, matanzas, destruccion y sangre!
¡Cual en un cuadro el fin de todo vëo!

DUQUESA. ¡Malditos dïas de feroces luchas,
Cuántos vieron pasar los ojos mïos!
De la corona en pos murió mi esposo;
¡Y á la par del vaivén de la fortuna
De mis hijos, lloré, gocé cien veces!
Y en paz, y las domésticas discordias
Apagadas al fin y victoriosos,
Luchan äún—hermano contra hermano—
Contra su sangre—contra sí.—¡Maldita
Absurda furia criminal, acaba;
O muera yo sin contemplar más muertes!

ISABEL. A un santüario ven, niño, conmigo.
Adiós, señora.

DUQUESA. Acompañaros quiero.

ISABEL. Vos temer no debéis.

ARZOBIS. (A la Reina Isabel.) Idos, señora,
Llevándoos vuestros bienes y tesoros.
Por mi parte resigno en vuestras manos
Mi sello ya; y, ocurra lo que ocurra,
Amparo en mí tendréis vos y los vuestros.
Dejad que os lleve, pues, al santüario. (Vánse.)

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Lóndres.—Una calle.

Clarines. Entran el PRÍNCIPE de GÁLES, GLÓSTER, BÚCKINGHAM, el CARDENAL BURQUIERO, CATESBIO, y acompañamiento.

BÚCKINGH. Bien venido seáis á vuestra casa;
A Lóndres, tierno Príncipe.
GLÓSTER. Sobrino,
Bien llegado. Ya Rey te considero.
¿Te entristeció lo largo del viaje?
PRÍNCIPE. Nó, tío. Más cansado, largo y triste
Hicieron nuestras cuitas el camino.
Más tíos saludarme deberían.
GLÓSTER. De tu edad la pureza inmaculada
No buceó del mundo los engaños.
Al hombre juzgas sólo por su aspecto,
Que al corazon refleja raras veces.
Falaces eran tus ausentes tíos;
A sus frases de almíbar atendías
Sin ver sus corazones ponzoñosos:

De ellos y amigos falsos Dios te libre.
PRÍNCIPE. De amigos falsos sí; mas no de ellos.
GLÓSTER. Aquí el alcalde á saludarte llega.

Entran el ALCALDE de Lóndres y su séquito.

ALCALDE. Dé á vuestra Alteza Dios salud y dicha.
PRÍNCIPE. Gracias os doy, señor. Gracias á todos.
(El Alcalde y su séquito se retiran.)
Crëïa que mi madre y York, mi hermano,
Antes venido hubieran á abrazarme.
¡Y el perezoso Hastines que no llega
A decirme si vienen ó no vienen!
BÚCKINGH. Aquí se acerca y de sudor cubierto.

Entra HASTINES.

PRÍNCIPE. Bien venido sëáis. ¿Vendrá mi madre?
HASTINES. Dios sabrá, que yo nó, porqué la Reina,
Vuestra madre, se acoge á santüario
Con vuestro hermano York. El inocente
Venido hubiera á ver á vuestra alteza,
Mas su madre á la fuerza lo retuvo.
BÚCKINGH. ¡Cuán torpe y cuán pueril camino toma!
Á la Reina que mande á York, su hijo
Para encontrar al Príncipe su hermano
Decidle, Cardenal. Si se negare...
Hastines id con él; y á viva fuerza
De sus celosos brazos arrancadlo.
CARDENAL. Si separar con mi oratoria escasa
Puedo á York de los brazos de su madre,
Pronto aquí lo tendréis. Mas, si no cede
Á mis humildes ruegos, Dios me libre
De infringir privilegios sacrosantos
De sagrada mansion. Por todo el orbe
Cometeré pecado semejante.
BÚCKINGH. Señor, sois harto tímido y severo,
Harto amigo de fórmulas y nímio.
De estos tiempos juzgad con las idëas:

No es eso profanar un santüario.
La inmunidad de semejante sitio
Á algunos por sus actos se les debe
Ó porque, astutos, reclamarla saben.
Ni al Príncipe se debe ni él la pide.
No juzgo, pues, que el ampararlo es fuerza:
Y, al sacarlo de un sitio que no es suyo,
Ni leyes quebrantáis ni privilegios.
De hombres öí que un santüario ampara,
Pero de niños que se amparan nunca.

CARDENAL. Por esta vez, señor, os obedezco.
Conde Hastines, decid ¿vendréis conmigo?

HASTINES. Iré, señor.

PRÍNCIPE. Id pronto, pues, señores,
(Vanse el Cardenal y Hastines.)
Decidme, tïo, si mi hermano viene,
¿Donde hasta verme coronado iremos?

GLÓSTER. Donde juzgues mejor. Un par de dïas,
Alteza, me parece conveniente
Descansar en la Torre. Puedes luego
Ir donde gustes. Á lugar que sëa
Á la par saludable y divertido.

PRÍNCIPE. Es la Torre lugar que no me agrada.
¿La edificó no es cierto, Julio César?

BÚCKINGH. Sí tal, Alteza; comenzó lä obra
Que otros siglos después continüaron.

PRÍNCIPE. ¿Eso históricö es, ó bien noticias
Que nos legaron los pasados siglos?

BÚCKINGH. Es histórico, Alteza.

PRÍNCIPE. ¡Ah! señor, sin auxilio de escritura,
De siglo en siglo la verdad debïa
Ser, como herencia, transmitida al mundo;
Y hasta el dïa del juicio propagarse.

GLÓSTER. (Aparte) ¡Tan niño y tan discreto! Segun dicen

Muy poco viven.

PRÍNCIPE. Respondedme, tïo.

GLÓSTER. La fama no se fija en caracteres.
(Aparte.) Así, como gracioso de comedia,
Á mis palabras doy sentido doble.

PRÍNCIPE. Julio César varon era famoso:
Su ingenio fué de su valor ornato;
Y á su valor eternizó su ingenio.
Fué vencedor que no venció la muerte,
Pues que vive en la fama aunque no vive.
¿Vais Búckingham, á ðirme lo que os digo?

BÚCKINGH. ¿Qué, señor?

PRINCIPE. Al ser hombre quiero, en Francia
De nuevo establecer nuestros derechos;
Que si Rey vivo, moriré soldado.

GLÓSTER. (Aparte.) No hay duda: la temprana primavera
Un verano cortísimo presagia.

BÚCKINGH. Ved al Duque de York que aquí ya viene.

Entra el DUQUE de YORK con el CARDENAL y HASTINES.

PRÍNCIPE. ¿Ricardo, como estás, hermano mïo?

YORK. Bien, mi señor. Es título ya tuyo.

PRÍNCIPE. Por mi desgracia y tu desgracia, hermano.
Murió quien ostentarlo deberïa;
Y majestad le falta con su muerte.

GLÓSTER. ¿Que tal sobrino, York?

YORK. Amable tïo,
Mil gracias. ¡Oh! señor la mala hierba
Me dijisteis que rápida crecïa.
Pues ya mi hermano me aventaja en talla.

GLÓSTER. Es verdad.

YORK. ¿Y decid es mala hierba?

GLÓSTER. Nó, sobrino querido: nó por cierto.

YORK. Pues más lo amais que á mí me amais entonces.

GLÓSTER. El me puede mandar cual soberano,

Tú disponer de mí como pariente.

YORK. El puñal que ceñís quisiera, tío.

GLÓSTER. ¡Sobrino, mi puñal! Con sumo gusto.

PRÍNCIPE. Hermano ¡pordiosero!

YORK. De mi excelente tío generoso:
Es friolera que darme no le importa.

GLÓSTER. Mayor regalo que ese te daría.

YORK. ¿Mayor regalo? Venga vuestra espada.

GLÓSTER. Siendo más leve sí, sobrino mío.

YORK. Ya! Regalais no más que cosas leves;
Y si de peso son negais limosna.

GLÓSTER. Harto pesada para tí la juzgo.

YORK. Pesara más, y hallara el peso escaso.

GLÓSTER. ¿Porqué mi espada quieres, poco juicio?

YORK. Para cual me llamais agradeceros.

GLÓSTER. ¿De que manera?

YORK. Poco.

PRÍNCIPE. Está el señor de York de mal talante;
Y á vos os toca conllevarlo, tío.

YORK. Que me conlleve, nó: dí que me lleve.
De vos se burla cual de mí mi hermano:
Tan pequeñuelo soy que cual á mono,
Piensa que vos me llevaréis á cuestas.

BÚCKINGH. (Aparte á Hastines.)
Con que feliz sutilidad arguye.
Para templar las burlas á su tío
Con qué ingenio y qué bien de sí se burla!
¡Tan niño y tan discreto maravilla!

GLÓSTER. ¿Seguiremos, señor? A vuestra madre
Yo y Búckingham, mi primo, rogaremos
Que á saludaros á la Torre vaya.

YORK. ¿Á la Torre vas tú?

PRÍNCIPE Sí: lo desëa
Mi señor Protector.

YORK. Tranquilamente

No dormiré en la Torre.

GLÓSTER. ¿Qué te espanta?

YORK. La adusta sombra de mi deudo Clárens,
Asesinado allí, segun mi abuela.

PRÍNCIPE. No temo á nuestros tíos.

GLÓSTER. Ni á los vivos tampoco.

PRÍNCIPE. Nada debo temer con tal que vivan.
Pero, señor, con alma acongojada
Pensando en ellos á la Torre vamos.

(Clarines. Vanse el Príncipe, York, Hastines, el Cardenal y acompañamiento, el alcalde y su séquito.)

BÚCKINGH. ¿No pensais que su astuta madre indujo
Á este rapaz de York tan vocinglero
Á burlarse de vos y á atormentaros?

GLÓSTER. Sí tal, sí tal: es charlatán el chico,
Audaz, vivo, de ingenio, adelantado:
¡Su madre de los piés á la cabeza!

BÚCKINGH. ¡Vayan con Dios! Ven tú. Tu juramento
(A Catesbio.)
Tanto te obliga á hacer lo que pensamos
Cuanto á guardar secretos nuestros planes.
Nuestras razones, caminando, öiste.
¿Qué opinas, dí? ¿Negocio será fácil
Hacer que Hastines cual nosotros piense
Para instalar en el augusto trono
De esta gran isla á nuestro excelso Duque?

CATESBIO. Al Príncipe, por causa de su padre,
Profesa tanto amor, que no es posible.

BÚCKINGH. ¿Juzgas que Stánley se hallará propicio?

CATESBIO. De Hastines seguirá las huellas siempre.

BÚCKINGH. Pues basta, buen Catesbio. Ve; sondĕa
Con precaucion á Hastines, y averigua
Si acepta nuestros planes; y á la Torre
Dí que venga mañana y trataremos
De la coronacion del soberano.

Si propicio se muestra, le das alas,
Y puedes revelar nuestros proyectos.
Mas si de plomo ó hielo y reservado,
Muéstrate así también. De hablarle cesa;
Y nos darás de su actitud noticia,
Porque mañana en las distintas juntas
Á utilizarte vamos grandemente.

GLÓSTER. Mis recuerdos á Hastines: que mañana
Degollarán, le dices en Pomfreto,
Á sus antiguos fieros adversarios;
Y que, en razon de tan felices nuevas,
Un dulce beso más conceda á Sora.

BÚCKINGH. Vete, y arregla bien este negocio.

CATESBIO. De cumplir trataré, señores mios.

GLÓSTER. ¿Antes de ir á dormir á vernos vienes?

CATESBIO. Sin falta alguna, Alteza.

GLÓSTER. Al palacio de Crósbia ve á buscarnos.
(Vase Catesbio)

BÚCKINGH. Pero, señor, ¿que haremos si no accede
A nuestro plan el Conde Hastines?

GLÓSTER. ¡Hombre!
Tajarle la cabeza. Ya eso es algo.
Y escuchad! Al ser Rey podeis pedirme
El condado de Herfordia con los muebles
Que fueron propiedad del Rey mi hermano.

BÚCKINGH. Señor, recordaré vuestra promesa.

GLÓSTER. Y yo la cumpliré con sumo gusto.
Ahora, pues, á cenar; que de este modo
Mejor digeriremos nuestros planes.

ESCENA II.

Ante el Palacio del Conde de Hastines.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJ. (Llamando.) ¡Señor, señor!
HASTINES. (Dentro.) ¿Quién llama?
MENSAJ. Me manda el Conde Stánley.
HASTINES. (Dentro.) ¿Que hora será?
MENSAJ. Muy cerca de las cuatro.

Entra HASTINES.

HASTINES. ¿Tu amo no duerme en estas largas noches?
MENSAJ. Por cuanto vais á öir así parece.
Os saluda en primer lugar.
HASTINES. ¿Y luego?
MENSAJ. Que ha soñado, esta noche, y os lo avisa.
Que el yelmo ha visto al jabalí quitarse.
Que, además, hay dos juntas; y el acuerdo
Que en lă una tomaran, bien podrīa
Caro costar á entrambos en lă otra.
Saber que decidís, señor, desēa;
Y si ensillar mandáis vuestro caballo
Y á escape os dirigís con él al Norte
Para eludir el riesgo que adivina.
HASTINES. Vete, muchacho, vete; y á tü amo
Dí que no tema semejantes juntas.
En una de ellas él y yo estaremos,
Y Catesbio, mi fiel amigo, en otra,
Donde nada ocurrir que nos concierna
Podrá sin que al instante lo sepamos.

Dile que es vano su temor y fútil;
Y, tocante á sus sueños, que me asombra
Que se deje engañar por pesadillas.
Que hüir del jabalí, sin que él ataque,
Es inducirle á que acometa fiero,
Y á que persiga, aunque la paz quisiera.
Levanta á tu amo, pues: que aquí lo aguardo.
Dile que iremos á la Torre, en donde
Verá lo bien que el jabalí nos trata.

MENSAJ. Yo, señor, le daré vuestro mensaje.

Entra CATESBIO.

CATESBIO. Buenos dïas, señor.

HASTINES. Muy buenos dïas,
Os levantais temprano. Nuevas, nuevas
Dadme vos de este reino vacilante.

CATESBIO. En verdad que anda el mundo á tropezones.
Ni juzgo yo que marchará derecho
Si Ricardo no ciñe la diadema.

HASTINES. ¿La diadema decís? ¿Qué? ¿La corona?

CATESBIO. Sí, señor.

HASTINES. Separada de mis hombros
Esta que tengo quede; más no vëa
Tan sin razon corona colocada.
Pero, señor, ¿pensais que él la ambicione?

CATESBIO. ¡Sí; por mi vida!; y juzga que vos mismo
El primero seréis en ayudarle;
Y os da, por tanto, la agradable nueva
De que vuestros contrarios, los parientes
De la Reina, á morir van en Pomfreto.

HASTINES. En verdad no me duele la noticia;
Que siempre fueron enemigos mïos.
Mas que, unido á Ricardo, de la herencia
De mi señor á su heredero excluya....
Antes ¡sábelo Dios! morir cien veces.

CATESBIO. ¡Dios os sostenga en tan löable intento!

HASTINES. Antes de un año me reiré, sin duda,
Y espectador seré de la tragedia
De quienes con el Rey me malquistaron.
Öid: antes que pasen quince dīas
De algun incauto dispondré el envīo.

CATESBIO. Mala cosa es morir, cuando la gente,
Señor, ni está dispuesta ni lo espera.

HASTINES. Horrible, horrible;... pues así les pasa
Á Grey, Rívers y Vógan; y eso, acaso,
Á otros les pasará que están tranquilos
Cual vos y yo, que somos, como os consta,
Á Ricardo y á Búckingham tan caros.

CATESBIO. En alta estima os tienen ambos Duques.
(Aparte.) Colocáran muy alta tu cabeza.

HASTINES. Eso lo sé, cual sé que lo merezco.

Entra STÁNLEY.

Llegad, llegad. ¿En donde vuestra lanza?
¿Temiendo al jabalí venis inerme?

STÁNLEY. Buenos dīas, señor (A Catesbio).
Muy buenos dīas.
Podeis rēir; más ¡válgame la Vírgen!
Ese doble consejo no me agrada.

HASTINES. Amo mi vida como vos la vuestra;
Y jamás tan preciosa la he juzgado
Cual en este momento. ¿Por ventura
Pensáis que si seguro no estuviese
Triunfador ademán mostrar podrīa?

STÁNLEY. Los que á Pomfreto desde Lóndres fueron
Cabalgaban alegres y tranquilos;
Ni el recelo más leve los turbaba,
Mas ved cuan pronto se nubló su dīa.
Tan rudo golpe de rencor me inquieta.
¡Ojála vanos sēan mis temores!
¿Conque á la Torre vamos? Ya amanece.

HASTINES. Tranquilo estad, señor. ¿Sabéis qué digo?

Que á esos que mencionáis hoy decapitan.
STÁNLEY. Más merecen cabezas por lëales
Que sombreros algunos de sus jueces.
Pero, señor, partamos.

Entra un PERSEVANTE.

HASTINES. Preceded. Voy á hablar á este buen hombre.
(Vánse Stánley y Catesbio.)
Escucha tú ¿cómo te trata el mundo?
PERSEV. Bien, pues vuestra merced me lo pregunta.
HASTINES. Te diré que me va mejor ähora
Que la pasada vez que aquí nos vimos;
Pues marchaba á la Torre prisionero,
Por causa de los deudos de la Reina.
Mas hoy te digo (tú el secreto guarda)
Que han sentenciado á muerte á mis contrarios
Y que es mi posicion mejor que nunca.
PERSEV. Para bien vuestro os la conserve el cielo.
HASTINES. Ten; y eso bebe á mi salud, muchacho.
(Dándole una bolsa.)
PERSEV. Señor, que Dios os guarde.

Entra un SACERDOTE.

SACERDOT. Bien venido sëáis. Me alegra veros.
HASTINES. Fray Juan, os lo agradezco con el alma.
Vuestro último ejercicio no he pagado:
Lo haré, al veros, el próximo domingo.

Entra BÚCKINGHAM.

BÚCKINGH. ¡Qué, chambelán! ¿Hablando con un fraile?
Mandadlo á los amigos de Pomfreto;
No os urge confesaros por ähora.
HASTINES. En esas gentes de que habláis pensaba
A este santo varon al encontrarme.
¿Vais á la Torre?
BÚCKINGH. Sí, por corto rato;
Y antes que vos saldré de allí sin duda.
HASTINES. Tal vez, pues á comer allí me quedo.

BÚCKINGH. (Aparte.) Y también á cenar, aunque lo ignoras.
¿Conque queréis venir?
HASTINES. Señor, partamos.
(Vánse.)

ESCENA III.

Pomfreto.—Ante el Castillo.

Entran RATCLIFIO con guardia conduciendo á RÍVERS á GREY y á VÓGAN al patíbulo.

RÍVERS. Escuchad lo que os digo yo, Ratclifio.
Hoy vais á ver á un súbdito que muere
Por lëal, por veraz y por honrado.
GREY. ¡Salve al príncipe, Dios, de esa jauría!
¡Caterva de malditas sanguijuelas!
VÓGAN. Esto que hacéis, quizás más tarde os pese.
RATCLIFIO. Despachad. Es el fin de vuestras vidas.
RÍVERS. ¡Oh tú, Pomfreto, tú, cárcel sangrienta,
Ominosa y fatal á tantos nobles;
En el crüel recinto de tus muros
Fué Ricardo segundo degollado;
Y hoy, para más oprobio á tus cimientos,
Vas á beber nuestra inocente sangre!
GREY. Cayó la maldicion de Margarita
Sobre nuestras cabezas. Ella á Hastines,
Á vos y á mí acusó de estar presentes
Cuando á sü hijo asesinó Ricardo.
RÍVERS. Á Ricardo y á Búckingham y á Hastines
También maldijo. ¡Oh Dios! esa plegaria
Escucha cual las otras; pero baste
Por mi hermana, señor, y por mis hijos

Esta sangre vertida injustamente.

RATCLIFIO. Apresuräos: de morir es hora.

RÍVERS. Venid, Vógan y Grey. Dadme un abrazo.
¡Adiós! ¡Nos despedimos hasta el cielo!
(Vase.)

ESCENA IV.

Lóndres.—Una habitacion en la Torre.

BÚCKINGHAM, STÁNLEY, HASTINES, El OBISPO de ÉLIA, RATCLIFIO, LOVEL, y otros sentados alrededor de una mesa. GUARDIAS.

HASTINES. Tratar se debe aquí, nobles señores,
De la coronacion. Que habléis os pido.
¿Qué día fijaréis?

BÚCKINGH. ¿Todo dispuesto
Se halla para ese día?

STÁNLEY. Sólo falta
Fijarlo.

ÉLIA. Pues mañana, si os parece.

BÚCKINGH. ¿Quién la opinion del Protector conoce?
¿Quién más íntimo es del noble Duque?

ÉLIA. Conocerlo debéis mejor que otro.

BÚCKINGH. Caras, no corazones conocemos.
Ni el vuestro yo conozco ni él el mío.
Á él profunda amistad os une, Hastines.

HASTINES. Le agradezco el cariño que me muestra;
Mas su opinion en esto no he sondado,
Ni me la tiene á mí manifestada.
Pero el día fijad, nobles señores;
Y se alzará mi voz en pro del Duque,
Quien apreciar sabrá cuanto yo diga.

ÉLIA. Con que oportunidad se acerca el Duque.

Entra GLÓSTER.

GLÓSTER. Mis señores y primos, Dios os guarde.
Largo tiempo dormí; pero mi ausencia
No habrá, lo espero, interrumpido asunto
Para el que hiciese mi presencia falta.

BÚCKINGH. Si no hubierais llegado tan á punto,
Sobre investir al Rey, ya se supiera,
Y por boca de Hastines, vuestro intento.

GLÓSTER. A tanto puede el Conde aventurarse:
Su excelencia me estima y me conoce.
Cuando en Holbornia estuve, señor Élia,
En vuestro huerto ví fresas famosas:
Os ruego que mandéis pedir algunas.

ÉLIA. Vaya! sí tal, señor; con sumo gusto. (Váse.)

GLÓSTER. Öidme, primo Búckingham; Catesbio
(Llevándolo á un lado.)
Á Hastines sondëó; pero «quë antes»
Dice este testarudo caballero
«Perderá la cabeza, que permita
Que de Inglaterra pierda el trono el hijo
De su señor», como le llama humilde.

BÚCKINGH. Señor, á retirarnos un momento.
(Vánse Glóster y Búckingham.)

STÁNLEY. No hemos fijado tan glorioso día.
Es demasiado pronto el de mañana.
En cuanto á mí, no estoy tan prevenido
Cual lo estuviera si pospuesto fuese.

Vuelve á entrar el OBISPO de ÉLIA.

ÉLIA. ¿Donde está mi señor Duque de Glóster?
Mandé por esas fresas.

HASTINES. Afable está su alteza y animado.
Le enajenan alegres pensamientos,
Cuando con tal vivacidad saluda.
En el orbe cristiano no se encuentra

Quien oculte su amor y su odio menos.
Siempre su corazon se ve en su rostro.

STÁNLEY. Mas de su corazon ¿qué, por ventura,
Hoy visteis que su rostro declarara?

HASTINES. Que en paz está con todos los presentes;
Pues, si nó, conocido se le hubiera.

Vuelven á entrar GLÓSTER y BÚCKINGHAM.

GLÓSTER. Decidme: ¿qué merecen los que traman
Mi muerte; y que por artes del demonio
Y brujerías pérfidas mi cuerpo
Embargan con hechizos infernales?

HASTINES. El amor que profeso á vuestra alteza
Me obliga á anticiparme á condenarlos:
Señor, afirmo que morir merecen.

GLÓSTER. Pues el mal testifiquen vuestros ojos.
Ved. Hechizado estoy. Mirad el brazo:
Muerto retoño que secó la escarcha.
Y es la esposa de Eduardo, bruja infame,
Que en union de la vil mozuela, Sora,
Con malditos encantos me han herido.

HASTINES. Poderoso señor, si tal hicieron...

GLÓSTER. ¿Sí? ¡Protector de moza tan maldita!
¿Á que me hablais á mí, traidor, de síes?—
Su cabeza cortad. ¡Voto á San Pablo!
No me siento á comer sin que la vëa.
Ratclifio y Lóvel, ved que se ejecute.
Los demás, si me quieren, que me sigan.

(Vanse todos ménos Hastines, Lóvel y Ratclifio.)

HASTINES. ¡Ay de Inglaterra! No de mí me duelo.
Yo imbécil, lo pudiera haber previsto.
Quitarse el yelmo al jabalí vió Stánley:
Su sueño desdeñé y hüir no quise.
Hoy mi caballo tropezó tres veces;
Y, al divisar la Torre, reparóse,
Repugnando träerme al matadero.

Ahora el fraile que ví falta mē hace.
Ahora lamento que con voz de triunfo
Al persevante dije que en Pomfreto
Degollados serían mis contrarios,
Y que en segura posicion me hallaba.
¡Ay! cayó, Margarita, Margarita,
Tu maldicion sobre mi triste frente.

RATCLIFIO. Á confesar. Comer ya quiere el Duque.
Breve sed. Ánsia ver vuestra cabeza.

HASTINES. ¡Oh del mortal favores transitorios,
Aun más buscados que el favor del cielo!
Quien fabrica esperanzas sobre el aire
De tus halagos, vive cual marino
Ébrio en la cofa: con cualquier balance
En el seno del mar se precipita!

LÓVEL. Despachad. Lamentaros es ya inútil.

HASTINES. ¡Feroz Ricardo! ¡Mísera Inglaterra!
¡Periodo más crüel te pronostico
Que contempló jamás época alguna!
Al tajo; y mi cabeza, pues, le envíen.
¡Muy pronto morirán los que ahora ríen!
(Vánse.)

ESCENA V.

Lóndres.—Las murallas de la Torre.

Entran GLÓSTER y BÚCKINGHAM con möhosas armaduras y ridículamente atavïados.

GLÓSTER. ¿Sabeis palidecer, primo; y temblando,
Ahogaros en mitad de una palabra,
Trabándoseos la lengua al repetirla,
Cual si el temor os trastornara el juicio?

BÚCKINGH. ¡Ca! Se imitar al trágico sublime:
Hablo y miro hácia atrás y á todos lados.
Tiemblo, y la paja que se mueve miro
Con aire suspicaz. Fieras miradas
Sé fingir y sonrisas cariñosas;
Y ambas tengo á la mano, porque sirvan
Para dar más rẽalce á mis ficciones.
Mas; ¿qué? ¿Se fué Catesbio?
GLÓSTER. Sí tal: y, ved, con el alcalde torna.
BÚCKINGH. Dejad que le hable yo.

Entran el ALCALDE y CATESBIO.

Señor Alcalde
La razon que á llamaros nos induce...
GLÓSTER. ¡Cuidad del puente levadizõ! ¡Hola!
BÚCKINGH. ¡Un tambor!
GLÓSTER. ¡Vos Catesbio, á las murallas!
¡Mirad atrás! ¡Guardãos! ¡Enemigos!
BÚCKINGH. ¡Guárdenos Dios y nuestro puro intento!

Entran LÓVEL y RATCLIFIO con la cabeza de HASTINES.

GLÓSTER. Calma; que amigos son, Ratclifio y Lóvel.
LÓVEL. Ved la cabeza del traidor infame,
De ese temible y no suspecto Hastines.
GLÓSTER. Tanto lo amaba que llorarlo es fuerza.
Lo juzgué de entre todo fiel cristiano
El sér más candoroso y más sencillo:
Libro donde mĩ alma los anales
Dejó de sus ocultos pensamientos.
Con el barniz de la virtud cubrĩa
Tan hábil su maldad, que, exceptũado
Su delito notorio (me refiero
Á su adúltero trato con la Sora)
Nadie en el mundo sospechó sus vicios.
BÚCKINCH. Sí, sĩ. Nunca traidor, ni más astuto
Ni más disimulado.
¿Pudiérase crẽer, pensar siquiera,

Si no lo atestiguase el estar vivos
Por rara suerte, que el traidor infame
En el consejo concertado había
Darnos á mí y al noble Duque muerte?

ALCALDE. Pero ¡cómo! ¿Es posible?

GLÓSTER. ¿Qué es eso? ¿Herejes nos juzgais ó Turcos?
¿Pensais que, sin seguir legales formas,
Al vil rápida muerte se le diera
Si el peligro inminente del asunto,
Y la paz de Inglaterra y nuestras vidas
No hubiesen este término exigido?

ALCALDE. Pues ¡Dios os valga! Mereció su suerte,
Y ambos obrasteis bien; que á los traidores
Precisa escarmentar de esa manera.
Nunca pensé que obrara de otro modo,
Desde que supe que trataba á Sora.

BÚCKINGH. Sin embargo, quisimos que muriera
Estando vos á su final presente;
Mas lo evitó la cariñosa prisa
De estos amigos, á disgusto nuestro.
Hubiéramos querido que escuchaseis,
Señor, á ese traidor: que os confesara
Cobarde su traicion y sus proyectos;
Y , así, á los ciudadanos que pudieran
Juzgarnos mal y lamentar su muerte,
Vos mismo describierais el asunto.

ALCALDE. ¡Pero, señor! vuestra palabra basta,
Cual si lo hubiera visto y escuchado.
Y os aseguro, príncipes excelsos,
Que á nuestros buenos ciudadanos cuenta
Daré de la justicia que os asiste.

GLÓSTER. Para ese fin, señor, aquí os llamamos:
Para evitar la crítica del mundo.

BÚCKINGH. Mas, pues que tarde habeis llegado, al ménos
De cuanto dicho va dad testimonio;

Y así, quedad con Dios, señor Alcalde.
(Váse el Alcalde.)

GLÓSTER. Id, Búckingham, tras él: id, primo mio,
Que irá al ayuntamiento á toda prisa.
Allí decid, si la ocasion se ofrece,
Que los hijos de Eduardo son bastardos:
Que Eduardo á un hombre que afirmó que padre
Era del que heredaba la Corona,
Mandó matar. (El tal se referia
Á su tienda que aquel signo ostentaba.)
Hablad tambien de su lujuria odiosa
Y apetito brutal, que á las sirvientes
Y aun á hijas y esposas se extendia;
Y allí donde sin trabas presa hicieron
Ávidos ojos corazon salvaje.
Si es preciso aludid á mi persona:
Decidles que mi madre estando en cinta
Del insaciable Eduardo, guerreaba
Mi excelso padre York en Francia entónces;
Quien ajustó la cuenta, y convencido
Quedó de que el retoño no era suyo;
Lo que tambien su aspecto comprobaba,
En nada igual al de mi noble padre.
Mas hablad de esto poco y con mesura,
Pues mi madre, señor, sabeis que vive.

BÚCKINGH. Señor, seré orador tan elocuente
Cual si á gozar yo fuese de la prenda
Que reclamo; y, así, que Dios os guarde.

GLÓSTER. Y, si todo va bien, id al castillo
De Baynard: me vereis en compañia
De austeros padres y de obispos sabios.

BÚCKINGH. Voy. Entre tres y cuatro ha de saberse
La opinion que tendrá el ayuntamiento.
(Váse.)

GLÓSTER. Al doctor Shaw tú, Lóvel, busca al punto.

Tú á fray Penquiero. Dentro de una hora
(A Catesbio.)
Que en el castillo de Baynard me esperen.
(Vánse Lóvel, Catesbio y Ratclifio.)
Entremos, y á extender órden secreta
Porque de Clárens queden los chicuelos
A buen recaudo; y que persona alguna
A esos príncipes hable ni un instante.

ESCENA VI.

Lóndres.—Una calle.

Entra un ESCRIBANO.

ESCRIB. Ved el proceso aquí del noble Hastines,
Copiado en limpio para que hoy se lëa
En San Pablo; y, mirad, qué bien va urdido.
Oncë horas tardé: Diómelo anoche
Catesbio; y otras tantas se emplëaron
En el original. Cinco horas hace
Sin acusar, sin procesar y libre
Hastines, sin embargo, se vëia.
¡Bonito mundo es este! ¿Quién tan necio
Que tan patente engaño no conozca?
¿Mas quién osa decir que lo conoce?
Mal anda el mundo cuando tanto dolo
El pensamiento ver debe tan solo.

ESCENA VII.

Lóndres.—El patio del castillo de Baynard.

Entran GLÓSTER y BÚCKINGHAM en direcciones opuestas.

GLÓSTER. ¿Qué, qué dicen, señor, los ciudadanos?
BÚCKINGH. Pues ¡válgame la Virgen! silenciosos
Están los ciudadanos: nada dicen.
GLÓSTER. ¿De los hijos de Eduardo no argüisteis
La bastardía?
BÚCKINGH. Sí. Sus esponsales
Con la Lucía; su contrato en Francia
Por poder, sus carnales apetitos,
Sus agravios á esposos de este pueblo,
Su altiveza, su propia bastardía;
Pues vuestro padre en Francia se encontraba
Cuando engendrado fué. No parecerse
Al Duque insinüé; y, al aludiros,
Que erais trasunto fiel de vuestro padre
Dije, tanto en aspecto como en alma.
Vuestras hazañas recordé en Escocia,
Vuestro esfuerzo al luchar, vuestra prudencia
Y bondades, larguezas y templanza.
Nada en fin conducente á mi discurso
Omitido quedó ni á medias dicho;
Y exclamé al terminar, «que griten todos
Los que amen al päís: viva Ricardo,
Legítimo monarca de Inglaterra.»
GLÓSTER. ¿Y gritaron, decid?
BÚCKINGH. No ¡vive Dios! No hablaron ni palabra.
Mudas estatuas, ó animadas rocas,
Se miraron con pálidos semblantes.

Cuando esto ví les increpé «¿que implica
Dije al Alcalde tan tenaz silencio?»
Me contestó que solo el Secretario
Era el que hablar solía con la gente.
Mi historia entonces repetir le mandan:
«Tal dice el Duque y tal el Duque afirma.»
Mas nada dijo por su propia cuenta.
Al terminar, algunos de los míos
Al aire lanzan el sombrero; y gritan
Unas diez voces «¡viva el Rey Ricardo!»
Y, aprovechando yo la coyuntura
«Gracias, amigos ciudadanos» dije;
«Aplauso tanto y tan alegres vivas
Buen juicio arguyen y á Ricardo afecto».
Y en este punto terminé y me vine.

GLÓSTER. ¡Calabazas sin lenguas! mas ¿no hablaron?

BÚCKINGH. Os lo juro, señor.

GLÓSTER. ¿No vendrán ni el Alcalde ni los suyos?

BÚCKINGH. Vendrá muy pronto. Aparentad recelo.
Ceded después de instancias reiteradas.
Un breviario vuestra mano ostente
Y un clérigo traed á cada lado:
Pretexto me darán para mi homilia.
No cedáis fácilmente á nuestros ruegos:
Tomad, diciendo «nó», como doncella.

GLÓSTER. Adiós; y si rogar sabéis por ellos
Tan bien como sabré yo «nó» deciros,
Traeremos á buen término el asunto.

BÚCKINGH. Subid, subid, que ya el Alcalde llama.
(Vase Glóster.)

Entran el ALCALDE, regidores y ciudadanos.

Bien venido, señor. Ni entrar me dejan.
No quiere recibir á nadie el Duque.

Sale del castillo CATESBIO.

¿Vuestro señor, Catesbio, qué responde?

CATESBIO. Os suplica, señor, mi noble amo,
Que mañana volváis ó al dia siguiente.
Con dos piadosos padres en asuntos
Divinos embebido, por ahora,
Cuestion ninguna mundanal permite
Que de su santa ocupacion lo aparte.
BÚCKINGH. De nuevo ved al Duque, buen Catesbio;
Que el Alcalde, el cabildo y yo, decidle,
Para graves asuntos de importancia
Con el bien general relacionados,
Conferenciar queremos con su Alteza.
CATESBIO. Al punto llevaré vuestro mensaje. (Vase.)
BÚCKINGH. ¡Ah nó: no es este Príncipe un Eduardo!
No en lecho impuro matinal descansa:
Orando está de hinojos: no retoza
Con un par de mozuelas; que discurre
Con dos sabios teólogos: no duerme,
Para dar gusto al perezoso cuerpo:
Reza y así su espíritu avalora.
¡Feliz fuera Inglaterra, si quisiese
Tan gran Príncipe ser su soberano!
¡Mas temo que lograrlo no es posible!
ALCALDE. ¡Quiera Dios que no diga «nó» su Alteza!
BÚCKINGH. Lo temo. Pero ya Catesbio vuelve.
Y ¿qué dice su Alteza?

Entra CATESBIO.

CATESBIO. Que le asombra
Que tantos ciudadanos le visiten,
Cuando ningun aviso ha recibido;
Y recelos, señor de vos abriga.
BÚCKINGH. Que recele de mí mi primo excelso
Lamento yo, porque con fé sincera
Juro que aquí venimos. Por lo tanto
Otra vez á su Alteza ved y habladle.
(Vase Catesbio.)

Difícil es, al hombre religioso
Distraer cuando reza su rosario.
¡Nos es tan grata la oracion ferviente!

Aparece GLÓSTER en una galería en alto entre dos obispos. Vuelve á entrar CATESBIO.

ALCALDE. ¡Mirad! Entre dos clérigos su Alteza.
BÚCKINGH. ¡Columnas de virtud, porque no caiga
Un Príncipe cristiano en vanidades!
¡Y un breviario, ved, su mano ostenta!
De piadosos varones distintivo.
¡Gran Príncipe, Plantágenet excelso!
Favor á nuestra súplica concede:
Que te vengamos á turbar perdona
En tu ferviente devocion cristiana.
GLÓSTER. No hacen falta, señor, esas disculpas;
Mas bien pedir perdon me corresponde;
Pues, atento á servir á Dios tan solo,
De mis amigos la visita olvido.
Mas basta. ¿Qué quereis, señor, decirme?
BÚCKINGH. Lo que juzgo que el Dios del cielo quiere,
Y todo hombre de bien en nuestra patria.
GLÓSTER. Algo que la ciudad estima injusto
Empiezo á sospechar que he cometido;
Y que mi falta reprenderme os toca.
BÚCKINGH. Sí, señor; y ojalá que vuestra Alteza
Corrigiese su falta al escucharnos.
GLÓSTER. ¡Para eso en tierra de cristianos vivo!
BÚCKINGH. Pues bien. Sabed, señor, que es falta vuestra
Que el sitial entregueis, el trono augusto,
De vuestra noble estirpe el áureo cetro,
Lo que la suerte os brinda, vuestra cuna,
La recta sucesion de vuestra casa,
Á un vástago corrupto y deshonrado.
Pues, mientras vos gozais dulces ensueños
(Que en pro de nuestra patria sacudimos)

Usar sus manos el päís os pide,
Alzar su frente por la infamia herida,
Salvar un trono engerto en viles plantas
Que se sumergen en el negro golfo
De horrenda incuria y de profundo olvido.
Que estos males curéis solicitamos,
Tomando sobre vos el cargo regio
De esta tierra, señor, que os pertenece:
Y nó cual protector ó sustituto,
Mas por razon de vuestra propia sangre,
Por el derecho soberano vuestro.
Con estos ciudadanos, pues, se unen
Vuestros caros amigos; y á su instancia
En este asunto interesaros quiero.

GLÓSTER. No sé lo que mejor cuadra á mi nombre
Y á vuestra condicion; si retirarme
Silencioso ó lanzar amargas quejas.
Acaso pensaréis, si no contesto,
Que ata mi lengua la ambicion; que callo
Y acepto del poder el áureo yugo
Que quereis imponerme bondadosos.
Si vuestra pretension culpo, tan llena
De cariño hácia mí, por otra parte
Ofendo á mis amigos. Por lo tanto,
Al evitar, hablando, lo primero,
Y, al hablar, evitando lo segundo,
Escuchad mi respuesta decisiva:
Vuestro cariño aprecio; pero evaden
Vuestros ruegos mis méritos escasos.
Si obstáculos ningunos existiesen,
Si fácil mi sendero á la corona,
Renta debida á mi derecho propio,
De mi espíritu es tanta la flaqueza;
Tan graves son y tantos mis defectos,
Que yo de mi esplendor me recatara—

Débil barca que evita el mar bravío,—
Antes de verme en mi esplendor envuelto
Y ahogado en el vapor de tanta gloria.
Pero, gracias á Dios, falta no os hago;
Y, si la hiciera, méritos me faltan.
Dejónos regio fruto el árbol regio:
Cuando el tiempo, que vuela, lo sazone,
Apto estará para ocupar el trono;
Y, no lo dudo, nos hará felices.
Dóile yo, pues, cuanto quisierais darme:
Derecho es de su feliz estrella,
Y no permita Dios que yo lo usurpe.

BÚCKINGH. Recta conciencia en vos, señor, arguye
Cuanto decís. Escrúpulos triviales,
No obstante, son, si bien se consideran.
Que Eduardo el hijo es de vuestro hermano,
Vos decís; mas no es hijo de su esposa;
Pues primero casó con la Lucía
(Ha atestiguado vuestra madre el voto)
Y después por poder contrajo nupcias
Con la hermana del Rey de Francia Bona.
Repudiada, cuitada pretendiente,
De muchos hijos afligida madre,
Apagada beldad, pobre viuda,
En el ocaso de mejores días,
En sus lascivos ojos hizo presa;
Y de su altivo puesto lo sedujo
A la bajeza vil de la bigamia.
De ella en lecho ilegal Eduardo nace,
A quien, corteses, príncipe llamamos.
Aun mas amargamente os hablaría,
Si respetos á vivos no atajasen
Dentro de ciertos límites mi lengua.
Vamos, señor, la dignidad que os brindan
Debe aceptar vuestra real persona;

Si por nosotros nó, ni por la patria,
Para salvar á vuestra augusta estirpe
De estos corruptos tiempos, y que siga
Su curso por legal y recta senda.

ALCALDE. Os lo ruegan, señor, los ciudadanos.

BÚCKINGH. No rechacéis, señor, su amor sincero.

CATESBIO. Serán felices si aceptáis su oferta.

GLÓSTER. ¡Ay Dios! ¿A qué imponerme cargas tales?
No sirvo para Rey ni para el mando.
No lo llevéis á mal, os lo suplico,
Mas no puedo acceder á vuestros ruegos.

BÚCKINGH. Si rehusáis porque al hijo de un hermano
Deponer os repugna cariñoso;
(Ya vuestro blando corazon nos consta,
Vuestra benigna condicion, tan dulce,
Tan femenil, que á todos vuestros deudos
Se extiende, y, á decir verdad, á todos)
No importa, que aceptéis ó nó la oferta,
Rey no será de vuestro hermano el hijo:
A otro colocaremos en el trono,
Para oprobio y baldon de vuestra casa.
Con firme decision esto os decimos.
Vámonos ¡vive Dios! que más no ruego.

GLÓSTER. ¡Oh no toméis de Dios el nombre en vano!
(Vase Búckingham, el Alcalde. Los Corregidores y ciudadanos se van retirando.)

CATESBIO. Satisfacedlos, príncipe que vuelvan:
Esta tierra, si nó, vereis perdida.

GLÓSTER. ¿Me condenais á un mundo de cuidados?
Que tornen, que no soy de piedra, diles.
(Catesbio se dirige al Alcalde etc., y vase.)
Soy penetrable á vuestros dulces ruegos;
Mas mi alma y mi conciencia lo repugnan.

Vuelven á entrar BÚCKINGHAM y CATESBIO.

El ALCALDE etc. se adelantan.

Vos Búckingham, y sabios dignos hombres,
Pues la suerte me echais sobre los hombros,
Para llevar la carga aunque no quiera,
Fuerza es paciente soportar su peso.
Mas, si negras calumnias, si reproches
Con torva faz á vuestro empeño siguen,
La fuerza que me haceis á mí me escuda
De toda mancha y de borron impuro,
Pues sabe Dios; y en parte, lo habeis visto
Cuán léjos estoy yo de desearlo.

ALCALDE. Dios os bendiga, es cierto y lo diremos.
GLÓSTER. Diciéndolo diréis verdad tan sólo.
BÚCKINGH. Ahora con este título os saludo:
«Que viva el Rey Ricardo de Inglaterra.»
ALC. ETC. Amen.
BÚCKINGH. Mañana á coronaros, si os parece.
GLÓSTER. Puesto que así ha de ser, cuando os agrade.
BÚCKINGH. Con vuestra Alteza, pues, mañana iremos;
Y ya alegres, señor, nos despedimos.
GLÓSTER. (Á los obispos.) Sigamos nuestra plática piadosa.
Con Dios, primo, quedad. Con Dios, señores.

(Vánse.)

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

Lóndres.—Ante la Torre.

Entran de una parte la Reina ISABEL, la Duquesa de YORK y DÓRSET; y de la otra ANA, Duquesa de GLÓSTER, conduciendo á MARGARITA PLANTÁGENET, hija de CLÁRENS.

DUQUESA. ¿Quién se acerca? Mi nieta Margarita
De Glóster por la esposa acompañada;
Sin duda que á la Torre cariñosas
Para ver á los príncipes caminan.
Hija, guárdete Dios.

ANA. De sus favores
Él os colme.

ISABEL. Y á tí, querida hermana.
¿Dónde vas?

ANA. A la Torre solamente,
A un acto de piedad. Yo, cual vosotras,
Saludar á los príncipes ansío.

ISABEL. Hermana, gracias. Entraremos juntas.
Aquí el Gobernador á punto llega.

Entra BRAQUENBÚRIO.

Señor Gobernador, ¿cómo se hallan
El príncipe y su hermano York, mis hijos?

BRAQUENB. Señora, bien; mas, con permiso vuestro,
No puedo consentir vuestra visita:
Me lo prohibe el Rey expresamente.

ISABEL. ¿Qué Rey, decid?

BRAQUENB. El Protector, señora.

ISABEL. ¡Dios lo proteja de que Rey le llamen!
¿Poner á nuestro amor barreras quiere?
Su madre soy. ¿Quién de ellos me separa?

DUQUESA. Madre soy de su padre. Quiero verlos.

ANA. Su tía soy; de madre es mi cariño.
Llevadme á ellos: vuestra culpa escudo;
Responsable seré de vuestra falta.

BRAQUENB. Nó, señora: no puedo complaceros:
Me obliga mi palabra: perdonadme. (Vase.)

Entra STÁNLEY.

STÁNLEY. Transcurrida una hora, saludaros,
Duquesa, deberé cual madre augusta
De dos hermosas Reinas.
(Á la duquesa de Glóster.)
Al momento
Venir debeis, señora, á la Abadía;
Y coronada allí seréis cual Reina.

ISABEL. Mi veste desceñid. ¡Ah! más espacio
Para latir mi corazon reclama,
O estalla al son de tan mortal noticia!

ANA. ¡Nueva crüél! ¡Oh bárbara noticia!

DÓRSET. Madre, no desmayéis: tranquilizáos.

ISABEL. ¡Oh! Dórset; no me hables: vete, vete.
La destruccion, la muerte te persiguen.
Para sus hijos de tu madre el nombre
Fatal es: cruza el mar para salvarte:
A Ríchmond busca y el infierno evita.

Huye, pues; huye, pues, del matadero,
No perezcas también; y muera esclava
Yo de la maldicion de Margarita;
Ni madre ya, ni esposa ya, ni Reina.

STÁNLEY. Juiciosos son, señora, esos consejos.
Aprovechad sin dilacion las horas;
Cartas tendréis de mí para mi hijo,
Que os podrán alcanzar en el viaje.

DUQUESA. ¡Oh aciagos aires que esparcís el duelo!
¡Vientre mïo fatal, nido de muerte,
Al mundo diste á luz un asesino
Que, con la vista basilisco mata!

STÁNLEY. Venid, señora, la ocasion apremia.

ANA. Y yo sin voluntad seguiros debo.
¡Pluguiera á Dios que fuese el áureo borde
De ese metal que ceñirá mi frente
Candente acero y me abrasára el cráneo!
¡Ungida sëa con mortal ponzoña;
Y muera sin öir «viva la Reina»!

ISABEL. Vete, infeliz, que tu esplendor no envidio:
No males por mi causa te desëes.

ANA. ¿Porqué nó? Cuando aquel que es hoy mi esposo
Se me acercó, al seguir de Enrique el cuerpo,
Tintas äun sus manos con la sangre
De aquel ángel mi esposo, y de ese santo,
Cuyo cadáver mísera seguïa;
Cuando vi, digo, de Ricardo el rostro,
¡Maldecido exclamé, quien me condena
A mí, tan jóven, á viudez tan larga!
Al casarte el dolor tu lecho ronde;
Y tu esposa, si existe tal demente,
Padezca con tu vida, cual padezco
Con la muerte del sér que asesinaste.
Ni repetir mis maldiciones pude:
Mujer al fin, mi corazon cautivo

Torpe en la miel quedó de sus palabras;
Y en mí mi maldicion miré cumplida.
Ni descansar pudieron ya mis ojos:
Ni un instante en su lecho desde entonces
Gocé del sueño el plácido rocío,
Sin ŏir sus medrosas pesadillas.
¡Ah! mĕ odia, pues fué mi padre Várvic,
Y pronto se querrá de mí ver libre!

ISABEL. ¡Desventurada, adiós! Te compadezco.

ANA. Y yo tambien á tí con toda el alma.

ISABEL. Bien hayas, tú, cuyo esplendor apena.

ANA. Adiós, tú, que de tanto te despides.

DUQUESA. (A Dórset.)
Tú, con Ríchmond; y ¡próspera fortuna!
(A Ana.)
Tú, con Ricardo; y que el Señor te ampare.
(A Isabel.) Tú á rezar con fervor á un santüario.
Yo, tras paz y quietud, á mi sepulcro;
Que en ochenta y más años, por livianas
Horas de gozo, vi de horror semanas.

ISABEL. ¡Mirad! volved la vista hácia la Torre.
¡Oh alcázar, compasion de esos dos niños
Que la envidia aprisiona entre tus muros!
¡Áspera cuna de tan dulces séres!
¡Aya ruda y crüél!·¡Vetusto y tosco
Camarada de príncipes tan tiernos!
¡Piedras, adiós! ¡Tratadlos dulcemente!
¡Así os lo pide mi dolor demente! (Vanse.)

ESCENA II.

Lóndres.— Un estrado del Palacio.

Marcha. Entran RICARDO coronado, BÚCKINGHAM, CATESBIO, un PAJE y acompañamiento.

REY RIC. Apartad. Escuchadme, deudo mío.
BÚCKINGH. ¡Mi soberano excelso!
REY RIC. Ayudadme. (Asciende al trono.)
Tan alto el Rey Ricardo
Por consejos y auxilio vuestro sube.
Mas ¿honores serán de un solo día,
O los podré gozar por largo tiempo?
BÚCKINGH. ¡Que persistan y duren para siempre!
REY RIC. ¡Oh Búckingham! Veremos si moneda
De buena ley sois vos. Eduardo vive.
Pensad qué más diré.
BÚCKINGH. Señor querido,
Continüad.
REY RIC. Pues bien. Ser Rey deséo.
BÚCKINGH. Ya lo sois, celebérrimo monarca.
REY RIC. Ah ¿con que Rey? Sí tal; mas vive Eduardo.
BÚCKINGH. Verdad, señor.
REY RIC. ¡Oh amarga consecuencia!
«Verdad señor» ser de que Eduardo viva.
No érais tan torpe en otros tiempos, primo.
Lo diré. Quiero ver muerto al bastardo.
¿Y ähora qué decís? Pronto: sed breve.
BÚCKINGH. Haced lo que gustéis, señor.
REY RIC. Silencio.
De nieve sois; vuestras palabras hielan.
¿Vos en que muera consentís? Decidme.

BÚCKINGH. Concededme, señor, algun respiro
Antes de dar respuesta decisiva:
Resolveré, señor, en el instante. (Vase.)

CATESBIO. (Aparte á otro caballero.)
Enojado está el Rey: se muerde el labio.

REY RIC. Corazones de bronce necesito
Y mozos sin astucia: no me placen
Los que así mis intentos escudriñan.
El orgulloso Búckingham amaina.
Muchacho.

PAJE. ¿Qué señor?

REY RIC. ¿Conoces tú quien asesino fuera,
Si el oro corruptor lo sedujese?

PAJE. A un noble descontento yo conozco
Cuyo caudal no hermana con su orgullo:
Con él veinte oradores son dineros,
Y tentacion para cualquier empresa.

REY RIC. Dí su nombre.

PAJE. Señor, Tírrel se llama.

REY RIC. A medias le conozco. Vé en su busca.
(Vase el paje.)
Ya Búckingham astuto y caviloso
No el vecino será de mis intentos.
Tan largo tiempo caminó conmigo,
Que aliento ya le falta. ¡Pues que sea!

Entra STÁNLEY.

Hola, dadme noticias.

STÁNLEY. Señor, se dice que el Marqués de Dórset
Traspuso el mar para buscar á Ríchmond.

REY RIC. Catesbio, ven aquí. La voz circula
De hallarse Ana, mi mujer, enferma;
Ordenes yo daré porque no salga.
Búscame un caballero sin fortuna:
Lo casaré de Clárens con la hija.
El niño imbécil es, y no le temo.

Cuidado con dormirte. Dí, repito,
Que Ana está enferma y que quizás se muera.
Anda, pues: que atajar me importa mucho
Toda esperanza que crecer me impida.
(Vase Catesbio.)
Me caso con lä hija de mi hermano,
O está mi trono sobre frágil vidrio.
¡Matar á sus hermanos y esposarla!
No es fácil; pero en vida tan sangrienta
Un crímen de otro crímen se alimenta.
¡No hay lacrimosa lástima en mis ojos!

Vuelve á entrar el PAJE con TÍRREL.

¿Tírrel te llamas?
TÍRREL. Sí, Jacobo Tírrel;
Y vuestro humilde servidor.
REY RIC. ¿De veras?
TÍRREL. Probadlo, soberano.
REY RIC. ¿Te resuelves
Á matar á un mi amigo?
TÍRREL. Sí, por cierto.
Pero mejor dos enemigos fuera.
REY RIC. Pues esŏ es. Dos grandes enemigos,
Que pertuban mi sueño y mi reposo,
Son los que quiero yo que tú despaches:
Tírrel, esos bastardos de la Torre.
TÍRREL. Buscad el modo vos de que los vĕa,
Y os vereis del terror que os causan libre.
REY RIC. Es música tu voz. Tírrel, escucha,
Ten: con esta señal. Oye en secreto.
(Le habla al öido.)
No hay nada más que hacer: dime «lŏ hice»;
Y mi favor tendrás y mi cariño.
TÍRREL. Cumpliré vuestro encargo. (Vase.)

Vuelve á entrar BÚCKINGHAM.

BÚCKINGH. He pensado, señor, maduramente

Sobre el asunto de que hablamos ántes.

REY RIC. Bien: nada importa. Dórset busca á Ríchmond.

BÚCKINGH. Tal se dice, señor.

REY RIC. Stánley, öid: de vuestra esposa es hijo.

BÚCKINGH. Reclamo que cumpláis vuestra promesa,
En que están vuestrā honra y fe empeñadas.
El Condado de Herfordia, más los muebles:
Oferta vuestra fué.

REY RIC. De vuestra esposa
Stánley, cuidaréis: si corresponde
Con Ríchmond vos seréis el responsable.

BÚCKINGH. ¿Que contestáis, señor, á mi demanda?

REY RIC. ¡Lo recuerdo muy bien! Enrique sexto
Profetizó que Ríchmond Rey sería
Cuando un rapaz tan solo Ríchmond era.
¿Conque Rey? ¡Puede ser!

BÚCKINGH. Señor.

REY RIC. Mas ¿cómo
No me dijo el profeta (allí me hallaba)
Que á ese Ríchmond yo mismo mataría?

BÚCKINGH. Señor, vuestra promesa del condado.

REY RIC. ¡Ríchmond! Estando en Éxeter há poco,
Cortés el fuerte me mostró el Alcalde;
Y lo llamó «Rouge Mont»: temblé de öirlo;
Porque un bardo irlandés me dijo há tiempo
Que al ver á Ríchmond pronto moriría.

BÚCKINGH. Señor.

REY RIC. Sí; ¿que horā es?

BÚCKINGH. El recordaros,
Señor, lo prometido permitidme.

REY RIC. Bueno: ¿más qué hora es?

BÚCKINGH. Las diez muy cerca.

REY RIC. Bueno: que den.

BÚCKINGH. ¿Por qué, que dén?

REY RIC. Tan solo

Porque badajo sois que da las horas
Cuando pordioseáis y yo medito.
Hoy para dar no me cogéis de vena.

BÚCKINGH. Señor, saber vuestra intencion deséo.

REY RIC. Me fatigais. No me cogéis de vena.

(Vanse todos ménos Búckingham.)

BÚCKINGH. ¿Y es verdad? ¿Así premia mis servicios?
¿Con tal desdén? ¿Para esto Rey lo hice?
¡Oh, recordar á Hastines es forzoso!
Huyamos á Brecnoquia con presteza,
Que aún tengo unida al tronco mi cabeza.

ESCENA III.

Otra habitacion del Palacio.

Entra TÍRREL.

TÍRREL. Consumóse el atroz acto cruënto.
La más infame y criminal matanza
Que á esta tierra manchó. Forestio y Díton,
Á quienes soborné para la horrenda
Feroz carnicería, que en la sangre
Se deleitan, famélicos mastines,
Cual dos criaturas, al narrar el hecho,
Lloraban de piedad enternecidos.
«Reclinados así» Díton prorumpe,
«Se hallaban los dos niños»; y Forestio
«Así, de esta manera; con sus brazos
Puros y alabastrinos se ceñían.
Sus labios, de un rosal cuatro capullos
En su estival belleza, se besaban;

Y sobre la almŏhada colocado
Un libro de oraciones, qne al principio
Casi me convirtió», dijo Forestio:
«Pero el demonio»..... Cállase el infame;
Y Díton sigue: «Sin piedad ahogamos
Las más preciosas obras que crĕara
Desde que el mundo fué, naturaleza.»
En su conciencia heridos, silenciosos
De mí se separaron, y á dar parte
Al monarca crŭel del caso vengo.
Ya se acerca.

Entra el REY RICARDO.

Salud ¡oh soberano!

REY RIC. ¿Dí, Tírrel, soy feliz con tus noticias?
TÍRREL. Si os da felicidad que esté cumplido
Lo que ordenaisteis, sois feliz sin duda;
Por que cumplido está.
REY RIC. ¿Los viste muertos?
TIRREL. Sí, señor.
REY RIC. ¿Y enterrados, mi buen Tírrel?
TÍRREL. El capellan los enterró en la Torre;
Pero, á decir verdad, ignoro el sitio.
REY RIC. Ven después de cenar, Tírrel, á verme;
Y de estas muertes me darás noticias.
Ahora á pensar como podré premiarte;
Y al punto heredarás á tus desĕos.
Hasta después.
TÍRREL. Señor, que Dios os guarde.
(Vase.)
REY RIC. De Clárens encerrado queda el hijo;
Y á sŭ hija busqué mal casamiento.
En el seno de Abraham los hijos duermen
De Eduardo; y Ana, mi mujer, del mundo
Se despidió. Con Isabel, lă hija
De mi hermano, casarse Ríchmond quiere,

Buscando la corona. Placentero,
Vamos á verla y seductor amante.

Entra CATESBIO.

CATESBIO. Señor.
REY RIC. ¿Buenas ó malas son tus nuevas
Que entras aquí tan bruscamente?
CATESBIO. Malas.
Élia se ha unido á Ríchmond. Con los mozos
De Gáles se echa Búckingham al campo;
Y á cada instante su poder aumenta.
REY RIC. Élia y Ríchmond me inquietan más que turbas
Por Búckingham de pronto congregadas.
Vamos, que el miedo, si discute, es siempre
De torpe dilacion siervo de plomo;
E impotente, con paso de tortuga
La dilacion conduce á la miseria.
Tus alas dame, actividad, heraldo
Digno de un Rey, Mercurio, tú, de Jove.
Gente reunid: mi númen es mi escudo:
Contra traidores diligente acudo. (Vánse.)

ESCENA IV.

Lóndres.—Ante el Palacio.

Entra la REINA MARGARITA.

MARGARIT. ¡Tanta prosperidad cayó madura
En las podridas fauces de la muerte!
¡Sigilosa estos ámbitos recorro
Viendo á mis enemigos disiparse!
Ya el terrible principio se ha iniciado:
A Francia, pues: será lo que lo siga

Tan amargo, tan trágico y tan negro!
¡Margarita infeliz, huye! ¿Quién llega?
(Se retira.)

Entran la REINA ISABEL y la DUQUESA de York.

ISABEL. Príncipes infelices, dulces hijos,
Tiernos capullos, gérmenes amados,
Si vuestras almas por los aires vuelan;
Y á su eternal mansion aun no ascendieron,
Las alas agitad en torno mío;
Y escuchad el gemir de vuestra madre.

MARGARIT. (Aparte.) Llegad: decidle que una ley sagrada
En tinieblas trocó vuestra alborada.

DUQUESA. Tal mi voz apagó la desventura
Que, muda, calla mi angustiada lengua.
¿Por qué cadáver te contemplo, Eduardo?

MARGARIT. (Aparte.) ¡Eduardo por Eduardo! ¡Justa suerte!
¡Quedó extinguida así deuda de muerte!

ISABEL. ¿Tu mansa grey, señor, abandonaste
Arrojándola al lobo carnicero,
O dormiste quizás, señor, entonces?

MARGARIT. (Aparte.) Cuando á Enrique mataron y á sŭ hijo.

DUQUESA. Vivo cadáver, ojos que ni miran,
Triste espectro de un sér desventurado,
Trasunto del dolor, del mundo oprobio,
Existencia al sepulcro arrebatada,
Compendio y relacion de aciagos días,
Aquiete tu inquietud de la Inglaterra
Este suelo lĕal, que deslĕales
Con sangre de inocentes embriagaron.
(Sentándose.)

ISABEL. ¡Concederme pudieras sepultura
Cual miserable asiento me concedes!
¡No apoyar, esconder mis huesos quiero!
¡Ay triste ¿quién jamás tan desgraciada?
(Sentándose al lado de la Duquesa.)

MARGARIT. (Adelantándose.)
Si respeto al dolor senil se debe,
Respéto á su vejez merece el mío:
Concededle ceñuda primacía.
Si en el dolor comunidad existe,
Viendo mis penas, recordad las vuestras.
Tuve un Eduardo, lo mató Ricardo.
Tuve un Enrique, lo mató Ricardo.
Y tú un Eduardo, lo mató Ricardo.
Y tú un Ricardo, lo mató Ricardo.
DUQUESA. Yo un Ricardo tambien que asesinásteis;
Y un Rútland; y á matármelo ayudásteis.
MARGARIT. Y un Clárens tú, más lo mató Ricardo.
Sí; de la madriguera de ese vientre
Salió la fiera que tenaz nos corre;
Ese perro que ciego dientes tuvo,
Que ovejas mata cuya sangre bebe,
Que destruye las obras del Eterno,
Espantoso tirano de la tierra,
Que reina en ojos que lacera el llanto.
De esas entrañas lo lanzaste al mundo;
Y hasta la tumba nuestra pista sigue.
Gracias ¡oh Dios! te doy veraz y justo!
Ese perro voraz, feroz devora
El fruto ya del vientre de su madre,
Que hoy acompaña á lágrimas ajenas.
DUQUESA. Mujer de Enrique, no mi pena insultes:
Dios me es testigo que lloré las tuyas.
MARGARIT. ¡Ah! perdon. Hambre tuve de venganza;
Y me cebo teniéndola delante.
Murió tu Eduardo que mató á mi Eduardo,
Y murió tu otro Eduardo por mi Eduardo,
Y el jóven York también, porque ambos juntos
El valor de mi pérdida no igualan.
Murió tu Clárens que mató á mi Eduardo;

Y están los que la horrible escena vieron,
Grey, Rívers, Vógan y el infame Hastínes
En sus tumbas sepultos á deshora.
Vive Ricardo, del averno espïa,
Su vil ministro, para que almas compre
Y allí las mande. Pero cerca, cerca
Se halla su triste fin, que nadie llora:
Se abre la tierra y el infierno hierve,
Los diablos rujen y los santos rezan
Para que pronto de la tierra salga.
De su vida chancela la escritura,
¡Oh Dios, que diga yo «murió ese perro!»

ISABEL. ¡Ah tú profetizaste que contigo
Maldecir á esa araña monstrüosa,
A ese deforme sapo, desearïa!

MARGARIT. Reflejo te llamé de mi fortuna,
Atribulada imágen de una reina,
De lo que fuí trasunto, decorado
Anuncio de espectáculo tremendo,
Ser elevado para hundirse solo,
Crédula madre de amorosos hijos,
Soñada realidad, aliento vano,
Hueca burbuja, dignidad fingida,
Blanco ostentoso de certeros tiros;
Y reina de oropel de una comedia.
¿Donde se halla tu esposo? ¿Tus hermanos
Dónde están y tus hijos y tu dicha?
¿Quién con «¡viva la Reina!» te saluda?
¿Donde los nobles, dí, que te adulaban?
¿Donde las turbas, dí, que te seguïan?
Sin eso ya, tu situacion contempla.
En vez de esposa, mísera vïuda,
En vez de madre, quien el nombre llora,
En vez de Reina, te coronan duelos,
En vez de que te pidan tú ya pides,

En vez de obedecerte te desprecian,
En vez de tú insultarme, yo te insulto.
Así en su curso la justicia gira;
Y ahora del tiempo miserable presa,
Conservas de tu ayer solo el recuerdo,
El mayor torcedor de tu presente.
Ya mi puesto usurpaste, pero, dime,
¿Tambien no usurpas mi dolor ahora?
Ya la mitad del peso de mi yugo
Tu cuello soportó. Ténlo ya todo:
De él mi cabeza fatigada aparto.
¡Adiós, mujer de York, Reina sombría,
Francia del llanto inglés hará que ría!

ISABEL. ¡Oh, tú, tan avezada á maldiciones,
Un instante detente. Dime ¿cómo
Puedo yo maldecir á mis contrarios?

MARGARIT. Vela de noche; con la luz ayuna;
El muerto gozo con el vivo duelo
Compara; juzga que tus hijos eran
Aun más bellos, más monstruo su asesino;
Exagera tus pérdidas, la infamia
Así exageras de su autor funesto;
Y á maldecir aprenderás con esto.

ISABEL. Con tu palabra anima mi palabra.

MARGARIT. Filo y punta el dolor en ella labra. (Vase.)

DUQUESA. ¿Por qué el dolor en voces se formula?

ISABEL. Del infortunio necios abogados,
De muertos goces vanos herederos,
De desgracias menguados oradores;
Más no los atajeis, que al menos hacen
Ceder las penas que en el pecho nacen.

DUQUESA. Conmigo entónces ven. Libre la lengua;
Y ahogue el ambiente de terribles voces
Al hijo vil que ha ahogado á tus dos hijos.
(Óyense tambores.)

Es su tambor. No ähorres tus lamentos.

Entran el **REY RICARDO** y acompañamientò marchando.

REY RIC. ¿Quién el paso me cierra?
DUQUESA. ¡Desgraciado!
Quien el paso cerrar te pudo un dïa,
Ahogándote en su vientre maldecido
En la senda de tanto y tanto crímen.
ISABEL. ¿De áurea corona tú la frente ornada
Donde escrita debiera estar con fuego
Del poseedor legítimo la muerte;
Y de mis hijos míseros y hermanos
La matanza feroz? Crüel, responde:
Infame siervo ¿donde están mis hijos?
DUQUESA. Sapo vil ¿donde está tu hermano Clárens?
¿Donde el niño Plantágenet sü hijo?
ISABEL. ¿Dónde Vógan y Grey y el noble Rívers?
DUQUESA. ¿Dónde Hastines el justo?
REY RIC. Tañed clarines: redoblad tambores;
No escuche el cielo á lenguaraces hembras
Insultar al ungido del eterno.
Que redobleis he dicho.
(Suenan clarines y tambores.)
Tened calma
Y habladme con mesura, ó vuestras quejas
Ahogaré yo con bélicos clamores.
DUQUESA. Mas ¿no eres hijo mïo?
REY RIC. A Dios gracias, á vos y á mi buen padre.
DUQUESA. Soporta, pues, paciente mi impaciencia.
REY RIC. Vuestro carácter heredé, señora:
No soporto el acento del reproche.
DUQUESA. Déjame hablar.
REY RIC. Hablad, mas nada escucho.
DUQUESA. Serán dulces y humildes mis palabras.
REY RIC. Y pocas, madre mïa, tengo prisa.
DUQUESA. ¿Tan grande prisa tienes? En un potro,

Bien sabe Dios, que te esperé sufriendo.
REY RIC. ¿Pero no vine al fin para calmaros?
DUQUESA. Nó ¡vive Dios! Lo sabes bien. Naciste
E infierno para mí la tierra hiciste.
Fuéme tu nacimiento empresa dura,
Áspera fué tu infancia y caprichosa:
Tu juventud terrible, impetüosa,
Agitada y feroz: tu edad madura,
Audaz, aventurera y atrevida;
Y, entrado en años, orgulloso, artero,
Sanguinario y traidor; más escondida
Tu maldad: en tu furia más certero.
¿Qué hora feliz en tu compaña tuve?
REY RIC. Cuando sonaba de comer lä hora,
Que os llamaba á dejar mi compañïa.
Si mi vista os ofende así, dejadme
Partir, señora, para no ofenderos.
Redoblad.
DUQUESA. Te suplico que me escuches.
REY RIC. Con harta hiel habláis.
DUQUESA. Una palabra:
Jamás he de volver á hablar contigo.
REY RIC. ¿De veras?
DUQUESA. O morirás de Dios por la justicia
Antes que tornes de la lid triunfante;
O yo en la ancianidad, harta de angustias,
Moriré sin volver á verte el rostro:
Recibe, pues, mi maldicion eterna.
Que te oprima al lidiar más que te oprime
La pesada armadura que te cubre.
Al bando opuesto irán mis oraciones.
Las inocentes almas de los hijos
De Eduardo animarán á tus contrarios,
Brindándoles ventajas y victorias.
Será tu fin, sangriento ser, sangriento:

La infamia te sirvió tu vida entera;
Y la infamia, al morir, tambien te espera.
(Váse.)

ISABEL. Aunque más maldecirte deberia,
Amen tan sólo á lo que dice digo. (Yéndose.)

REY RIC. Deteneos, señora, una palabra.

ISABEL. Hijos no tengo ya de regia sangre
Para que tú los mates; y mis hijas
Pobres monjas serán, no tristes reinas:
A sus vidas no asestes, pues, tus dardos.

REY RIC. Una hija teneis honrada, hermosa,
Noble y gentil; y que Isabel se llama.

ISABEL. ¿Por eso ha de morir? Nó: su pureza
Yo trataré que pierda y su hermosura.
Diré que falsa fuí de Eduardo al lecho;
La cubriré del manto del oprobio.
Por salvarla de esbirros tan feroces
Que no es hija de Eduardo diré á voces.

REY RIC. Su cuna no insultéis. Regia es su sangre.

ISABEL. Diré que nó, si salvo así su vida.

REY RIC. Es su seguridad su regia cuna.

ISABEL. Seguridad funesta á sus hermanos.

REY RIC. Al nacer se opusieron sus estrellas.

ISABEL. Traidores á sus vidas se opusieron.

REY RIC. Nuestros destinos son incontrastables.

ISABEL. Sí: cuando tuerce el crímen al destino.
Mejor muerte á mis hijos esperaba,
Si hubiese sido aquí mejor tu vida.

REY RIC. Habláis cual si á mis deudos muerto hubiera.

ISABEL. ¡Deudos! Su deudo débeles ventura,
Reino, parientes, libertad y vida.
Aunque otra mano atravesó sus pechos
Tu cabeza ordenó la vil hazaña.
El cuchillo fatal sin filo y punta
Fué en ese pétreo corazon vaciado,

Y en sangre se gozó de mis corderos.
Si reprimir la pena no domase
La pena más feroz, á tus oidos
No mi lengua á mis hijos nombraría
Sin que anclaran mis uñas en tus ojos,
Y, en contienda mortal, hecha pedazos,
Sin jarcias y sin velas, triste nave,
En tu pecho de roca naufragara.

REY RIC. Os juro, así se muestre la fortuna
Favorable en la lid feroz que emprendo,
Que hoy, señora, más Bien hacer ansío
A los vuestros y á vos que el Mal que os hice.

ISABEL. ¿Qué bienes ocultar el cielo puede
Que hacerme puedan bien al revelarse?

REY RIC. Dama gentil, que asciendan vuestros hijos.

ISABEL. A un patíbulo á ser decapitados.

REY RIC. A la más alta dignidad y puesto:
A la gloria mayor que el mundo ofrece.

ISABEL. Con su recuerdo mi dolor adulas.
¿Qué dignidad, qué puesto, ni qué gloria,
Te es posible ofrecer á un hijo mío?

REY RIC. Cuanto yo tengo. Sí. Yo mismo. Todo
Quiero ofrecer en dote á la hija tuya,
Si en el Letéo de tu mente airada
Quieres ahogar el infeliz recuerdo
De los supuestos daños que te hice.

ISABEL. Acaba; que el narrar de tus bondades
Durará más que tus bondades duran.

REY RIC. Pues bien, sabrás que con el alma toda
Amo á tu hija yo.

ISABEL. Con toda el alma
Piensa en eso la madre de mi hija.

REY RIC. ¿Mas qué piensas?

ISABEL. Que la amas con el alma,
Cual con el alma amaste á sus hermanos,

Cual con el corazon te lo agradezco.

REY RIC. No impaciente confundas lo que digo:
A tu hija hermosa con el alma adoro,
Y ella será la reina de Inglaterra.

ISABEL. ¿Mas quién será su Rey se te figura?

REY RIC. El que la quiere reina hacer. ¿Quién otro?

ISABEL. ¿Quién? ¿Tú?

REY RIC. Yo propio. Dí, ¿qué te parece?

ISABEL. ¿Como la vas á enamorar?

REY RIC. Tú misma
Me puedes enseñar de qué manera.

ISABEL. ¿Lo aprenderás de mí?

REY RIC. Con toda el alma.

ISABEL. De sus hermanos mándale al verdugo
Con los nombres de Eduardo y York escritos
Sobre dos corazones palpitantes:
Acaso llore. Entónces le presentas,
Cual hizo con tu padre Margarita
Tinto en sangre de Rútland, un pañuelo:
Que está empapado en la purpúrea sávia
De los cuerpos, dirás, de sus hermanos;
Y que ahí seque sus párpados llorosos.
Mas si tantos halagos no la vencen,
Mándale relacion de tus hazañas:
Dí que á Clárens, su tío, asesinaste;
Y á Rívers, y tambien dí que por ella
Ana, su tía, sepultada ha sido.

REY RIC. Te burlas? No se gana, no, á tu hija
De este modo, señora.

ISABEL. Pues no hay otro;
A no ser que, tomando forma nueva,
No seas el Ricardo que tal hizo.

REY RIC. Tú le dirás que por su amor lo hice.

ISABEL. Pues entónces es fuerza que te quiera
Si compraste su amor con sangre tanta.

REY RIC. Oye. Lo hecho deshacer no es dado.
El hombre á veces torpemente obra
Y se arrepiente luego. Si á tus hijos
El reino yo usurpé; mi falta puede
Subsanarse entregándolo á tu hija.
Si muerte al fruto dí de tus entrañas,
Para que tú revivas, fruto mio
De tu sangre obtener puedo en tu hija.
No es ménos dulce el título de abuela
Que el amoroso título de madre:
Hijos son que un peldaño aparta sólo;
Y son de sangre idéntica y valía.
Hijos de igual dolor, exceptüada
Una noche de angustias que padece
Quien te obligó á pasar la misma pena.
Tu juventud tus hijos perturbaron;
Mas tu vejez consolarán mis hijos.
Perdiste el que reinara el hijo tuyo;
Mas por pérdida tal reina tu hija.
No puedo resarcirte cual quisiera,
Acepta, pues, el bien que hacerte puedo.
A tu hijo Dórset, que con alma adusta
En tierra extraña al descontento guia,
Tan dulce lazo hará tornar á casa;
Y obtendrá posicion y altos honores.
El rey que á tu hija bella llame esposa,
A Dórset llamará querido hermano.
Otra vez tú serás de reyes madre:
De tu dolor con creces las miserias
Resarcirán tesoros de ventura.
Largos dias de gozo alcanzaremos;
Y esas gotas de lágrimas que viertes
Retornarán en perlas transformadas,
Como interés del préstamo, logrando
Así diez veces su valor en dichas.

Vé, madre mïa, y á tü hija busca,
Disipa su rubor con tu experiencia;
Enséñala á escuchar amante historia;
Abre su pecho á la anhelante llama
De la ambicion, y dí cuán dulcemente
Corren las horas de nupcial ventura.
Y al castigar este mi brazo al torpe
Necio rebelde Búckingham, ciñendo
Corona de laurel, guiaré á tü hija
Del victorioso al tálamo, mis triunfos
Deponiendo á sus piés: será de César
Ella no más el César victorioso.

ISABEL. ¿Qué diré? ¿Qué el hermano de su padre
Quiere ser su señor; ó bien su tïo,
Ó el matador de tïos y de hermanos?
¿Con qué título puedo interesarla
Que Dios, la ley, mi honor ó mi cariño
Pueda realzar ante sus tiernos años?

REY RIC. Háblale de la paz de la Inglaterra.

ISABEL. Que comprará con guerra perdurable.

REY RIC. Dile que el Rey que manda le suplica.

ISABEL. Hacer lo que prõhibe el Rey de reyes.

REY RIC. Que será Reina excelsa y poderosa.

ISABEL. Para llorar su suerte cual su madre.

REY RIC. Dile que siempre yo tendré de amarla.

ISABEL. ¿Más cuanto tiempo durará ese «siempre»?

REY RIC. Florecerá miéntras su vida dure.

ISABEL. ¿Más cuanto, dí, florecerá su vida?

REY RIC. Miéntras el cielo y su salud la alarguen.

ISABEL. Miéntras quieran Ricardo y el infierno.

REY RIC. Que es su vasallo su monarca dile.

ISABEL. El vasallo detesta á su monarca.

REY RIC. Mi causa apoya tú con elocuencia.

ISABEL. Más sin adornos la verdad se entiende.

REY RIC. Cuéntale, pues, mi cuita sin adornos.

ISABEL. Suenan mal sin adornos las mentiras.
REY RIC. ¡Razones animadas, mas someras!
ISABEL. ¡Nó; muertas y profundas! ¡Pobres niños,
En lo profundo de sus tumbas muertos!
REY RIC. No toques esa cuerda. Pasó todo.
ISABEL. Hasta estallar del corazon las cuerdas.
REY RIC. ¡Por mi San Jorge y liga y mi corona...
ISABEL. Que hollaste, que manchaste y usurpaste.
REY RIC. Te juro yo...
ISABEL. Por nada: nó, no jures:
No es ese juramento. Tu San Jorge,
Profanado, perdió su sacro brillo.
Tú de tu liga la virtud manchaste;
Y extinguiste el fulgor de tu corona.
Para que fe te dén, jura por algo
Que no hayas ofendido.
REY RIC. Por el mundo.
ISABEL. De tus maldades lleno.
REY RIC. Por la muerte
De mi padre.
ISABEL. Su vida has deshonrado.
REY RIC. Pues por mí.
ISABEL. Tú á tí mismo te dañaste.
REY RIC. Pues por Dios.
ISABEL. A quien más ofensa hiciste.
Si sacros juramentos respetáras,
Ni la paz promovida por tu hermano
Rota estuviera, ni mi hermano muerto.
Si sacros juramentos respetáras,
La áurea diadema que tu frente ciñe
Las sienes de mi niño adornaría,
Y alentáran mis hijos; más ahora,
Antes de tiempo, con el polvo duermen,
Vil pasto de gusanos, por tu causa.
¿Por qué vas á jurar?

REY RIC. Por lo futuro.
ISABEL. Lo futuro ofendiste en lo pasado.
Yo misma el mal que á mi pasado hiciste
Lavaré con mi llanto en mi futuro.
Hijos viven de padres que mataste,
Sin proteccion; vejez tendrán amarga.
Padres de hijos degollados viven,
Secas plantas, vejez tendrán amarga.
¿Á qué jurar por lo futuro quieres?
Antes de conseguirlo lo arruinaste
Con el tiempo de ayer que malgastaste.
REY RIC. ¡Así prospere en mi arriesgada empresa,
Cual trato de hacer bien y arrepentirme!
¡Conmigo propio luche! ¡Dulces horas
Jamás me brinde el cielo ni la suerte!
¡Ni el sol me dé su luz, ni paz la noche!
¡Los astros de ventura se me opongan,
Si inmaculado amor y sacro afecto
No brindo á tu gentil y excelsa hija!
Mi dicha en ella cual la tuya existe:
Sin ella veré yo, cual tú, cual ella,
Muerte y desolacion, llanto y rüina.
No se puede evitar más que con esto;
Y no se evitará más que con esto.
Por tanto, madre amada, tal te llamo,
Sé, tú, procurador de mis amores:
Arguye lo que haré; no lo que hice.
No lo que valgo, mi valer futuro;
Y del caso la urgencia. Escrupulosa
No seas al tratarse grandes causas.
ISABEL. ¿Dejaré que me tiente así el demonio?
REY RIC. Sí; si el demonio para el bien te tienta.
ISABEL. ¿He de olvidar lo que yo soy, yo misma?
REY RIC. Sí; si acordarte es mal para tí misma.
ISABEL. Mas mataste á mis hijos.

REY RIC. De tū hija en el vientre los sepulto,
Do, en perfumado nido, de sus restos,
Renacerán para consuelo tuyo.

ISABEL. ¿Y para tí ganar debo á mī hija?

REY RIC. Madre feliz serás, si así lo hicieres.

ISABEL. Iré. Pronto de tí saber espero;
Y tú sabrás por mí lo que contesta.

REY RIC. Adiós; y el beso de mi amor conduce.
(Besándola. Vase la Reina Isabel.)
¡Frágil mujer al fin, necia y mudable!

Entran RATCLIFIO. CATESBIO lo sigue.

¿Qué noticias? Responde.

RATCLIFIO. Señor, del Occidente allá en las costas
Llegó potente armada. A las orillas
Mucho dudoso y falso amigo acude,
Inerme y sin afán de repelerla.
El almirante es Ríchmond, segun dicen,
Y, allí anclados, la bienvenida aguardan
Que debe darles Búckingham en tierra.

REY RIC. Un amigo veloz vuele en seguida
Al Duque de Norfoquia. Tú, Ratclifio;
Ó, tú, Catesbio. ¿Donde estás?

CATESBIO. Presente.

REY RIC. Volando al Duque. Al punto á Salisburia.
(A Ratclifio.)
Cuando llegues... ¡Estúpido villano!
(A Catesbio.)
¿Qué haces ähí sin ir á ver al Duque?

CATESBIO. Poderoso señor, que sepa al menos
Qué le debo decir de parte vuestra.

REY RIC. Es verdad, buen Catesbio: que rēuna
Toda la fuerza que reunir pudiere,
Y que me encuentre al punto en Salisburia.
(Vase Catesbio.)

RATCLIFIO. Señor. ¿Qué debo hacer en Salisburia?

REY RIC. ¿Y qué puedes hacer sin que yo vaya?
RATCLIFIO. Señor, dijisteis que partiera al punto.

Entra STÁNLEY.

Mudé opinion. Stánley, vuestras nuevas.
STÁNLEY. Ni tan buenas, señor, que os guste öirlas;
Ni tan malas que deban de callarse.
REY RIC. ¡Hola! ¿Enigmas? Ni buenas son ni malas.
¿Á que tantos rodëos? Vuestra historia
Referirme podéis por el atajo.
Otra vez: ¿qué noticias?
STÁNLEY. A los mares
Lánzose Ríchmond.
REY RIC. Pues que allí së hunda.
¡Cobarde fugitivo! ¿Qué pretende?
STÁNLEY. Señor, tan solo adivinarlo puedo.
REY RIC. Pues bien. ¿Qué adivináis?
STÁNLEY. Que, requerido
Por Búckingham, por Dórset y por Élia,
Viene á Inglaterra en pos de la corona.
REY RIC. ¿Nadie en el trono está, ni empuña espada?
¿Muerto está el Rey y está el país sin amo?
¿Qué heredero de York sino yo vive?
¿Y quién sino de York el heredero
Es el Rey de Inglaterra? Pues, entónces
Decidme, ¿para qué cruza esos mares?
STÁNLEY. Si es que por eso nó, no lo adivino.
REY RIC. ¡Si es que no viene á ser vuestro monarca
No adivináis á lo que el Galo viene!
Me haréis traicion, é iréis con él me temo.
STÁNLEY. Señor, de mí desconfïar no es justo.
REY RIC. ¿Dónde están vuestras tropas que no atacan?
¿Dónde vuestros vasallos y parciales?
¿No amparan en las playas de Occidente
Del traidor ahora mismo el desembarco?
STÁNLEY. En el Norte se encuentran mis amigos.

REY RIC. De hielo son. Y, ¿qué hacen en el Norte
Si al Rey deben servir en Occidente?

STÁNLEY. Sin órdenes están, noble monarca.
Si vuestra majestad me da permiso
A mis amigos reuniré; y, al punto
Y á la hora que indiquéis, saldré á encontraros.

REY RIC. Ya; ya. Partir queréis: iros con Richmond.
No me fío de vos.

STÁNLEY. Rey poderoso,
Que vos dudéis de mi amistad no es justo;
Jamás he sido yo ni seré falso.

REY RIC. Idos. Gente reunid. Pero aquí quede
Vuestro hijo Jorge. Ved de ser sincero,
Ó su cabeza no estará segura.

STÁNLEY. Cual os trate yo á vos, señor, tratadlo. (Vase.)

Entra un MENSAJERO.

MENSAJ. Señor, segun me avisan mis amigos,
En Devonsiria el Conde Eduardo Cortnia
Y su hermano mayor el orgulloso
Obispo de Exetér, están en armas
Reuniendo numerosos partidarios.

Entra segundo MENSAJERO.

MENS. 2.º En Kent, señor, los Guilfors se rebelan;
Y á cada instante se les une gente
Aumentando el ejército enemigo.

Entra tercer MENSAJERO.

MENS. 3.º Señor, del noble Búckingham la fuerza...

REY RIC. ¡Búhos callad! ¿Cantos de muerte sólo?
(Gólpeándole.)
Ten esto hasta traer nuevas mejores.

MENS 3.º Las noticias, señor, que yo os traía
Eran que, á causa de feroz borrasca,
Dispersa está de Búckingham la fuerza;
Y él, ignorado, vaga fugitivo.

REY RIC. ¡Oh! perdóname tú. Toma mi bolsa

Para curar el golpe que te he dado.
¿Algun prudente amigo no ha ofrecido
Recompensar al que al traidor aprese?

MENS. 3.° Ya ofrecieron, señor, la recompensa.

Entra cuarto MENSAJERO.

MENS. 4.° Dicen, señor, que Lóvel y que Dórset
Á las armas en York han acudido.
Este consuelo, sin embargo os traigo:
Cruda borrasca dispersó la armada.
Un bote á tierra Ríchmond en Dorsecia
Envíó para ver si de sù bando
Eran las tropas que en la playa habīa:
Que era gente de Búckinghan le dicen;
Y amigos todos, más dudando de ellos,
Largó las velas y partió á Bretaña.

REY RIC. Marchad; marchad. Las armas que empuñamos
Si á luchar ya no van con extranjeros
En nuestro hogar acaben con rebeldes.

Vuelve á entrar CATESBIO

CATESBIO. Preso el Duque de Búckingham sĕ halla.
Es la mejor noticia.•Que en Milfordia
Ríchmond desembarcó con grande fuerza,
Nuevas de hielo son, que han de decirse.

REY RIC. Á Salisburia, pues. Miéntras hablamos
Ganar, perder se puede una batalla.
Uno á avisar que á Salisburia lleven
Á Búckingham. El resto que me siga.
(Clarines.—Vánse.)

ESCENA V.

Una habitacion en el palacio del Conde de Stánley.

Entran STÁNLEY y CRISTOBAL URSIQUIO.

STÁNLEY. Ursiquio, le diréis á Ríchmond esto:
Que mi hijo Jorge se halla en la zähurda
Del jabalí sangriento aprisionado.
Caerá, si me rebelo, su cabeza;
Y que eso impide mi presente auxilio.
¿Mas dónde el noble Ríchmond hoy së halla?
URSIQUIO. En Pembroquia ó si nó, quizás en Gáles.
STÁNLEY. ¿Qué gente de valer con él se ha unido?
URSIQUIO. Gualtiero Herberto, intrépido soldado,
Gilberto Tálbot y Guillermo Stánley,
Oxfordia, á más Pembroquia, Blunt y Ricio
Con su tropa valiente; y muchos nobles
De fama y de valor; y á Lóndres marchan
Si en su camino obstáculos nó encuentran.
STÁNLEY. Volved á ver á mi señor. Decidle
Que, gustosa, la Reina que se case
Consentirá con Isabel sü hija.
Mi intencion le descubro en esta carta.
(Le entrega una carta.)
Adiós. (Vánse.)

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

Salisburia.—Una plaza.

Entran el GOBERNADOR y guardia conduciendo á BÚCKINGHAM al patíbulo.

BÚCKINGH. ¿No deja el Rey Ricardo que lo vēa?
GOBER. Nó, señor. Resignaros es forzoso.
BÚCKINGH. Hijos de Eduardo, Grey, Rívers, Hastines,
Enrique, santo Rey, gentil Eduardo,
Vógan y tanta víctima de infame
Corrompida injusticia solapada,
Si vuestras tristes almas afligidas,
De nubes al través, ven cuanto ocurre,
Rencorosas burlāos de mi suerte.
¿Es dīa de difuntos hoy, muchachos?
GOBER. Sí tal, señor.
BÚCKINGH. El dīa de difuntos
Será, por tanto, de mi muerte el dīa.
Este dīa, viviendo el Rey Eduardo,

Osé invocar, si falso me mostraba
Á sus hijos, ó esposa ó á sus deudos.
Este dïa fijé para perderme
Por la perfidia de uno en quien creïa.
Tú, de mi alma dïa de difuntos,
Eres el fin fatal de mis maldades.
El que todo lo ve, de quien mofaba,
Mi espúreo ruego me arrojó á la frente,
Y fué verdad lo que pedí de burlas.
Así del criminal la aguda espada
El pecho, á veces, de su dueño hiere.
Así la maldicion de Margarita
Ya cayó sobre mí: «cuando á pesares
Te parta el corazon» dijo, «recuerda
Que Margarita presagiarlo supo».
Al tajo, pues, mis pasos me aproximen:
El mal engendra el mal: el crímen crímen.
(Vanse.)

ESCENA II.

Llanura cerca de Tamworcia.

Entran con tambores y banderas RÍCHMOND, OXFÓRDIA, JACOBO BLUNT, GUALTIERO HERBERTO y otros con tropa marchando.

RÍCHMOND. Compañeros y amigos cariñosos
Que de un tirano soportáis él yugo,
Al centro del päís hemos llegado
Sin hallar quien se oponga á nuestra marcha;
Y hoy cartas tengo de mi padre Stánley
Que confïanza y ánimo me inspiran.
Ese vil jabalí, voraz, sangriento,

Que nuestros campos y viñedos tala,
Que bebe, cual si fuera en charca impura,
Vuestra sangre humeante y su dornajo
En vuestros cuerpos lacerados busca:
Ese cerdo rúin aquí se esconde:
Se halla, segun afirman, en Licestria
Y para allí nos falta una jornada.
¡En el nombre de Dios valor, amigos!
Y cosecha de eterna paz cojamos
Con un supremo esfuerzo en esta lucha.

OXFÓRDIA. Vale cada conciencia mil espadas
Contra el vil homicida.

HERBERTO. Sus amigos
Acudirán sin duda á nuestro bando.

BLUNT. Sus amigos amigos son de miedo:
Lo dejarán en su mayor apuro.

RÍCHMOND. Por nuestro bien. Marchemos. La esperanza
Golondrina veloz, viaja ligera.
Un Dios hace de un Rey, rey de un cualquiera.
(Vanse)

ESCENA III.

El campo de Bosvorcia.

Entran el REY RICARDO y tropa, El DUQUE DE NORFÓQUIA, EL CONDE DE SÚRIA, y otros.

REY RIC. Las tiendas colocad en este sitio.
Conde de Súria triste estáis.

SÚRIA. Diez veces
Mas alegre está el alma que la cara.

REY RIC. Mi señor de Norfóquia.

NORFÓQ. Soberano.
REY RIC. Habrá porrazos. ¿No es verdad, Norfóquia?
NORFÓQ. Tendrémoslos que dar y recibirlos.
REY RIC. Mi tienda colocad. Aquí pernocto.

Algunos soldados principian á colocar la tienda del Rey.

¿Dónde mañana? Pero ¡qué me importa!
¿Cuál el númerö es de los traidores?
NORFÓQ. Es sólo seis ó siete mil su fuerza.
REY RIC. ¡Bah! Triplica el guarismo nuestra gente.
Del Réy el nombre á más es balüarte
De que carece el enemigo bando.
Mi tienda colocad. Vamos, señores.
El campo inspeccionemos. Venga gente
En el arte versada. Que no falte
Estratégico plan, ni haya apatïa;
Porque es mañana de quehaceres dïa.

(Vanse.)

Entran por el lado opuesto RÍCHMÓND, SIR GUILLERMO BRÁNDON, OXFÓRDIA y otros señores. Algunos soldados levantan la tienda de RÍCHMOND.

RÍCHMOND. Cansado el sol se puso entre arreboles;
Y de su carro la fulgente huella
Dïa mañana esplendoroso augura.
Mi enseña, Brándon, vos tendréis. Llevadme
Á mi tienda después papel y tinta
Para trazar el plan de la batalla,
Y su cargo indicar á cada jefe
En relacion con nuestra escasa fuerza.
Conde de Oxfórdia, vos; y vos Gualtiero;
Y vos Brándon aquí quedad conmigo:
El conde de Pembróquia, con su gente.
Digno Blunt, en mi nombre saludadlo;
Decid al Conde que á mi tienda acuda
Al dar las dos. Aun, capitan, desëo
Haceros otro encargo: averiguadme

Donde el Conde de Stánley se acuartela.

BLUNT. Si, cual no lo presumo, no me engañan
Sus pendones, está su regimiento
Á la parte del Sur; y á media milla
Del grueso de las tropas del monarca.

RÍCHMOND. Si es posible sin riesgo, Blunt amigo,
Idëad algun medio para verlo;
Y le daréis esta importante carta.

BLUNT. De hacerlo trataré por vida mía;
Y, así, que Dios os dé tranquilo sueño. (Vase.)

RÍCHMOND. Adiós, insigne capitan. Señores,
Á consultar el caso de mañana
Á mi tienda, que corre viento frío.
(Se retiran á su tienda.)

Vuelven á entrar el REY RICARDO, NORFÓQUIA, RATCLIFIO, CATESBIO y otros.

REY RIC. ¿Que hora será?

CATESBIO. Ya de cenar es hora.
LAS nueve son.

REY RIC. No cenaré esta noche.
Dadme papel y tinta. ¿Más holgada
Está que antes estaba mi visera?
¿Y habéis puesto en mi tienda mi armadura?

CATESBIO. Señor, todo está listo.

REY RIC. Buen Norfóquia,
Vuestro puesto ocupad. Sed cauteloso.
Centinelas buscad de confíanza.

NORFÓQ. Adiós, Señor.

REY RIC. Mañana levãntaos
Con la alondra, Norfóquia.

NORFÓQ. Lo prometo.
(Vase.)

REY RIC. Catesbio.

CATESBIO. Soberano.

REY RIC. Un Persevante

Diga á Stánley que acuda con su gente
Antes de amanecer—ó la cabeza
De su hijo Jorge en la caverna oscura
De una noche eternal acaso caiga.—
Dadme un jarro de vino y una vela.
Para la lid me ensillarán el tordo.
Mis dardos repasad: que no me pesen.
Ratclifio.

RATCLIFIO. ¿Qué, señor?

REY RIC. ¿Al taciturno
Norzúmbria, dí, no viste?

RATCLIFIO. El Conde Súria
Y él á la hora de dormir el gallo
Las tropas revistaban y animaban.

REY RIC. ¡Vaya! Está bien. Echad al jarro vino.
La animacion no tengó que tenía
Ni su usüal jovialidad el alma.
(Traen vino.)
Dejadlo ähi. ¿Papel y tinta tengo?

RATCLIFIO. Sí, señor.

REY RIC. Que vigile el centinela.
Vete, Ratclifio, y vuelve á media noche
Para ayudar á armarme. Vete, dije.
(El Rey Ricardo se retira á su tienda y duerme. Vanse Ratclifio y los demás.)
(Abrése la tienda de Ríchmond donde se hallan él y sus parciales.)

Entra STÁNLEY.

STÁNLEY. Asiéntense la suerte y la victoria
Sobre ese yelmo.

RÍCHMOND. Á vos, noble padrastro,
Cuanto bien esta oscura noche brinde.
Decidme ¿como está mi amada madre?

STÁNLEY. La bendicion te traigo de tu madre,
Que reza siempre por el bien de Ríchmond.
Mas basta. Corren las calladas horas

Y las tinieblas rómpense en Oriente:
Abreviemos que así lo exige el caso.
La batalla darás cuando amanezca,
Al arbitrio entregando tu fortuna
De recios golpes y mortal conflicto;
Y, pues obrar no puedo cual quisiera,
Veré de ganar tiempo y auxiliarte
En la dudosa lid. Mas no es prudente
Mostrarme por demás tu partidario;
Que, á ser visto, tu tierno hermano Jorge
Muerto fuera en presencia de su padre.
Adiós: el tiempo y la ocasion tremenda
Usuales votos del cariño atajan
Y el mutuo cambio de las dulces frases
Que los amigos al reunirse empléan.
¡Que éstos ritos, señor, cumplir podamos!
De nuevo adiós. Salud y buena suerte.

RÍCHMOND. Señores, á sus tropas conducidlo.
Yo trataré de conciliar el sueño,
No me oprima mañana plúmbeo insómnio
En vez de erguirme victoriosas alas.
Señores, otra vez; felices noches.
(Vanse los jefes con Stánley.)
Tú, cuyo brazo, ¡oh Dios! me considero,
Cariñoso á mi ejército contempla:
Pon en las diestras, tú, de mis soldados
Los hierros contundentes de tu enojo
Para que aplasten con tremendos golpes
Esos traidores yelmos enemigos.
Haznos ministros, tú, de tu venganza,
Que tuya juzgaremos la victoria.
Mi vigilante espíritu recibe
Al cerrar las ventanas de mis ojos;
Y ampárame en mi sueño y en mi vela.
(Se duerme.)

(Aparece la sombra del PRÍNCIPE EDUARDO, hijo de Enrique VI entre las dos tiendas.)

SOMB. ED. (Al Rey Ricardo.) Oprimiré tu espíritu mañana,
En la flor de la edad me asesinaste
Allá en Tuxbúria. Desespera y muere.
(Á Ríchmond.)
Salve, Ríchmond: las almas ofendidas
De degollados Príncipes te amparan.
El linaje de Enrique te protege.

(Aparece la sombra del REY ENRIQUE VI.)

SOMB. ENR. (Al Rey Ricardo.)
Cuando era yo mortal, fiero horadaste
Mi ungido cuerpo. Desespera y muere.
Piensa en la Torre, en mí; que Enrique sexto
Te dice á gritos «desespera y muere.»
(Á Ríchmond.)
Bienandanza y salud al victorioso.
Enrique, que auguró que Rey serías,
En tu sueño te halaga. Vive y vence.

(Aparece la sombra de CLÁRENS.)

SOMB. CL. (Al Rey Ricardo.) Oprimiré tu espíritu mañana.
Fuí sepultado en nauseabundo vino.
Triste Clárens, por tí vilmente muerto.
Mañana en mí piensa al luchar, é inútil
Caiga tu espada. Desespera y muere.
(Á Ríchmond.)
Hijo, tú, de la casa de Lancáster,
Por tí de York los herederos rezan:
Los ángeles te amparan. Vive y vence.

(Aparecen las sombras de RÍVERS, GREY y VÓGAN.)

SOMB. RÍV. (Al Rey Ricardo.)
Oprimiré tu espíritu mañana.
En Rívers piensa y en Pomfreto; y muere.

SOMB. GR. (Al Rey Ricardo.)
Á Grey presente ten; y desespera.

SOMB. VÓG. (Al Rey Ricardo.)
Piensa en Vógan. Con vil pavor tu lanza
Blande sin punta. Desespera y muere.

LAS 3 SOM. (A Ríchmond.)
Despierta. Las injurias que nos hizo
Ahora en el pecho de Ricardo luchan:
Lo humillarán. Despierta, pues, y vence.

(Aparece la sombra de Hastines.)

SOMB. H. (Al Rey Ricardo.)
Vil criminal, cual criminal despierta;
Y en sanguinaria lid tu vida acabe.
Piensa en Hastines. Desespera y muere.
(Á Ríchmond.)
Alma pura y sin hiel. ¡Sus! Á la guerra.
Á luchar y á vencer por Inglaterra.

(Aparecen las sombras de los dos Príncipes asesinados.)

SOMB. 2 P. (Al Rey Ricardo.)
Piensa en tus deudos que en la Torre ahogaste.
Plomo en tu pecho somos, que en la infamia
Y en oprobiosa muerte te sumimos.
Oye á tus deudos. Desespera y muere.
(Á Ríchmond.)
Duerme ahora, Ríchmond; y á gozar más tarde.
Ángel de paz del jabalí te guarde.
«Vence y sé padre de felices Reyes»
Claman de Eduardo los dolientes hijos.

(Aparece la sombra de la Reina Ana.)

SOMB. AN. (Al Rey Ricardo.)
Ana tu esposa, sí, tu triste esposa
Que ni un instante en paz durmió en tu lecho,
Ricardo, á perturbar tu sueño llega.
Piensa mañana en mí: lucha; y sin filo
Caiga tu espada. Desespera y muere.
(Á Ríchmond.)
Alma feliz, tranquilo duerme y sueña

Con el éxito y rápida victoria.
Por tí de tu rival la esposa pide.

(Aparece la sombra de BÚCKINGHAM.

SOM. BÚC. **(Al Rey Ricardo.)**
Quien la corona te brindó el primero
Fué el postrero en sentir tu tiranīa.
¡Oh!, batallando, á Búckingham recuerda
Y de tus culpas espantado muere.
Sueña con sangre, con matar delira:
Sin fe desmaya, y, desmayando, espira.

(Á Ríchmond.)
Morí cuando auxiliarte fué mi anhelo;
Mas nada temas, tuya es la victoria;
Que por tí, Ríchmond, lucha el Dios del cielo
Y hunde á Ricardo al culminar su gloria.

(Las sombras se desvanecen. El Rey Ricardo se despierta.)

REY RIC. ¡Otro corcel! Vendadme las heridas!
Piedad, Jesús, de mí. ¡Calle! ¡Soñaba!
¡Oh cobarde conciencia! ¡cuál me oprimes!
¡Azul brilla esa luz! Es media noche
Helado sudor pánico chorrēa
Mi cuerpo tembloroso. ¿Quién me espanta?
¿Yo mismo? Me hallo solo. Mas Ricardo
Ama á Ricardo—sí—yo soy yo mismo.
¿Hay asesino aquí?—nó—sí—yo propio.
Huye, pues. ¿Mas de mí? Razon, responde,
¿Para que no me vengue de mí mismo?
Mas yo me quiero bien. ¿Por qué? ¿Qué acto
Benéfico me debo yo á mí mismo?
No. Mas bien me detesto yo á mí mismo
Por las viles hazañas de mí mismo.
Soy un infame. No lo soy. Mentira.
Necio, habla bien de tí. Necio no adules.
Más de mil lenguas mi conciencia tiene;
Y cada lengua su distinta historia;

Y cada historia me proclama infame.
Perjurio vil, perjurio el más horrendo,
Asesinatos bárbaros y horribles,
Los más nefandos crímenes acuden
Á la barra gritándome «Culpable»
Desfallezco. No existe quien me quiera
Ni alma ninguna llorará mi muerte.
¿Pero por qué llorar? ¿Hallo yo mismo
Compasion en mí mismo de mí mismo?

Vuelve á entrar **RATCLIFIO.**

RATCLIFIO. Señor.
REY RIC. ¿Quién es?
RATCLIFIO. Yo soy, señor. Dos veces
Ha saludado el gallo á la alborada.
Se arman, despiertos ya, vuestros parciales.
REY RIC. ¡Oh Ratclifio he tenido un sueño horrible!
¿Serán lēales, dí, nuestros amigos?
RATCLIFIO. Sí, señor.
REY RIC. Lo recelo: lo recelo.
De mis víctimas ver pensé las almas
Amenazando todas con vengarse
Mañana en la cabeza de Ricardo.
RATCLIFIO. ¡Vaya, señor! No os espantéis de sombras.
REY RIC. ¡Por San Pablo! Las sombras de esta noche
Al alma de Ricardo más espantan
Que la sustancia de diez mil guerreros
Que, en malla envuelta, el necio Ríchmond guïa.
No ha amanecido äún. Ven ven conmigo,
Junto á las tiendas espiaré; que quiero
Ver si hay alguno que traicion me intente.
(Vanse el Rey Ricardo y Ratclifio.)

Vuelven á entrar **OXFORDIA** y otros nobles.

NOBLES. Ríchmond, salud.
RÍCHMOND. Activos caballeros,
Perdon; pues que me veis perecēando.

NOBLES. ¿Que tal dormisteis?
RÍCHMOND. Sueño delicioso.
Tanta dicha soñé desde que os fuisteis,
Cual cerebro jamás gozó dormido.
Las almas de los cuerpos que Ricardo
Asesinó gritábanme «victoria».
Me alegra el corazon, os lo aseguro,
Sólo el recuerdo de tan grato sueño.
¿Que hora será?
NOBLES. Muy cerca de las cuatro.
RÍCHMOND. Pues ya de armarse y disponer es hora.
(Adelantáse hácia sus tropas.)
Paisanos míos, más de lo ya dicho
El tiempo y la ocasion decir me impiden.
Dios y nuestro derecho nos protegen:
Los santos y las víctimas que rezan
Serán de nuestros pechos balüartes.
Salvo Ricardo, los que enfrente vemos
Que triunfe yo desëan, nó su jefe.
¿Y quién es ese jefe, quién, señores?
Un tirano feroz, un homicida
Crïado en sangre y que de sangre vive.
Que se elevó torciendo los sucesos,
Y degolló después á sus amigos.
Piedra espúrea y rüin, preciosa sólo
Por el auge del trono de Inglaterra
Donde engarzada con torpeza brilla.
Es de Dios impertérrito enemigo;
Pues si atacáis de Dios al enemigo
Dios justo cuidará de sus guerreros;
Si al tirano humillar sudor os cuesta
Tranquilos dormiréis al darle muerte;
Si vencéis á enemigos de la patria,
La patria os premiará con sus tesoros;
Si defendéis su honor, vuestras esposas

Cuando triunféis os abrirán los brazos;
Si del hierro libráis á vuestros hijos,
Sus hijos os darán la recompensa.
Ahora: en nombre de Dios y estos derechos
Banderas desplegad, blandid espadas.
En cuanto á mí; de mi atrevida empresa
Será la multa mi cadáver frïo
Sobre la tierra frïa. Mas si venzo
El más humilde alcanzará ventajas.
Del parche al son, al campo de la gloria.
Dios y San Jorge, Ríchmond y victoria.
(Vanse.)

Vuelven á entrar el REY RICARDO, RATCLIFIO, servidores y tropa.

REY RIC. ¿Y de Ríchmond, Norzúmbria qué decïa?
RATCLIFIO. Que nunca fué crïado cual guerrero.
REY RIC. Dice verdad: ¿Después qué dijo Súria?
RATCLIFIO. Dijo «Tanto mejor» y sonrïóse.
REY RIC. Pues en lo firme estaba: yo os lo fïo.
(Suena un reloj.)
La hora anunciad. Träedme un calendario.
¿Al sol hoy visteis?
RATCLIFIO. Nó.
REY RIC. Brillar desdeña;
Pues, segun este libro, deberïa
En Oriente lucir hace ună hora.
Alguien le llamará dïa de luto.
Ratclifio.
RATCLIFIO. ¿Qué señor?
REY RIC. El sol hoy quiere
Ocultarnos su faz. Ceñudo el cielo
Contempla á nuestras tropas. Desearïa
Que esas húmedas lágrimas partiesen
De la tierra. ¡Nublarse en este dïa!
Tanto me importa cuanto importa á Ríchmond.

El cielo que me mira con enojo
Es el mismo que lóbrego lo mira.

Entra NORFÓQUIA.

NORFÓQ. Á las armas, que avanza el enemigo,
REY RIC. Enjaezad mi corcel. ¡Eh! presto! Presto!
Llamen á Stánley y con su tropa acuda.
Á mis soldados yo guiaré en el llano;
Y ordeno de este modo la batalla.
Toda la línea la vanguardia ocupe:
Número igual infantes y jinetes:
Los arqueros colóquense en el centro;
Juan, Duque de Norfóquia y Tomás Súria
Á estos infantes y jinetes guíen.
Así dispuesto, seguiré yo mismo
Y el grueso del ejército, apoyando
Nuestra caballería las dos alas.
Esto; y después ¡San Jorge! ¿Qué os parece?
NORFÓQ. Bien dispuesto, valiente soberano.
Ved el papel que me encontré en mi tienda.
(Entregando un papel.)
REY RIC. (Lee.) «Ten, Juan de Norfóquia prudencia, que ha sido
Ricardo tu jefe comprado y vendido»
¡Del enemigo cosas son! Señores,
Cada cual á su puesto, que no deben
Ridículos ensueños espantarnos.
Palabra nada más es la conciencia
Que empléan los cobardes; inventada
Para infundir pavor al hombre fuerte
Será nuestra conciencia fuerte brazo,
La espada nuestra ley. Marchad gozosos
Á la lid en tropel; y, si el Eterno
Nos rechaza, reunidos al infierno.
(Á sus soldados.)
¿Qué más debo decir de lo que dije?
Recordad quienes son los enemigos.

Vagabundos, bribones, desertores,
La hez de la Bretaña; paisanaje
Vil, que vomitan sus repletos campos,
Y á empresas van de destruccion segura.
Ellos la paz de vuestro sueño rompen,
Las tierras, las mujeres que son vuestras
Quieren quitaros y manchar pretenden.
Y ¿quién los guía? ¿Quién? Un pobre mozo
Que ha criado en Bretaña nuestra madre;
Un inocente, que del frío juzga
Porque cubrió la nieve su calzado.
Á latigazos, pues, el mar traspongan.
Azotad á esos necios presumidos
De Franceses, hambrientos pordioseros
Hartos ya de vivir; que, si no fuese
Porque soñaron con tan loca hazaña,
Tristes ratas, ahorcado ya se habrían.
Si nos han de vencer, hombres nos venzan;
No bastardos Bretones, que en su patria
Nuestros padres vencieron y humillaron,
Dejándoles herencia de ignominia.
¿Y ellos van á gozar de vuestras tierras
Y á nuestras hijas deshonrar y esposas?
(Oyénse tambores á lo lejos.)
¡Silencio! Su tambor. Nobles ingleses
Luchad. Luchad, valientes ciudadanos.
Arqueros, apuntad á la cabeza.
¡Clavad la espuela y galopad en sangre!
¡Al cielo asombren vuestras rotas lanzas!

Entra un MENSAJERO.

¿Que dice Stánley? ¿Allegará sus tropas?

MENSAJ. Señor, se niega.

REY RIC. Abajo la cabeza
De su hijo Jorge.

NORFÓK. Traspasó el pantano

Señor, el enemigo. Jorge Stánley
Morir podrá después de la batalla.

REY RIC. Mil corazones laten en mi pecho.
Pendones desplegad; y al enemigo.
Nuestro grito marcial «San Jorge ilustre»
De ígneos dragones el valor nos preste.
Á ellos. Va la victoria en nuestros cascos.

(Vanse.)

ESCENA IV.

Otra parte del campo.

Clarines.—Entran NORFÓQUIA y tropa.—CATESBIO dirigiéndose ä ellos.

CATESBIO. Acudid. Acudid. Presto, Norfóquia:
Cual hombre alguno el Rey prodigios hace
Opuesto á cada paso á un enemigo.
Su corcel muerto, lucha á pié buscando
Á Ríchmond á las puertas de la muerte.

Clarines —Entra el REY RICARDO.

REY RIC. ¡Un corcel! Un corcel. ¡Mi reino todo
Por un corcel!

CATESBIO. Señor, hüid al punto.
Yo os buscaré corcel.

REY RIC. Mi vida, esclavo,
Va en este albur. Veré cuál es mi suerte.
Seis Ríchmonds han entrado en la batalla;
Y á cinco yo he matado sin matarlo.
¡Un corcel! ¡Un corcel! ¡Mi reino todo
Por un corcel!

(Vanse.)

ESCENA V.

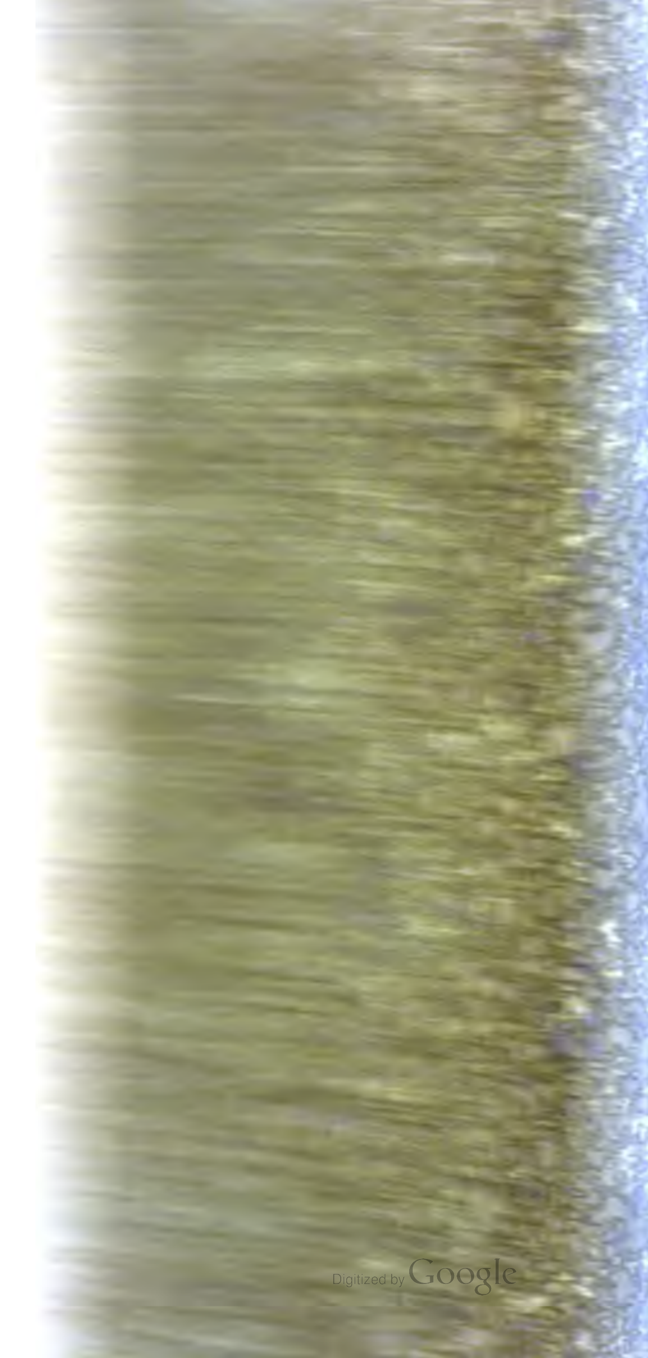
Otra parte del campo.

Clarines.—Entran al encuentro el REY RICARDO y RÍCHMOND; luchan y luchando se ocultan.—Retirada y clarines. Vuelven á entrar RÍCHMOND y STÁNLEY con la corona. Nobles y tropa.

RÍCHMOND. Intrépidos amigos
Dios y vuestro valor lōado sēan.
Triunfamos. Ese perro vil ha muerto.
STÁNLEY. Noble Ríchmond: cual bueno te portaste.
Ten la corona que usurpada ha sido;
De las pálidas sienes de esa fiera
Yo la arranqué para adornar tu frente,
Usarla tú sabrás, gozarla, honrarla.
RÍCHMOND. ¡Eterno Dios! amén responde á todo.
Mas decid; ¿se halla Jorge Stánley vivo?
STÁNLEY. Sí, señor. En Licéstria bien seguro,
Adonde si te place marcharemos.
RÍCHMOND. ¿Quién de valer ha muerto en ambos bandos?
STÁNLEY. El Duque de Norfóquia, el Conde Férrers,
Brándon y Braquenburio.
RÍCHMOND. Que sus cuerpos
Con arreglo á su clase se sepulten.
Proclamad el perdon á los soldados
Que acudieren sumisos; y en seguida
Yo cumpliré mi juramento, uniendo
La rosa blanca á la encarnada rosa.
¡Oh cielos! con favor la union contempla,
Tú, que su enemistad sañudo viste.
¿Habrá traidor que «Amén» no me conteste?

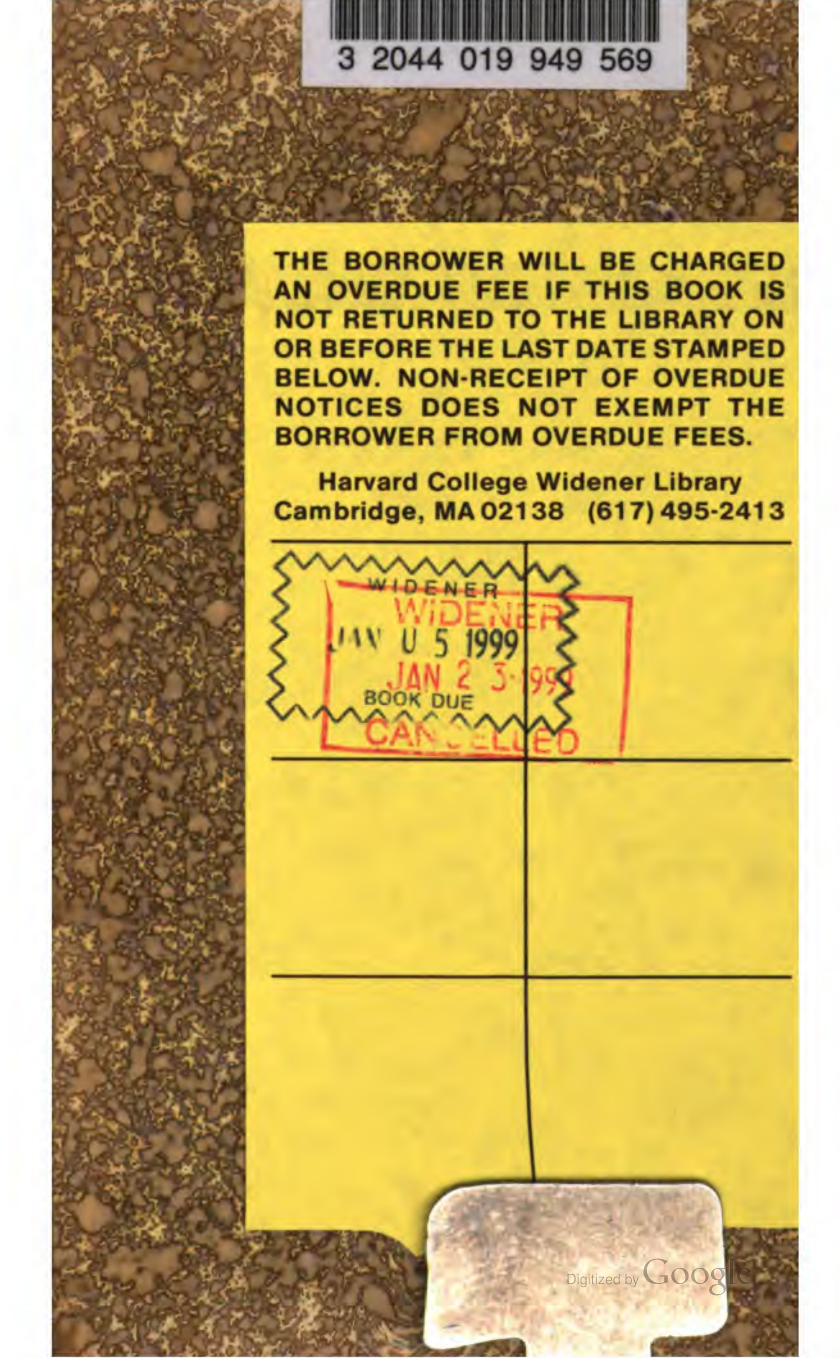
Loca Inglaterra ha tiempo se devora.
Sangre vierte el hermano del hermano.
Padre feroz degüella al hijo suyo;
Y es el verdugo de su padre el hijo.
Las dos casas de York y de Lancáster,
Por fieras divisiones divididas,
Con el favor de Dios harán hoy una
Sus herederos Isabel y Ríchmond.
Si lo consiente Dios, sus sucesores
Darán á la nacion benditas paces,
Prosperidad y plácida abundancia.
Señor, su filo á la traicion embota
Porque no tornen tan aciago días,
É Inglaterra un raudal de sangre llore.
No goce su futuro poderío
Quien herir con traiciones amenace
El bien de la nacion. Cesó el impío
Desconcierto civil. La paz renace.
¡Qué prospere! ¡Decid amén, Dios mío!
(Vanse.)

FIN.




3 2044 019 949 569





3 2044 019 949 569
THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.
Harvard College Widener Library
Cambridge, MA 02138 (617) 495-2413
WIDENER
WIDENER
U 5 1999
JAN 2 3
BOOK DUE
Digitized by Google

